CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER

Obispo de Versalles

CON AUTORIZACIÓN DEL EDITOR FRANCÉS P. LETHIELLEUX

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS
por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

XI

OBJECIONES
CONTEMPORÁNEAS CONTRA LA IGLESIA

VOLUMEN II

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A
SUCESORES DE JUAN GILI
CORTES, 581 - BARCELONA
1926

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 18 de Junio de 1925

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

PROLOGO

Ofrecemos al público nuestro segundo volumen sobre las objeciones contemporáneas contra la historia de la Iglesia.

Nada más actual que este asunto. A la hora presente, líbrase contra el catolicismo un asalto formidable, y, para lapidar a nuestra divina religión, para deshonrarla, para aniquilarla, los apaches de la tribuna, de la prensa y de la calle amontonan, de un pasado vicioso de veinte siglos, objeciones cien veces refutadas y por largo tiempo pulverizadas. Hacen arma de todo. La historia, explotada por su ignorancia o su mala fe, se convierte en arsenal de donde sacan contra nosotros armas desleales. Los católicos tenemos el derecho y el deber de defendernos. Hallarán, pues, en el presente volumen, respuestas adecuadas a las declamaciones insensatas y furiosas de la impiedad contemporánea, algo con que confundir a los calumniadores de la Iglesia.

Ciertamente, no abrigamos el cándido propósito de resolver en un solo volumen todos los problemas históricos que pueden ser un obstáculo para los creyentes y un argumento especioso de los librepensadores. En

el vasto campo de lo pasado, hemos elegido únicamente cierto número de acontecimientos más importantes y habitualmente discutidos. Los hombres que nos oyen cada domingo no tienen necesidad de saberlo todo, ni tienen tiempo para aprenderlo todo; no exigen tampoco de nosotros, ni los tesoros de la erudición, ni las sabias elucubraciones de la filosofía; quieren únicamente una palabra breve, precisa, esplendente y flexible como una espada, no potente y pesada como una maza. Por otra parte, nos falta el tiempo para fabricar armas de calibre perfeccionado, tanto más cuanto todos pueden proporcionárselas en las grandes bibliotecas y en los trabajos concienzudos y completos de nuestros grandes escritores católicos. Nuestras conferencias dominicales resumen las cuestiones, pero no las agotan; no lo dicen todo, sino únicamente lo principal y esencial.

Las publicamos casi como fueron pronunciadas, domingo por domingo, ante nuestros simpáticos oyentes. ¡Ojala hagan algún bien, disipen algunos prejuicios, proporcionen al clero y a los fieles una defensa oportuna contra los diarios ataques del librepensamiento! ¡Ojala glorifiquen a Dios y a su santa Iglesia, sirvan los intereses de la verdad y concurran a la conservación y renovación de la fe en las almas! Tal es nuestro único deseo.

CARLOS
Obispo de Versalles

26 de Febrero de 1906

CONFERENCIAS PRELIMINARES

CONFERENCIA PRIMERA

Nuestra obra desde hace dieciseis años

SEÑORES:

Tras algunas semanas de descanso, reanudo mi apostolado entre vosotros. Hace dieciséis años que viajamos juntos, y juntos inauguramos nuestro décimoséptimo año de reuniones y conferencias dominicales. Lancemos juntos una mirada a lo pasado, y preparemos nuestro esfuerzo para lo por venir. Veamos lo que venimos haciendo en un período de dieciséis años, y lo que vamos a hacer durante nuestro decimoséptpto año.

I. Lo que venimos haciendo en un período de dieciséis años.

Señores, hay una enfermedad terrible, la tuberculosis, que mata más hombres que la guerra... Mata 150.000 franceses cada año. Pues bien, la medicina preventiva y la higiene dan los mejores resultados contra la tuberculosis. El tuberculoso necesita un régimen,

limpieza, aire, alimentación superabundante. Tal es, al decir de todos los médicos, el mejor medio de contener el mal, de combatir el bacilo destructor y homicida. La irreligión hace en las almas los mismos estragos que la tuberculosis en los cuerpos. La irreligión es nuestra gran enfermedad mental, moral y social. Sería difícil contar los que emponzoña y mata, los que enerva y pone anémicoss.

¿Cómo prevenirla? ¿Cómo curarla? Mediante un régimen, el régimen de agrupación de los católicos, mediante el régimen de instrucción religiosa ampliamente defendida. Tal es la razón de ser de nuestra institución de la misa de los hombres. Ella nos arma y nos inmuniza contra la irreligión contemporánea. Ella reúne a los hombres, hace que se arrodillen ante Dios, les distribuye la verdad religiosa. He ahí lo que venimos haciendo hace ya dieciséis años. Nos agrupamos, oramos en comunidad, nos instruímos.

1.° *Nos agrupamos.* Esto ya es algo; es mucho. Aislados, somos débiles, impotentes, y pronto nos desalentamos y abatimos. Somos polvo impalpable, al que los impíos pisotean, y dispersa el soplo del viento. Somos hojas muertas que siembran melancólicamente el suelo y nada significan. Agrupados, nos hacemos fuertes, nos sentimos confiados e invencibles, porque sabemos que somos mutuamente solidarios y estamos apoyados los unos en los otros. Además, agrupados, se nos respeta. Cuando por centenares salís de la misa de los hombres, el descreído que tropieza con vosotros, no siente la tentación de burlarse de vosotros, sino que murmura por lo bajo: "He ahí hombres de convicción y de valor. ¡Cuánto daría por parecerme a ellos!" En el fondo, no se sentiría avergonzado de formar con vosotros. Agrupados, no solamente se nos respeta, sino que con

frecuencia se nos imita, se nos sigue, se marca el paso detrás de nosotros. Agrupados, somos fuertes, nos hacemos respetar, arrastramos con nosotros a los tímidos y nos procuramos reclutas para el gran ejército de los creyentes. He ahí nuestra obra desde hace dieciséis años. Para defendernos contra la incredulidad, nos agrupamos.

2.° *Oramos colectivamente.* Orar uno mismo, es muy bueno... y nunca me cansaré de encareceros que imitéis al joven soldado que, preguntado por su teniente cómo empezaba la jornada, respondióle: "Por la oración, mi teniente". El cardenal Cisneros, importunado en su oración matinal por visitantes impacientes, les dijo: "Dejadme a los pies del crucifijo. Orar, también es gobernar." Orar solitariamente es muy bueno, pero orar en común, orar en la iglesia, a la plena luz del sol, con la multitud, es mucho mejor. La oración brota más ardiente de nuestro corazón y sube más potente al corazón de Dios, si se ve ayudada, estimulada, centuplicada por la santa emulación del ejemplo y por la eficacia del culto público. En 1876, el general Sonis escribía a uno de sus amigos: "Nada conozco tan consolador como la oración pública, nada tan grande como las ceremonias de la Iglesia, nada tan hermoso como su liturgia. Jamás encontré oficios demasiado largos, y siempre abandoné la iglesia con pena. Puedo decir que el tiempo pasado en ella ha sido el mejor de mi vida." Seguro estoy que los sentimientos de Sonis son los vuestros. Aquí nos arrodillamos juntos ante Dios cada domingo, y nos levantamos más resignados, más fuertes contra el mal, más atraídos hacia el bien. Nos sentimos bendecidos de lo alto, y, en efecto, lo somos. He aquí nuestra obra desde hace dieciséis años. Para defendernos

contra la irreligión, nos agrupamos, oramos colectivamente.

3.º *Nos instruímos.* ¡Ah, *cuán poco conocida es la religión!* Horroriza pensarlo. Mirad, muchos hablan del Evangelio, discuten su autenticidad, su integridad, su veracidad, pero nadie lo ha leído por entero. Muchos hablan del Concordato, lo alaban o lo censuran, piden su supresión o su mantenimiento, pero por lo regular no tienen de este famoso contrato más que un conocimiento vago, superficial; su texto es de una brevedad sin ejemplo, pero jamás lo leyeron. ¿Qué han leído? Periódicos o teólogos de ocasión que se pronuncian a la buena de Dios sobre todas las cosas...; novelas compuestas de las ideas y de las tesis más falsas mezcladas con intrigas espeluznantes. Y con estas ideas falsas y con los recuerdos casi borrados de dos años de catecismo, se hilvana una especie de religión, nada parecida a la verdadera religión a la religión de Jesucristo. Señores, confundiríais con vuestro desdén, y no os faltaría razón, al médico que se dijera médico sin haber estudiado medicina, al ingeniero que se dijera ingeniero sin haber estudiado ciencias. Por desgracia, cuántos de nuestros contemporáneos se dicen y se creen cristianos sin saber una palabra de religión, o, por lo menos, sin conocerla por modo casi suficiente. Su bagaje de instrucción religiosa cabría en la mano y en la cabeza de un niño de siete años. Esto no obstante, *todos,* sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, ricos y pobres, jóvenes y hombres hechos, tenemos gran necesidad de ser instruídos en las cosas de la religión. Vivimos en un tiempo en que las creencias religiosas son en todas partes y en todo momento furiosamente atacadas. No nos lamentemos mucho de

ello. En primer lugar, esto no serviría de nada, y luego, somos católicos, esto es, miembros de la Iglesia militante, en la que nacimos y debemos vivir combatiendo sin cesar. Pero vivamos armados. Tengamos fe inteligente e ilustrada, una fe equilibrada, que vea exacta y claramente, una fe razonada e intrépida, capaz de resistir al ataque y conseguir la victoria. Para defender nuestras creencias y hacerlas prevalecer, tenemos necesidad de una fuerte instrucción religiosa. Pero vosotros *los hombres,* tenéis todavía más necesidad que otros, porque sois la cabeza, porque sois el porvenir, porque sois el depósito sin fondo de las fuerzas terribles de la idea. Y si la idea cristiana no está en vosotros muy arraigada, muy viva, ni no es suficientemente intensa, ¿qué sucederá? ¿Qué será de nosotros mañana? Seremos un pueblo de descreídos, es decir, una raza bastarda, una sociedad entregada a todas las decadencias, una presa segura de la muerte. Si no queréis que nos ocurra semejante desgracia, armaos, revestid la coraza de la ciencia religiosa. Preciso es que tengamos conciencia de la verdad, de la solidez, de la nobleza de nuestras creencias, a fin de que, si no quieren seguirnos, por lo menos nos respeten, nos dejen libre el paso. ¿Entendéis ahora la importancia de la obra que juntos estamos realizando? Hace deiciséis años que, para defendernos contra la irreligión, nos agrupamos, oramos colectivamente, nos instruímos. Ahora veréis

II. Lo que vamos a hacer en nuestro decimoséptimo año.

Vamos a continuar, yo, vosotros, vosotros y yo, agrupados, orando colectivamente, instruyéndonos en las cosas de la religión.

1.° *Yo.* Os hablaré durante este décimoséptimo año como os vengo hablando hace ya dieciséis años; es decir, con entera franqueza, con libertad completamente apostólica. Quizás no os aportaré lo que Bossuet llama "un poco de agudeza de espíritu que alegre, una armonía que deleite, movimientos que agraden"; pero ciertamente os ofreceré una palabra sincera. Por otra parte, el conocimiento que tengo de vuestro espíritu cristiano, de vuestro sentido elevado, de la savia generosa que constituye el fondo de vuestras almas, como el fondo del suelo orleanés, me autoriza a hablaros con lealtad audaz. Como quiera que sea, no teniendo que deciros más que cosas verdaderas, no veo por qué habría de ser tímido en decíroslas. Señores, no siempre tenéis vosotros la libertad de proclamar en alta voz la verdad; pero yo nada tengo que perder en esta proclamación pública y resonante; antes, por lo contrario, mucho tengo que ganar en ello, porque a la vez liberto mi conciencia y emancipo la vuestra. Procuraré, pues, cumplir con mi deber y deciros la verdad, nada más que la verdad, pero toda la verdad.

2.° *Vosotros.* Señores, vosotros tendréis el valor de oírlas. Acudiréis en gran número a esta iglesia, y acompañaréis a ella a otros muchos que nada saben, que no se atreven, que han perdido el hábito religioso, que sólo esperan vuestra invitación para ponerse en marcha hacia el altar del verdadero Dios. Los tiempos son malos para la religión. Esto es innegable. Todas las licencias del pensamiento, de la pluma y de la conducta, todas las impiedades, todas las inmoralidades conspiran juntas para arruinar la idea religiosa. ¿De qué sirve gemir? Los gemidos no sirven para nada, y las lágrimas vertidas sobre las ruinas, no pueden levantarlas. En vez de lamentarnos, obremos. Sólo

esto es verdad, sólo esto es real, sólo esto es eficaz. Un hombre que viene a esta misa, hace mil veces más bien que cien hombres que gimen en un rincón de su hogar. Un creyente que conoce su religión, y que se pone en condiciones de defenderla, hace mil veces más bien que cien bautizados que sólo tienen una fe tradicional, maquinal, no razonada, incapaz, por consiguiente, de justificarse e imponerse. Un católico que honra a su Iglesia con sus buenos ejemplos y con su apostolado, hace mil veces más bien que cien hombres honrados que, para mejorar su siglo, se contentan con maldecirlo. Escuchad esta hermosa frase de la señora Swetchine: "Si los buenos fueran mejores, no habría tantos malos." ¡Ah, cuán verdad es esto! Habría muchos menos malos el día en que los buenos fueran más ardientes para el bien, más animosos, más compactos, más intrépidos en la afirmación y en la práctica de la idea cristiana. Vosotros, señores, seréis y continuaréis siendo cristianos irreprochables, ejemplares, conquistadores.

3.° *Vosotros y yo* procuraremos cumplir con nuestro deber. Quizás os he citado ya este caso, pero como es tan hermoso, puede citarse dos veces. Preguntóse a un aldeano de la Vendée qué hacía durante la tormenta revolucionaria de 1793: "¡Estaba de pie!" —respondió.—Hace dieciséis años, señores, que en presencia de la guerra satánica que contra Dios y la religión hacen los sectarios y los renegados, vosotros y yo estamos de pie, cantando y glorificando nuestro *Credo*. Bien está. Perseveremos en la misma actitud, y preparemos así las grandes y resueltas decisiones, las grandes renovaciones, las grandes auroras. Reavivemos en nuestras almas el fuego sagrado de la fe cristiana, para llevar su llama a las tierras heladas e incultas que espe-

ran la vida. ¡Adelante, señores! El camino es hermoso! El mundo tiene necesidad de nosotros, y Dios nos bendice.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

Las objeciones históricas contra la Iglesia

SEÑORES:

En dieciséis años hemos examinado juntos muchos asuntos. Hemos estudiado sucesivamente Dios y su obra, Jesucristo y su obra, la Iglesia y su obra, el catolicismo en los tiempos modernos, nuestras plagas sociales, y, finalmente, hemos respondido a muchas objeciones contemporáneas contra la religión y contra la Iglesia. Aquí nos encontramos ahora. El año pasado contestamos las objeciones contra el Fundador y la fundación de la Iglesia. Durante este décimoséptimo año, propóngome refutar las objeciones contra la historia de la Iglesia. En esta conferencia preliminar os diré algo sobre las objeciones en general y sobre las históricas en particular.

I. Las objeciones contra la religión son necesariamente numerosas.

La religión es asunto tan capital, tan misterioso, tan

molesto, tan ignorado, que no debéis extrañaros de oir tantas objeciones contra la religión. ¡Es cosa *tan capital* la religión! Hace veinte siglos que el cristianismo agita y divide al género humano. Hoy más que nunca constituye el gran debate del mundo. Detrás de esas querellas políticas que tanto ruido meten y tan poco resultado ofrecen, hay otra que es la verdadera y la última, la de saber si las naciones civilizadas por el cristianismo abandonarán el principio que las ha hecho lo que son, si llegarán hasta la apostasía, y cuál será, en este caso, la suerte que las espera. Ser o no ser cristiano; tal es el enigma del mundo moderno. Ya es casi imposible mostrarse uno indiferente. Antes, podía uno dormirse tranquilamente murmurando: la religión no es nada. Hoy, vese uno obligado a decir al despertar: la religión lo es todo. No os extrañéis, pues, si oís contra la religión tantas objeciones. ¡Es cosa tan capital la religión!

También es *sumamente misteriosa.* Nos transporta a profundidades y sublimidades infinitas. Abriga el propósito de revelarnos los secretos del alma, los secretos de Dios, los secretos de la eternidad. Nos refiere nuestro origen y nuestro destino. Responde con autoridad, con certeza a estas tres preguntas que constituyen nuestro tormento: ¿Quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¡Qué audacia! ¡Qué temeridad!, dicen algunos. ¿Cómo la religión puede saber lo que es Dios, el hombre, la otra vida, e imponernos sobre estos puntos sus afirmaciones? Y la interrogan, la discuten, le piden explicaciones, le oponen dificultades; se lamentan de no comprenderla, reivindican el derecho de dudar, de contradecir, de negar. No os extrañéis de oir tantas objeciones contra la religión. ¡Es la religión cosa tan capital y tan misteriosa!

Pero también la religión es cosa *molesta.* La aritmé-

tica y la geometría no nos molestan mucho. ¿Qué importa a la conciencia y a las pasiones sublevadas creer o no creer que dos y dos son cuatro y que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos? Las verdades aritméticas y geométricas no son discutidas por nadie, porque no entrañan consecuencia alguna para nuestra vida práctica. Pero todo lo contrario ocurre con la religión, pues interesa y compromete la conciencia, pone un freno a nuestras pasiones, nos impone principios molestos. Como dice Lacordaire, "ni el musulmán ni el pagano tienen necesidad de apostatar para vivir tranquilos en el oprobio de sus sentidos. Sólo el cristiano tiene un Dios que le obliga a avergonzarse." Y entonces, para suprimir a Dios, o para reducirlo al silencio, para convencerlo de impostura o negar su existencia, se investiga, se inventa, se dirigen contra Él los razonamientos más sutiles y las más inverosímiles suposiciones. No os extrañéis de oir contra la religión tantas objeciones. ¡Es cosa tan capital, tan misteriosa, tan molesta, la religión!

Finalmente, ¡es cosa *tan ignorada,* tan indignamente desfigurada la religión! No es difícil presentar objeciones contra ella. Para esto no es preciso ser muy maligno ni muy fuerte. Basta con prestar oídos a todas las insanias que resuenan contra ella en las conversaciones y en la prensa. Tomad el hombre más ignorante, y haced que lea el periódico más perverso. Al cabo de algunos meses, formulará contra la religión centenares de objeciones que serán para él tan verdaderas como el Evangelio. Señores, no prestamos bastante atención al poder de la prensa. Cavour, después de asegurar la unidad italiana, pidió a las Cámaras un bill de indemnidad por sesenta y dos millones de publicidad en el extranjero, cuya distribución negóse a precisar. "Con esto—decía—he hecho la unidad de Italia". Sí, se ha-

bía servido de ellos para subvencionar la prensa antirreligiosa y para formar una opinión favorable a sus proyectos. Del mismo modo preparó Bismarck la unidad alemana, explotando la prensa, comprándola, obteniendo de ella a precio de oro el silencio sobre los armamentos de Prusia, o proclamas virulentas en pro de la guerra franco-alemana. El poder del periódico es formidable, y en materia religiosa es difícil enumerar las objeciones estúpidas o malvadas que la prensa diaria hace germinar en los cerebros. No os extrañéis de oir contra la religión tantas objeciones. La religión, ¡es cosa tan capital, tan misteriosa, tan molesta, tan universalmente ignorada y tan odiosamente desfigurada!...

¿Podemos responder a todas estas objeciones? Vosotros no podríais. Son tan numerosas, que os faltaría el tiempo para oponerles una refutación en regla. Algunas son tan estúpidas, que sólo merecen vuestro silencio y vuestro desdén. Otras son tan pérfidas, que no tendríais medios suficientes par desenmascararlas y confundirlas.

Pero es preciso que podáis resolver las más serias y difundidas. Para ello vengo ayudándoos hace ya tres años. Con la mayor sencillez y lealtad, haciendo un llamamiento a vuestro buen sentido y a vuestra fe, he refutado las objeciones dirigidas contra la religión, contra el Fundador y la fundación de la Iglesia... y llego ahora a las objeciones dirigidas contra la historia de la Iglesia. ¿Qué hay que pensar de ellas?

II. Las objeciones históricas son particularmente numerosas.

No podría ser de otro modo. Considerad la longevidad, la extensión, los contactos de la Iglesia católica.

La *longevidad* de la Iglesia católica. Hace veinte siglos que vive, y se arraiga en un pasado, en una preexistencia de cuarenta siglos. Ningún imperio, ningún reino, ninguna república cuentan con semejante longevidad.

La *extensión* de la Iglesia católica. Desde su origen, se ha difundido por el mundo entero, y hoy, ¿en dónde no se encuentra? Los imperios, los reinos, las repúblicas, están localizadas, tienen un territorio restringido.

Los *contactos* de la Iglesia católica. Por sí misma, o por el judaísmo, su cuna, ha estado en contacto con todos los siglos de la vida del género humano, con todos los lugares y con todos los pueblos de la tierra, con todos los idiomas, con todas las instituciones y todos los regímenes. Su historia, puede decirse que es la historia del género humano. Ningún imperio, ningún reino, ninguna república ha tenido, ni puede tener, tan hermoso aspecto. Viviente desde tanto tiempo, universalmente difundida, en contacto con todo. la Iglesia católica ha de ser atacada por muchos puntos. En el largo camino recorrido, pueden recoger, para arrojárselos al rostro, todo acontecimiento, toda leyenda, todo monumento, toda inscripción, toda medalla, todo resto insignificante del pasado. De hecho, las objeciones históricas contra la Iglesia católica, son innumerables.

La historia es un campo inmenso, lleno de diversidades, de disidencias, de eternos combates. ¿Hay un hombre que sepa y toque bien toda la historia? No lo creo. Las personas instruídas conocen algunas de sus partes, pero no conocen los anales completos del género humano. Si un hombre superior puede en rigor orientarse por entre las brumas, por entre los impenetrables jarales de la erudición histórica, la inmensa mul-

titud no puede hacerlo. Señores, no es posible, razonablemente, pediros que resolváis todas las objeciones sacadas de la historia contra la religión.

Pero importa que conozcáis y podáis resolver las principales, las más difundidas, las objeciones corrientes. Importa que conozcáis en la historia algunos grandes hechos incontestables que solucionan las dificultades de detalle. En esto quisiera ayudaros durante el décimoséptimo año de nuestras conferencias. Mi trabajo será espinoso, pero no dejará de ser útil, indispensable, y la dificultad de salir airoso se unirá a la necesidad de emprenderlo. Os hablaré, pues, sucesivamente, de las derrotas, de las impotencias, de las inmoralidades, del obscurantismo, de las riquezas, de las crueldades de la Iglesia, y, finalmente, de la supuesta superioridad de las naciones protestantes sobre las naciones católicas, y de todo ello sacaremos numerosas conclusiones, particularmente dos, a saber, que

1.º La Iglesia católica *es irreprochable.*

Refiérese que el mundo universitario presentóse un día a Enrique IV y se lamentó de la terrible concurrencia que los jesuítas hacían a la Universidad. El Rey, que estaba animado del sentimiento de la justicia y de la libertad, y que era, además, muy agudo de espíritu, dijo a los enemigos de los jesuítas: "Señores, ¿os quejáis de los jesuítas? ¡Hacedlo mejor que ellos!" A los enemigos de la Iglesia católica, a los que la acusan de maldades imaginarias, diremos lo mismo: "Librepensadores y masones, ¿os quejáis de la Iglesia? ¡Es muy sencillo; hacedlo mejor que ella!.. Pero ni siquiera os pedimos tanto; ¡hacedlo tan bien como ella!" Estad bien seguros de que no lo lograrán. El catolicismo es inimitable e irreprochable. Es tanto más grande cuanto más se le compara, tanto más úni-

co cuanto más rivales tiene. Pueden calumniarlo, pueden intentar suprimirlo, pero nunca podrán remplazarlo.

2.° La Iglesia católica *es irreemplazable.*

Sabido es que las naciones convertidas del paganismo al Evangelio, se transformaron en naciones civilizadas. Elevároinse a un nivel superior de moralidad, de vida intelectual, de heroísmo, y aun de prosperidad material. ¿En qué se convertirían las naciones cristianas si salieran del Evangelio, que las ha formado y alimentado? Lo ignoramos, aunque a decir verdad lo sabemos muy bien. Porque no descubrimos ninguna doctrina dispuesta a recibirlas, sino un abismo en el cual la materia se sentaría en el trono vacío de Dios. La Iglesia católica es irreemplazable. Fuera de ella, no hay más que ruinas, lodo y sangre. Seamos hijos fieles, dóciles servidores, soldados animosos de la Iglesia. En ella está la vida, la vida de nuestras almas, la vida moral y social, la vida eterna.

Así sea.

I

LAS DERROTAS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Las derrotas de la Iglesia

LAS DERROTAS DE LA IGLESIA NO SON MAS QUE LOCALES Y MOMENTANEAS

SEÑORES:

Se objetan contra la Iglesia las derrotas que ha soportado durante su larga historia de diecinueve siglos. Se sostiene que, si fuera divina, no hubiera sido con tanta frecuencia y tan universalmente vencida. Respondamos a esta primera objeción, y veamos: 1.° que la Iglesia puede soportar derrotas; pero 2.° que semejantes derrotas no son más que locales y momentáneas.

I. La Iglesia puede soportar derrotas.

La Iglesia, en conjunto, es indestructible. Tiene *la promesa* de ello. Jesucristo le dijo: "Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Obra di-

vina, vivirá tanto como su Fundador. Jamás perecerá enteramente. En medio de las destrucciones más difundidas y de las apostasías más generales, habrá en alguna parte, bajo el sol, hombres que constituirán la Iglesia, y que, semejantes a Noé, conservado en el arca con su familia, salvarán de un diluvio universal la verdad y la autoridad evangélicas. De *hecho,* hace ya diecinueve siglos que la Iglesia no tropieza. Alrededor de ella, los imperios, los reinos y las repúblicas caen sucesivamente y descienden a sus mudos abismos, en los cuales duermen las cosas finitas. Pero la Iglesia permanece en pie, no diré invulnerable, pero sí imperecedera. Mil y mil veces se ha intentado matarla, y en ciertas horas, se han anunciado sus funerales. Mas ella ha revivido bajo los golpes y ha enterrado a sus enemigos. Posee ella promesas de eternidad y diecinueve siglos de duración no han agotado su vida inmanente. La Iglesia, en su conjunto, es indestructible. ¿Quiere esto decir que en todas partes y siempre es invencible? No. *Aquí o allá, hoy o mañana, la Iglesia puede experimentar derrotas.* ¿Por ventura no fué esto profetizado? ¿Es que al propio tiempo que decía a sus apóstoles: "Tened confianza; he vencido al mundo", no les decía también: "*In mundo pressuram habebitis...* Seréis prensados como la uva en el lagar, seréis calumniados, arrastrados ante los tribunales, y muertos por mi causa?" En otros términos: Seréis vencidos. *De hecho,* las victorias del error y del mal, hace ya diecinueve siglos que son innumerables. Se han visto magníficas diócesis caer en la infidelidad; se han visto pueblos enteros perder la verdadera fe; se ha visto tal o cual Iglesia particular desaparecer de repente o poco a poco del mapa del catolicismo.

Ora ocurría esa desgracia a consecuencia de inva-

siones externas; tal sucedió con los vándalos, que devastaron las cristiandades de Africa, y con los musulmanes, que destruyeron enteramente las cristiandades del Oriente.

Ora las derrotas de la Iglesia fueron consecuencia y castigo de los pecados de un pueblo y de su clero; así, el estado moral y religioso de Inglaterra y Alemania en el siglo XVI preparó y facilitó el paso de estos dos pueblos al cisma y la herejía.

Otras veces, para explicar las derrotas de la Iglesia, no es necesario hacer intervenir las invasiones extranjeras, o las debilidades del clero y del pueblo. Basta comprobar cegueras prolongadas, errores de método, faltas de táctica, omisiones, ineptitudes que comprometen la causa de la verdad y el bien, la causa de la Iglesia católica. Dios, que nos creó sin nosotros, no está obligado a salvarnos sin nosotros. La estrategia es una ciencia, como la aritmética o la geometría, y un ejército puede ser derrotado si no sigue rigurosamente las leyes de la estrategia. Del mismo modo, nosotros, los católicos, si no combatimos, o si combatimos mal; si somos soldados medianos, o si nuestros jefes son incapaces; si desconocemos las reglas de la prudencia, podemos perder la batalla, podemos ser vencidos. Esto no quiere decir que nuestra causa sea mala, sino que nosotros no sabemos a veces defenderla. Su fracaso no es efecto de la casualidad, de la mala suerte inevitable, de un accidente imprevisto y fatal, sino de nuestras faltas, de nuestras divisiones, de nuestras negligencias, de nuesta inferioridad en la lucha.

Por todas las razones que acabo de alegar, puede la Iglesia experimentar derrotas; pero he afirmado y repito que la Iglesia, en su conjunto, es indestructible. En efecto,

II. Las derrotas de la Iglesia no son más que locales y momentáneas.

Esto, señores, merece toda nuestra atención.

1.° Las derrotas de la Iglesia *no son más que locales.* Jamás fué batida en toda la línea. Cuando sucumbe por un lado, se levanta y triunfa por otro. *Así es toda su historia.* Sucumbe en Oriente, por efecto de las defecciones de la herejía, y se levanta en Europa, con los bárbaros convertidos. Se rehace de las pérdidas del cisma griego con los esplendores religiosos de la Edad Media. Se consuela de los estragos del protestantismo con la conquista del Nuevo Mundo. Vencida por Lutero, Calvino y Enrique VIII, se dirige a los hijos de santo Domingo, a los hijos de san Francisco, a los hijos de san Ignacio; se embarca con ellos en las naves lanzadas al descubrimiento de las tierras desconocidas, y planta la cruz y proclama el reinado de Jesucristo en los extremos del océano. Vese muerta en Francia por las matanzas y salvajes proscripciones de 1793, pero nuestros sacerdotes desterrados suscitan en Inglaterra un poderoso movimiento de retorno al catolicismo. Las derrotas de la Iglesia no son más que locales. Cuando es batida en un punto, restablece en otros el equilibrio de su universalidad. Hoy mismo *contemplamos este espectáculo.* No obstante ciertos progresos locales y parciales, a menos de voluntaria ceguera, hay que reconocer que el catolicismo, ha retrocedido en conjunto en nuestra patria y, sin ser pesimistas, podemos temer que, durante varios años, continúe en aumento semejante movimiento de retroceso. Pero, fuera de Francia, el catolicismo, en lugar de retroceder, avanza.

Así, vemos que progresa en Alemania, en Inglaterra, en Australia. Si un oficial se atreviera, entre nosotros, a pronunciar el nombre de Dios en una disquisición cualquiera, sería tratado de clerical y se le pondría una nota desfavorable, en tanto que, en Alemania, los jóvenes soldados son conducidos al templo o a la iglesia, según su confesión, para prestar juramento ante el altar. Mientras que entre nosotros se dejan sin obispos ocho o diez diócesis, se fundan en Australia, en Tasmania y en Nueva Zelanda nuevas sedes episcopales. Miremos, no un punto determinado del mundo, sino el mundo entero, y comprobaremos que el catolicismo progresa. La Iglesia puede soportar derrotas, pero son locales.

2.º Las derrotas de la Iglesia *no son más que momentáneas.*

Y no pueden ser más que momentáneas. Ved lo que es la Iglesia. Es la superviviente y la personificación de Jesucristo, que dijo: "Yo estoy contigo hasta la consumación de los siglos." Ahora bien; Jesucristo resucitado, no muere nunca; pueden atacarlo, herirlo, hacerlo padecer en sus ministros, en sus miembros, en sus instituciones, en sus emblemas, pero no es posible ni matarlo, ni aniquilarlo. Para vencer definitivamente a la Iglesia, sería preciso extinguir y exterminar a Jesucristo, que es su cabeza, su corazón, su alma, su vida. Esto no es posible. Las derrotas de la Iglesia no pueden ser más que momentáneas. Ved *a qué profundidad* está arraigada en el Estado, en la opinión, en el alma, en el género humano. Expulsarlas del Estado, desterrar de las instituciones civiles todo elemento católico, es ya una gran empresa; hace cien años que se trabaja entre nosotros para conseguirlo, y la operación no ha terminado todavía. Ex-

pulsar a la Iglesia de la opinión, es mucho más difícil, porque la idea católica es entre nosotros un atavismo, una necesidad, un hecho. Pero expulsar a la Iglesia del alma humana, es enteramente imposible. Los miles de millones son aquí impotentes. "La Iglesia no tiene más que el soplo—dice Proudhón,—pero cree en Dios". Ahora bien; como ni la razón, ni el corazón del hombre han sabido libertarse de la idea de Dios, lo cual es lo propio de la Iglesia, la Iglesia es indestructible. Y, de hecho,

Todas las derrotas de la Iglesia no son más que momentáneas. Batida un día, se levanta al día siguiente, y sobrevive a todos los cismas, a todas las herejías, a todos los desmembramientos, a las ordenanzas de San Luis, como a las libertades galicanas, a Pothier como a Descartes, a Lutero como a Voltaire. Mirad, ¿puede darse derrota mayor que la que soportó la Iglesia en el siglo XVI, a los golpes de la Reforma? Derrota momentánea. Vino el concilio de Trento, el cual, según la expresión de un escritor protestante, Macaulaz, "renovólo todo en el espacio de la vida de un hombre, desde el Vaticano hasta la última ermita de los Apeninos". ¡Qué derrota la de la Iglesia a principios del siglo XVIII, a los golpes de la Revolución! Derrota momentánea. Vino la Vendée, que exclamó: "Devolvednos nuestros sacerdotes. Devolvednos nuestro Dios." Vino el Concordato, y devolvió a Francia sus altares y su clero. ¡Qué derrota la de la Iglesia a principios del siglo XX! Hay para creer que todo va a zozobrar. Derrota momentánea. Vencida hoy, la Iglesia se realzará mañana, cuando nuestros padecimientos expiatorios nos hayan merecido la victoria, cuando la opinión, por fin ilustrada, haya comprobado la nada de la impiedad y la necesidad del freno católico. La Iglesia puede experimentar derrotas; pero

las derrotas de la iglesia no son más que locales y momentáneas.

Os presento dos conclusiones.

1.ª *No temamos por la Iglesia universal.* La Iglesia católica, la Iglesia universal, es insustituíble, indestructible, invencible, inmortal. Con la Iglesia católica no ocurre lo que con las sociedades puramente humanas. Estas últimas nacen, viven y mueren. Las veis elevarse, y luego descender. Desde la cúspide de su civilización, la caída empezada no se detiene jamás. Las instituciones se doblegan con las costumbres, y llegan al poder hombres siniestros, sin otra preocupación que rebajar la justicia y la ley al nivel de la corrupción pública. Así desaparecen las sociedades en decadencia. Todo lo contrario ocurre con la Iglesia católica. Posee ella una virtud propia, una vitalidad secreta, una savia inagotable, y, para emplear la palabra propia, un resorte íntimo y divino, que la resucita sin cesar y sin cesar la eleva sobre sus pies, llena de juventud y de vigor, en la plenitud de su vida. Sobreabunda en confianza y optimismo, y su esplendor de esperanza, su vitalidad de egotismo son las alas sobre las cuales se elevan las grandes fortunas, las grandes empresas y las grandes victorias. Como decía el mariscal Davout: "La victoria no pertenece a los nutridos batallones, sino a los más tercos." ¿Conocéis una sociedad cualquiera más terca, más segura de vivir, más paciente en la adversidad, más confiada en el mañana, que la Iglesia católica? No hay otra igual. Jamás se desalienta; luego, jamás es definitivamente vencida. No temamos por la Iglesia universal.

2.º *Temamos por la Iglesia de Francia.* Si la Igle-

sia universal es imperecedera, las Iglesias particulares no lo son. Las promesas eternales fueron dadas al catolicismo. De hecho, varias cristiandades importantes desaparecieron en la sucesión de las edades. La Iglesia de Jerusalén desapareció. Del mismo modo la Iglesia de Africa, a pesar de las virtudes de los Cipriano y los Agustín, desapareció también. Mucho ojo, católicos de Francia. No nos durmamos en una apatía funesta. Dios no salva más que a los pueblos que luchan. La indestructibilidad de la Iglesia, no basta para asegurarnos la victoria. Protejamos al catolicismo francés, tan amenazado hoy en día, y pongamos a su servicio nuestras oraciones, nuestros ejemplos, nuestro apostolado.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

LAS DERROTAS DE LA IGLESIA SON INEVITABLES

SEÑORES:

Cuando se estudia la historia de la Iglesia desde hace diecinueve siglos, se comprueba que ha sufrido derrotas, las cuales, por otra parte, han sido locales y momentáneas. ¿Hay que asombrarse por ello? ¿Tiene alguien el derecho de acusar por ello al catolicismo? No. Las derrotas de la Iglesia son inevitables, y haríamos mal en escandalizarnos a causa de ellas. Veámoslo.

I. Las derrotas de la Iglesia son inevitables.

Tiene ella una bandera, y armas que de cuando en cuando, aquí o allá, conducen necesariamente a la derrota.

1.º ¿Cuál es *la bandera* de la Iglesia? *Una cruz*

sobre la cual expira un condenado a muerte, un ajusticiado, un artesano, un pobre, un judío, el juguete de la multitud, el oprobio de la nación, el objeto del menosprecio público y de la execración universal. He ahí el hombre que la Iglesia propone a la adoración del mundo entero, el estandarte en torno del cual deben agruparse todas las almas y todos los pueblos. Además, en esta bandera aparecen escritas sentencias que suenan como declaraciones de guerra. *¡Abajo los ídolos!* Reconozcan al verdadero Dios en un judío crucificado, y caigan aniquilados ante su altar, a pesar de su antigüedad, a pesar de los prestigios majestuosos y los rientes recuerdos de su culto, a pesar de las secretas complicidades y prejuicios nacionales de los que los adoran. *¡Mueran las pasiones!* Dueñas del corazón humano, la cruz manda que se mortifiquen, que abdiquen, que se inmolen a sus pies. Quiere que la ambición renuncie a la sed inmoderada de los honores y dignidades que la devora, que la codicia renuncie al hambre insaciable de oro que la domina, que la voluptuosidad renuncie a los instintos poderosos y a las viles inclinaciones que la solicitan, que la venganza renuncie al áspero y cruel placer que se promete poniendo el pie sobre el cuerpo y la reputación de un enemigo. Además, en la bandera que empuña en sus manos la Iglesia, leo también: No matarás, no robarás, no cometerás adulterio. *¡Fuera el infanticidio, la poligamia y el divorcio!* ¡Atrás la mirada, el deseo, y aun la idea del mal! Sí, la Iglesia llega hasta eso. Tiene la pretensión de vigilar la vida íntima del alma. Tiene la pretensión de disciplinar la vida íntima del hogar, de defender a los hombres contra sus propias inclinaciones, de conservar la unidad y la indisolubilidad del matrimonio. Se le pide que haga algunas concesiones, pero no quiere hacerlas; es intransigente. En materia de leyes divinas, no hay componendas; no

hay puertas entreabiertas. Por donde pasa uno, tiene derecho a pasar la muchedumbre, pero la Iglesia jamás abre la puerta que debe tener cerrada. La Iglesia planta su bandera ante los sofismas interesados, ante los goces ilícitos, ante las legislaciones humanas abusivas, y dice: ¡No se pasa! Pero ¿tiene sin duda medios seguros de hacerse obedecer? No.

2.º ¿Cuáles son *las armas* de la Iglesia? Puede decirse que no tiene ninguna, o que casi no las tiene. Escuchad a Jesucristo dirigiéndose a su Iglesia personificada en los Apóstoles: "No tengáis oro ni plata, ni moneda alguna en vuestro cinturón. Os envío como corderos en medio de lobos. Seréis llevados por mi causa ante los tribunales. Seréis odiados, flagelados, perseguidos, condenados a muerte." En efecto, cien y cien veces el oro y la plata, la política y la ciencia, la pluma y la espada, la cólera del pueblo y el cetro de los reyes entraron sucesiva o simultáneamente en las conspiraciones urdidas contra el Evangelio. Cien y cien veces, todos esos medios humanos, en vez de servir a la Iglesia, se coligaron para destruirla. Sus delatores fueron comprados y pagados a precio de oro. La política la hizo comparecer ante su tribunal. La ciencia la despreció y se burló de ella. La guerra pública agarrotó sus miembros y ahogó su voz. Mas en presencia del mundo entero sublevado contra ella, la Iglesia, para defenderse, no contó con otras armas que su llanto, su oración, su fe, su paciencia y su palabra. Padeció, recurrió a Dios, proclamó obstinadamente la verdad, la justicia, la divinidad de Jesucristo, los derechos de la moral, las sanciones de la eternidad. He ahí su vida hace ya diecinueve siglos. Marcha atravesando las naciones con la cruz por bandera, con la fe por apoyo, con la palabra por único medio, intransigente y desar-

mada, expulsada de una ciudad y pasando a otra, sin otra venganza que la de sacudir, sobre el mundo, el polvo de sus pies.

En semejantes condiciones, señores, ¿es asombroso que la Iglesia, de tiempo en tiempo, aquí o allá, sea vencida, arrastrada por el fango, pisoteada? No, no es asombroso. Sus enemigos son numerosos, encarnizados, todopoderosos; su debiliddad es extrema, y sus medios de defensa casi nulos. Las derrotas de la Iglesia son inevitables.

II. Cometeríamos una falta si nos escandalizáramos de ellas.

Esas derrotas prueban su santidad y su divinidad.

1.° Las derrotas de la Iglesia prueban *su santidad*. *¿Por qué, en general, es vencida la Iglesia?* Porque es despiadada contra las malas pasiones. ¡Ah, si cerráramos los ojos ante la licencia; si ante las iniquidades y los vicios no fuéramos más que perros mudos o filósofos sin autoridad; si no agitáramos sobre el mundo la antorcha de un Evangelio purísimo y la amenaza muy auténtica de las sanciones eternas; si no habláramos jamás de un Dios que nos ve y nos juzgará, ni del pecado, que es preciso evitar a todo precio, ni de los tribunales, que justifican a los que se acusan; en una palabra, si no fuéramos los apóstoles de una religión santísima, se nos dejaría en paz, y aun por razón de los inmensos servicios que hacemos a nuestros hermanos, de buen grado se nos llevaría en triunfo. Pero no. Somos ministros de una Iglesia que guarda inviolablemente la ley moral, que no sacrifica de ella ni una coma, que prefiere morir a dejarse corromper.

He ahí lo que no pueden perdonarnos. La iglesia es vencida porque es santa, y, en efecto,

Cuando la Iglesia es vencida, ved lo que ocurre.

Al punto comienza y se precipita una decadencia, un retroceso, una depresión de la idea moral. Cuando la Iglesia es vencida en Oriente, las brutales ambiciones del islamismo se apoderan de los pueblos embrutecidos. Cuando la Iglesia es vencida en Africa, la barbarie de los vándalos sucede al glorioso y fecundo episcopado de San Agustín. Cuando la Iglesia es vencida en 1793 por el Terror, la diosa Razón ocupa su puesto en nuestros altares profanados. La risa de Voltaire flota sobre la sangre y el lodo. Hoy la Iglesia católica soporta en Francia otra derrota. Actualmente, son vencidos los católicos franceses. Constituyen la inmensa mayoría de la nación, pueden de un momento a otro recuperar la parte de libertad o de influencia que les pertenece, y aun el temor de esta eventualidad produce furiosos accesos de rabia en los hombres violentos que nos oprimen. Ocurra mañana lo que ocurra, hoy los católicos franceses son vencidos. ¿Vale algo más por ello la nación? ¿Sube o desciende el nivel de la moralidad? Señores, quisiera poder decir que las costumbres entre nosotros mejoran, que las muertes y los suicidios son menos numerosos, que la infancia y la juventud son más puras y respetuosas, que los robos y las faltas contra la delicadeza propenden a desaparecer, que los hogares se muestran más unidos, y, por consiguiente, que el orden social aparece más firme y seguro de día en día. Quisiera poder decir que, con respecto a la moral, progresa nuestra sociedad. Pero no puedo decirlo; por lo contrario, compruebo que, entre nosotros los franceses, la moral declina al propio tiempo que la idea religiosa y la irreligión conducen a la desmoralización. Cuando

la Iglesia baja, todo se deprime. Cuando la Iglesia es vencida, las costumbres decaen. La Iglesia, no sólo es la substancia de la verdad, sino la substancia del bien, que sube o desciende con ella. Careceríamos de razón si nos escandalizáramos de las derrotas de la Iglesia, ya que prueban su santidad.

2.° Las derrotas de la Iglesia prueban *su divinidad.* Si la Iglesia no fuera divina, hace ya diecinueve siglos que, centenares de veces, *no sólo hubiera sido vencida, sino aplastada y aniquilada.* Oiréis decir a veces que el mejor medio de proteger una doctrina, consiste en perseguirla. Dispensadme; la historia tiene otro lenguaje. La historia nos muestra la soberanía de la violencia. Las primitivas herejías, castigadas por mano vigorosa, desaparecieron del mundo, sucumbieron irremisiblemente. Allí donde el protestantismo topó con una mano de hierro, retiróse con la cabeza baja, y sólo triunfó donde encontró la protección de los príncipes rebeldes. Si una doctrina es falsa, no resiste mucho tiempo a la violencia. Hace ya diecinueve siglos que la Iglesia católica, a pesar de sus derrotas inevitables, pero parciales, acaba siempre por sacudir la violencia. Luego es sostenida por el Fuerte de los fuertes; luego Dios está con ella; luego es divina.

La Iglesia no ha sido jamás definitivamente vencida, porque Dios está con ella para sostenerla, para levantarla, para vivificarla y resucitarla. Dios está con ella teniendo en su mano el acaso, que es su incógnito; la muerte, que es su sargento de batalla; el aire, el agua, el sol, que son sus mandatarios y servidores; el rayo, que alcanza más que el cañón, y hiere con más seguridad; la peste, que desciende inopinadamente sobre el ejército de Federico Barbarroja y lo expulsa de Roma en cuatro días; el viento glacial del Norte,

que hace caer las armas de las manos del Gran Ejército; ese yo no sé qué imprevisto, que pierde y aterra a los más poderosos impíos; esa pequeña flecha inadvertida que traspasa a Juliano el Apóstata; esas arenillas que, según la expresión de Pascal, no hubieran sido nada en otra parte, pero que, alojadas en el fondo del cuerpo de Cromwell, aniquilaron, a la vez que su gloria ajada, su ambición engañadora y sus sueños de dominación universal. ¿En dónde está Nerón? ¿En dónde Diocleciano? ¿En dónde Lutero? ¿En dónde Voltaire, Couthón, Saint-Just, Renán y tantos otros? ¿En dónde su puñado de polvo? En cambio, Jesucristo está en todas partes, su cruz está en todas partes, su Iglesia está en todas partes. Si se intenta expulsar a Jesucristo, su cruz y su Iglesia, es porque están en todas partes. Cometeríamos una falta si nos escandalizáramos de las derrotas de la Iglesia. Ellas prueban su divinidad, no menos que su santidad.

Refiérese que el fundador de la nación francesa, Clodoveo, oyendo de labios del obispo Remigio el relato de la Pasión del Salvador, no pudo contenerse, y exclamó: "¡Ah, si yo hubiera estado allí con mis francos!"

Señores, hayan sido en verdad pronunciadas estas palabras, o no sean más que una leyenda, tomémoslas como norma de nuestros sentimientos y de nuestra conducta con relación a las derrotas de la Iglesia. Estas derrotas son inevitables, pero no deben sorprendernos. Acabo de decíroslo: tampoco deben dejarnos fríos, mudos, inertes, insensibles. Cuando la Iglesia es vencida, debemos hacer tres cosas:

1.ª No juntarnos con los cobardes que arrancan las melenas del león porque lo creen muerto;

2.ª Compartir los padecimientos y curar las heridas de la Iglesia, nuestra santa y venerada madre;

3.ª Prepararle triunfantes y pacíficos desquites con nuestras virtudes, nuestras obras de celo y nuestra incansable abnegación.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

LAS DERROTAS DE LA IGLESIA SON GLORIOSAS

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia las derrotas que ha soportado en su larga historia de diecinueve siglos, pero sin razón alguna. Estas derrotas no son más que locales y momentáneas. Son también inevitables. Y aun añado que son gloriosas. Espero convenceros de ello al mostraros por qué, por quién y cómo ha sido vencida la Iglesia.

I. ¿Por qué ha sido vencida la Iglesia?

En el momento en que Lamoricière, respondiendo al llamamiento de Pío IX, se preparaba a tomar el mando del ejército pontificio, un amigo suyo creyó que debía avisarle el peligro al cual iba a exponer su gloria hasta entonces sin tacha. "Jamás fuisteis vencido—le dijo—; ahora lo seréis."—"¡Qué importa!—exclamó La-

moricière—. La causa vale la pena. Es una causa por la cual daría con gusto mi vida... No dejaré de ir." Y fué. Y fué vencido. Y en vez de la humillación, en vez del deshonor, púsole en la frente la derrota una nueva aureola, la aureola que ponen las nobles causas, aun cuando sucumban, en la frente de los que las defienden. En efecto, la causa de la Iglesia es noble entre todas. Es la más elevada, la más divina y la más humana al mismo tiempo, la más interesante, la más sagrada que pueda imaginarse. Es la causa *de Dios,* de su existencia, de su justicia, de su bondad, de sus derechos, de su ley, de su reino en la tierra, de su soberanía en lo alto. Es la causa *del hombre,* cuyo celestial origen, cuyo sublime destino, cuya nobleza inviolable proclama. Es la causa *de la civilización.* Es ella, es la Iglesia católica, la que ha dado al mundo nuevo un ideal de pureza, de probidad, de solidaridad, que eleva al hombre por encima de su bolsa y de su vientre, por encima del goce fácil e inmediato. La causa de la Iglesia es la causa *de la Verdad y el Bien.* Preferiría morir a sacrificar un solo artículo del dogma, a operar un solo corte en su ley moral. La causa de la Iglesia es la causa *de la libertad* de las almas y de la libertad de los pueblos. Sin duda que recuerda a los pueblos emancipados los derechos de sus jefes; pero al propio tiempo intima a los reyes a que reinen en paz o desciendan del trono, y jamás la tiranía triunfante y aplaudida halló gracia ante ella. Predica el respeto a los débiles, a la mujer, al niño, al pobre, al desvalido. Contiene el furor de los fuertes, los excesos del rico y del poderoso. En resumen, la causa de la Iglesia es la causa *del Evangelio.* Por eso ha sido más de una vez vencida. El Evangelio es un yugo que oprime fuertemente las malas pasiones, un freno que modera así al grande como al pequeño. La Iglesia enseña, acredita, impone el Evan-

gelio. Tal es su crimen. Se le perdonará la existencia, si quisiera callarse, o si tan sólo quisiera dulcificar el Evangelio. No lo quiere, jamás lo hizo, jamás lo hará. La Iglesia enseña, acredita el Evangelio. *Tal es su gloria.* Nada ni nadie la hará desviarse de su deber. Permanece en su puesto. En él experimenta derrotas... derrotas gloriosas, que atestiguan la importancia de su misión y la nobleza de su actitud... derrotas tanto más gloriosas cuanto menos gloriosos son sus enemigos.

II. ¿Por qué la Iglesia ha sido vencida?

¿Ha sido vencida por la porción más inteligente, más honrada, más independiente, más respetable del género humano? No. Generalmente, los sabios verdaderamente superiores, los hombres verdaderamente rectos y desinteresados, los servidores sinceros de la justicia y de la libertad, respetaron por lo menos a la Iglesia, si es que no la defendieron. Reconocieron en ella una institución grande y noble, y aun cuando se abstuvieron de saludarla con el gesto de la fe, tuvieron buen cuidado de no insultarla con el gesto del odio.

¿Por quién fué vencida la Iglesia? *Por los enemigos de todo bien.* Recorred la galería de sus perseguidores: los emperadores romanos, los herejes, los sofistas de los primeros siglos, los bárbaros devastadores, los musulmanes corrompidos, los Césares impúdicos y violentos de la Edad Media, los fundadores de la Reforma, los enciclopedistas del siglo XVIII. ¡Qué figuras tan grotescas y repugnantes! Dos maravillas admiro en el mundo. Una, isla en medio del océano: las olas van y vienen, suben, rugen, la cubren a veces, pero jamás la sumergen por entero; y la Iglesia en medio de las pasiones: orgullo, envidia, ambición: van y vienen, se encres-

pan llenas de espuma; la atormentan, la desgarran, pero no logran engullirla ni exterminarla. ¡Qué dicha para el catolicismo! Las derrotas que ha experimentado le han sido infligidas, no por lo escogido del género humano, sino por los apaches de todos los siglos y de todos los pueblos.

¿Por quién ha sido vencida también la Iglesia?

Por los enemigos del pueblo. No tengo tiempo para nombrarlos a todos, pero citaré tres tomados de los tiempos modernos: Voltaire, Renán y Zola. ¿Conocéis hombres que hayan menospreciado a los pueblos más que estos tres grandes enemigos de la Iglesia? Yo no conozco ninguno. ¿Quién amó menos al pueblo que *Voltaire?* Este gran señor impertinente, cortesano y sibarita, este gran chambelán de Federico de Prusia, este adulador potentado de la Pompadour, este insultador de Juana de Arco sacaba una parta de sus rentas de los dividendos que le reportaba la trata de negros; constituyóse así una fortuna que le producía 200.0000 libras de renta, y declaró por todas partes en sus cartas que el pueblo no merece ser instruído, y que hay que darle como a los bueyes un yugo, un aguijón y heno. ¿Y *Renán,* es amigo del pueblo? Su obra entera destila desprecio del "pópulo"; formaríamos un buen volumen con los pensamientos antidemocráticos y las violentas requisitorias contra el sufragio universal que aparecen aquí y allá en sus obras. ¿Y *Zola,* es amigo del pueblo? En manera alguna. Ese castellano de Medán, que amontona millones escribiendo libros nauseabundos; ese rico coleccionador de objetos de arte, ese novelista de *La Taberna, La Tierra* y *Germinal,* nos pinta deliberadamente tipos obreros y aldeanos: brutos, borrachos, viciosos, obscenos, infames, y al trazar sus semblanzas, hace de ellos monstruosas caricaturas. Teóricos, absolutistas, refina-

dos mandarines, novelistas difamadores de los humildes, he ahí los dioses que se proponen a los proletarios, a las masas emancipadas de nuestro siglo. ¡He ahí los grandes enemigos de la Iglesia! ¡Qué honor para el catolicismo! Sus derrotas le han sido infligidas, no por los verdaderos amigos del pueblo, sino por cínicos intelectuales que se declaran con altivez fuera del pueblo y por encima del pueblo.

¿Por quién, finalmente, ha sido vencida la Iglesia? Por los enemigos de la libertad. ¿Quién fué Nerón sino un enemigo de la libertad? ¿Y Mahoma? ¿Y los emperadores de Alemania que querían sujetar el Sacerdocio al Imperio? ¿Y Lutero que hacía sin cesar llamamientos al brazo secular para despojar los monasterios y expulsar a los obispos de sus sedes? ¿Y Robespierre, Marat y Dantón, cuya guillotina era el instrumento de su poder? ¿Y hoy en día aún, a pesar de que se cantan con tierno acento himnos a la libertad, por ventura la practican con relación a tantos y tantos franceses para los cuales ir a misa es un crimen y una decadencia, con relación a esos millares de ciudadanos que emprenden el camino del destierro, expulsados de sus moradas, despojados de sus medios de vida, reducidos a la mendicidad y a la miseria? ¡Qué honor para el catolicismo! Sus derrotas le han sido infligidas por la porción incontestablemente menos noble del género humano. Finalmente,

III. ¿Por qué medios ha sido vencida la Iglesia?

¿Ha sido vencida por la razón, por el genio, por la discusión legal, por la crítica que persuade, por los argumentos que convencen? No. Ha sido vencida, ora por la fuerza bruta, ora por la astucia hipócrita, casi siempre por la explotación de las pasiones. Semejantes pro-

cedimientos deshonran a los que los emplean y exaltan a los que son víctimas de ellos.

¡Cuántas veces la Iglesia, en su larga historia, ha sucumbido a los golpes de la fuerza, o a los apretones de la ley! ¡Cuántas veces fué agarrotada o ensangrentada por adversarios que abusaban de su poder e insultaban su debilidad! En un magnífico arranque de elocuencia, exclamaba Montalembert un día en la tribuna francesa: "Cuando un hombre se ve condenado a luchar con una mujer, si esta mujer no es la última de las criaturas, puede provocarlo impunemente diciéndole: ¡Pega, pero te deshonrarás y no me vencerás! Pues bien, la Iglesia no es una mujer; es más que una mujer, es una madre. Es la madre de Europa, es la madre de la sociedad moderna, es la madre del mundo contemporáneo". Vencida por la fuerza brutal, la Iglesia es soberanamente gloriosa.

Otras veces sucumbe entre los lazos de la astucia hipócrita, atacada por detrás; se le acusa de maldades imaginarias, y se vierten sobre su cabeza torrentes de calumnias, o se finge defenderla, para mejor esclavizarla. A pretexto de prevenir abusos o impedir usurpaciones, reclaman a cualquier precio la intervención en el nombramiento y aun en la formación misma de sus ministros. Con la excusa de limitar su libertad, la suprimen. Alegando la necesidad de comprobar su propiedad, la confiscan. Insinuando la conveniencia de reglamentar y canalizar su via, intentan cegarla. Paloma inofensiva, ¿cómo la Iglesia no ha de sentirse herida por tantas y tan astutas agresiones? En ellas pierde algunas de sus plumas, pero jamás su vida inmaculada, y así, gloriosamente evita lo mismo la astucia hipócrita que la fuerza brutal.

Con mucha frecuencia, finalmente, emplean contra la Iglesia un procedimiento más desleal, el pro-

cedimiento de la explotación de las pasiones y de los apetitos. Para amotinar las muchedumbres contra los religiosos, se les habla de los millones de las Congregaciones. ¿Qué mayor engaño que ese de los mil millones? ¿En dónde están? ¿Qué queda de ellos? ¿Ha sido aliviado con ellos el presupuesto? ¿Se ha aprovechado de ellos el pueblo? No. El millar de millones de las Congregaciones no era más que una frases miserable y odiosa... una explotación cínica de los apetitos contra la Iglesia. Parece que el método da buenos resultados, pues continúa todavía, y ya excitan la ambición de la muchedumbre prometiéndole los despojos del presupuesto de cultos. Con los millones que el Estado debe a la Iglesia se constituirán rentas para los obreros del taller y de la tierra. Pues bien, ¿qué es esto sino un engaño grosero y cínico, una excitación al robo y al pillaje, una explotación descocada de los apetitos?... Realmente, cuando veo por qué, por quién y por qué medios es vencida la Iglesia, afirmo que sus derrotas son triunfantes, incomparablemente gloriosas.

Tanto más cuanto, aun vencida, *pronuncia casi siempre la última palabra.* Mirad sus más recientes adversarios: Gambetta, Julio Ferry, Challemel-Lacour, Spuller, Waldeck-Rousseau. Todos esos hombres abatieron en apariencia la hidra católica. Pero, recibidos sus golpes, ¿qué ocurrió? Comprendieron que habían herido al alma francesa en el punto más noble, y que habían echado sobre sus nombres la más terrible de las responsabilidades. Espantados de su éxito, se desaprobaron sucesivamente, y casi acabaron por un acto de contrición. El lenguaje de sus últimos días fué la retractación de los actos más resonantes de su vida. Hay en esto, señores, mucho consuelo para nosotros. Las de-

rrotas de la Iglesia son gloriosas; aun vencida, *pronuncia la última palabra. ¡Es la verdad! ¡Es divina!*

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA (1)

LAS DERROTAS DE LA IGLESIA SON FECUNDAS

HERMANOS MÍOS:

La fiesta de Todos los Santos congrega en el redil las ovejas dispersas, y ofrece al pastor la ocasión de hablar a todo su pueblo. ¿Qué os diré? ¿Que la tempestad sopla violentamente sobre la Iglesia de Francia y que las ruinas religiosas son particularmente numerosas en nuestra diócesis de Orleáns? Demasiado lo estáis viendo. ¿Que he empleado mi tiempo, mi corazón y mis fuerzas en levantar en esta parroquia lo que fué destruído, y que, por la gracia de Dios, nuestra vida y nuestras instituciones católicas se han renovado y afirmado en la tempestad? Fácil os es comprobarlo.

Hermanos míos, se ha tratado de infligir a la religión una derrota tremenda, y lo han conseguido, y es probable que el mal ya hecho se agrave todavía con

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Todos los Santos en la misa mayor de las diez ante toda la parroquia.

devastaciones más extensas y profundas. ¿Quiere esto decir que todo está perdido, y que el catolicismo ha sido vencido para siempre? Los unos lo esperan, los otros lo temen. Unos y otros se engañan. Las horas dolorosas son horas de Dios, porque anuncian el despertar de los santos y de los apóstoles. Las derrotas de la Iglesia son fecundas, porque engendran la santidad y el apostolado. Meditemos esta verdad, pues nos ofrecerá un consuelo y una lección.

I

Los santos son los que salvan el mundo. "Los pueblos—dice Bossuet—sólo duran si hay santos que sacar de su multitud"! Diez justos bastaron para el rescate de Sodoma. Una lágrima de Santa Teresa, un ayuno del cura de Ars quizás convirtieran todas las iniquidades de su tiempo. Los santos son verdaderos redentores de las naciones bautizadas. Obran *sobre el corazón de Dios,* desarman su poder, apaciguan su justicia, conmueven su bondad, mandan a su misericordia. Obran sobre el *corazón del hombre.* Hacen resplandecer a los ojos de todos el Evangelio en acción, el Evangelio realizado y viviente. En las almas caídas hacen renacer la fe y las virtudes cristianas. Su aparición señala el comienzo de una era. Constituyen el embeleso del género humano. Besamos con respeto las huellas de sus pasos, y a su contacto misterioso, la inmortal juventud de la Iglesia se corona de una nueva primavera. Los santos son los que salvan el mundo. Reparan las faltas de lo pasado, y preparan la resurrección de lo por venir.

En la derrota germinan los santos. Cuando la Iglesia es vencida, numerosas son las almas que padecen,

que oran, que se inmolan, que se elevan hasta el heroísmo.

En los días de felicidad, los hombres apenas se acuerdan de Dios. Las ovejas abandonan de buen grado el redil, pero el pastor las recoge enviándoles sus terribles perros de presa: el dolor, los reveses, la persecución. En las horas de prosperidad, Dios es fácilmente olvidado, y los hombres tienen trabajo para ponerse de rodillas; pero viene la tempestad, y los brazos se elevan al cielo, y brota impetuosa la oración del corazón de los creyentes. En los períodos de seguridad y abundancia, Dios no es servido más que por modo perezoso y negligente; pero, bajo la presión de los tiempos difíciles y calamitosos, las reacciones saludables se deciden, las grandes inmolaciones se operan, y los cristianos crucificados pueblan el horizonte.

De hecho, cuando la Iglesia ha sido vencida, produce santos, muchos santos. Sus derrotas han sido preludio, ocasión y causa de un retorno a la santidad. Las persecuciones sangrientas de los primeros siglos enriquecieron su martirologio con multitud de héroes. La postración de los siglos de hierro prepararon y suscitaron las elevadas virtudes del siglo XIII. Los estragos de la Reforma fueron seguidos de la maravillosa floración de los santos del siglo XVI. La sangre de las víctimas de la Revolución fué semilla de cristianos de una grandeza de alma poco común.

Y si hoy pudiéramos estudiar a fondo el cruel período en que vivimos, quedaríamos asombrados del número y sublimidades de las virtudes que se elaboran bajo el soplo furioso de la impiedad contemporánea. Sí, a la hora presente, son innumerables las almas que padecen, que oran y se inmolan; las almas que vierten lágrimas ardientes y reparadoras sobre nuestras obras católicas devastadas y sobre nuestras libertades perdi-

das; las almas que imploran el favor del cielo para la infancia y la juventud descristianizadas, para las clases obreras sistemáticamente emponzoñadas por la incredulidad, para los padres privados del derecho primordial de dar a su posteridad la educación que le concierne, para el clero y las Ordenes religiosas indignamente vilipendiadas y perseguidas. Son innumerables las almas que se purifican, que se elevan, que se santifican, que oponen la barrera de sus méritos a la marea creciente de blasfemias y codicias de que se ve inundada nuestra patria. En la derrota germinan los santos.

Seamos santos. Si somos *sacerdotes,* debemos ser santos...; porque, si no lo fuéramos, ¿qué diferencia habría entre nosotros y los demás? ¿Qué poder tendríamos sobre los hombres para ganarlos a Jesucristo? No valemos más que en la medida de nuestra abnegación, y si buscamos fuera de la abnegación y la santidad la razón de ser de nuestra vocación y el secreto de nuestra preeminencia aquí abajo, nos engañaremos, y todos nuestros deseos quedarán frustrados en el camino de la nada.

Vosotros, los fieles, sed santos; debéis serlo para lograr vuestra salvación, para ganar el cielo. Padres de familia, debéis serlo para salvar la virtud, el honor, el porvenir de vuestros hogares. Hombres, debéis serlo, y no contar únicamente con la religión de vuestras esposas y de vuestros hijos. Cristianos, debéis trabajar para convertiros en santos, porque de lo contrario, no tardaríais en haceros paganos, y, sin quererlo, en cómplices y fautores de la apostasía nacional. Sacerdotes y fieles, en la medida de nuestra vocación y de nuestras posibilidades respectivas, seamos santos. Esta

palabra es inmensa, pero no expresa más que la mitad de nuestro programa.

He aquí la otra mitad. Seamos apóstoles.

II

Los apóstoles son los que salvan al mundo. Hablan. En el curso de los siglos, oigo las advertencias de Josías a Nínive, las imprecaciones de Isaías sobre Babilonia, las lamentaciones de Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén, las amenazas de Natán a David, las voces de los profetas que resuenan en los oídos de los ignorantes y de los perversos. Más cerca de nosotros, los Pablo, los Crisóstomo, los Bernardo, los Gregorio VII, los Bourdaloue, los Bossuet, los Lacordaire, y millares de otros diversamente elocuentes, lanzan sus acentos a todos los ecos de la catolicidad. Los apóstoles hablan. Mas no se contentan con hablar, sino que *obran.* Dan su corazón, su tiempo, su sudor a la verdad querida hasta la muerte y a la propagación del bien. Su catolicismo no es una religión oculta bajo la tienda, una especulación puramente platónica, una bandera metida en el bolsillo, una convicción solitaria e improductiva. No. El apóstol obra, afronta el peligro, está de pie en la brecha. Suscita colaboradores, protege los puntos amenazados, muere de fatiga, pero jamás capitula. Los apóstoles salvan al mundo, reparan las faltas de lo pasado, y preparan las resurrecciones de lo por venir.

En la derrota germinan los apóstoles. Al revés de lo que ocurre con todas las instituciones humanas, la Iglesia prospera en la desnudez, en la indigencia, en la persecución. Cuando la Iglesia es vencida, numerosas son las armas que abren los ojos, que os despiertan, que emprenden la lucha. En todo tiempo, las derrotas

de la Iglesia han sido preludio, ocasión y causa de un poderoso movimiento de apostolado.

Esto se ha visto en todos los siglos, y particularmente entre nosotros. Sólo citaré un ejemplo. Tras los años terribles de la gran Revolución, los apóstoles, sacerdotes y seglares, mostráronsé por millares. Revivieron todas las antiguas Ordenes religiosas, y nacieron muchos otros Institutos. Escritores del más relevante mérito provocaron, suscitaron y aceleraron la vuelta del catolicismo. Fundáronse obras religiosas de toda especie; legiones de misioneros llevaron el Evangelio a las más lejanas playas, y a mediados del siglo XIX, resonaron estas palabras de Montalembert, palabras nobles y altivas, palabras verdaderamente apostólicas, que respondían victoriosamente a las decaídas esperanzas de la Revolución: "No, no dormiréis tranquilos entre una Iglesia esclava y una enseñanza hipócritamente desmoralizadora; no, no impediréis que os despertemos con nuestros lamentos y nuestros asaltos. Somos bastantes clericales en el mundo para perturbar constantemente vuestro reposo hasta que nos hayáis devuelto nuestro derecho. Hasta ese día, habrá intervalos, altos, las treguas que siguen a las derrotas, que preceden a los desquites, pero no habrá paz definitiva y sólida. Hemos mordido el fruto de la discusión, de la publicidad, de la acción; hemos gustado su áspero y substancial sabor; no soltaremos la presa. Creer que en adelante se podrá confinarnos en esas beatas satisfacciones de sacristía, en esas virtudes de antecámara que practicaban nuestros padres y nos predica la burocracia que nos explota, es desconocer a la vez nuestro tiempo, nuestra patria y nuestro corazón". Así hablaron y obraron los apóstoles del catolicismo en el siglo XIX.

A la hora presente, en medio de las ruinas religiosas que se amontonan y nos arrancan gritos de dolor, ¿es

que el apostolado católico se muestra silencioso e inactivo? No. Es más ardiente que nunca. Expulsados por la tempestad, nuestros religiosos siembran el Evangelio a los cuatro vientos de la tierra. Queriendo allanar el camino a Satanás, trabaja la impiedad en la obra de Jesucristo. No arrancará jamás de los corazones verdaderamente católicos la fe de nuestros padres, y esos proscriptos, aprovechándose de los maravillosos descubrimientos del genio moderno, corren a multiplicar en otros países las conquistas del catolicismo, y a compensar las apostasías que nos preparan la persecución de la enseñanza religiosa y las escuelas sin Dios. Mas, al lado del apostolado del clero, ¿no está en plena actividad el apostolado seglar? No acabaría si quisiera solamente citar los católicos eminentes que aportan a la defensa de la religión la contribución de su talento y de su abnegación. Entre los hombres maduros, y a la cabeza de ellos, saludo a Fernando Brunetière, literato de primer orden, crítico incomparable, formidable erudito, filósofo y lógico sin rival, apologista tan seguro como inesperado, metafísico impecable, y teólogo de extraordinaria flexibilidad y precisión. Entre los jóvenes, y a la cabeza de ellos, saludo a Marc Sangnier-Lachaud, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, oficial dimisionario, amigo del pueblo, fundador de los Círculos de estudios sociales y de las Universidades populares, orador incomparable. En nuestra patria elévase hoy en día la más hermosa legión de apóstoles que se haya visto nunca. Tenemos apóstoles que llevan la buena semilla a los países infieles, y en el interior poseemos un apostolado sacerdotal más intenso que nunca, y un apostolado seglar que produce admiración en los ángeles y estupor en los enemigos del nombre cristiano. Cuando la Iglesia es vencida, halla

innumerables defensores. En la derrota germinan los apóstoles.

Seamos apóstoles. Nosotros los *sacerdotes* debemos serlo, porque, si no lo fuéramos, faltaríamos a nuestro deber más rudimentario y esencial, y engañaríamos a Dios y a los hombres; a Dios, que nos hizo sus mandatarios, y a los hombres, que esperan de nosotros la verdad y la salvación. Si no lo fuéramos, traicionaríamos a la Iglesia, cuyos fiadores somos, y a nuestra patria, que cuenta con nosotros para rehacerse y para inaugurar mejores destinos. Debemos ser apóstoles, pero no basta que los sacerdotes lo sean; preciso es que lo sean también *los seglares.* Sed apóstoles por *ejemplo.* Todo cristiano dispone aquí bajo de un radio de acción más o menos extenso. Su vida es una predicación. En vuestra existencia humilde y retirada, os preguntáis qué podéis hacer por Dios, por vuestro prójimo, por vuestra patria. No podéis ser ni grandes guerreros, ni grandes literatos, ni grandes hombres de Estado. Pero podéis ser grandes modelos de virtudes cristianas. Tal es el apostolado que todo el mundo puede ejercer, el apostolado del ejemplo. Sed apóstoles *por la palabra.* ¿Es que no hablan los impíos? Hablan siempre, en todas partes, y muy alto. Hablan con libros, hablan con la pluma, hacen ruido con palabras, hacen el mal con frases, hacen discípulos con afirmaciones. Cristianos, hablad también vosotros. Decid la verdad, protestad contra la falsedad, proclamad y defended vuestras creencias, vuestra religión, vuestros sacerdotes. Practicad el apostolado de la palabra. Sed apóstoles *por las obras.* Profesando teorías que salvan, no os obstinéis en egoísmos que pierden. Trabajad en el desarrollo y extensión de la acción cristiana bajo todas sus formas. Conservad y mejorad las obras an-

tiguas; fundad obras nuevas. Sed apóstoles de la verdad y el bien, y demostremos al mundo que la Iglesia vive, que sus derrotas, no solamente son gloriosas, sino fecundas, puesto que engendran apóstoles y santos.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

ALGUNAS DERROTAS DE LA IGLESIA

I.—Las persecuciones de los tres primeros siglos

Señores:

En su larga existencia de diecinueve siglos, la Iglesia experimentó derrotas. Sería un error echárselas en cara, porque ellas constituyen su gloria y son testimonio de su fecundidad. Quisiera convenceros de ello haciendo desfilar ante vuestros ojos algunos grandes hechos históricos, tales como las persecuciones primitivas, la Reforma y la Revolución. Estudiemos hoy las persecuciones de los tres primeros siglos, y comprobemos:

1.º La victoria de los perseguidores sobre la Iglesia:
2.º La victoria de la Iglesia sobre los perseguidores.

I. La victoria de los perseguidores sobre la Iglesia.

Fué terrible, y, en apariencia, definitiva. Durante

trescientos años, el mundo romano intentó ahogar en la cuna a la Iglesia naciente, y para exterminarla, empleó contra ella simultáneamente la calumnia, la legalidad y la violencia.

Durante trescientos años, cae sobre la Iglesia la calumnia sin tregua ni descanso. Los esclavos, el pueblo, los ricos, los filósofos muéstranse unánimes en hablar mal de ella. Los *literatos*, los intelectuales del Imperio dirigen la campaña. Suetonio y Tácito designan a los cristianos como malhechores, como enemigos del género humano, como ateos disfrazados, Celso y Porfirio los agobian con sus escritos perversos, satíricos, llenos de sutileza y perfidia. La *muchedumbre* repite y aumenta los dichos de sus jefes. Se acusa a los cristianos de crímenes atroces. Se les atribuyen todos los males, todos los reveses de la patria. Si los ejércitos del César sucumben en una batalla, si el Nilo no se desborda y el pan es caro, si la tierra tiembla, si el fuego del cielo consume un templo o un teatro, la culpa la tienen los cristianos, y de todos lados parte el mismo grito: "¡A los leones los cristianos!", del mismo modo que hoy en día los apaches de la prensa y de la calle gritan a una voz: "Los católicos; he ahí el enemigo!" Durante trescientos años, la calumnia cae sobre la Iglesia sin tregua ni descanso.

Durante trescientos años, *la legalidad* estrecha a la Iglesia en lazos inextrincables. Para ella, o mejor, contra ella, promulgóse una legislación particular, una legislación caprichosa, arbitraria, a veces moderada en apariencia, siempre cruel en sus efectos; una legislación apoyada, no en la justicia, sino en razones de Estado más o menos declaradas. *Nerón* ni siquiera tomó la precaución de hacer una ley contra los cristianos; arrójase sobre ellos como el tigre sobre su presa. *Trajano* ve en ellos conspiradores, y les prohibe aso-

ciarse para la oración en común, para la celebración de la misa, para la audición de su lectura santa. *Valeriano* condena a ser decapitados a los caballeros y senadores convictos de cristianismo, al destierro a las damas de alta alcurnia, y a las minas a los libertos del palacio imperial. *Diodeciano* excluye a los cristiano de todos los empleos. Este monstruo trata a la Iglesia, en el año de 303, como la tratan los impíos en el año de 1904. Mas al propio tiempo que los emperadores legislan en todos los rincones del Imperio, son sometidos los cristianos a las mezquinas tiranías y rencores de las autoridades provinciales, de los gobernadores, de los procónsules, que obedecen a las pasiones locales que muestran demasiado celo, que exageran todavía el impulso del poder central. Durante trescientos años, la legalidad más caprichosa e inicua estrecha a la Iglesia en lazos inextrincables.

Durante trescientos años, la *violencia* arranca a la Iglesia toda su sangre. Vémosla soportar los más espantosos suplicios: la espada que traspasa, el potro que disloca, el fuego que devora, la flagelación que labra las carnes y las hace volar en pedazos, el diente feroz del oso y de la pantera que trituran en un rincón del anfiteatro los huesos de los mártires. ¿Cuántos mártires hubo? Se habla de once millones. Nadie ha hecho, ni es posible hacer, la estadística de ellos. Tratar de calcular, ni tan sólo aproximadamente, el número de mártires, es empresa vana, porque se carece de todo elemento de estadística; pero lo que puede afirmarse con entera certeza, es que los mártires fueron numerosísimos. De ello dan fe los escritores cristianos y paganos. Sólo los epitafios de las Catacumbas, no permiten dudarlo. Además, notemos aquí:

1.° Que las persecuciones duraron trescientos años;

2.° Que tuvieron por escenario todo el imperio romano, que era treinta veces más grande que Francia;

3.° Que nadie fué perdonado, nadie halló gracia ante los tiranos, ni la más débil edad, ni el sexo más tímido, ni la edad más avanzada, ni el título de obispo, de oficial, de magistrado, de procónsul.

"Toda esta época—dice Renán—respira sangre." Verdad es también que, después de tres siglos de carnicería y de horror, la nueva religión parecía aniquilada; y así, para celebrar su victoria definitiva sobre el cristianismo, Diocleciano acuña medallas y eleva una columna, cuya inscripción se ha encontrado. Data del año de 290, y muestra estas palabras: "*Christiano nomine deleto*", el nombre cristiano ha sido borrado de todas partes." Todo quedaba terminado. La victoria de los perseguidores sobre la Iglesia era completa; pero no; nada quedaba terminado. Debo ahora presentaros y explicaros

II. La victoria de la Iglesia sobre los perseguidores.

Esto es por todo extremo maravilloso. En primer lugar,

1.° *Comprobemos* la historia de la Iglesia sobre sus perseguidores. Entregada como presa a sus perseguidores, la Iglesia se arraigó, a pesar de todo, en todas partes, de repente.

A pesar de todo, es decir, no obstante la calumnia, la legalidad y la violencia; no obstante los sofistas, los legistas, los verdugos; no obstante los filósofos, los sacerdotes, los emperadores. Si doce chinos desembarcaran en Francia con el objeto de cambiar en Europa las religiones, las leyes y las costumbres, de hacer adorar, aun por las academias y los príncipes, a

uno de sus compatriotas, hombre del pueblo, recientemente ajusticiado, ¿con qué cuchufletas no serían recibidos? Sucumbirían ante la rechifla general. Pues bien; no sólo la risa, sino también el cadalso, acogió a la Iglesia a su entrada en el mundo, y la Iglesia venció y marchó a pesar de todo. Plantó la cruz en Roma y en todo el perímetro del Imperio romano, y se arraigó, a pesar de todo;

En todas partes, en todas las regiones del mundo entonces conocido, en todas las clases de la sociedad, en las clases populares, tan degeneradas y embrutecidas por largos siglos de esclavitud; en las clases ricas, cuyas costumbres, asambleas, banquetes y espectáculos eran la contradicción del Evangelio. Escaló la cátedra de los filósofos, para condenar desde ella todos los errores del mundo antiguo, y para decir a todos los orgullosos coligados con todas las voluptuosidades: "Abandonad vuestros ídolos y vuestras pasiones. Ahora es preciso creer, sin entenderlas, la Trinidad, la Encarnación, la Redención. Es preciso mortificar la carne y doblar la rodilla ante un judío crucificado." Penetró aun en el palacio de los Césares, pisoteando sus altares y degradándolos de la categoría de los dioses. Sentóse, con la frente adornada de heridas, en el trono de Constantino, convertido, y desde él irradió por el mundo entero. Se arraigó a pesar de todo, por todas partes.

De repente. La rapidez de su establecimiento fué fulminante. Diríase que fué un abrazo inmediato, espontáneo, instantáneo. Mirad. *Treinta años solamente* después de la muerte de Jesucristo, el historiador Tácito escribe que en Roma, Nerón hizo perecer una multitud inmensa de cristianos, *multitudo ingens.*

En el año de 99 ó 100, escribió Plinio al emperador Trajano: "Esta secta nos inunda; ha invadido ciuda-

des y aldeas. Los templos están desiertos." Esto lo escribió desde el fondo de Bitinia, en el Asia Menor.

Hacia el año de 150 ó 160, Tertuliano, pagano convertido, dirigiéndose a los emperadores, les lanzaba este reto: "Somos de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades y aun vuestros palacios; sólo os dejamos vuestros templos. La sangre de los mártires es semilla de cristianos."

Doscientos años después de Jesucristo, Dióscoro, ministro de Alejandro Severo, exclama: "De tal modo crece esta raza, que las leyes son impotentes para destruirla."

En 235 el emperador Maximino declara en un edicto que "casi todos los hombres abandonan el culto de los dioses para hacerse cristianos".

Finalmente, en 330, la gran mayoría de las provincias romanas pertenecen al cristianismo, y Constantino adora la Cruz. La victoria de la Iglesia es completa.

2.º *Expliquemos* la victoria de la Iglesia sobre sus perseguidores.

Esta victoria no puede explicarse por *medios humanos.* Mahoma conquista rapidísimamente el Asia, pero disponía de medios humanos infalibles. Disponía de cien mil hombres armados que decían: "Cree o muere", y predicaba una religión sensual. "Mahoma — dice Pascual — se arraigó matando; Jesucristo haciendo matar a los suyos." Lutero arrastró a Alemania casi instantáneamente. Pero disponía de medios humanos infalibles. Se apoyaba en los príncipes, a los que permitía la poligamia, el divorcio y el robo de los bienes de las Iglesias, y ofrecía a los pueblos el cebo de la libertad y el rompimiento de todo freno. La Iglesia, para invadir el mundo, no se sirvió de las pa-

siones humanas, puesto que les declaraba la guerra, ni del dinero, pues no lo tenía, ni de la violencia, porque la violencia la torturó durante trescientos años. La victoria de la Iglesia sobre los perseguidores no puede explicarse por medios humanos.

Esta victoria *sólo* puede explicarse *por la intervención de Dios*. Dios intervino en favor de su Iglesia perseguida. Intervino *en la trama de los acontecimientos*. Intervino por el milagro de la Legión fulminante en tiempo de Marco Aurelio, por los prodigios que precedieron y acompañaron a la ruina de Jerusalén, por la aparición del Lábaro ante las tropas de Constantino, y por cien otros hechos maravillosos y rigurosamente auténticos, que ni siquiera tengo tiempo de enumerar. Durante trescientos años, Dios intervino sin cesar en favor de su Iglesia. Intervino

En la vida y muerte de los perseguidores. El poeta cristiano Lactancio, contemporáneo de los acontecimientos, pudo escribir sobre esto todo un libro. Acordaos tan sólo de Juliano el Apóstata, tendido lleno de sangre en un féretro deshonrado por el Galileo, de quien tanto tiempo y tan cobardemente se mofó. Dios intervino

En la formación de los Santos de la primitiva Iglesia. Los mismos paganos, que nada comprendían de esto, no volvían de su asombro, y veíanse obligados a exclamar, en presencia de los primeros cristianos: "Valen cien veces más que nosotros. Son castos, son justos, son caritativos. No sólo consuelan a sus pobres, sino también a los nuestros. Esto es maravilloso; el dedo de Dios está aquí." Dios intervino

En el heroísmo de los mártires. Felícitas, atacada en la prisión, por los dolores del parto, lanzaba gritos desgarradores. El carcelero le dijo: "Si ahora te quejas, qué será cuando te veas desgarrada por las fie-

ras?" A lo cual respondió ella: "Ahora, soy yo la que padece; pero entonces, otro será el que padezca por mí, porque yo padeceré por El." Revelaba ella el secreto de la constancia sobrehumana de los mártires. En efecto, Dios estaba con ellos, con los mártires, presente y obrando, y su presencia y su acción, de tal modo eran patentes, que con frecuencia los espectadores se sentían conmovidos y convertidos. Quince siglos antes que Pascal, decían como él: "Creo en testigos que se hacen degollar", y se hacían cristianos.

La victoria de la Iglesia sobre sus perseguidores fué completa, y sólo puede explicarse por la intervención de Dios. "La hisoria de aquellos tiempos — dice Rousseau — es prodigiosa." Y Chateaubriand concluye: "El que pudo hacer adorar una cruz al paganismo corrompido y orgulloso de Roma y de Atenas, ese, lo juramos, no podría ser más que un Dios." Así, pues, la victoria de la Iglesia sobre sus perseguidores prueba al mismo tiempo que la divinidad de la Iglesia, la divinidad de su Fundador.

Ya lo veis, señores, las derrotas de la Iglesia son gloriosas y fecundas. He ahí lo pasado. Mas la historia de lo pasado, es la profecía de lo porvenir. Ella nos consuela de las miserias de lo presente.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

ALGUNAS DERROTAS DE LA IGLESIA

II.—El protestantismo

Señores:

Se objetan contra la Iglesia las derrotas que ha experimentado en su larga historia de diecinueve siglos, pero sin razón. Las derrotas de la Iglesia son inevitables, pero no son más que locales y momentáneas. Son también gloriosas y fecundas. Esto es evidente. Esto es evidente cuando se estudia en detalle la historia de la Iglesia. Hemos estudiado la persecución de los tres primeros siglos. Estudiemos hoy la supuesta Reforma del siglo XVI, y veamos:

1.º Cómo la Iglesia fué vencida por el protestantismo.

2.º Cómo la Iglesia venció al protestantismo.

I. Cómo la Iglesia fué vencida por el protestantismo.

Para apreciar en su justo valor la derrota de la Iglesia en el siglo XVI, estudiaremos los estragos y procedimientos del protestantismo.

1.º *Los estragos del protestantismo.* Es imposible poner en duda su extensión y profundidad. La derrota de la Iglesia fué seria, inquietante. Sus pérdidas fueron considerables. Impulsada por Lutero y por su fogosa elocuencia, Alemania fué la primera que rompió el lazo sagrado de la unidad. Suecia y Dinamarca se entregaron totalmente a la Reforma. La dialéctica cerrada de Calvino, las pérfidas y dulzachonas insinuaciones de Teodoro de Beza, la tenacidad y ambición de Zwinglio provocaron la apostasía de las grandes ciudades de Suiza, y apenas dejaron a la verdad religiosa otro asilo que la humilde cuna de la libertad política. Enrique VIII, hasta entonces llamado el defensor de la fe, dejóse arrastrar por las pasiones que perdieron a Salomón y a tantos otros reyes y arrebató Inglaterra a la Santa Sede. En esta defección universal, únicamente la nación francesa permaneció fiel, en el centro de Europa, al catolicismo, negándose a separarse de la piedra angular y fundamental. Impuso a Enrique IV la obligación de ser católico para merecer el honor de ser rey. Pero, ello no obstante, aun en Francia, ¡cuántos estragos produjo el protestantismo! Una parte de la magistratura y de la nobleza se fué con la herejía; algunas provincias fueron infectadas por las doctrinas de Calvino, y las guerras de religión ensangrentaron casi toda la nación. En suma, en el siglo XVI, la Iglesia católica perdió la

mitad de Europa. Fué vencida en una extensión considerable; esto no puede negarse.

Pero la derrota no siempre es deshonrosa; a veces está llena de gloria. Ahora bien; me atrevo a afirmar que la derrota de la Iglesia en el siglo XVI cercenó parte de su territorio, pero en manera alguna la integridad de su honor. Herida y devastada por la Reforma, la Iglesia conservó toda su gloria, y fué superior a sus vencedores. Para convencernos de ello, basta comprobar

2.° *Los procedimientos del protestantismo.* El protestantismo venció a la Iglesia con procedimientos vergonzosos e inconfesables, por medio de la injuria, de la intolerancia y de la crueldad, merced a la explotación de las más viles pasiones.

Para vencer a la Iglesia, el protestantismo hizo un llamamiento al *orgullo.* El mundo tenía sin duda necesidad, en tiempo de Lutero, de reformar sus costumbres. Pero, ¿era esto motivo para transformar las creencias? Cuando uno está enfermo, debe curársele, pero no desorganizar la medicina. Lutero se procuró un éxito fácil. ¿Molestaba la autoridad de la Iglesia? El protestantismo la suprimió. Desencadenó sobre el mundo el principio del libre examen, en virtud del cual cada uno se hace para sí mismo su propia creencia, y se considera como infalible. Fácil es apoderarse de los hombres con el señuelo de la libertad, pero el medio no es honesto. Mas he aquí otro que todavía lo es menos.

Para vencer a la Iglesia, el protestantismo hizo un llamamiento *a la codicia.* En el siglo XVI, los conventos poseían grandes bienes, las Iglesias eran opulentas por la acumulación de legados, y muchos príncipes de Alemania, a consecuencia del régimen feudal,

eran vasallos de la Santa Sede. Lutero les predicó la independencia, y les ofreció el medio de enriquecerse confiscando los bienes eclesiásticos. La presa era envidiable y fácil de coger a favor de una turbulencia general. Siguieron su consejo, y con los tesoros robados a la Iglesia católica, la Reforma no tuvo trabajo alguno para conquistarse riquezas y protectores interesados. El procedimiento era desleal; el éxito no lo justificaba. Pero, ¿era esto todo? No.

Para vencer a la Iglesia, el protestantismo hizo un llamamiento *a la lujuria*. Esto pertenece a la historia. ¿Cómo la Reforma triunfó en Alemania? Por medio del libertinaje. Lutero fué impúdico y sacrílego. Fraile consagrado a Dios, sedujo y corrompió una virgen consagrada a Dios, Catalina Bora. Corruptor de la moral cristiana, enseñó el adulterio desde lo alto de la cátedra en términos escandalosos, y declaró al landgrave de Hesse, en una consulta dogmática, que podía tener dos mujeres. "La prohibición contraria — insinúa la larga pieza oficial — no está clara en la Biblia." "De cien evangelistas — escribía Calvino — ¿encontraríamos uno solo que se haya hecho evangelista por otro motivo que el de verse menos molestado en sus pasiones?" Mas, ¿cómo triunfó la Reforma en Inglaterra? Por el mismo procedimiento, por el libertinaje. ¿Qué fué Enrique VIII sino el más desenfrenado de los reyes? Separóse de la Iglesia porque la Iglesia condenó su divorcio adúltero, y se unió sucesivamente con siete mujeres; repudió a las unas, condenó a muerte a las otras, e inundó de sangre su reino y su casa. El protestantismo venció a la Iglesia en el siglo XVI explotando contra ella las más viles pasiones: el orgullo, la codicia, la lujuria... y al servicio de estas pasiones puso sin solución de continuidad la injuria, la intolerancia, la crueldad.

Para vencer a la Iglesia, el protestantismo empleó *la injuria,* torrentes de injurias contra la Iglesia, el papa, los misterios, los sacramentos, las indulgencias, el culto de la Virgen y de los santos. Un historiador, que fué apologista del calvinismo, Edgardo Quinet, en su prefacio de las obras del hugonote Marnix de Sainte - Aldegonde, escribe lo siguiente: "Se trata, no sólo de refutar el papismo, sino de extirparlo, de deshonrarlo; no solamente de deshonrarlo, sino de ahogarlo en lodo." Con semejantes armas, señores, pueden triunfar, pero deshonran a los que se valen de ellas. En el mismo escrito (p. 34), añade Quinet: "El despotismo católico sólo puede ser extirpado valiéndose de la legalidad." Esto quiere decir que, cuando la injuria no basta, es permitido, contra la Iglesia, recurrir a la violencia, medio al cual no renunció el protestantismo.

Para vencer a la Iglesia, empleó el protestantismo *la intolerancia y la crueldad.* Hizo correr torrentes de tinta para deshonrar a la Iglesia, y torrentes de sangre para exterminarla. En Alemania, los discípulos de Lutero saquearon y quemaron las iglesias, destruyeron los monasterios y los castillos, asesinaron a los sacerdotes y a los religiosos. Formaron un ejército de 72,000 hombres, y el emperador Carlos V tuvo trabajos para someterlos. ¿Cuánta sangre no hizo derramar en Francia el calvinismo? Destruyó hasta 20,000 iglesias, y no es posible referir los excesos que cometió u ocasionó. Verdad es que, en las guerras de religión que ensangrentaron el siglo XVI, la crueldad de los católicos respondió a la crueldad de los protestantes, y que, tanto de un lado como de otro, mostráronse despiadados. Volveré sobre tan importante asunto y diremos sobre él cuanto debemos decir. Por ahora, básteme haceros notar que el protestantismo no tenía

derecho a introducirse en Francia, que era una novedad y una usurpación, y que, por consiguiente, los católicos de Francia, al rechazarlo vigorosamente, ejercían su derecho de legítima defensa. En resumen, los procedimientos empleados por el protestantismo contra la Iglesia en el siglo XVI, fueron procedimientos vergonzosos e inconfesables, y la Iglesia continuó cubierta de gloria y mostrándose superior a sus enemigos en la derrota. Más todavía, aun de ella sacó una vida y una fecundidad enteramente nuevas. De ello nos convenceremos comprobando

II. Cómo la Iglesia venció al protestantismo.

La victoria de la Iglesia sobre el protestantismo en el siglo XVI, fué afirmada por los santos, por los Institutos religiosos, por las misiones, por el Concilio de Trento.

¿No puede calificarse de victoriosa la Iglesia que produjo, en el siglo XVI, tantos y tan admirables santos? El desencadenamiento de todas las pasiones, de todos los orgullos, de todas las violencias, tan falsamente decorado con el nombre de *reforma*, provocó una de las más hermosas reacciones de santidad que hayan jamás consolado al mundo. Mientras que el protestantismo no hace más que lamentarse de la depravación de sus nuevos adeptos, la Iglesia propone a la admiración y al culto del mundo cristiano una multitud de santos y de santas de primer orden. Lutero acababa de morir; Calvino y Enrique VIII vivían todavía; el mundo rebosaba de profecías sobre la próxima ruina de la Iglesia, de declamaciones sobre la corrupción irremediable; pero en aquel mismo instante, aparecen Pío V, san Carlos Borromeo, san Felipe Neri, san Ignacio, san Francisco Javier, santa Te-

resa de Jesús, san Francisco de Borja, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, santa Chantal, es decir, todas las glorias y grandezas de la verdadera Iglesia reunidas como deliberadamente a la hora en que la Reforma exponía sus escándalos y multiplicaba las ruinas. En aquellos héroes de talla tan elevada, aparecían a la vez todos los grandes aspectos del catolicismo: el aspecto austero en aquel santo arzobispo de Milán, que, príncipe, obispo, cardenal, se imponía, a los veintidós años, bajo la púrpura, espantosas maceraciones; el aspecto suave en aquel dulce obispo de Ginebra, que atraía a la Iglesia 60,000 protestantes con el embeleso de su amabilidad unido a su profunda doctrina; el proseitismo verdadero, la propagación divina de la fe en aquel admirabilísimo Javier, que procuró más almas a la Iglesia que las que le arrebató el orgullo de Lutero; el amor de Dios, sublime y puro, en santa Teresa; la caridad en san Vicente de Paúl, la inocencia angélica en santa Rosa de Lima; la fuerza viril en santa Chantal. Tal fué el primer desquite de la Iglesia sobre el protestantismo en el siglo XVI: el nacimiento espontáneo de la santidad.

La Iglesia afirmó su victoria y su vitalidad con otro fenómeno igualmente consolador y reparador, con la aparición de numerosos Institutos religiosos: el Carmen, la Visitación, las Hijas de la Caridad, los Lazaristas, los Sulpicianos, el Oratorio, la Compañía de Jesús. Dios proporciona los auxilios a las miserias. Del corazón de la Iglesia, de su celo desgarrado, pero inagotable, salen, en cada crisis del género humano, las Instituciones más hermosas, más apropiadas a las necesidades del alma y a los peligros de las sociedades. Este espectáculo se dió al mundo al día siguiente de la aparición del protestantismo, y, si tuviéramos tiem-

po para ello, podríamos estudiar la oportunidad particular de cada una de las Ordenes religiosas que acabo de citaros, los rasgos que las caracterizan y la misión altísima que se les encomendó. Este estudio nos llevaría demasiado lejos. Nos queda que señalar otra victoria de la Iglesia sobre la Reforma.

Quiero hablaros de las misiones católicas, las cuales tomaron un vuelo maravilloso a fines del siglo XVI. En todos los bajeles lanzados al descubrimiento de tierras desconocidas, se embarcaron apóstoles: hijos de santo Domingo, de san Francisco, hijos también de una familia que acababa de nacer, y que, ya en su infancia, rivalizaba en fuerza y audacia con los viejos atletas de la fe. Un hijo de la Compañía de Jesús, Francisco Javier, evangeliza el Japón y muere en la China... Durante aquel tiempo, el dominico Luis Bertrand recorre el Nuevo Mundo en todas direcciones. ¿Es una fe que se apaga, la que se enciende de repente en las Indias, en Africa y en América? No, es una fe que irradia, que conquista, que se consuela con nuevos países de las defecciones de la vieja Europa. Es el desquite de la Iglesia sobre el protestantismo.

Finalmente, he ahí el Concilio de Trento, tantas veces suspendido, reanudado, vuelto a suspender, terminado, al fin, tras dieciocho años de oraciones y estudios. De sus solemnes sesiones, sale la Iglesia justificada, enardecida de su brillante porvenir, llena de juventud, sana y vigorosa. Muestra en su mano la colección de cánones que definen los puntos atacados de la fe, y la colección de decretos que restauran la disciplina en todas partes. Los obispos quedan sujetos al Papa, y reducidos a la ley esencial de la residencia. Se reforman los claustros y nacen a la vida los seminarios. Los hospicios se pueblan de vírgenes

para servir a los pobres, y las escuelas de maestros para enseñar a los jóvenes. Pónese al abrigo de los ataques del libre examen el tesoro de las Sagradas Escrituras. Recobra la liturgia toda su pureza y todo su esplendor. En una palabra, la Iglesia inaugura una vida nueva. Fué vencida por el protestantismo, pero en su derrota, se rehizo, se rejuveneció, se transfiguró, y las humillaciones del catolicismo en el siglo XVI fueron el preludio de su resurrección y de sus glorias en el XVII. Las derrotas de la Iglesia son gloriosas y fecundas.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

ALGUNAS DERROTAS DE LA IGLESIA

III.—La Revolución

Señores:

Algunas palabras más sobre las derrotas de la Iglesia. Son gloriosas y fecundas, momentáneas y locales. De ello habéis podido convenceros estudiando las persecuciones de los primeros siglos y la Reforma del siglo XVI. Quiero mostraros hoy un acontecimiento menos lejano y más impresionante, y haceros tocar con la mano: 1.º La victoria de la Revolución sobre la Iglesia; 2.º La victoria de la Iglesia sobre la Revolución.

I. La victoria de la Revolución sobre la Iglesia.

Fué terrible, y, en apariencia, definitiva. Durante todo el siglo XVIII, con la palabra y la pluma, con el ejemplo y la amenaza, con la ley y la fuerza, la Revo-

lución destruyó sucesivamente las ideas, costumbres e instituciones católicas.

1.° *Las ideas* católicas. Vióse en el siglo XVIII toda una colección de hombres: filósofos, historiadores, literatos, sabios, legisladores y hombres de Estado, lanzarse al asalto del catolicismo. Su *jefe* era Voltaire, enemigo de Francia, admirador de la Prusia victoriosa, adulador de Catalina de Rusia y Federico de Hohenzollern, despreciador del pueblo, insultador de Juana de Arco, malhechor trascendental, que arrastró todos los talentos de su siglo dándoles *por consigna* esta horrenda blasfemia: "¡Aplastemos al Infame!" El Infame era Jesucristo, al que declararon guerra sin cuartel. Trataban de hacerle descender de la roca inconmovible, de esa cruz adorada en la que la Iglesia lo muestra de pie y respetado como sobre un trono. Para ejecutar semejante consigna, se necesitaba *una táctica*. Hela aquí: "Mentid, mentid —decía Voltaire;— algo quedará". La destrucción del catolicismo era el fin; la mentira el medio. Los impíos del siglo XVIII fueron embusteros impudentes. Mintieron contra la naturaleza, buscando en su seno argumentos contra Dios y contra la Sagrada Escritura. Mintieron contra la historia, desfigurándola y revolviéndola contra la Iglesia. Mintieron contra la elocuencia, contra la literatura, contra la poesía, poniéndolas al servicio de la duda y de la voluptuosidad. Predicaron la libertad para mejor asegurar su despótico dominio; la legalidad para abofetear el derecho; la ciencia para apagar la antorcha de las augustas verdades de las cuales vive la sociedad. Cantaron la virtud y la fraternidad, y precipitaron a Francia en un abismo de sangre y lodo. Mas no solamente destruyeron las ideas, sino también

2.º *Las costumbres* católicas. Vióse en el siglo XVIII, impulsada por las malas doctrinas, toda la alta sociedad francesa sumergirse en lamentable decadencia. Vióse a reyes depravados, a grandes corrompidos, a magistrados rebeldes a la Iglesia, leer y alentar libros infames, adular, pensionar, coronar a escritores blasfemos, reclamar como un derecho el mostrarse licenciosos sin ser reprimidos ni contrariados por ninguna autoridad eclesiástica o secular, poblar las logias masónicas, y perder con ello la nación entera. "Por la cabeza se pudre el pez", dice un proverbio oriental. Por el ejemplo de los grandes y de los literatos fueron pervertidos hace ciento cincuenta años, los pobres, los pequeños, los ignorantes. Voltaire o Rousseau fueron los oráculos de los palacios y de los salones, antes de convertirse en dioses de la cabaña y del taller. La Revolución, como un río que todo lo arrastra, descendió de las clases elevadas al pueblo, y destruyó las ideas, luego las costumbres, y, finalmente,

3.º *Las instituciones* católicas. Vióse, a fines del siglo XVIII, a la Iglesia de Francia saqueada y aniquilada. *Nada se escatimó* en aquel derrumbamiento universal: ni la monarquía hereditaria, ni las corporaciones obreras, ni las universidades y escuelas fundadas por nuestros padres, ni la jerarquía eclesiástica, ni los votos de religión, ni el calendario gregoriano, ni los bienes, ni los edificios, ni las personas. El *despojo* de la Iglesia fué radical. En un día se despedazaron diez siglos de propiedad. Fueron robados y vendidos, a vil precio, bosques, praderas, lagos, monasterios, hospicios, libros, cuadros, medallas; todos los objetos caros a las artes tanto como a la religión, todos los bienes que constituían el presupuesto de instrucción y de caridad, todo el patrimonio católico, na-

cido del trabajo, de la generosidad libre, de la economía y del tiempo. Las reliquias de nuestros santos fueron manchadas y quemadas, y nuestros edificios sagrados, mutilados y profanados. Mas no se contentaron con despojar a la Iglesia, sino que sus enemigos intentaron *matarla.* Arrastraron a Pío VI, cautivo y moribundo, a Francia, convertida en su prisión, y sobre su tumba celebraron el fin del último papa y los funerales del catolicismo. Viéronse millares de sacerdotes y de católicos puestos fuera de la ley, cazados como fieras salvajes, ejecutados sin juicio, ahogados en Nantes, muriendo de hambre en los pontones de Rochefort, consumidos por el clima ardiente de la Guyana. Y para coronar todos esos atentados, la rabia insaciable de la Revolución instaló en la catedral de Nuestra Señora de París un nuevo culto, el culto infame de la diosa Razón. Todo estaba terminado. La victoria de la Revolución sobre la Iglesia era completa. Pero no. Dios no muere, ni su Iglesia tampoco. Contemplad ahora.

II. La victoria de la Iglesia sobre la Revolución.

Abatida en el siglo XVIII, la Iglesia se levantó en el XIX. Vivió, habló y obró.

1.° *Vivió.* Voltaire había dicho: "¡Aplastemos al infame!" Pero nada aplastó del todo. Al día siguiente de la Revolución, la Iglesia, despojada, herida, pero erguida sobre sus pies, presentóse ante el nuevo siglo, y afirmó su supervivencia, su inmortal juventud.

Los muertos no contratan. La Iglesia, en 1802, concluyó con Bonaparte, el famoso pacto concordatorio. Luego vivía.

Los muertos no tienen hijos. La Iglesia, sólo en

Alemania, llegó a tener 18 millones de fieles, de 6 millones que tenía en 1800, y diez veces más en Inglaterra. Luego vive.

Los muertos no marchan. La Iglesia da la vuelta al mundo, invade a América del Norte, evangeliza las naciones más lejanas. Luego vive.

Los muertos no tienen enemigos; los dejan tranquilos bajo la piedra de su sepultura. La Iglesia encuentra en todas partes individuos que no se ocupan más que en ella, que forjan leyes y decretos para aniquilarla. Luego vive.

Finalmente, los muertos no hablan. La Iglesia habla. Luego vive. Abatida en el siglo XVIII, levantóse en el XIX. Luego vivió.

2.° *Habló.* Habló por boca de sus papas, de sus obispos, de sus sacerdotes. Habló por boca de sus escritores, de sus oradores. Habló, no sólo por boca de su clero, sino también de sus fieles. ¡Cuántas grandes palabras. ¡Desde Chateaubriand, que ahoga las blasfemias revolucionarias con las poderosas vibraciones del *Genio del cristianismo,* hasta Lacordaire, que pone al servicio de la idea religiosa el prestigio de una elocuencia incomparable, hasta Montalembert, que exclama desde la tribuna en 1848: "Somos los hijos de las cruzadas, y no retrocederemos ante los hijos de Voltaire", hasta el mariscal Canrobert, que, en pleno Senado, el 30 de marzo de 1867, proclamó la divinidad de Jesucristo, hasta el conde de Mun, Brunetière, Coppée, Bourget y centenares de otros cuya pluma y cuyos labios sirven gloriosamente al catolicismo abatido en el siglo XVIII. Vivió, habló.

3.° *Obró.* ¿Cómo contar todas sus obras? Imposible. Nombraremos algunas.

Obró *sobre sí misma.* Reconstituyó su jerarquía, su clero, sus Ordenes religiosas. Pobló sus seminarios, sus conventos. ¿Los despueblan hoy? Los repoblaremos mañana. Reanudaremos las proezas de lo pasado. Pueden cortarnos las ramas; no tocarán las raíces. Un solo grano de trigo, al final de su primer año, da 800 granos; en la segunda recolección, 840.000; en la tercera 512 millones de granos. Caída del corazón y de la mano de Jesucristo en el vasto campo del mundo, la Iglesia es algo parecida al grano de trigo. Germina y fructifica a pesar de todo, tiene una vitalidad interna inextinguible. Al día siguiente de la Revolución, fermentó sobre sí misma, y formó sus órganos.

Obró *sobre la materia,* e hizo brotar de la tierra construcciones caritativas, escolares, religiosas innumerables. Están a punto de robarnos todas esas construcciones, y posible es que lleguen hasta el fin en ese sacrílego despojo; ¿qué importa? La Iglesia vuelve a comenzar eternamente. Sobrevive a los liquidadores de todos los regímenes. En menos de un siglo, ha reconstituído, no solamente su clero, sino también los edificios necesarios a su misión. Obró sobre sí misma. Obró sobre la materia. Al día siguiente de la Revolución,

Obró *sobre las inteligencias.* Distribuyó con profusión la enseñanza superior, la segunda enseñanza, la enseñanza primaria. ¿Qué no hubiera hecho en este orden de cosas si se la hubiera dejado obrar? Pero aun molestada, contrariada, paralizada en su actividad docente, tales resultados obtuvo, que sus enemigos no pudieron seguirla, y, para vencerla, han tenido que encadenarla. ¡Oh Iglesia, madre querida, cuán orgulloso estoy de ti! ¡Eres la mensajera de la luz y de la instrucción! Hace cien años que abrió la Iglesia univer-

sidades, colegios, escuelas. Obró sobre las inteligencias.

Obró *sobre las almas* con obras de santificación que sería superfluo relatar, pues funcionan a vuestra vista y en vuestro provecho.

Obró *sobre el dolor.* Sus obras de caridad embalsamaron el siglo XIX. Su ternura respondió a todos los gemidos y consoló todas las miserias.

Obró *sobre el pueblo,* sobre la democracia. "En medio de nuestras divisiones contemporáneas — dice M. de Falloux,—un solo hecho es incontestable: el advenimiento de la democracia. Ningún estado social exige más imperiosamente que éste la infiltración profunda del cristianismo." Esta infiltración del cristianismo, señores, en nuestra edad democrática, es una empresa difícil, ingrata, y aun, en ciertas horas, descorazonante y desesperada. Pero ¿qué importa? Es una empresa necesaria; hay que trabajar en ella, y a ella se ha consagrado la Iglesia. No es la Iglesia una llorona que riega con sus lágrimas estériles las ruinas de lo pasado, sino una poderosa obrera que toma al mundo como es, y trata virilmente de beneficiarlo y mejorarlo. Esto fué lo que hizo la Iglesia al día siguiente de la Revolución. Obró sobre sí misma, sobre la materia, sobre las inteligencias, sobre las almas, sobre el dolor, sobre el pueblo. Y puesto que os hablo especialmente de la Iglesia de Francia, permitidme que os diga que, no contenta con obrar interiormente sobre sus fieles,

Obró exteriormente, *en el extranjero.* Llevó a lo lejos la antorcha de la fe, y las conquistas de los misioneros franceses serían una historia larga de contar. Abatida en el siglo XVIII, levantóse la Iglesia en el siglo XIX. Vivió, habló, obró.

No os espantéis, pues, de las derrotas parciales y pasajeras del catolicismo. La Iglesia en lo pasado ven-

ció a gigantes de la talla de Nerón, Diocleciano, Juliano el Apóstata y Lutero.

Hace ciento cincuenta años que la Iglesia venció a Voltaire, a la Enciclopedia, a los hombres de lodo y de sangre de la Revolución.

Pues bien, igualmente vencerá a los pigmeos modernos que en vano la hostigan. Sus derrotas, no solamente son locales y momentáneas, sino también gloriosas y fecundas. La Iglesia sucumbe hoy para triunfar mañana, y a través de la escarcha de la persecución, prepara las cosechas de lo por venir.

Así sea.

II

LAS IMPOTENCIAS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Las impotencias de la Iglesia

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

I. CAMBIÓ LAS IDEAS

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia sus derrotas. No contentándose con esto, se le reprochan sus impotencias. Voltaire, a quien nada costaban las calumnias, afirmó que Dios visitó la tierrra y no la cambió. Justifiquemos a la Iglesia de acusación tan inmerecida, y comprobemos su influencia. Cambió las ideas, las costumbres, las leyes; rehabilitó a la mujer, al niño, al esclavo; creó la civilización moderna.

Digo que, en primer lugar, la Iglesia cambió las ideas, Promulgó, implantó, popularizó ideas nuevas. Veámoslo. Es un fenómeno único en la historia.

I. La Iglesia promulgó ideas nuevas.

Las ideas del mundo antiguo no eran famosas. Preguntad a los senadores de las sagradas riberas del Indo y del Ganges, a los sabios de la Persia, al armonioso Platón, al docto Aristóteles, al austero Zenon, al jovial Epicuro, y a tantos otros cuyos nombres célebres conserva la historia, y veréis que las ideas de todos ellos mueven a compasión. Desfiguran la idea de Dios confundiéndola con las fuerzas de la naturaleza, deificando ora los elementos, ora los animales, ora al hombre mismo. Ignoran nuestro origen y nuestro destino. Predican la moral del interés, la moral del placer, la moral del orgullo. Exaltan el suicidio, el divorcio, la poligamia, el infanticidio. Nos arrojan a las manos brutales de la fatalidad. Dividen al género humano en castas enemigas. Proponen a nuestras esperanzas los abrazos de la nada, o las transmigraciones insensatas de la metempsícosis, o el paraíso grosero de los sentidos, o el cielo de las bestias. La duda fué la última palabra de los más sabios. En relación con las ideas filosóficas, morales y religiosas, el mundo antiguo estaba desorientado, desequilibrado.

En medio de aquel caos, la Iglesia promulgó verdades nuevas. Proclamó a *Dios,* su unidad, su espiritualidad, su aseidad, su providencia, su vida íntima, sus tres personas distintas en su indivisible naturaleza. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó *la creación* del cielo y de la tierra, de los espíritus y la materia, del más brillante de los serafines y del más obscuro de los átomos que brotan de su fuente infinita, del hombre hecho a imagen de Dios y constituído rey y pontífice del universo. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó *la unidad de la especie humana,* la dependencia de todas las razas de un antepasado común, que llevaba la raza humana en sus fértiles entrañas. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó *el pecado original,* la decadencia de todos por la libre prevaricación de uno solo, de aquel que llevaba la raza humana en sus fértiles entrañas. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó *el rescate* y restauración del género humano por el Hijo de Dios hecho hombre, por Jesucristo salvador, cuya sangre derramada apaciguó la cólera celeste y colmó los abismos de la justicia infinita. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó la realidad *de la gracia,* que nos incorpora a Jesucristo, nuestro jefe místico, la necesidad y fórmula de las oraciones que nos ponen en contacto con Dios, el número y eficacia de los sacramentos que subvienen a nuestra vida espiritual. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó *la confesión* auricular, sin la cual los pecados no son perdonados, la *unidad e indisolubilidad del matrimonio,* las dos bases fundamentales del hogar. Esto era absolutamente nuevo.

Proclamó *los mandamientos* y consejos emanados de la boca de Jesucristo, consignados en el Evangelio: amor de Dios por encima de todas las cosas, amor del prójimo por amor de Dios, amor de Dios y del prójimo hasta el olvido e inmolación de nosotros mismos. Esto era absolutamente nuevo.

Finalmente, proclamó *las sanciones de la eternidad,* el juicio, el cielo y el infierno, la resurrección de los cuerpos, el fin del mundo, la visión intuitiva. Esto era absolutamente nuevo. *La Iglesia promulgó ideas nuevas.* Pero lo difícil era acreditarlas, hacerlas aceptar. ¿Lo logró? ¿Fué escuchada? ¿Fué creída? Sí.

II. La Iglesia implantó ideas nuevas.

Sabéis que esto no se hizo por sí solo. La empresa era colosal. Las ideas nuevas que promulgaba la Iglesia, debían encontrar, y encontraron, terribles contradicciones. *El orgullo* humano se insurreccionó contra los misterios incomprensibles. *Los apetitos* y las pasiones rechazaron furiosamente preceptos inesperados y molestos. Los hombres de la *palabra* y los de la pluma elevaron la voz, escribieron páginas sobre páginas, volúmenes sobre volúmenes, a fin de probar, tan claro como la luz del día, que la Iglesia se engañaba sobre este punto, sobre este otro, sobre todos a la vez. Finalmente, los hombres del poder, no contentos con gobernar los cuerpos, aspiraron al dominio de las creencias, dogmatizaron y legislaron contra una doctrina que les disputaba el imperio sobre las almas, y agobiaron a la Iglesia con sus triquiñuelas y brutalidades.

Todos estos obstáculos, humanamente insuperables, no impidieron la invasión y el dominio del mundo por las nuevas ideas.

Implantólas la Iglesia a pesar de los heresiarcas, los filósofos, los potentados, a pesar de los libelos que intentaron descalificarla, a pesar de las trampas y lazos que sujetaban su palabra y paralizaban su acción, a pesar de los tratados y contribuciones, leyes y proyectos de ley que decretaron su muerte, a pesar de los grandes mandobles dirigidos por los tiranos contra el triple bronce que cubre su pecho.

La Iglesia implantó ideas nuevas... ¿Cómo? ¿Merced al oro y la plata? No. No tomó ni oro ni plata; por otra parte, las convicciones no se compran. ¿Por la ciencia? No. La ciencia vino después; al principio, sus

mensajeros, sus representantes no fueron ni genios, ni sabios. ¿Por la violencia? No. Una obra espiritual no se arraiga por la fuerza. La ley no penetra en las almas por la violencia. Con gentes de armas y suplicios, puede organizarse una buena policía, pero no una sincera religión; pueden ordenarse actos externos, doblar las rodillas, encorvar las frentes, pero no dominar el ser interno, el fondo del espíritu, el secreto del corazón, y sembrar en él ideas.

La Iglesia implantó ideas nuevas. ¿Cómo? Por los milagros que acompañaron su entrada en el mundo, y sancionaron, autorizaron y consagraron su enseñanza; por la palabra de sus Apóstoles, cuya sinceridad y poder impusieron en todos el respeto y la convicción; por la vida de sus santos, de sus confesores, de sus vírgenes, que acreditaron el Evangelio al realizarlo; por el heroísmo de sus mártires, que hicieron germinar y fructificar las ideas nuevas regándolas con su sangre libremente derramada. Los mártires eran libres para no morir. Una palabra de apostasía salida de sus labios hubiera bastado para arrancarlos a la muerte. Menos aún: se les prometía la vida si consentían únicamente en dejar caer de sus dedos torturados el granito de incienso; prefirieron obedecer a Dios antes que a los hombres. Cosa prodigiosa, señores, y única en los fastos históricos del género humano; millones de hombres, mujeres y niños—oídlo bien, ¡millones!—, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, viéronse en la alternativa de elegir entre la muerte y la afirmación de las ideas nuevas, de las ideas cristianas. Decididos y gozosos, presentáronse ante el suplicio, y eligieron la muerte frente al tirano, rechazaron las ideas del viejo paganismo, y confesaron las ideas del cristianismo naciente. Así implantó la Iglesia en el mundo las nue-

vas ideas. En ellas puso la sangre de sus mártires. Pero hizo todavía algo más y mejor.

III. La Iglesia popularizó nuevas ideas.

Los sabios de la antigüedad no se dirigían más que a un lugar, a un tiempo, a una casta, a lo mejor, a la aristocracia privilegiada de los espíritus, y dejaban vegetar la muchedumbre en las supersticiones más groseras. Nuestros sabios contemporáneos hacen casi lo mismo. "Componiéndose el género humano—dice Renán—de algunos individuos excepcionales, con tal que este corto número pueda desarrollarse libremente, no se preocupará gran cosa de la manera como el resto proporcione Dios a su altura." El resto es el pueblo, es la inmensa multitud de la cual poco caso hacen los intelectuales. Les repugna entregar sus ideas superiores, sus elucubraciones trascendentales, a la multitud.

La Iglesia no conoce ni esas presuntuosas delicadezas, ni esos desprecios soberanos. Jesucristo le ordenó ir y enseñar a todas las naciones, y evangelizar a los pequeños. Fué, y habla a todos los tiempos, a todos los lugares, a todos los hombres, y prodiga lo mejor que posee, lo más elevado, lo más profundo, lo más santo, así a los niños como a los adultos, a los pobres como a los ricos, a los ignorantes como a los sabios. No tiene dos doctrinas, una para las inteligencias escogidas y las clases directoras, y otra para las inteligencias incultas y las clases populares. No tiene dos catecismos, uno para los que habitan los palacios, y otro para los que trabajan en la choza o en el taller. Al mismo festín de la verdad invita a todos sus hijos, ora vistan de púrpura, ora de estameña. Por cuarenta o cincuenta céntimos, puede el pueblo poseer su teología, y aprender de memoria la suma completa de las grandes verdades que

constituyen para todos la ciencia moral y religiosa... Señores, aunque no penséis en ello, aunque no fijéis vuestra atención en esto, todo esto es extraordinario, maravilloso. *La Iglesia popularizó ideas nuevas.*

No se contentó con promulgarlas platónicamente en medio del mundo como se promulga una novedad que hoy está en boga y se olvida mañana.

No se contentó con implantarlas en algunos cenáculos reservados, en algunos cerebros privilegiados como flores raras que son monopolio de un número reducido, sino que la distribuyó a todos en fórmulas cuya claridad iguala a su profundidad. Lanzó al hombre las verdades evangélicas, como Dios lanzó los astros en el firmamento, con profusión y para que todos gozasen de ellos. Nadie quedó excluído de la contemplación del firmamento; el cielo estrellado regocija al último de los pastores, no menos que al más profundo sabio. Del mismo modo, nadie quedó excluído de la posesión de las grandes ideas morales y religiosas que la Iglesia popularizó, vulgarizó, universalizó aquí bajo. Quizás ese labrador, ese obrero, esa pobre mujer, ese niño, no saben el abecé de las ciencias humanas; pero están bautizados, son católicos y no han olvidado el catecismo. Preguntadles; saben lo que son, de dónde vienen, adónde van. Conocen el principio, el término y el camino, lo que Dios quiere de ellos en la tierra, y lo que les espera más allá de los límites de esta tierra. Poseen la verdad completa. Viven, crecen y mueren en la paz y en la alegría de la certeza. Señores, la Iglesia es la que ha hecho todo esto. Promulgó, implantó, popularizó ideas nuevas. Cambió las ideas. Pensad seriamente en esto, y os convenceréis de que semejante operación supone una ostentación de poder sobrehumano.

Hoy está planteada una gran batalla entre las ideas de la Iglesia, que reina en el mundo hace ya diecinue-

ve siglos, y las ideas de la impiedad, que quisieran volvernos al paganismo. No es posible permanecer neutrales. Cuando Napoleón trabajaba por borrar las huellas de la guerra de la Vendée, encontróse con el alcalde de un pueblo que se lisonjeaba de no haber tomado parte por ninguno de los dos bandos. Napoleón dirigióle esta sangrienta frase: "*Señor, sólo los cobardes permanecen neutrales*". Aprovechémonos de esta frase. Las ideas antirreligiosas conducen a la apostasía y a la ruina, y merecen la más vigorosa reprobación. Las ideas católicas han dado pruebas de su valer; son el principio de la salvación del alma y de la salvación social. Mostrémonos dichosos de poseerlas, orgullosos de profesarlas, ardientes en propagarlas.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

II.—Cambió las costumbres

Señores:

Se reprochan a la Iglesia sus impotencias. A esto he respondido: ¿La Iglesia impotente? No. Cambió las ideas. Ahora añado: Cambió las costumbres. Estudiemos hoy esta dificilísima empresa. Comprobemos el imperio del mal en el mundo antiguo y el imperio del bien en el mundo moderno. Este doble espectáculo es todo lo que hay de más interesante e instructivo.

I. El imperio del mal en el mundo antiguo.

No digo, señores, que no hubo más que mal en el mundo antiguo. No digo semejante cosa. Esto sería una exageración; por consiguiente, una falsedad. Los paganos no estuvieron enteramente desheredados de la verdad y de la virtud. Vemos en la historia de Gre-

cia y de Roma actos numerosos de piedad filial, de patriotismo, de valor, de desinterés. Pero digo que el bien en el paganismo era una excepción. El mundo antiguo, entregado a sí mismo, precipitóse de siglo en siglo en las profundidades de la degradación moral, y tras cuatro mil años de carrera hacia el abismo, el mal imperó con un furor que nada contuvo, y triunfó en toda la línea. Fué universalizado, honrado, deificado.

En plena civilización griega y romana, en el siglo de Augusto como en el de Pericles, la familia movía a compasión. Habíase convertido en un antro de corrupción y de infamia. Estaba manchada por el infanticidio, el divorcio, el adulterio, por crímenes que repugnan a la naturaleza y a la razón. En plena civilización griega y romana, en el siglo de Augusto como en el de Pericles, la sociedad movía a compasión. Habíase convertido en mercado de esclavos explotado por algunos millares de hombres libres. Notad que los sabios, los literatos, los filósofos, no valían más que la multitud. Por lo mismo que eran más ilustrados, eran más culpables. ¿Sabéis quién aparecía en la cumbre del Imperio romano? Un monstruo coronado que se llamaba Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Domiciano. Pues bien, a estos seres envilecidos y malhechores incensaban los mortales. En ellos se personificaban la ley y la autoridad. Roma tenía en sus manos todos los pueblos, y Roma doblaba la rodilla ante Nerón. La degradación moral no podía descender más bajo. Cuando fijamos la mirada en la antigüedad, toda la antigüedad, desde los pies a la cabeza, desde las clases más incultas a las más ilustradas, nos ofrecen un espectáculo intolerable; tan cubierta está de llagas y mancillas. El mal era universal.

El mal era honrado, aprobado, ratificado por la opinión pública. La sodomía era alabada por Platón, excusada por Cicerón, cantada por Virgilio. Se exponía

a los niños, eran arrojados al borde del camino, y nadie lo extrañaba. Crucificaban a los esclavos por haber roto un ánfora, y esto parecía enteramente natural. La escuela estoica enseñaba resueltamente, y erigía en principio, el suicidio. Tan cobardes en la desgracia como crueles en la prosperidad, los Catón y los Bruto abandonaban la existencia dándose la muerte, y eran aclamados grandes ciudadanos. Los degüellos públicos de gladiadores eran aplaudidos por todo el pueblo, alentados por el Senado, autorizados por la ley, sancionados por la presencia de sacerdotes y vestales, ordenados por Julio César, por Tito, por Trajano, por el mismo Constantino antes de su conversión. El mal era universalmente practicado y honrado.

Era deificado por la religión nacional. "Unicamente el cristiano—dice Lacordaire—tiene un Dios que le obliga a sonrojarse." Es verdad. Nuestra religión condena todo lo que es malo, de suerte que uno no puede vivir mal y ser cristiano. Los paganos tenían un culto que se armonizaba perfectamente con el desorden. Tenían en el Olimpo dioses que representaban y alentaban todos los vicios. "Las jóvenes que quieren ser honestas —dice el poeta romano Ovidio—deben abstenerse de entrar en nuestros templos." Dirigiéndose al ídolo, éste pide la muerte de su mujer para contraer segundas nupcias con un amor infame, y aquél la muerte de un tío o de un niño para recoger una crecida herencia. Un comerciante se arrodilla ante Mercurio para que Mercurio le ayude a engañar a sus parroquianos. Un ladrón se detiene ante la diosa protectora de su oficio: "Hermosa Laverna—le dice,—afila mis manos para el robo". Todo esto podéis leerlo en Horacio, Séneca, Persio, Plauto, o mejor aún, en los *Césares* de Champagny. La religión pagana era la deificación del mal, por lo que, en vez de

curar al género humano, acababa de corromperlo y descomponerlo.

El estado moral del mundo antiguo era bien lamentable.

Pero vino la Iglesia, inclinóse sobre aquel cadáver, cuyas carnes deshonradas se caían a pedazos, y devolvióle la salud y la vida. Cambió las costumbres. Contemplemos ahora

II. El imperio del bien en el mundo nuevo.

No digo, señores, que no haya más que bien en el mundo nuevo. No digo eso. Sería una exageración, y, por consiguiente, una falsedad. Había bien en el mundo antiguo, y mal en el mundo nuevo. El mundo antiguo era la noche, con estrellas sembradas en la obscuridad, y el mundo nuevo es el día... con nubes que obscurecen el horizonte. El catolicismo no aniquiló el mal, porque el mal, a causa de la libertad del hombre, forma parte del género humano. Pero, lo que jamás hizo ningún hombre, ni ningún culto, el catolicismo disminuyó el imperio del mal y acreditó en la tierra el imperio del bien, en una medida que procuraré haceros apreciar.

1.° *La Iglesia asentó en la tierra el imperio del bien.* No creo que esto se ponga en tela de juicio.

La Iglesia estableció en la tierra *el imperio de la pureza.* Creó la pureza del alma, la pureza del hogar, la pureza del claustro. La pureza del alma... hasta el horror del menor mal, del mal que nadie ve... hasta la fuga del mal deseo y del mal pensamiento. La pureza del hogar... bajo la garantía de la unidad e indisolubilidad del matrimonio, con el respeto de la mujer y el respeto del hijo. La pureza del claustro... El Imperio romano tenía trabajos para encontrar en su vasto seno

una docena de vestales, ¡y qué vestales! El catolicismo, con estas solas palabras: "¡Bienaventurados los corazones puros!", creó millones de vírgenes.

La Iglesia estableció en la tierra *el imperio de la caridad*. En aquel Imperio romano de 600 millones de hombres, no había hospitales, ni asilos, ni casas de refugio para los que padecían, ni escuelas para el pueblo. La pobreza era un deshonor. Las tres cuartas partes de los hombres vegetaban en la miseria, en la ignorancia, en la esclavitud. El catolicismo cubrió el mundo de instituciones benéficas y educadoras, suscitó domésticos voluntarios, a veces hijos e hijas de príncipes, para el servicio gratuito de la infancia, de la pobreza, de la enfermedad, de la vejez.

La Iglesia estableció en la tierra el imperio de la pureza y de la caridad, no solamente al principio en el Imperio romano, sino *en los países de misión en el transcurso de diecinueve siglos*. ¿Habéis visto en alguna parte que los masones vayan a civilizar los pueblos bárbaros? Yo no lo he visto en parte alguna. En los pueblos bárbaros, en vez de gozar, hay que prodigarse. en vez de caminos de hierro, no hay más que piraguas o senderos entre la maleza; el agua clara sustituye al burdeos; en vez de católicos que se dejan esquilar como en Francia, no hay más que ciudadanos prontos a despellejaros. Los hermanos y los amigos piensan que vale más no abandonar las comodidades de la civilización ya formada; pero la Iglesia se traslada a todos los puntos en que existen civilizaciones por formar, y en ellos arriesga la vida de sus misioneros y apóstoles. Así es como creó el mundo nuevo, cambiando sus costumbres, transformando en castidad la lujuria, en caridad el egoísmo, en libertad la esclavitud, en paternidad la barbarie. He ahí la obra gigantesca que hizo.

2.° Introdujo en la tierra el reinado del bien *en la más amplia medida.* Repito que no suprimió el mal, porque esto es imposible, pero lo disminuyó, lo desacreditó, y exaltó y vulgarizó el bien. Podría citaros innumerables ejemplos de fidelidad conyugal, de fraternal amistad, de tierna abnegación, de respetuosa obediencia, de caridad universal, que se renuevan desde hace diecinueve siglos, de edad en edad y de pueblo en pueblo, bajo la influencia de la Iglesia católica. Verdad es que podríais citar también crímenes, vergüenzas, decadencias que obscurecen y deshonran nuestro pasado. Las intrigas de la corte de Bizancio, los asesinatos de la de Clodoveo, los escándalos del santuario en ciertas épocas, los vicios de los reyes cristianísimos, la depravación de las letras y de las artes, las ciudades convertidas en Nínives impenitentes, los pueblos pervertidos y los mismos sacerdotes muy semejantes a veces a los pueblos. ¿Qué prueba todo esto? Que en la Iglesia católica, el hombre viejo, aunque convertido, es libre, y siente todavía nacer en el fondo de su alma los instintos de la bestia, apetitos de licencia y de rebelión, gritos de rabia contra la moral evangélica. ¿Prueba acaso que el mundo nuevo, creado por la Iglesia, es inferior al antiguo, al mundo pagano? En manera alguna. Somos prudentes, santos, ángeles, si nos comparamos con el hombre antiguo. La Iglesia elevó considerablemente el nivel moral del hombre, y en este hombre, que permanece libre, débil, inclinado al mal, suscitó virtudes heroicas que el paganismo ni siquiera había sospechado. La Iglesia estableció en la tierra el reinado del bien en la más amplia medida. ¿Queréis que os haga tocar con el dedo esta verdad?

3.° La Iglesia, de tal modo es madre y guardiana del bien aquí bajo, que cuando ella retrocede y desaparece, *retrocede y desaparece el bien con ella.* En la *Re-*

vue des Deux-Mondes, de Junio de 1891, demuestra y concluye *Taine* que únicamente el cristianismo es capaz de civilizar a los pueblos bárbaros e impedir que los pueblos civilizados vuelvan a la barbarie. En su libro la *Criminalité comparée* (p. 114), el librepensador *Tarde,* comprobando la desaparición progresiva de los dogmas cristianos, lanza este grito de terror: "¿En dónde irán las nuevas generaciones a buscar su moralidad a medida que se ciegue la antigua fuente?" He ahí, señores, lo que debe preocuparnos y espantarnos. La destrucción del catolicismo es una empresa que afecta, no solamente a la religión, sino a la civilización y a la moralidad. Puede expulsarse a la Iglesia, pero no es posible sustituirla. Cuando ella se va, se lleva consigo todas las santas cosas por ella creadas, que viven de su savia, como un árbol que, arrancado, ya no da fruto. Tan pronto como la Iglesia abandona una región, se instala en ella la barbarie: testigos Grecia y el Asia Menor bajo el yugo musulmán; todo pereció en ellas, la ciencia, la agricultura, la libertad, las costumbres. Testigo la Francia de 1793, que, al cesar de ser cristiana, se convirtió en presa de Marat, de Robespierre, de las diosas impúdicas. Testigos las porciones de nuestra sociedad contemporánea que se desmoralizan a medida que se van descristianizando. La Iglesia cambió las costumbres y las conserva, y cuando se va, desaparecen las costumbres y se extinguen. Ocupa un puesto tan envidiable, que no es posible prescindir de ella; es tan poderosa, que no es posible hacer nada prescindiendo de ella.

En resumen, no es permitido acusar seriamente de impotencia a la Iglesia. Comparando al hombre antiguo con el nuevo, el que no conoce la cruz y el que la mira, es evidente que comparamos la luz con las tinieblas, la luz con el cristianismo. La Iglesia produjo este cambio; cambió las ideas, cambió las costumbres. ¡Gloria a la

Iglesia! Testimoniémosle nuestra admiración, nuestra gratitud, nuestro amor, nuestra inviolable fidelidad.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

III.—CAMBIÓ DE LEYES

SEÑORES:

Se le echan en cara a la Iglesia sus impotencias, pero sin razón, pues la Iglesia ha hecho en el mundo grandes cosas. Cambió las ideas y cambió las costumbres. Ha hecho más todavía: cambió las leyes. He ahí un asunto sumamente importante y difícil. Para tratarlo, sería preciso un doctor en leyes y una larga serie de conferencias. No soy doctor en leyes, y sólo dispongo de algunos minutos. Ello no obstante, quisiera deciros lo suficiente para mostraros que la Iglesia cambió las leyes gradualmente, completamente, incontestablemente; este estudio, no sólo es interesante e instructivo, sino también apasionante y sumamente iluminador.

I. La Iglesia cambió las leyes gradualmente.

No las cambió instantáneamente, maquinalmente, de

la mañana a la noche, como se procede a un cambio de decoración en un teatro. Esto no hubiera sido ni justo, ni prudente, ni posible. Tenía que contar con *los perseguidores* y los herejes que entorpecían su acción y absorbían una parte considerable de su actividad. Tenía que contar con los *intereses* positivos que se guarecían tras el viejo mundo romano, y era preciso tratar con ciertos miramientos, no arremeter contra ellos bruscamente, no sacrificarlos sin contemplación alguna. Tenía que contar con *las ideas y las costumbres,* cuya reforma debía preceder a la de las leyes civiles. Antes que convertir las instituciones, era preciso convertir los corazones, lo cual ciertamente no era una operación que pudiera ejecutarse de un solo golpe. Por lo contrario, era una obra larga, penosa, paciente, de persuasión, de penetración, de fermentación. La Iglesia empleó en ella trescientos años. Pero todo ello no bastó. Tenía que contar con *las voluntades libres.* No podía disciplinarlas mecánicamente, sino que tuvo precisión de mejorar insensiblemente al hombre, en primer término, y luego, a la sociedad; escalonó las reformas de siglo en siglo, como se sustituye, pieza por pieza, un aparato nuevo a un aparato viejo.

Cambió las leyes gradualmente merced a una serie de tentativas parciales, de atenuaciones de detalle, de medidas transitorias que muestran el choque y el conflicto de dos civilizaciones rivales.

Durante trescientos años, el derecho civil romano sólo indirectamente recibió la influencia de la religión cristiana. No había llegado aún el día; era una aurora matinal, que se insinuaba poco a poco en la filosofía, en las ideas corrientes, en todas las hendiduras de la vida social.

Llegó Constantino. Grande sería el error si nos imagináramos que operó una refundición radical y absoluta

de las instituciones. Reformó mucho, pero no niveló nada. No hubiera podido hacerlo, porque si el Emperador era cristiano, el Imperio todavía era medio pagano. Constantino hizo lo que era posible hacer: mejoró la jurisprudencia sin destruirla, respetó los restos del viejo espíritu romano, infundiéndole el nuevo espíritu. Así, vemos que publica en un mismo año dos edictos, por uno de los cuales recomendaba la observancia solemne del domingo, en tanto que por el otro ordenaba consultar a los arúspices.

Cien años después, *Teodosio* compila en su Código todas las ordenanzas de los emperadores cristianos. Era un paso hacia adelante.

Otro siglo después, con *Justiciano*, se depura el derecho, se hace nacional, más sencillo, más equitativo, más filosófico, se eleva a un nivel tal, que sólo el Código de Napoleón ha podido superarlo después de trece siglos de preparación y de pruebas. El cristianismo era ya el alma del Código de Justiniano, y el Código de Justiniano era el derecho romano cristianizado. La Iglesia lo adoptó, la teología, lo interpretó, la Edad Media se adaptó a él, y todas las naciones de la cristiandad vivieron de su savia.

En resumen, la Iglesia, al entrar en el mundo, encontróse con una legislación que no destruyó enteramente y de un solo golpe, sino que penetró poco a poco de sus principios y mejoró con espíritu uniforme, con constancia, con unidad de miras. Cambió las leyes gradualmente, ¿Es esto verdad? Sí.

II. La Iglesia cambió las leyes completamente.

No tengo tiempo para decirlo todo. Básteme entrar en algunos detalles particularmente importantes y significativos.

La Iglesia cambió las leyes referentes *al matrimonio.* Entre los romanos, hacia el fin de la República, estaba desacreditado el matrimonio. Casi nadie se casaba. Augusto, por las famosas leyes Julia y Poppea, hizo casi obligatorio el matrimonio, alentándolo con grandes ventajas. Intervino la Iglesia, y con Constantino suprimió las penas en que incurrían los célibes, y al sistema matrimonial pagano fundado en el interés pecuniario, sustituyó el sistema cristiano y verdaderamente moral del matrimonio libre.

La Iglesia cambió las leyes relativas *al divorcio.* Este fué el gran combate entre el derecho civil de Roma y el cristianismo. El divorcio era permitido por las leyes de las Doce Tablas, y se había convertido entre los romanos en un hecho cotidiano, corriente, aceptado por la opinión. "Hoy—decía Tertuliano,—al casarse, hacen voto de repudiarse, y el divorcio es como un fruto del matrimonio." Cicerón repudia a Terencia para ponerse en situación de pagar sus deudas casándose con otra mujer. El intelectual Mecenas se hace célebre por sus matrimonios sucesivos. Séneca nos dice que los registros públicos están llenos de actas de divorcio. Pero interviene la Iglesia y proclama la indisolubilidad conyugal. La afirma entre los cristianos, y crea así, en el seno de la sociedad romana, un derecho contra el derecho, un derecho nuevo contra el derecho antiguo. Pero, señores, este nuevo derecho no entra inmediatamente en los códigos. Constantino no se atreve a decretar la prohibición absoluta del divorcio. La Iglesia procedió con lentitud, pero con seguridad, y acabó por introducir en la ley civil el principio evangélico de la indisolubilidad. ¿Es un progreso el hecho de que el divorcio haya reaparecido recientemente en nuestra legislación? No; es un retroceso, un retorno a la vieja corrupción pagana, una derrota infligida al Evangelio y a la civilización.

La Iglesia cambió las leyes referentes al *poder paterno y a la suerte de los hijos.* Entre los romanos, el infanticidio, la exposición, el abandono, la venta de los hijos eran cosas corrientes y legales. El padre tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos. Leemos en el moralista Séneca: "Cuando matamos los perros rabiosos... y ahogamos a los niños débiles, no usamos de la cólera, sino de la razón." Y Tertuliano, dirigiéndose a los paganos, arroja sobre ellos estas palabras, acusadoras: "¿A cuántos, aun de nuestros más íntegros magistrados, podría confundir con censuras enteramente fundadas por haber quitado la vida a sus hijos inmediatamente después de su nacimiento? Ahogáis a vuestros hijos, los hacéis morir de hambre y de frío, los exponéis a los perros." Intervino la Iglesia, e inspiró al poder civil nuevas leyes para limitar el poder del padre y proteger al hijo. Constantino castigó con la pena del parricidio al padre culpable de homicidio en la persona de su hijo, y dictó las medidas más tutelares sobre la suerte de los niños pobres y de los niños abandonados. No en un día, ni siquiera en un siglo, transformó el cristianismo la legislación romana sobre este asunto, pero su perseverancia fué indomable y su influencia acabó por penetrar a fondo al poder civil. Fijaos en este contraste: antes de Jesucristo, la ley daba en todas partes a los padres el derecho de matar al hijo deforme o cojo; después de Jesucristo, se toca con disgusto la mano del padre asesino. Hoy, si una madre arroja a su hijo al río, tiene que comparecer ante los tribunales; la mujer romana refería tranquilamente a su vecina semejante ejecución, y la ley se callaba.

La Iglesia cambió las leyes relativas a *la esclavitud.* Sabéis que entre los antiguos, el esclavo no era considerado como hombre. Todo estaba permitido contra él.

El grave historiador Tácito refiere como una hermosa fiesta el degüello de 19.000 hombres en el lago Fucino en un espectáculo público. Pero vino la Iglesia, y recordó que el esclavo es hombre, no una bestia de carga. y que es un crimen matarlo o maltratarlo. En la constitución promulgada por Constantino en 312, no sólo la muerte, sino todos los castigos graves ejecutados contra los esclavos eran cuidadosamente enumerados y considerados como homicidio. De siglo en siglo, la emancipación de los esclavos, decidida en principio, pasa a las leyes y se realiza en la sociedad cristiana. La Iglesia cambió las leyes, todas las leyes; hízolo gradualmente, pero por modo completo. Inoculó el Evangelio en el vejo derecho romano, y de aquel derecho romano transfigurado, sacó una legislación cristiana. Esto es innegable.

III. La Iglesia cambió las leyes incontestablemente.

La historia da fe de ello, pero la actualidad nos da de ello una prueba más palpable todavía. Abrid los ojos y mirad.

Donde la Iglesia no existe, subsisten las viejas leyes paganas. Tomad un mapamundi y estudiad las legislaciones existentes. La ley autoriza la antropofagia en la Oceanía interior. La ley autoriza la caza de esclavos en el seno del Africa. La ley autoriza el infanticidio en Asia. La obra de la Santa Infancia tiene precisamente por objeto rescatar, bautizar y educar a los niños chinos expuestos por sus padres a lo largo de los caminos, como alimento arrojado a los perros. Hace ya mucho tiempo que nuestros misioneros refieren estas bárbaras costumbres, que vieron con sus propios ojos; no querían creerlos, antes bien, se complacían en tratarlos

de impostores. Pero he ahí que los viajeros y los exploradores hablan como nuestros misioneros. Hace solamente unas semanas que un corresponsal enviado por *Le Temps* al teatro de la guerra ruso-japonesa declaraba haber comprobado en la Mandchuria y en China el abandono y muerte de los niños, y *Le Temps*, periódico protestante y racionalista, registraba estas declaraciones rigurosamente auténticas. En donde la Iglesia no existe, subsisten las viejas leyes paganas.

En donde la Iglesia no existe, vuelven a imperar las viejas leyes paganas. El viejo derecho pagano podría resumirse en este axioma: "La fuerza prevalece sobre el derecho". Así, todas las debilidades: la mujer, el niño, el pobre, el esclavo eran pisoteadas y sacrificadas sin piedad. El derecho cristiano, por lo contrario, se resume en esta fórmula: "El derecho prevalece sobre la fuerza..." o, como decía Bossuet en su *Política* sacada de las Escrituras: "En el pueblo, aquellos a quienes el príncipe debe atender con preferencia, son los débiles." En virtud de este principio, las legislaciones cristianas aplicáronse a proteger con preferencia a la mujer, al niño, al obrero, todas las debilidades. Cuando la Iglesia se establecía en alguna parte, al punto introducía el derecho cristiano. Pero tan pronto como desaparece, el derecho cristiano se va con ella, y al punto renace el derecho pagano. La Iglesia fué expulsada del Oriente, y el Oriente fué el punto invadido de nuevo por las leyes bárbaras del paganismo, por el embrutecimiento del esclavo, por la reducción de la mujer al más bajo envilecimiento. A la hora presente, sufre la Iglesia un eclipse, una derrota entre nosotros... e inmediatamente vemos que las leyes paganas reviven y triunfan en toda la línea. El embargo del Estado sobre los bienes y personas, aun sobre los hijos, que ya no per-

tenecen a sus padres, es una resurrección del viejo derecho romano que hacía del César el dueño único, el único propietario, el único soberano de las conciencias y de la religión, como de todo lo demás. Con la supresión de la Iglesia, han reaparecido las antigüas leyes de despojo y de destierro, y, nuevos Arístides, nuestros religiosos y nuestras religiosas han sido expulsados a causa de sus virtudes y de sus insignes beneficios. Acaso ¿qué es la ley del divorcio que ha penetrado en nuestro código sino una vieja ley pagana? Fijaos bien en esto: Donde no existe la Iglesia, reviven las viejas leyes paganas, la fuerza prevalece sobre el derecho, y todas las debilidades, desarmadas, quedan abandonadas al furor de todas las insolencias.

La Iglesia cambió las leyes gradualmente, completamente. Transformó de raíz nuestro derecho, y más vivimos de ella que de las ideas que sobrevivieron a la ruina del mundo griego y del mundo romano. La superioridad de nuestras instituciones civiles sobre las creaciones del mismo orden del genio pagano, procede de nuestra religión. Pero no olvidemos que, si queremos conservar sus frutos, no permitamos que se arranque el árbol. Si no queremos convertirnos en paganos por las ideas, por las costumbres, por las leyes, seamos cristianos y católicos inflexibles y animosos, de tal modo que nada ni nadie nos intimide, y salvemos a la vez nuestra religión y nuestra patria.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

IV.—Rehabilitó a la mujer

Señores:

Se reprochan a la Iglesia sus impotencias. ¿La Iglesia impotente? No. Cambió las ideas, cambió las costumbres, cambió las leyes. Continúo: rehabilitó la mujer, el niño, el esclavo. En primer lugar, la mujer. Estudiemos hoy este importante asunto, y veamos la situación de la mujer en el catolicismo y fuera del catolicismo.

I. La situación de la mujer en el catolicismo.

En primer lugar conviene que sepáis *qué era la mujer entre los paganos*. Su estado daba lástima. Las mujeres esclavas, y eran las cuatro quintas partes, veíanse tratadas como bestias de carga, estaban condenadas a satisfacer las necesidades más repugnantes, y sus due-

ños las castigaban con el látigo hasta derramar sangre. No era muy superior la condición de las matronas. Sin duda que tenían la libertad del lujo y del vicio, de la cual usaban con largueza, hasta el punto de que en Tácito hay detalles que os señalo, sin que pueda referirlos; pero desde el punto de vista jurídico y social, la mujer romana no era nada. No podía poseer, era propiedad del hombre, que tenía el derecho de repudiarla por el divorcio, o de cederla a otro, como hizo el virtuoso Catón, que transfirió su esposa Marcia a su amigo Hortensio. Este solo detalle os dice muchísimo sobre el rebajamiento de la mujer en el mundo antiguo.

Pero vino el Redentor, y al punto da a la mujer un *tipo,* un modelo, un ideal que la rehabilita: María, virgen y madre incomparable. Es la criatura más elevada después de Jesucristo. Es la pureza sin tacha. Lleva a Dios en su seno; da al mundo el Bien, el Bien eterno e infinito. ¿Qué es ya la mujer en la nueva ley? Ya no es solamente la hija de Eva; es la hermana de la Virgen María, que nos aparece con una corona de estrellas sobre la frente, rodeada de ángeles, tocando apenas la tierra con el extremo de su manto, pisando la serpiente, y recibiendo, en el transcurso de diecinueve siglos, ese santo y universal respeto, ese tierno y religioso amor, esos honores, esas consideraciones llenas de delicadeza que constituyen el embeleso de la sociedad cristiana. En la misma medida en que la mujer se rebajó en el paganismo, se realzó y engrandeció en el cristianismo.

La Iglesia le concede *un puesto* aparte, un puesto eminente, glorioso, fecundo en medio del mundo nuevo. En todas las páginas del santo Evangelio es nombrada la mujer. La mujer toma una parte considerable en el establecimiento de la religión cristiana. Los paganos muéstranse asombrados de ello, casi escandalizados.

¿Qué importa? Ante Dios, la mujer tiene la misma dignidad moral que el hombre. Sale, pues, de la inutilidad a la cual fué reducida por la antigua Roma, y desempeña en la sociedad un papel activo y preponderante. Comparte los combates de los mártires, y desafía ante los tribunales la espada de la justicia pagana. Esclava, vémosla mostrar inflexible fortaleza frente al dueño que trata de envilecerla; apóstol y mártir, emplea su comunicativo ascendiente para obtener conversiones. Diaconisa, se entrega al misterio de la caridad y de la instrucción. Con Justiniano, se introducen en el Código los derechos de la mujer y son consagrados por la ley. Con San Jerónimo, cultiva las letras y estudia las Escrituras. Con las Pulquería, las Eudoxia, las Plácida, las Honoria, vense mujeres marchando a la cabeza de su siglo, realizando grandes acontecimientos figurando en primer término en la historia de su patria, que dirigen, agitan o pacifican. Aquello era ya un hecho. La Iglesia rehabilitaba a la mujer; el plomo vil que se arrastraba por el fango se ha convertido en oro purísimo que enriquece a la cristiandad.

Contemplad la virgen, la esposa, la madre, la viuda del catolicismo. Son creaciones admirables, ni siquiera sospechadas por el mundo antiguo.

En el transcurso de diecinueve siglos, las *vírgenes* cristianas embalsaman la tierra. Se inmolan en el claustro, en la oración y el sacrificio. Se extenúan en la carrera de la enseñanza. Mueren al servicio de los que padecen en los hospitales y aun en el campo de batalla. ¿No habéis leído que en el sangriento combate de Liao-Yang, el primer obús japonés que cayó sobre la ciudad hirió a una Hermana de la Caridad? ¿Luego hay Hermanas allá abajo? Sí. La virgen cristiana va a todos los puntos en que hay que hacer bien y recibir golpes, gol-

pes procedentes de los miserables que desconocen y proscriben su virtud y sus beneficios.

Mas si el catolicismo pone una aureola en la frente de las vírgenes, no rebaja en modo alguno la dignidad de la *esposa*. Hace diecinueve siglos que el catolicismo consagra a la esposa con un sacramento que la instituye reina del hogar, que hace respetar sus derechos de ama de casa, de educadora de sus hijos, de compañera del jefe de la familia. ¿Qué es lo que no ha soportado la Iglesia para salvaguardar la individualidad conyugal y el honor y porvenir de la esposa? Soportó la violencia de los bárbaros y la venganza de los reyes de Francia, y en tiempo de Enrique VIII y de Lutero, prefirió perder Inglaterra y la mitad de Alemania a sacrificar las santas leyes del matrimonio y a la esposa oprimida.

Debería deciros también ahora lo que el catolicismo ha hecho de la *madre,* de la viuda, de la hija, de la abuela; pero no puedo. Habría que referiros la historia entera de diecinueve siglos. Los mismos paganos no salían de su asombro, y , en presencia de los cristianos de la primitiva Iglesia, de la madre de San Juan Crisóstomo, viuda a los veinte años, de la madre de San Agustín y de tantas otras, exclamaban: "¡Qué mujeres hay entre esos cristianos!"

El catolicismo rehabilitó a la mujer. Hizo la virgen pura, la esposa respetada y honrada; la madre virtuosa y tierna, la viuda sostén de pobres y huérfanos. Esto es innegable. Pero, para que os convenzáis más, contemplad ahora

II. La situación de la mujer fuera del catolicismo.

No conozco nada más lamentable que la situación de la mujer en los pueblos que no son cristianos y en los que se descristianizan. Abrid los ojos y ved:

1.º *En los pueblos que no son cristianos*... ¿qué posición ocupa la mujer? Ocupa el último grado, el grado más profundo de embrutecimiento y animalidad. En todas partes, fuera de los países cristianos, la mujer no es más que un instrumento de voluptuosidad culpable, o una bestia de carga.

Entre los *salvajes*, el hombre se entrega al placer de la caza, y la mujer cultiva la tierra. Si la tribu emigra, la mujer lleva los fardos, y cuando el jefe muere, es quemada con el cadáver de su dueño.

Entre los *chinos*, se compra una mujer como se compra un campo o un caballo. La mayor parte de los niños abandonados por sus padres, o arrojados al río, son hijas, porque el nacimiento de una hija es considerado como una desventura para la familia.

El Japón se ha asimilado una parte de nuestra cultura, pero una de las cosas que nosotros poseemos y él no quiere a ningún precio, es el artículo de nuestro Código civil que afirma y garantiza los derechos de la mujer. Entre el Japón y Europa media un abismo, ya que el Japón, no cristiano, desprecia a la mujer, y Europa, todavía cristiana, respeta a la mujer. Los destinos de la mujer, señores, son inherentes al Evangelio. Allí donde reina el Evangelio, es honrada la mujer.

Contemplad a *Turquía* bajo el yugo del Corán; el envilecimiento de la mujer es allí completo. El harén es una llaga vergonzosa que deshonra a Turquía, que la baja, que la coloca en una situación muy inferior a la de las sociedades cristianas. Y si la religión se extinguiera entre nosotros, perdería la mujer el puesto que la religión le ha conquistado, y si se le prohibiese toda participación en la dirección de los asuntos de la vida, si no se le permitiese ya representar otro papel que el de la mujer oriental..., no solamente se extinguiría la vida social, sino que la masa popular perdería al

punto la inestimable ventaja de la vida familiar, nuestro mecanismo social, privado de todas las energías, de la abnegación, de las múltiples aportaciones del genio femenino, carecería de su resorte más esencial, y nuestra civilización se rebajaría al nivel de la civilización turca. La desaparición del Evangelio conduciría fatalmente al envilecimiento de la mujer, y el envilecimiento de la mujer equivaldría a la bancarrota y ruina de nuestra civilización. Mucho cuidado, pues. No hemos llegado todavía, pero estamos en camino de semejante desastre. Cuando la religión baja, todo baja, y cuando uno se pone en la pendiente de la impiedad, como sobre una plancha enjabonada, se condena a descender, sin saber el punto en que podrá detenerse. Veamos también lo que ocurre

2.° *En los pueblos que se descristianizan... ¿Cuál es la situación de la mujer?*

Está de moda en cierto ambiente mundial, y en cierta prensa, decir que, únicamente separándose de la Iglesia, encontrará la mujer toda su nobleza, todos los honores que le corresponden..., y que la Revolución francesa fué la que emancipó a la mujer. ¿No hemos visto —añaden— que ciertos obispos, en un concilio, declararon que la mujer carecía de alma? Todas esas frases, señores, no son más que estupideces y calumnias... He aquí la verdad, la verdad misma, la verdad histórica y experimental: el catolicismo rehabilitó a la mujer, y, fuera del catolicismo, la mujer se empequeñece, se deprime, se envilece casi por modo inevitable.

Ved, señores, en vuestro hogar, *vuestra hija* piadosa y pura. Su sonrisa os regocija, su serenidad os apacigua, su alegría os consuela, su virtud os embalsama. La religión hace de ella algo más que una mujer, hace de ella un ángel. El mundo mismo le es deudor del he-

chizo de tan sobrenatural creación. Se han visto, y se ven cada día, impíos declarados que se inclinan ante este espectáculo. Aceptan la impiedad para ellos, pero generalmente se horrorizan de ella cuando la ven pasar como una nube por la frente de sus hijas. ¿Ajará la irreligión flores semejantes? ¿Disipará con su soplo abrasador semejante aroma, ese puro y bienhechor aroma del hogar? ¿Rebajará a esos ángeles? Señores, esò sería una desgracia. Desgracia para vosotros, desgracia para vuestras hijas, desgracia para lo presente, desgracia para lo porvenir. Porque, no habiendo conocido durante su juventud las santas reservas que impone la religión, ¿cómo podrían constituir más tarde la felicidad de un marido, educar cuidadosamente una familia, y dirigir una casa llena de prestigio, de rectitud y de paz? Fuera del catolicismo se empequeñece la mujer, y casi inevitablemente se deprime.

Se afirma por ahí que la Revolución emancipó a la mujer, devolviéndole la libertad por medio del *divorcio*. ¡Qué broma tan pesada! El divorcio no emancipa a la mujer, sino que la arroja a la calle, sin marido y sin hijos, despojada de sus derechos de esposa y de sus alegrías de madre. Y si, roto por el divorcio el lazo sagrado del matrimonio, contrae la mujer otra unión, unión puramente civil, ¡cuán digna de compasión es todavía! Su vida es un escándalo, puesto que es una violación pública de la ley de Dios. No es posible admitirla a la recepción de los sacramentos, y si muere en esta situación, niégale la Iglesia la sepultura eclesiástica. Es una mujer caída, que ya no encuentra en la sociedad la consideración que se concede a la esposa cristiana. En vano ratifica el Código su segundo enlace. El Código no puede separar lo que Dios ha unido; no puede unir lo que Dios separa. Fuera del catolicismo, se empequeñece la mujer, y casi inevitablemente se envilece,

He ahí una *librepensadora*. Es lo último que darse puede. Es la abominación de la desolación. "¿Cómo concebir — dice Chateaubriand — que una mujer sea atea? ¿Quién apoyará a esa caña, si la religión no sostiene su fragilidad?" En efecto, la mujer, más todavía que el hombre, tiene necesidad de la religión. Tiene necesidad de ella por su espíritu, por su corazón, por su voluntad, por su fantasía. Tiene necesidad de ella por sus hijos y por su marido.

¡Cuántos hombres se dejarían absorber por los intereses mundanos y lo olvidarían todo: Dios, su alma, su porvenir eterno, si no tuvieran a su lado una esposa, una hija, una madre cristiana! En medio de ese diluvio de irreligión que cubre al mundo y en el que se debaten, miserables e inquietos, tantos jóvenes, tantos hombres desorientados, hay un rincón reservado e intacto, en el que se conservan las creencias que repudia el mundo y las virtudes de las cuales no podría prescindir... Tal es el corazón de la mujer santificada por la religión.

¡Plegue a Dios alejar de nuestra sociedad la llaga de la mujer librepensadora! ¡Sería nuestra ruina irremediable y definitiva! ¡Dios os conceda y os guarde, señores, esposas, hijas y madres cristianas! ¡No podría expresar deseos más conformes con vuestra recta razón ni más propios para realizar vuestros sueños de felicidad!

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

V.—Ha rehabilitado al niño

Señores:

¿La Iglesia impotente? No. Cambió las ideas, las costumbres, las leyes. Rehabilitó a la mujer, y hoy añado que rehabilitó al niño. ¿Tenía, pues, el niño necesidad de ser rehabilitado? Sí. Entre los débiles, entre los seres malditos al nacer, desheredados de toda piedad, objeto de todos los desprecios y víctimas de todos los rencores, ninguno fué tan maldecido como el niño, ninguno reclamó con más insistencia la conmiseración, el respeto, la rehabilitación. Veámoslo. Veamos la condición del paganismo y del cristianismo con relación al niño, y saludemos una vez más el poder y la divina influencia de la Iglesia.

I. La conducta del paganismo con relación al niño.

Durante cuarenta siglos, el niño, en la tierra, no fué solamente objeto del desprecio de los sabios y de la indiferencia de los legisladores, sino también víctima de las costumbres más viles y de las más despiadadas leyes. Por todas partes mostraban el más horrible apresuramiento para venderlos, exponerlos, prostituirlos, matarlos. ¿Invento por ventura? De ningún modo. Refiero.

Oigamos, ante todas cosas, sobre este asunto, las quejas acusadoras *de los apologistas cristianos*. Tertuliano, dirigiéndose a los primeros magistrados del Imperio romano, dice: "Entre todos los hombres que me rodean y que tanta sed tienen de la sangre de los cristianos; entre esos jueces tan rigurosos con nosotros, ¿hay alguno que no haya dado muerte a sus hijos... que no los haya ahogado, que no los haya hecho morir de hambre, de frío, de miseria, que no los haya arrojado como pasto a los perros y a los buitres?" Lactancio, después de Tertuliano, dice a los paganos: "Hacer morir a vuestros hijos, es vuestro crimen más frecuente, como también lo es el más impío; porque Dios les ha dado un alma para que vivan, no para que mueran." San Justino, hablando de aquellos pequeños desventurados y de la espantosa prostitución para la cual los reservaban, nos enseñó que "los alimentaban por rebaños, como machos cabríos, cabras, ovejas, en establos humanos". Finalmente, el célebre abogado romano Minucio Félix, vituperaba a los que exponen sus hijos a las bestias feroces, o a las aves de presa, o que tienen la barbarie de ahogarlos y aplastarlos."

Quizás penséis que todos estos testimonios procedentes de escritores y oradores cristianos son sospe-

chosos de exageración. No lo creáis. *Los filósofos paganos* no tienen otro lenguaje. Escuchad tan sólo a uno de ellos, el más sabio, el más ponderado, el más razonable, Séneca. Dice así: "Se castiga de muerte a los criminales, con el mismo derecho con que se extermina los perros rabiosos, se mata a los toros feroces, se destruye a los monstruos, se ahoga a los hijos, cuando nacen débiles y mal conformados. Esto es propio del buen sentido, *non ira, sed ratio est*". ¿Lo habéis entendido? Según la filosofía pagana más ilustrada, matar a los criminales, a los perros rabiosos, a los toros feroces, a los monstruos y a los pobres niños, no es un acto de cólera y de injusticia, sino de razón y de equidad. Todo esto es abominable, mas, ello no obstante, señores, todo esto constituía el fondo del orden social.

Y todo ello estaba consagrado por *la ley*. Recorramos brevemente las legislaciones antiguas y toquemos las llagas de la vieja sociedad pagana.

En Esparta, cuando un niño acababa de nacer, se deliberaba al punto sobre su vida o su muerte; si es de complexión vigorosa, vivirá; si es de complexión débil o disforme, se le arrojará al barranco del monte Taigeto. Plutarco, que esto nos refiere, no se conmueve en modo alguno; por lo contrario, añade: "En cuanto a esos niños que carecen de salud y fuerza, no es bueno que vivan, ni para ellos, ni para el Estado."

En la elegante Atenas, las leyes de Solón autorizaban legalmente la muerte de los niños. El recién nacido era arrojado, del seno de su madre, que lo veía allí, extendido, a los pies de su padre. Si el padre lo tomaba en sus brazos, quedaba preservado de la muerte; pero si apartaba de él sus ojos, era expuesto o muerto.

En Roma, la ley de las Doce Tablas decía en términos formales: "Si el niño es contrahecho, puede el

padre matarlo por sí mismo, sin dilación, sin formalidad alguna: *Puerum pater, cito necato;* si es débil, expóngalo." Aquellos niños, repudiados así por sus padres, eran arrojados despiadadamente al lago Velabro o expuestos a lo largo de los caminos de la Ciudad Eterna. Tal era la constitución legal de la familia romana. El poder paterno y marital era absoluto. El padre absorbía a la mujer y al hijo y a todas las personas y bienes del hogar. El padre era juez supremo. Ejercía sobre sus hijos un poder investido del derecho de vida y muerte. Y notad bien esto. No sólo todos los recién nacidos que tenían la desgracia de nacer deformes o débiles debían ser ahogados, o arrojados al fuego o al río, sino que todos los recién nacidos, aun los que venían al mundo con constitución sana y vigorosa, podían legalmente ser muertos o expuestos por el padre o la familia. El moralista Séneca (*Controv.,* libro V, cap. XXXIII), nos da sobre esto detalles espantosos y repugnantes. Nos muestra a los unos aplastando la cabeza de sus hijos contra un muro, a los otros pisoteándolos hasta darles muerte, finalmente, a los más viles, entreteniéndose infamemente en destrozarlos o cortarles sucesivamente todos los miembros. Si los padres renunciaban a educarlos, los exponían a lo largo de los caminos, y, llegada la noche, descendían de las montañas bandadas de lobos y se arrojaban sobre una presa sin defensa. En cuanto a la venta de los hijos, era cosa corriente. San Jerónimo nos ha conservado los lamentos de una pobre madre, cuyos tres hijos fueron vendidos para pagar un impuesto del fisco. Lactancio fustiga a los padres culpables, que entregan su propia sangre a la servidumbre o a la prostitución: *ad servitutem vel ad lupanar.* Lactancio, al escribir estas cosas, dedica su libro a Constantino, como una especie de petición dirigida al primer príncipe

cristiano. En efecto, el Evangelio había sido ya promulgado, y se insinuaba en las ideas, en las costumbres y en las leyes. Empieza un mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo. Asistamos a esta revolución bienhechora y fundamental, y admiremos

II. La conducta del catolicismo con relación al niño.

Apenas hubo la Iglesia entrado en el mundo, cuando se inclinó sobre el niño y se esforzó en rehabilitarlo. Sembró ideas, inspiró leyes, abrió escuelas con el fin de velar, proteger y educar al niño.

1.º *Sembró ideas* que tenían por fin realzar al niño. Tales son las ideas que gobiernan al mundo. Cuando la Iglesia entra en campaña contra el mal, empieza por atacar los principios perversos, y los combate oponiéndoles lo que es verdadero, justo y bueno. Así procede en la restauración de la familia. El paganismo, no estimando más que la fuerza material, sentaba como principio que toda debilidad era despreciable y de esencia inferior; de aquí el desdén por el niño. La Iglesia restableció la igualdad entre todas las criaturas humanas, particularmente entre los seres que componen el hogar: el hombre, la mujer y el niño. ¿Qué es el niño? Una criatura racional, hecha a imagen de Dios, rescatada por la sangre de Jesucristo, y destinada, como el padre y la madre, a una gloria inmortal. La mujer es igual al hombre; el niño, no solamente es un ser pequeño que más tarde podrá ser útil a la familia y a la sociedad, sino que, ante Dios, es, como su padre y su madre, un ser libre, inteligente, responsable e inmortal: es hijo de Dios rescatado por Jesucristo, heredero del cielo. Por consiguiente, merece respeto. Para acreditar estas ideas absolutamente nuevas, la Iglesia se

arma de las palabras, ejemplos y preceptos de su divino Fundador. Muestra al mundo al Salvador divino llamando a sí a los niños: *Sinite parvulos venire ad me;* prometiéndoles el reino de los cielos: *Talium est enim regnum cœlorum;* mirándolos con inefable amor, haciéndoles dulces caricias, poniendo su mano sobre aquellas cabezas inocentes, orando por ellos: *Et complexans eos, orabat super illos;* finalmente, prohibiendo que se despreciara al menor de ellos: *Ne contemnatis unum de pusillis istis,* es decir, prohibiendo todo lo que pudiera hacerles mal, todo lo que pudiera dañar la salud de sus almas y la salud de sus cuerpos. Un día nuevo y mejor se levanta para los hombres. La Iglesia siembra ideas que tienen por objeto realzar a la infancia.

2.° *Inspira leyes* que tienen por objeto proteger a la infancia. Cuando se vió que la Iglesia prodigaba tanta ternura a los niños y afirmaba con tanta insistencia sus derechos y su dignidad, la opinión pública, en primer lugar, y luego la legislación, quedaron profundamente conmovidas y sometidas a su influencia. Modificáronse y suavizáronse las leyes sobre el poder paterno. Sin quitar a los padres su legítima autoridad de conformidad con la recta razón, la nueva legislación, inspirándose en las ideas cristianas, promulgó penas severas contra el que se atreviera a dar muerte a su hijo. Constantino, Justiniano y, a ejemplo de ellos, los legisladores germanos, multiplicaron las medidas que juzgaron más eficaces, ya para impedir la exposición de los niños, ya para salvar las víctimas de tan bárbara costumbre. Podría hacerse un estudio muy interesante sobre las modificaciones progresivas del viejo derecho romano con relación a la infancia, modificaciones que empiezan bajo el régimen de Constantino, se prosiguen

bajo el de Teodosio y Justiniano, y se acentúan de siglo en siglo desde la Edad Media hasta nuestros días. Recordemos únicamente que nuestras leyes modernas protegen la infancia en su juventud, en su cuna, y aun antes de su venida al mundo. La vida y la inocencia del niño son sagradas a los ojos del Código, como a los de la opinión. ¿Por qué? ¿Quién ha hecho de un ser, antes tan indiferente a la sociedad y a la familia, un tesoro sobre el cual el ojo de las leyes vela con tanta solicitud? Reconozcamos en la nueva legislación el espíritu y los cuidados de la Iglesia. "Es un ángel", dijo del niño en la cuna. Y tras ella, todos los corazones, todas las lenguas, todos los Códigos, han repetido tan divinas palabras. La Iglesia siembra las ideas que tienen por objeto realzar al niño, e inspira leyes que tienen por fin proteger al niño.

3.° *Abre escuelas* que se proponen educar al niño. Antes de Jesucristo, antes de su Iglesia, ¿hubo alguien que pensara en instruir a la infancia, en abrir escuelas, en proporcionarle profesores? Nadie pensó en ello, ni los filósofos, ni los legisladores. Buscad en la antigüedad la enseñanza popular; os desafío a que la encontréis. La enseñanza popular es una creación del catolicismo. Los concilios de Aquisgrán de 789, 802 y 809 recomiendan a los obispos que funden escuelas, a los sacerdotes que las regenten y a los padres que envíen a ellas a sus hijos. En la misma época, Teodulfo, obispo de Orleáns, promulga, sobre este asunto de la enseñanza popular, un decreto sumamente detallado. Carlomagno anima el celo de los obispos, pero la Iglesia inspira a Carlomagno. Después de él, los papas continúan y acentúan el mismo movimiento en favor de la educación de la infancia. El papa Alejandro III hizo que el XII Concilio ecuménico promulgase un canon que establece por modo decisivo la libertad de la

enseñanza gratuita, declarando que "la ciencia de las letras es un don de Dios, y que debe ser libre a todos prodigar gratuitamente su talento a quien ellos quieran prodigarlo". Tan noble lenguaje palpita en los labios de los papas y en los concilios siempre que la Iglesia quiere desterrar la pereza y combatir la ignorancia. Todo lo que hoy se dice sobre la necesidad de saber y de la sed de instrucción, decíalo ya la Iglesia hace diez siglos, sin que jamás temiera abrir escuelas, procurando que brillara la ciencia, como Dios hace lucir el sol, lo mismo sobre los malos que sobre los buenos, lo mismo sobre los pequeños que sobre los grandes del mundo, generosa hasta el punto de hacer la instrucción enteramente gratuita, pero demasiado amiga de la libertad para soñar en odioso monopolio. Tal ha sido, durante diecinueve siglos, la conducta del catolicismo con relación a la infancia. ¿Tenía, pues, razón, señores, para afirmar que la Iglesia rehabilitó al niño? Sí, os he hablado el lenguaje de la historia, y sólo me ha faltado el tiempo para dar a tal asunto el desenvolvimiento que exige. Ello no obstante, os he dicho lo suficiente para afirmar en vuestra inteligencia la idea que debéis tener del poder de la Iglesia y de su acción en el curso de las edades.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

VI.—Rehabilitó al esclavo

Señores:

Para acusar a la Iglesia de impotencia, hay que desconocer la historia, o falsificarla de propósito deliberado. ¿La Iglesia impotente? No. Cambió las ideas, las costumbres, las leyes. Rehabilitó a la mujer. Rehabilitó al niño. Hoy añado que rehabilitó al esclavo. Este asunto necesitaría varios volúmenes. Procuraremos reducirlo a una sola conferencia.

I. La Iglesia abolió la esclavitud. Esto ya es algo.

En efecto, la esclavitud estaba profundamente arraigada en las ideas, en las costumbres y en las leyes.

Treinta años antes de Jesucristo, un sabio romano llamado *Varrón* distinguía los instrumentos de trabajo en tres categorías: los mudos, es decir, las herramientas

y el arado, los que producen sonidos inarticulados, a saber, el buey y el caballo, y los que hablan, esto es, los esclavos. Mucho antes que él, el gran Aristóteles había dicho: "¿Cómo podríamos amar a los esclavos? ¿Es posible sentir afecto por instrumentos serviles?" El divino *Platón* los trata de animales impuros. Yendo cierto día de caza un romano, iba a matar un jabalí, cuando un tiro de uno de sus esclavos mató al animal. Furioso el romano por habérsele adelantado el esclavo, ordenó que lo crucificaran, y *Cicèrón,* aquella inteligencia ilustrada y benévola, testigo de aquel hecho, cuyo relato le debemos, se preguntó si podría considerarse algo dura la conducta del romano. Por otra parte, el mismo Cicerón se disculpa de experimentar algún pesar por la pérdida de un vil esclavo.

Por otra parte, *la ley* ratificaba semejantes ideas y procedimientos. La ley romana, ese tipo ideal del derecho en el mundo antiguo, castigaba con la misma pena al que mataba un esclavo o la bestia de su vecino. La ley romana permitía vender, prestar, dar, legar y exponer a los esclavos. En todo tiempo se tenía sobre ellos derecho de vida y muerte, y con frecuencia se los hacía morir a los postres para recrear a los convidados. Verdad es que algunos sabios recomendaban que se les ahorraran los golpes, pero añaden que esto era por motivo de economía, para que vivieran más años. En suma, ante la opinión y ante la ley, el esclavo carecía de derecho, de familia, de Dios. No era un hombre, una inteligencia, sino una cosa.. No invento; refiero. Todos los esfuerzos de la filosofía y de la jurisprudencia pagana llegaban a esta enormidad: el esclavo es una cosa, no una persona; para él no hay familia, ni propiedad, ni religión, ni justicia.

Señores, hemos estudiado en nuestras aulas los autores paganos; se nos ha hecho admirar la literatura

griega y la latina, y con razón; pero cometieron una falta en no decirnos todo lo que de vergonzoso, inmoral e inhumano se ocultaba debajo de esa literatura que no es más que un vestido de seda que oculta un cuerpo corrompido. No se nos dijo que en Esparta había 220,000 esclavos por unos 52,000 ciudadanos. No se nos dijo que en tiempo de Pericles, en Atenas, había alrededor de 20,000 hombres libres y 400,000 esclavos. No se nos explicó esta frase de un poeta latino que resume la civilización romana: "*Humanum paucis vivit genus,* la masa del género humano es una presa abandonada a unos cuantos tigres".

Cuando apareció el cristianismo, todo estaba perdido, todo era desesperación para las dos terceras partes del linaje humano. Atacar semejante estado social, cambiarlo, curarlo, no era menguada empresa.

II. La Iglesia abolió la esclavitud. Para lograrlo, trabajó durante largos siglos.

De todas sus obras, fué ésta la más larga y laboriosa.

1. *La Iglesia no destruyó instantáneamente la esclavitud;* no la abolió de un solo golpe, por un decreto. No podía hacerlo. Hallóse frente a frente de ideas falsas, profundamente arraigadas, de intereses culpables y hábitos inveterados, de invasores y guerras que paralizaban su acción. Alzábase ante ella la raza envilecida de los esclavos, cuya alma estaba todavía más deprimida por la servidumbre, que ajado el cuerpo por el vicio, o dolorido por los hierros, y antes de darle la libertad civil, era necesario infundirle la dignidad moral. La Iglesia no podía abolir súbitamente la esclavitud. No podía hacerlo. Hubiera sido un trastorno espan-

toso. ¿Qué hubiera sido del mundo, si sobre algunos millares de hombres libres, se hubieran arrojado los cien millones de esclavos de que estaba lleno? Los mismos esclavos, bruscamente emancipados, incapaces de gozar de su libertad, incapaces de ganarse la vida, hubieran caído en la licencia más desenfrenada y en el pauperismo más espantoso, es decir, en un estado peor que la servidumbre. Se necesitaba estar loco para censurar a la Iglesia por no haber abolido instantáneamente la esclavitud, por un golpe de autoridad, por un decreto. La Iglesia obró con prudencia. A la manera como un médico no mata a un enfermo a pretexto de curarlo, evitó trastornar al mundo a pretexto de mejorarlo.

2. *La Iglesia destruyó gradualmente la esclavitud,* con su palabra, su ejemplo, sus esfuerzos incansables, que se renovaban de siglo en siglo sobre todos los puntos del globo.

Primeramente *habla.* Condena la esclavitud en su principio. Disipa el error doctrinal que constituía su raíz. Enciende en el centro de la historia un foco de luz, en adelante inextinguible: el gran principio de la igualdad de los hombres ante Dios. Jesucristo arrojó al mundo estas divinas palabras: "¡Todos sois hermanos!" La Iglesia se apoderó de ellas, y en la frente del género humano rejuvenecido hizo resplandecer el signo, en adelante imborrado, de la primitiva fraternidad. Leed las epístolas de san Pablo; son una magnífica requisitoria contra la esclavitud. Mas al propio tiempo que habla,

Obra la Iglesia. Los Santos Padres, los papas, los concilios, multiplican las advertencias, las prohibiciones, las reclamaciones, para aflojar, primeramente, y luego para desatar las cadenas de la esclavitud.

Ordenó a los primeros cristianos que emanciparan

a sus esclavos y recogieran los abandonados por sus crueles dueños.

La Iglesia prohibió la comunión a los cristianos que maltratasen a sus esclavos. Fomentó la emancipación de ellos y los hizo inviolables, consagrándolos por un juramento pronunciado ante los altares. Decidió que los esclavos emancipados pudieran ser admitidos al sacerdocio, y aun llegar al episcopado.

La Iglesia inspiró la legislación de Constantino, de Teodosio, de Justiniano, que devuelve a los esclavos sus derechos de hombres, que protege su vida, su conciencia, su pudor, su religión, y les asegura la libertad del matrimonio, la posesión del suelo, el descanso del domingo.

Cuando la servidumbre era fruto de la piratería y de la guerra, la Iglesia hacía maravillas de caridad, se despojaba de sus bienes más preciosos, vendía los vasos del santuario, enviaba libertadores a todos los países, instituía Ordenes religiosas para rescatar cautivos.

Modificó las ideas, suavizó las costumbres, transformó las leyes, previno y corrigió los abusos. Marchó, sin retroceder jamás, hacia la liberación universal; tomóse doce siglos para extirpar la esclavitud de la sociedad europea, en la cual, oleadas siempre nuevas de bárbaros, venían a interrumpir el trabajo de la civilización.

Si calificáis a la esclavitud de deshonra, de lepra, de tráfico odioso, nadie os contradirá; antes que la política, así la calificó la Iglesia; a la Iglesia corresponde el honor de esta iniciativa y de esta liberación, a ella pertenece la gloria de haber emprendido y acabado esta obra gigantesca.

3. *La Iglesia acaba de destruir definitivamente la esclavitud,* hace tan sólo veinte años.

Descuidados y frívolos como somos, hemos olvidado ya esta historia de ayer. Se ha desarrollado ante nuestros ojos, y apenas nos hemos fijado en ella. En medio de esta vieja Europa tan ingrata con la Iglesia romana, a la que todo se lo debe. León XIII volvió sus ojos hacia el Nuevo Mundo, hacia la inmensa Asia, hacia las islas de la Oceanía, hacia las candentes profundidades de Africa, y, dirigiéndose al emperador del Brasil, al cardenal Lavigerie, a los misioneros, ordenándoles romper las últimas cadenas de la esclavitud. Y, dóciles a la voz de León XIII, el emperador del Brasil libertó a los esclavos de sus Estados, y el cardenal Lavigerie organizó una cruzada contra la trata de negros. Un ilustre presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, dijo: "¡Si la esclavitud no es un mal, nada es mal!" Y yo, al contemplar esos dos ancianos, León XIII y Lavigerie, que se estremecen de compasión por los esclavos y se interesan por su libertad en todo el mundo católico, exclamo: "¡Si esto no es hermoso, nada hay hermoso!" Reconozco en esa empresa las entrañas maternales de la Iglesia y su ternura inefable por el género humano que padece.

III. La Iglesia abolió la esclavitud. Saludad su amor por el pueblo y por la libertad.

Se acusa a la Iglesia de que *no ama la libertad.* ¡Qué infamia! Ella es la que dió la libertad al mundo. Hace diecinueve siglos, encontró al esclavo tendido en el camino del paganismo, magullado por las cadenas de la esclavitud, rebajado al nivel del bruto, tratado como una bestia de carga, condenado por los filósofos, puesto fuera de la ley por los legisladores, sirviendo de juguetes a los divertimientos feroces de un público ávido de sangre y de espectáculos, entregado a los ca-

prichos de un dueño que podía matarlo según su voluntad por la menor falta. Halló al esclavo sin derechos, sin propiedad, sin familia, sin Dios, sin fuerza, sin dignidad, y así abandonado, vilipendiado, aplastado, pisoteado, tomóle la Iglesia en sus brazos y estrechóle contra su pecho. Púsolo bajo el régimen del Evangelio. A pesar de la opinión, a pesar de las costumbres, a pesar de las leyes, lo elevó a la dignidad de hombre y de cristiano. Del esclavo de los tiempos antiguos, hizo el siervo de la Edad Media, y el siervo de la Edad Media se ha convertido en el ciudadano de los tiempos modernos, de suerte que todo que lo de verdadera libertad, de sana igualdad y de seria fraternidad hay en nuestra civilización, todo, no es más que una emanación de Jesucristo, una irradiación de la Iglesia católica... Hijos rebeldes e indisciplinados de la Santa Iglesia, le hacemos la guerra con sus propios dones, y abusamos contra ella de la libertad que nos conquistó al precio de su palabra, de sus esfuerzos, de su sangre. Es ésta una de las más amargas tristezas de la hora presente. Pero además hay otra.

Se acusa a la Iglesia *de que no ama al pueblo.* ¡Qué infamia! Ella fué la que creó el pueblo; antes de la Iglesia, el pueblo no existía, porque no se contaba con él para nada. Nosotros fuimos los que le devolvimos su dignidad espiritual y moral, su puesto a la luz del día, su derecho al suelo, su hogar y su altar. Durante toda la Edad Media le proporcionamos una muralla y un asilo con nuestras doctrinas y nuestras leyes, con nuestros templos y nuestros monasterios, con nuestros hospicios y nuestras universidades. Nos apoderamos de sus hijos para arrancarlos a la ignorancia, abriéndoles escuelas y procurándoles profesores. Fundamos la enseñanza popular, sacamos a algunos de sus hijos del fondo de la humillación para consagrarlos con el óleo

santo, para elevarlos, mediante la majestad del sacerdocio, por encima de todas las grandezas... y cuando estaban dotados de genio y de virtud, podían, aquellos hijos de obreros, llegar al primer trono del mundo y llamarse Gregorio VII, Pío V y Pío X. Se nos acusa de que no amamos al pueblo. ¡Qué infamia! Hemos defendido su causa bajo todos los regímenes; hemos elevado sus quejas ante todos los tronos; hemos hecho llegar sus gritos de angustia a los oídos de todos los potentados ...Sólo hay una cosa que no hemos hecho ni haremos jamás por el pueblo: engañarlo, esto es, explotar su credulidad, sus pasiones, sus padecimientos. Dejamos esta vergonzosa tarea a los farsantes y ambiciosos de baja ralea. La Iglesia es leal. No compra con mentiras la popularidad. Nosotros somos, hoy como ayer, los *verdaderos* amigos del pueblo. Nosotros le decimos la verdad. Nosotros le hacemos el bien. Suscitamos sin cesar nuevas abnegaciones para mejorar su suerte, proveer a sus necesidades, proteger sus intereses. Inocentes de sus pruebas, no somos responsables más que de su grandeza, de su emancipación, de su felicidad.

La Iglesia, señores, es poderosa. Abolió la esclavitud. Rehabilitó al esclavo. Es la madre de la libertad, la bienhechora del pueblo. Sabed esto, señores. Proclamadlo muy alto. Si se afirma lo contrario, protestad vigorosamente. En nombre de la historia y en nombre de la actualidad, cantad la pujanza, los beneficios, las glorias del catolicismo.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

¿LA IGLESIA IMPOTENTE? NO

VII. Creó la civilización moderna

Señores:

Se reprochan a la Iglesia sus impotencias, pero sin razón. ¿La Iglesia impotente? No. Cambió las ideas, las costumbres, las leyes. Rehabilitó a la mujer, al niño, al esclavo. Algunas palabras más sobre este inagotable asunto. La Iglesia creó la civilización moderna. Nos convenceremos de ello comprobando:

1.° Los obstáculos que tuvo que vencer; 2.° Los resultados que obtuvo.

I. **Los obstáculos que tuvo que vencer.**

El que vence sin peligro, triunfa sin gloria. La importancia del éxito se mide por la grandeza de las dificultades vencidas. Pues bien, contemplo a la Iglesia desde su entrada en el mundo, y la veo en lucha con

dificultades inauditas. Encuentra obstáculos en todas partes.

1.° *En la naturaleza.* Sociedad universal, se dirige a todos los climas y a todas las razas.

Zanjas profundas, trincheras inaccesibles, llanuras inhabilitadas, océanos, rocas, montañas, desiertos, preciso es que atraviese todo esto. Aquí, la zona templada, más alla, la zona tórrida, más lejos todavía, la zona glacial; el uno junto al otro, climas sonrientes y climas tristes y llorosos; preciso es que atraviese esas mortíferas variaciones, esos obstáculos más terribles que la cólera del océano, la fiereza de las montañas y la aridez de los desiertos.

Después, he ahí las razas más diversas, las nacionalidades más opuestas, las patrias más diferentes; he ahí los blancos, los negros, los rojos, los cobrizos, los civilizados, los bárbaros, los salvajes. Preciso es que siente su planta en todos esos ambientes, tan impenetrables como las lejanías del espacio.

Pero si la Iglesia, cual viajera indiferente, se contentase con aparecer en cualquier punto sin tocar nada, sin molestar a nadie... Pero no, todo quiere trastornarlo, y los obstáculos que encuentra en la naturaleza, no son nada en comparación de los que encuentra

2.° *En el género humano.* Sociedad nueva atropella todos los hábitos adquiridos. Aporta sus costumbres, sus instituciones, sus leyes, y las opone a las leyes, a las instituciones, a las costumbres en vigor.

Vedla comparecer ante el Imperio romano, es decir, ante el género humano unificado bajo la fuerte autoridad de los césares. Preciso es que ataque a este coloso, que coloque la cruz en la cúpula del capitolio, que expulse a los dioses propicios, de quien Roma tiene sus

grandes destinos, que cambie las ideas, las costumbres, la legislación del pueblo-rey.

Vedla algo más tarde frente a los reyes carlovingios, frente a los bárbaros, tan violentos, frente al feudalismo, tan dividido. Preciso es que transforme a los pueblos invasores, que dicte a los señores treguas y armisticios, que declare inviolables los santuarios y los débiles, que excomulge a los príncipes crueles o adúlteros. Preciso es que imponga el Evangelio a un mundo que no la conoce, o que ha renegado de ella, o que la teme, o que desgarra sus páginas más sagradas. En todas partes y siempre tiene que volver a empezar, porque en todas partes y siempre encuentra la hostilidad.

3.° *En el poder.* Sociedad espiritual, se dirige a las almas, y, como decía de Pío VII Napoleón el Grande: "Se queda con las almas y me deja los cuerpos". Todos los poderes tienen celos de ella. La mayor parte la persiguen, o con la espada, o con la legalidad, peor que la espada. Los mismos que la persiguieron, sirviéronse de sus beneficios como de una cadena para atarla e impedirle obrar. Y aun en estos últimos siglos, que tan alto han oído resonar la palabra libertad, ¿no hemos visto a los poderosos de este mundo extender las manos para agarrotar las de la Iglesia? "Quitadme estas trabas—ha dicho siempre la Iglesia,—y veréis el bien que hago". Mas sus enemigos respondían: "No. Si eres libre, serás más fuerte que nosotros. No serás libre". ¡Oh hipocresía! Los mismos hombres que acusan a la Iglesia de impotencia, son precisamente los que más prisa se dan en encadenar sus divinas manos para ponerla en la imposibilidad de obrar. Finalmente, y esta es la dificultad suprema, al lado de la hostilidad del poder, encuentra la Iglesia las pasiones

4.° *En el hombre.* Sociedad moralizadora, la Iglesia predica una doctrina incomprensible, exclusiva y superior, una doctrina enemiga de todas las inclinaciones depravadas. Tiene ante sí el ejército palpitante de las pasiones humanas, y dice: "¡Sacrificio! Sacrificad el orgullo de vuestra inteligencia, sacrificad vuestras costumbres frágiles, vuestros placeres, vuestra codicia, vuestro egoísmo, vuestros odios". Y el orgullo furioso se revuelve contra el freno que se le impone en nombre de la Divinidad. Y la lujuria, desbocada y salvaje, cubre de sangre y de espuma el freno que sin cesar mete el cristianismo en su boca. El orgullo que no quiere abdicar y la lujuria que quiere hartarse; he ahí los adversarios formidables a los cuales hay que librar batalla, adversarios tanto más invencibles cuanto menos puede ella obligarlos. El hombre tiene pasiones, el hombre es libre, y la Iglesia tiene a la vez que respetar la libertad y dominar las pasiones del hombre. En el hombre, en el poder, en el género humano, en la naturaleza, encuentra la Iglesia dificultades inauditas, pero triunfa de ellas. Fijaos en

II. Los resultados obtenidos.

Sin exageración, sin fanfarronerías, podemos afirmar que la ación moralizadora y bienhechora de la Iglesia, no solamente es admirable, sino también incomparable. Ninguna institución humana tiene en su activo tantos y tan admirables servicios.

1.° Desde el punto de visto *del mejoramiento material,* ¿qué es lo que no ha hecho la Iglesia?

No digáis que la Iglesia es impotente. ¿La Iglesia impotente? Cuando vino a la tierra, las cuatro quintas partes de los hombres vegetaban en la abnegación y en

la servidumbre. Hizo del esclavo un hombre, luego un trabajador libre, después un siervo o un colono, finalmente un ciudadano. Semejante transformación fué tanto más eficaz cuanto se operó sin ruido, sin sacudidas, por un progreso segurísimo, por cuanto no fué violenta.

¿La Iglesia impotente? Desde el siglo IV al siglo XIII, constituyó el suelo de Europa, descuajando bosques, desecando lagunas, abriendo sendas, canales y vías de comunicación, haciendo de sus monasterios hogares, no sólo de la religión y de la cultura, sino de la actividad física y de la prosperidad material.

¿La Iglesia impotente? Fundó la caballería, salvaguardia de la nobleza; las corporaciones, salvaguardia de los artesanos; las universidades, salvaguardia de la ciencia; los hospitales, salvaguardia de la salud. Antes de la Revolución, contaba Francia con 700 hospitales, y se apreciaban en 40 millones las rentas de aquellos palacios elevados por la caridad católica. Todavía hoy, la mayor parte de los hospitales que posee Francia son de antigua fundación y se deben a la inspiración de la fe.

¿La Iglesia impotente? Hombres de este siglo, le debéis todo lo que hay de bueno y generoso en la sociedad moderna. La igualdad ante la ley, el acceso de todos a todos los empleos, el sentimiento de la dignidad humana, la simpatía por los que padecen, la inclinación irresistible y generosa a mejorar la suerte de los pequeños y de los pobres. ¿Qué son todas esas conquistas y todas esas aspiraciones sino diamantes caídos de la diadema de la Iglesia, emanción directa del cristianismo, desenvolvimiento social del cristianismo, tras largos siglos de resistencia?

¿La Iglesia impotente? Véola ayer, hoy, siempre, de pie junto al hombre, humillando la frente soberbia

de los que son fuertes hacia los que son débiles, tocando con mano cariñosa todas las llagas, todas las heridas, todos los males, derramando torrentes de beneficios en el abismo de la miseria. ¡Qué magnífica apología del catolicismo! Una religiosa que entra en una guardilla diciendo: "¡Sólo quiero cuidaros!", produce más impresión en el obrero que cien sermones. Siniestros farsantes nos acusan de que no amamos al pueblo. Con la historia en la mano y la actualidad ante los ojos, podemos demostrarles que mienten, o que no saben lo que dicen. No, realmente nada tenemos que reprocharnos con relación al pueblo. Inocentes de sus padecimientos, no somos responsables más que de su emancipación, de su grandeza, de su felicidad.

Y por cuanto las almas son más preciosas que los cuerpos, porque las miserias del alma son más profundas que los dolores del cuerpo,

2.° Desde el punto de vista *del mejoramiento moral,* ¿qué es lo que no ha hecho la Iglesia?

Hemos demostrado que la Iglesia mejoró las ideas, las costumbres y las leyes; esto es innegable. Rehizo el alma humana, la familia, el Estado. En el alma humana, sustituyó la conciencia al instinto, el imperio del deber y de la virtud al régimen de goces y egoísmos. En el orden familiar, realzó a la mujer y al niño de la decadencia antigua y protegió el matrimonio contra las ambiciones de los príncipes y de los pueblos. En la esfera política y social, salvó la libertad de las conciencias merced a la distinción fundamental de los dos poderes, el civil y el religioso; hizo penetrar el espíritu cristiano de justicia, de caridad, de pudor en la legislación, administración y régimen de las nuevas sociedades, de suerte que los crímenes antes corrientes y cotidianos, son hoy condenados por la opinión y por

la ley, y los desórdenes que nadie se atreve a nombrar en el día de hoy, eran en los paganos, en los más dignos paganos, un capricho general. Por la acción intensa y perseverante de la Iglesia, fué cambiado el temperamento moral del género humano.

Y no se nos diga que este mejoramiento de las ideas, de las costumbres, de las leyes, se debe al progreso de la razón y de la filosofía. En Grecia y en Roma estaba la filosofía en su mayor grado de desenvolvimiento, y a pesar de ello, se acomodaba a todas las infamias, se vivía de ellas, hacíase de ellas parto cotidiano y general. Si algunos filósofos tenían ideas mejores que las de la muchedumbre, no tenían costumbres mejores. Por otra parte, la marcha del mundo les era totalmente indiferente, y no quedaba sometida a su influencia ni a su preocupación. "Ningún filósofo—dice Voltaire—influyó tan sólo en las costumbres de la calle que habitaba". Pero, se nos dirá, después del paganismo de griegos y romanos, hemos marchado, la razón humana ha progresado. Sí, la razón humana ha progresado. ¿Por qué? Porque Jesucristo vino al mundo, y habló, y obró; porque dejó aquí bajo su doctrina, su moral, sus sacramentos, su Iglesia. ¡Oh hombres, esa piedad, esa justicia, ese respeto de uno mismo, ese progreso moral que tanto encomiáis, ¿qué es sino una aportación de Jesucristo y de su Iglesia, una imitación y una consecuencia del Evangelio? Vivís de Jesucristo, respiráis el aire que El difundió, os veis penetrados de su luz, y, sin saberlo vosotros mismos, su gracia brota de vuestra pluma y de vuestros labios; gozáis de sus beneficios, y vosotros mismos sois obra suya.

Escuchad sobre esto, señores, a un hombre que no es un creyente, sino un filósofo positivista; escuchad a *Taine*. "Hoy—dice,—después de diecinueve siglos, sobre los dos continentes, obra el cristianismo como

antes obró en los artesanos de Galilea, por modo capaz de sustituir al amor de uno mismo el amor de los otros. No ha cambiado su substancia ni su acción. Para cuatrocientos millones de criaturas, es aún el órgano espiritual, el gran par de alas indispensables para levantar al hombre por encima de sí mismo, por encima de su vida rastrera y de sus limitados horizontes, para conducirlo, por medio de la paciencia, de la resignación, de la esperanza, hasta la serenidad; para arrebatarlo, más allá de la templanza, la pureza y la bondad, a la abnegción y al sacrificio. Siempre y en todas partes, hace ya dieciocho siglos, tan pronto como sus alas desfallecen o las quiebran, las costumbres privadas o públicas se degradan. En Italia durante el Renacimiento, En Inglaterra cuando la Restauración, en Francia dominando la Convención y el Directorio, vemos que el hombre se hizo pagano como en el primer siglo; de un salto retrogradó a los tiempos de Augusto y de Tiberio, es decir, tornóse voluptuoso y cruel; abusó de los otros y de sí mismo; recuperó su ascendiente el egoísmo brutal, calculador; dominaron la crueldad y la sensualidad, y la sociedad convirtióse en un garito, en un sitio peligroso. Cuando uno ha contemplado de cerca este espectáculo, está en condiciones de apreciar la aportación que el cristianismo ha hecho a nuestras sociedades modernas, lo que en ellas ha introducido en punto a suavidad, pudor y humanidad, lo que en ellas ha mantenido en orden a la honestidad, a la buena fe, a la justicia. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco, ni código, ni administración, ni gobierno alguno, son suficientes a sustituirlo en su servicio. Sólo él puede contenernos en nuestra fatal pendiente, para refrenar el movimiento insensible merced al cual, incesantemente y con todo su peso original, retrograda

nuestra raza hacia el abismo". Taine no vacila en considerar al catolicismo "como la fuerza más grande que hubo y habrá jamás en este mundo". Terminemos con estas palabras.

Así sea.

III

EL OBSCURANTISMO DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

El obscurantismo de la Iglesia

LA CIENCIA Y LA IGLESIA SE ARMONIZAN SIN DIFICULTAD

Señores:

Innumerables son las objeciones históricas contra la Iglesia. Ya he resuelto las referentes a las derrotas e impotencias de la Iglesia en el espacio de veinte siglos. Pero no se contentan con eso, y acusan a la Iglesia de obscurantismo. Hay en el mundo contemporáneo una banda de pequeños sofistas que, inflando su voz y dilatando su pecho, exclaman con tono doctoral: "La Iglesia es enemiga de la ciencia. La ciencia es enemiga de la Iglesia". Y tratan de apoyar en hechos esa afirmación escandalosa. En esta conferencia preliminar, propóngome demostrarles que no saben lo que dicen, y que la Iglesia y la ciencia se armonizan sin dificultad, a condición de que se disipen las malas inteligencias que las dividen sin motivo. Procuraré ser muy claro.

I. Con tal que se disipen las malas inteligencias, la Iglesia y la ciencia se armonizan sin dificultad.

¿Luego hay malas inteligencias? Por desgracia, las hay. Entre la ciencia y la religión hay malas inteligencias, promotoras de conflictos, malas inteligencias producidas por una interpretación inexacta y sin autoridad de la verdad religiosa, o por una afirmación temeraria de los que pretenden representar la verdad científica. Con frecuencia se llama ciencia a lo que no es ciencia, y religión a lo que no es religión; todo se confunde, se lucha en las tinieblas, y se lapidan los que debieran abrazarse. He aquí algunos ejemplos:

1.º *Con frecuencia llaman religión a lo que no es religión.* Se atribuyen a la religión doctrinas que ella no enseña.

Se dice: "La ciencia prueba que han sido precisos millares de siglos para la formación del globo. Pues bien, Moisés sostiene que el mundo fué hecho en seis días; luego la ciencia destruye la religión". Os ruego que no hagáis decir a la religión lo que no dice. La Biblia no habla de seis días, de veinticuatro horas, sino de períodos indeterminados. Si necesitáis para la construcción del globo millares de siglos, tomadlos, y más, si se quiere. La religión no se opone a ello.

Se dice también: "La ciencia prueba que la tierra no es más que un pequeño planeta que gravita alrededor del sol. Pues bien, por mucho tiempo se ha creído que estaba inmóvil y era el centro del mundo. Por consiguiente, la ciencia demuele la religión". Os ruego que no hagáis decir a la religión lo que, en realidad, no dice. Se ha creído en la inmovilidad de la tierra, en el cielo empíreo, y en otras tradiciones hoy abandonadas.

Pero semejantes creencias ¿formaron jamás parte integrante del dogma católico? No. Fueron opiniones caducas, no verdades religiosas. La ciencia moderna las ha desmentido. Tanto mejor. Ese mentís no afecta a la religión, la cual se ofrece más digna y pura, desprendida de los elementos extraños que pudieran comprometerla. Por favor os pido que no atribuyáis a la religión más que las verdades que enseña.

2.° *Con frecuencia se llama ciencia lo que no es ciencia.* Es esta una nueva fuente; y fuente abundante, de desdichadas equivocaciones.

Se da el nombre de ciencia a *hipótesis filosóficas* absolutamente extrañas a la ciencia. La ciencia es un grupo de nociones positivas adquiridas por el procedimiento experimental. La ciencia es esto, y nada más que esto. Ahora bien, sobre estas nociones que constituyen la verdadera ciencia, se complacen muchos hombres en sacar conclusiones metafísicas que nada tienen de positivo ni de experimental. Por ejemplo, place a ciertos naturalistas, al trazar el cuadro del universo físico, eliminar al Creador; place a ciertos historiadores, al referir la historia del género humano, eliminar lo sobrenatural y el milagro... y, en nombre de la ciencia, niegan la religión. Pero la ciencia nada tiene que ver con sus negaciones. Lo que ellos oponen a la religión, no son las nociones positivas de la ciencia, sino sus ideas personales, generalmente facticias, fantásticas y contrarias a los principios esenciales de la razón. Sabedlo bien, señores, con frecuencia no es la ciencia la que nos combate, sino los prejuicios de la impiedad. A veces nos opone hipótesis filosóficas que están a cien leguas de la ciencia.

Y a veces nos opone *hipótesis científicas* no demostradas, dudas más presuntuosas que sabias, explica-

ciones más ingeniosas que seguras, principios que sólo el nombre tienen de principio, postulados que serán mañana, erratas. Se nos echa en cara todo esto diciéndonos con una fatuidad que nada tiene de científica: "La ciencia es opuesta a la religión". No estaría mal aquí un poco de modestia. Dijo Aragó: "Pocas son las verdades científicas que sean verdaderas más de un siglo, y todavía son las más verdaderas". Pongamos algunos ejemplos.

En nombre de la ciencia, burlóse Voltaire no poco del viejo Moisés, quien, en la Biblia, coloca la creación de la luz antes de la creación del sol, el efecto antes que la causa. Pues bien, la ciencia de Voltaire no era más que pura ignorancia. El tiempo ha hecho su camino, y hoy, la verdadera ciencia da la razón a Moisés al demostrar que la luz es independiente del sol, y que pudo y debió existir antes que el sol.

En nombre de la ciencia, se ha intentado negar la creación, la unidad de la especie humana, el diluvio. Biot, Cuvier, Flourens, Quatrefages, Lapparent, demostraron que el diluvio es un hecho incontestable, que todas las razas humanas se reducen a un tipo primitivo, y que las entrañas del globo muestran los períodos sucesivos de la creación bíblica. La última palabra de las ciencias modernas ha acabado por no ser otra cosa que la primera palabra del Génesis.

En nombre de la ciencia, hace una treintena de años que se quiso eliminar a Dios de la creación al afirmar que la vida brotaba espontáneamente del seno de la materia. Creyóse haber descubierto entre los infusorios el maravilloso fenómeno de la generación espontánea. Metióse mucho ruido con este supuesto descubrimiento. Pero Pasteur elevóse en su ingenio impecable, y con experiencias victoriosas y verdaderamente científicas, demostró que la materia no produce la vida, y que la teo-

ría de la generación espontánea es un absurdo. Esta teoría era, hace treinta años, una máquina de guerra que debía matarnos infaliblemente, y hoy está completamente desacreditada.

Con frecuencia se llama ciencia a lo que no es ciencia, y religión a lo que no es religión. De aquí conflictos que se apoyan en malas inteligencias. Con tal que se aparten esos errores,

II. La Iglesia y la ciencia se armonizan sin dificultad.

Un sabio, uno de los más ilustres químicos de nuestros días, J. B. Dumas, tuvo sobre este asunto una hermosa frase, que con sumo gusto voy a explanaros: "El Dios de la Revelación es el mismo que el de la Naturaleza. Ni la ciencia mata a la fe, ni menos aún la fe mata a la ciencia."

1.° *El Dios de la Revelación es el mismo que el de la Naturaleza.* La religión, no está, ni podría estar jamás, en contradicción con la verdadera ciencia. Dios es autor de la naturaleza como lo es de la religión; no puede mentirse a sí mismo. La religión y la ciencia proceden de la misma fuente de luz, que es Dios. Sin duda que la ciencia emana directamente de la razón humana; pero la razón del hombre, ¿de dónde procede sino de Dios? Luego no es posible que la razón del hombre bien conducida esté en contradicción con la razón de Dios, ni que las certezas de la ciencia destruyan las certezas de la fe. La religión cristiana y los conocimientos científicos costituyen dos campos distintos, pero no opuestos. Dios es autor de la naturaleza, como lo es del cristianismo; la naturaleza y el cristianismo, bien comprendidos, deben marchar de acuerdo, porque, como dice J. B. Dumas, el

Dios de la Revelación es el mismo que el Dios de la Naturaleza.

2.° *La ciencia no mata la fe.* ¿Cuándo se ha visto que una verdad científica cierta quebrante al cristianismo? Jamás. ¿Hay en física, en geología, en etnografía, en historia alguna certeza que desmienta al Antiguo o al Nuevo Testamento, a Moisés o a Jesucristo? Ninguna. ¿Qué es lo que no han hecho, durante dos siglos, para convencer de error al viejo Moisés, para condenarle ante el tribunal de la ciencia? De él ha salido justificado y victorioso, superior a las ciencias físicas, en las cuales no se ocupa, y el primero de los historiadores, el más profundo de los filósofos, el más sabio de los legisladores. ¿Qué es lo que no se ha hecho en nuestro siglo para convencer de error a los Evangelistas, para despojar de todo carácter divino los orígenes del cristianismo, para desacreditar a Jesucristo, su persona, su palabra y su obra? El más poderoso asalto dirigido contra nuestras creencias, fué sin contradicción el de Renán. Era unánime creencia que la fe cristiana no se reharía de este ataque, y que el año de 1863 señalaría, en la historia de las religiones, el fin de la leyenda de Jesucristo. Pero Renán murió, y Jesucristo está más vivo que nunca. El dogma de la divinidad de Jesucristo conservó su puesto en el santuario de las conciencias, y está demostrado que la ciencia de Renán era ignorancia, o mala fe, o ligereza, o especulación, las cuatro cosas a la vez, si queréis mostraros severos, o la menos culpable de las cuatro, si queréis ser benévolos. Escuchad sobre esto una hermosa frase de José de Maistre: "Ninguna religión, excepto una, puede soportar la prueba de la ciencia. La ciencia es una especie de ácido que disuelve todos los metales, excepto el oro. La ciencia y

la fe no se aliarán jamás fuera de la unidad católica." Al contacto de la ciencia, la religión de Jesucristo queda inalterable e indisoluble. Como se expresa J. B. Dumas, la ciencia no mata la fe.

3.º *Menos aún mata la fe a la ciencia.* Esto es evidente. La Iglesia, en vez de mostrarse hostil a la ciencia, que no es más que el conocimiento racional de las cosas, es, por lo contrario, su amiga ferviente y declarada. ¿Qué es lo que vemos hace ya diecinueve siglos? Vemos que la Iglesia nos abre los libros santos, y nos hace penetrar cada día más en el conocimiento de los planes divinos sobre el mundo. Vemos que la Iglesia recorre y analiza en todos sentidos la creación física, para hacernos adorar mejor a su Autor, visto más de cerca en el espejo de la naturaleza... Vemos que la Iglesia nos invita a ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto, abriendo así a la actividad intelectual del hombre la vasta carrera de lo Infinito. No es posible que la ciencia tuviera ambición más elevada. Vemos que la Iglesia, desde su origen, se apodera del instrumento glorioso de la ciencia, que es la palabra, sirviéndose siempre y en todas partes de ese instrumento fecundo para acreditar al propio tiempo la instrucción religiosa y la instrucción puramente humana. Ninguna religión ha hablado tanto ni tan bien como la religión cristiana. Su boca armoniosa jamás se cerró... y jamás la habéis oído maldecir la ciencia. La Iglesia no condena ni las exposiciones universales, ni las grandes especulaciones de la industria, ni los gigantescos trabajos que necesitaron los ferrocarriles, ni los vapores, ni el telégrafo, ni el gas, ni la fotografía, ni la metalurgia, ni el teléfono, ni el fonógrafo, ni ninguna de las aplicaciones de estas admirables cosas. No condena más que el inmoral

empleo que el hombre pueda hacer de las conquistas de su genio, de sus inventos científicos. Ahora bien, condenar el abuso de la ciencia, no es destruir la ciencia; es preservarla y hacerla más próspera al conservarla más intacta y más pura. La cosa es tan clara, como la luz del día. Si la ciencia no mata la fe, menos todavía mata la fe a la ciencia, según la célebre expresión del químico J. B. Dumas. Me atrevo también, aun aquí, a recurrir a lo por venir.

4.° *Jamás la ciencia matará a la fe. Jamás la fe matará a la ciencia.* Un descubrimiento entrevisto, incompleto, ha parecido a veces una objeción. Un descubrimiento profundo y acabado ha sido siempre una confirmación de la fe. Esto se ha visto; esto se verá siempre. Se verá cada uno de los artículos del símbolo justificado por la ciencia; se verá todo el dogma católico iluminado por las claridades de la ciencia. "Espero esta hora—dice Mons. Bougaud—y gimo ante la idea de que no la veré yo." Hay obscuridades entre la ciencia y en la fe. Hay dificultades que nos parecen imposibles de resolver en el estado actual de nuestros conocimientos. Quizás no hay más que contradicciones aparentes. No nos asombremos ni nos espantemos por ello. No hay que negar lo que es claro por causa de lo que es obscuro. Siempre será verdad que la Iglesia no puede engañarse en las cosas que propone a nuestra fe. No hay más que esperar con paciencia, con segura confianza, a que la fe, mejor entendida, se concilie con las exigencias legítimas de la ciencia, o que la ciencia, mejor informada, venga a dar a nuestros dogmas una confirmación, que siempre les es útil, pero no necesaria. Entre la fe y la ciencia hay nieblas, pero se disiparán a su hora; al final, todo se esclarecerá. Entre tanto, demos crédito a Dios,

y anhelemos los progresos de la ciencia, que no pueden dejar de armonizarse con la fe. Sí, sabios. si vuestros razonamientos son firmemente conducidos; si vuestras investigaciones están bien dirigidas, si vuestras inducciones son legítimas, si vuestros estudios son concienzudos, todo acabará bien y nada matará a nuestros dogmas. ¡Animo, razón humana! Reúne las notas aquí y allá esparcidas de ese magnífico concierto que el mundo ejecuta a mayor gloria de Dios; reúne los fragmentos dispersos del himno que canta la naturaleza en honor del Creador y de nuestro credo. Poca ciencia aparta de la religión; mucha ciencia acerca a la religión. Así fué en lo pasado, y así será en lo por venir, hasta la consumación de los siglos. Sobre las ruinas del mundo deshecho, el último sabio se encontrará con el último sacerdote; ambos se abrazarán, y, unidos en fraternal abrazo, el sabio dirá al sacerdote: "¡La ciencia no mata a la religión!" Y el sacerdote responderá al sabio: "¡La religión no mata a la ciencia!" Y juntos el sacerdote y el sabio, cantarán al Dios de la Revelación que es el mismo que el de la Naturaleza.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

LA IGLESIA HA PRODUCIDO MUCHOS SABIOS

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia sus derrotas e impotencias. Pero no se contentan con esto, sino que hojean la historia para convencerla de obscurantismo. El obscurantismo de la Iglesia; he ahí una frase muy sonora, pero pocas conozco tan estúpidas, tan imprudentemente contrarias a la verdad histórica.

Empiezo por aconsejaros que a los imbéciles, a los malvados que acusan de obscurantismo a la Iglesia opongáis el número incalculable de sabios que han salido de su seno y se han engrandecido a su sombra. Es este un hecho muy significativo, por lo que os ruego que lo examinéis hoy con mucha atención.

I. La Iglesia ha producido muchos sabios.

1. Los ha producido *en todos los siglos.* Podría

citaros aquí la legión de *Padres* de la Iglesia, de esos hombres verdaderamente prodigiosos que empuñaron la lira de Homero y de Virgilio, la pluma de Platón y de Cicerón, y llevaron a su último período el arte de bien pensar y bien deçir..., la legión de la *Edad Media*, con Gregorio de Tours, nuestro primer historiador; con Alcuino, que enseña las letras a Carlomagno; con el papa Gerberto, que eleva todas las ciencias de su tiempo a la sede de San Pedro; con Alberto el Grande, que todo lo enseñó; con Tomás de Aquino, que todo lo escribió...; la legión del *Renacimiento*, con el papa León X, que inspira y dirige a los sabios, a los literatos, a los artistas...; la legión del *siglo XVII*, con el cardenal Richelieu, que funda la Academia, y el cardenal Mazarino, que instituye el Colegio de las naciones; con el abate Torricelli y con Pascal, que descubren la ley de la gravedad; con La Bruyère, el más fino de los moralistas, y Boileau, el más juicioso de los poetas; con Descartes, maestro en filosofía, y con Bossuet, príncipe de los oradores, con tantos y tantos hombres ilustres de todo género, que formaron la gran corriente intelectual que nosotros no hemos hecho más que continuar. La Iglesia ha producido multitud de sabios.

2. Los ha producido *en todas las ramas*. ¿Se trata de *elocuencia?* Nuestros oradores sagrados, desde san Crisóstomo y San Ambrosio, hasta Bossuet y Fenelón, son celebridades excepcionalmente grandes. ¿Se trata de *filosofía?* Tomás de Aquino y Suárez son inteligencias de amplitud desmesurada. ¿Se trata de *literatura?* Todos los grandes escritores del siglo de Luis XIV nos pertenecen. En el dominio de las *ciencias*, hacemos buen papel con Rogerio Bacon, que inventa la pólvora; con el dominico Alberto el Grande,

que inventa la brújula; con Beda, que explica las mareas; con Cristóbal Colón y los grandes navegantes del siglo XVI, que descubren el Nuevo Mundo; con nuestros viejos monjes de los primeros tiempos, que construyeron puentes y caminos y fundaron la agricultura; con Magnan, religioso que inventó el microscopio; con Lana y Beccaria, otros dos religiosos que descubrieron las leyes de la electricidad, con los Jesuítas, que instituyeron y dirigieron casi todos los grandes observatorios de astronomía. En el campo de las *bellas artes*, la Iglesia marcha a la cabeza, y es verdaderamente imposible citar los grandes músicos, los grandes pintores, los grandes arquitectos, los grandes escultores que nacieron de su inspiración, que vivieron de sus liberalidades, que respondieron a su llamamiento, que le deben sus mejores obras maestras. Produjo el inventor del pentagrama, el misionero Guido de Arezzo; protegió a Miguel Angel y a Rafael, abrió sus templos al pincel de Lesueur y de Flandrín; construyó San Pedro de Roma y Nuestra Señora de París. La Iglesia produjo muchos sabios.

3. Los ha producido *en todas las esferas*. Está de moda en el reino de los imbéciles decir que la ciencia es incompatible con la fe, y que los *creyentes* son necesariamente apagaluces. ¡Cuán dignos son de piedad! Miles y miles de seglares fueron, al propio tiempo que cristianos convencidos, eruditos, filósofos, ingenieros, inventores, artistas del más subido precio. Está de moda en el reino de los imbéciles decir que los *religiosos* han embrutecido a la patria. ¡Cuán dignos son de piedad! Casi toda la ciencia nos viene de los religiosos. La mayor parte de los libros conservados en nuestras bibliotecas públicas, provienen de las confiscaciones verificadas en los conventos durante la

Revolución. "Los inmensos trabajos de los benedictinos de san Mauro prestaron eminentes servicios a la Iglesia, a la ciencia, a las letras, a la agricultura." Así habla el gran *Diccionario Larouse.* Está de moda en el reino de los imbéciles decir que *los sacerdotes* son ignorantes. ¡Cuán dignos son de piedad! Señores, el clero ha hecho tanto por la ciencia que deberían todos besarle las manos en un sentimiento de admiración y gratitud. Todo lo pasado está enteramente lleno de nuestras glorias intelectuales. ¿Es culpa nuestra si quemaron o vendieron nuestras bibliotecas en donde íbamos a beber la ciencia? ¿Es culpa nuestra si destruyeron los conventos, que eran los asilos de nuestros sabios, si dilapidaron nuestros beneficios, cuyas rentas proporcionaban tiempo libre a aquellos de los nuestros que tenían la vocación de pensar y de escribir? ¿Es culpa nuestra si, cometiendo un crimen de lesa inteligencia, se nos arrebataron los medios que conducían a la ciencia, nuestros libros, nuestra soledad, nuestro tiempo?

¡Acusar a la Iglesia de obscurantismo! Señores, esto equivale a no saber una palabra de historia, o a negar deliberadamente la más clara evidencia. De tal modo es grosera semejante acusación, que uno se pregunta si en realidad merece la pena de refutarse. Cuando esos insensatos os arrojen al rostro la palabra obscurantismo, pensad en el número incalculable de *sabios* que la Iglesia ha suscitado en todos los siglos, en todas las ramas del saber, en todas las categorías sociales. Cuando esos insensatos os arrojen al rostro la palabra obscurantismo, pensad en el virulento apóstrofe de *Thiers* en la tribuna del Cuerpo legislativo en 1867: "Jamás impidió pensar la Iglesia más que a los que son incapaces de pensar." Cuando esos insensatos os arrojen al rostro la palabra obscu-

rantismo, pensad en *Bossuet* moribundo, quien, al ser preguntado por un escéptico de su tiempo si siempre había creído en lo que había enseñado, respondióle con un acento más elevado que el de sus oraciones fúnebres: "¡Lo creo!" Pensad en *Pascal,* hombre de mundo, genio asombroso, que rehace por el razonamiento las verdades que creía por la tradición familiar, y componé la más humilde de las oraciones para pedir a Dios la paciencia en sus dolores. Pensad en *Descartes,* hombre de mundo también, que echa los fundamentos de la certeza hasta en los abismos. Pensad en tantos hombres, sacerdotes y seglares, que, en el curso de diecinueve siglos, brillaron en todas las cátedras y en todas las Academias, fueron ministros o hijos de la Iglesia, y, al propio tiempo, los más altos representantes del espíritu humano. Y a imitación de esos hombres, tan inteligentes y tan religiosos, tan exigentes y tan sumisos, recitaréis vuestro Credo con menos incertidumbre y más consuelo, no balbuciréis tímidamente lo que otros más grandes que vosotros cantaron con arrobamiento, y entregaréis a su ignorancia y a su mala fe esos obscuros blasfemos que os hablan insolentemente del obscurantismo de la Iglesia.

La Iglesia produjo muchos sabios. Sí, pero oigo aquí otra objeción. Se dice:

II. Hubo sabios irreligiosos.

Esto es innegable. La Iglesia no trata de obtener el monopolio de la ciencia. He dicho que ha producido muchos sabios, pero no todos los sabios. Ha habido sabios irreligiosos. Sería querer negarlo. Pero: 1.° ¿Qué prueba esto contra la religión? Absolutamente nada; 2.° Los sabios irreligiosos no han sido más que una excepción.

1.º Ha habido sabios irreligiosos, *pero afirmo que esto nada prueba contra la Iglesia.*

Puede uno ser sabio e ignorar la religión. Puede uno estar muy versado en botánica, en lenguas, en química, y no haber leído un catecismo, ni saber una palabra de historia eclesiástica. Hay ilustres generales que nada saben de medicina. ¿Es esto una prueba de que el arte médico es absurdo? Alejandro Magno, en el taller del artista Apeles, habló con tanta ignorancia sobre la pintura, que los alumnos del maestro se ocultaban para ahogar sus carcajadas. Es que Alejandro no había estudiado pintura; no era otra la causa. Asimismo, puede uno ser miembro del Instituto, y saber menos de cuestiones religiosas que un simple cura de aldea. Los sabios que ignoran la religión son incompetentes en materia religiosa, y aunque su inteligencia tenga valor, sus negaciones no la tienen. Esto es de todo punto evidente. Además,

Puede uno ser sabio y tener prejuicios. Esto no es raro. Por ejemplo, hay sabios que quieren saberlo todo. Esto es un prejuicio, es efecto de un orgullo trascendental y de una prudencia limitada, porque, como dice Julio Simón, "sólo los espíritus débiles creen que pueden explicarlo y comprenderlo todo". Ciertos sabios no quieren creer más que lo que pueden experimentar. Esto es también un prejuicio, porque la experiencia no es el único medio de alcanzar la verdad, ya que contamos con la razón y el testimonio, que nos llevan a la verdad con no menos seguridad que la experiencia. Otros sabios oponen a la religión, ora construcciones metafísicas generalmente ficticias, ora hipótesis científicas puramente gratuitas. Esto es también un prejuicio; porque, para ser leal en el combate, habría que oponer a la religión, que tiene sus pruebas, algo más que suposiciones filosóficas o cien-

tíficas que carecen de prueba. Puede uno ser sabio y tener prejuicios. Finalmente,

Puede uno ser sabio y tener pasiones. Puede uno ser sabio y orgulloso, y detestar, por tanto, la religión, que predica la humildad. Puede uno ser sabio y voluptuoso, y detestar, por tanto, la religión que dice: *Beati mundo corde!* Puede uno ser sabio y ambicioso, y, por tanto, abjurar la religión, que es con frecuencia causa de impopularidad. Se declama contra la Iglesia; se grita en todos los tonos: ¡La Iglesia no ama la ciencia!, y al día siguiente se despierta uno diputado o ministro; no todos resisten a la tentación de adquirir una fortuna y una gloria que cuestan tan poco.

En resumen, los sabios que son religiosos prueban mucho en favor de la religión, porque concluyen en plena luz y en pleno desinterés, y ponen en sus conclusiones el doble peso de su valer intelectual y de su valor moral. Los sabios que son irreligiosos no prueban absolutamente nada contra la religión, porque su impiedad no puede provenir más que de la ignorancia, del prejuicio o de la pasión, es decir, de una fuente sospechosa e inconfesable. ¡Ah, si todos los verdaderos sabios fuesen opuestos a la religión, confieso que tendríamos motivos sobrados para espantarnos y desconcertarnos! Pero no hay nada de esto; por lo contrario, os señalo particularmente esta segunda consideración:

2.° Ha habido sabios irreligiosos *pero afirmo que esto siempre fué una excepción.* Entendámonos. No llamo irreligiosos a los sabios honrados y sinceros que no practican la religión, pero que la respetan y aspiran en su interior a poseer la verdad. Estos son hombres de buena fe; Dios, que es justo y bueno, les

perdonará mucho; son de aquellos a los cuales la gracia acaba ordinariamente por apoderarse de ellos. Llamo irreligiosos a los sabios que son sectarios venenosos, que destestan, combaten y quisieran exterminar la idea cristiana, y aun toda idea religiosa. Encuéntranse hombres de esta clase en nuestro tiempo, y los habrá en lo por venir, como los hubo en lo pasado.

¿Son numerosos? No. Por lo general, cuanto más sabio es uno, más religioso es. Escuchad aquí las hermosas palabras de un sabio que fué uno de los mejores químicos de nuestra época, *J. B. Dumas*: "El Dios de la Revelación—dice—es el mismo que el de la Naturaleza. La ciencia no mata la fe, y menos todavía la fe mata la ciencia." Escuchad también aquí estas bellísimas palabras de Pasteur: "Cuando se ha estudiado bien, llega uno a la fe del aldeano bretón; si yo hubiera estudiado más, hubiera llegado a la fe de la aldeana bretona." ¡Y todavía miserables pequeños sofistas nos hablarán del obscurantismo de la Iglesia, y nos dirán que son demasiado sabios para ser religiosos! Esto es irritante. O mejor, esto mueve a piedad. Sabed, señores, y proclamadlo en torno vuestro, que, por lo general, cuanto más sabio es uno, más religioso es. Si nuestro siglo se muestra remiso en llevar sus homenajes al altar, no es porque sea demasiado sabio, sino porque no lo es bastante. Una ciencia mediana aleja de Dios; una ciencia profunda acerca a Dios. Tal es la experiencia de todos los tiempos; tal es, por decirlo, la ley del pensamiento humano.

Hago aquí punto final. En lo que hoy os he dicho, encontraréis materia para consolaros y alentaros a cantar con más entusiasmo nuestro *Credo*.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

LA IGLESIA HA DIFUNDIDO SIEMPRE LA CIENCIA

SEÑORES:

Se acusa de obscurantismo a la Iglesia. Se dice que la Iglesia quiere mal a la ciencia, que tiene miedo de ella, que aspira a ahogarla, a matarla. Se dice esto, se dice a toda hora, y, a fuerza de decirlo, se acaba por incrustar este perjuicio colosal y monstruoso en la cabeza de una masa incontable de personas. A las declamaciones de ignorancia y de mala fe, opongo hechos, cifras, realidades históricas. Continúo, y me propongo demostraros hoy que la Iglesia siempre ha difundido la ciencia. No me faltan documentos; podría ofreceróslos a montones; sólo tengo tiempo para ofreceros algunos de ellos.

I. La Iglesia ha difundido siempre la enseñanza primaria.

En primer lugar, hay que recordar que ella ha sido

la que *la fundó.* "Id—dijo Jesucristo a sus apóstoles—, id y enseñad... a toda criatura." ¿Lo entendéis bien? A toda criatura. Esto no había sido dicho nunca en toda la tierra por persona alguna. Antes de Jesucristo y de su Iglesia no había escuelas, ni maestros para enseñar al pueblo y al hijo del pueblo. El pueblo nada suponía; el pueblo no existía. La palabra de Jesucristo fundó la enseñanza popular, y la Iglesia de Jesucristo la realizó.

En efecto, inmediatamente después de la era de las grandes persecuciones, tan pronto como el clero pudo fijarse en ciudades, villas y aldeas, abre escuelas para el pueblo más humilde, como lo prueban las ordenanzas de los Concilios de aquella época. En estos últimos años se ha hecho mucho ruido con las escuelas de las *aldeas,* y se ha torturado el presupuesto para hacerle producir palacios escolares para las más humildes barriadas. Pues bien, hace más de mil años que Teodulfo, obispo de Orleáns, sin meter tanto ruido, y, sobre todo, sin gastar tanto dinero, hacía mejores cosas, pues instituía, por medio de sus párrocos, escuelas populares, no solamente en las aldeas, sino en los más miserables caseríos de su diócesis.

En estos últimos años se ha hecho mucho ruido con *los certificados de capacidad.* Por todas partes se han abierto oficinas de certificados, y por todas partes se han difundido semejantes certificados. Hace novecientos años, Hincmaro, arzobispo de Reims, hacía con más sencillez las cosas, y con más economía, instituyendo inspectores primarios en la persona de sus arciprestes.

En estos últimos años se ha hecho mucho ruido con la primera enseñanza *gratuita.* Pero es esta una antigua muy antigua invención de la Iglesia. Siempre practicó ampliamente la Iglesia la enseñanza gratui-

ta, y al propio tiempo inventó un sistema preferible al del Estado, ya que atendió a los gastos escolares con subvenciones caritativas, mientras que el Estado recurre a los impuestos, lo que hace que la enseñanza sea gratuita en apariencia.

¿Queréis tener una idea de la difusión de la enseñanza primaria en la *antigua Francia católica?* He aquí algunos hechos escogidos entre mil:

Los eruditos más autorizados, tales como Leopoldo Delisle y Simón Luce, miembros del Instituto, nos dicen que en los siglos XII, XIII y XIV, había escuelas en la mayor parte de las aldeas.

En el año de 1400, el canciller de la Universidad, Gersón, recomienda a los obispos que "se enteren con ciudado de si cada parroquia tiene su escuela, si la enseñanza que en ella se da es suficiente, y procuren abrir escuelas en todas las parroquias que carezcan de ellas."

Se ha querido conceder al protestantismo el honor de la restauración de la enseñanza primaria. Precisamente lo contrario es la verdad. El protestantismo, dividiendo a los pueblos, quemando las diglesias, robando los bienes eclesiásticos, arruinó las pequeñas escuelas. Los autores contemporáneos, los concilios provinciales y los sínodos diocesanos deploran unánimemente las devastaciones religiosas y escolares perpetradas por la Reforma.

Pero desde los últimos años del siglo XVI y durante todo el XVII, el clero católico se entrega a la obra de la educación de la infancia con ardor apasionado, y en todas partes se cubre el suelo de magnífica floración de escuelas cristianas y de congregaciones entregadas a la instrucción de la juventud. El cardenal de *Coislín,* gran limosnero de Francia en tiempo de Luis XIV, funda y sostiene, a sus expensas, doscientas escuelas en las parroquias de la diócesis de

Orleáns; y Saint-Simón nos refiere que Luis XIV, que le quería mucho, empeñóse en que residiese más en la Corte, a lo cual se negó el Cardenal, porque "no quería exponerse—decía—a ver arruinarse una cosecha tan preciosa, unas escuelas tan útiles." ¿Qué os parece, señores? ¡Doscientas escuelas fundadas y sostenidas en nuestra diócesis por la liberalidad de un solo hombre, hombre que era precisamente obispo de nuestra ciudad! Esto es más claro que la luz del día. La Iglesia siempre difundió la enseñanza primaria. Pero sigamos.

II. La Iglesia ha difundido siempre la enseñanza superior.

Aquí me veo agobiado por la abundancia de documentos. He aquí solamente algunos.

1.° ¿Quién sino la Iglesia salvó las *letras griegas y latinas?* Ella fué la que las recibió en las manos de sus obispos y de sus religiosos el día en que cayeron de los muros de Alejandría en llamas y de Constantinopla en ruinas. Ella fué la que, antes de la invención de la imprenta, desde el siglo de Augusto al de León X, continuó leyendo, anotando, transcribiendo y propagando los libros de la antigüedad pagana. Sin la Iglesia, hubieran quedado olvidadas, obstruídas, perdidas para siempre estas fuentes de la ciencia.

2.° *Las escuelas monásticas* eran focos de enseñanza superior. Desde muy lejos iban para estudiar a ellas. En ellas había ricas bibliotecas, En ellas, religiosos calígrafos, miniaturistas y copistas pasaban su vida transcribiendo, en pergaminos, manuscritos. En la famosa escuela de Fleury, hoy Saint-Benoit-Sur-Loire, contá-

banse más de 5.000 estudiantes, y cada alumno debía, para pagar los honorarios del maestro, presentarse cada año dos volúmenes copiados por él. Cada año la escuela de Fleury se enriquecía así con 10.000 nuevos volúmenes. ¿Sabéis hasta dónde llegaba el amor de la ciencia en aquellos monjes que se os presentan como opresores y apagaluces? En el incendio que consumió su monasterio a fines del siglo IX, los monjes de Saint-Benoit abandonaron a las llamas su mobiliario para salvar su biblioteca. ¿La Iglesia enemiga de la ciencia e inculpada de obscurantismo? Protesto de la grosería de semejante prejuicio. Escuchad todavía:

3.° *Las Universidades,* ¿quién las fundó, erigió, enriqueció, disciplinó y gobernó sino la Iglesia católica? Los papas fueron sus protectores, los santos sus maestros, la cristiandad su auditorio. Sólo en Francia, en la antigua Francia, fundamos 23 Universidades, libres e independientes entre sí, las cuales sirvieron de modelo a todas las Universidades extranjeras. La nuestra, *la de Orleáns,* fué fundada en 1298. A ella acudían de todas partes. En el espacio de 250 años, 13.000 estudiantes alemanes abandonaron su patria para venir a estudiar entre nosotros nuestra lengua, el derecho civil y el derecho canónico. La *Universidad de París,* fundada en 1180, distinguíase de todas las demás. En ella se daba cita toda la juventud europea, y tal era su afluencia, que fué preciso dividir maestros y alumnos por nacionalidades: Francia, Alemania, Inglaterra, Italia. Contábanse en el siglo XIII más de 10.000 estudiantes en la Universidad de París. Los frailes constituyeron su gloria. Basta citar los nombres inmortales de Tomás de Aquino y Alberto el Grande. Este último gozaba de una celebridad extraordinaria. Los alumnos se agrupaban por muchedumbres en torno de su cátedra. Tan grande era la multitud de sus oyentes, que con frecuencia tuvo que dar al aire libre sus lecciones. La plaza de Maubert es todavía un recuerdo de esto, pues fué la plaza del maestro Alberto. En torno de nuestras 23 Universidades gravitaban

4.° *Los colegios,* en los cuales vivían los jóvenes en común, bajo una regla a la vez firme y paternal. Estos colegios eran numerosísimos y prósperos. Del siglo XII al siglo XVII fundáronse 65 sólo en París. Antes de la Revolución, dice Taine, contaba Francia con más de 800. M. Villamain, ministro de Luis Felipe, decía en 1843: "La instrucción clásica era entonces más asequible que hoy en día a las clases medias". En suma, lo pasado fué, por lo menos, tan rico como lo presente, con la libertad por añadidura, ya que los maestros gozaban de iniciativas, y no sujetaban todas las inteligencias a un bachillerato universal y despiadadamente impuesto; se hablaba de libertad menos que hoy, pero era más practicada. La ciencia tenía quizás menos fanáticos que hoy, pero contaba ciertamente con más verdaderos discípulos. La Iglesia difundió siempre con ardor la enseñanza primaria y la enseñanza superior. No es posible discutir seriamente esta afirmación. Formaos una idea exacta de la que era.

III. La enseñanza primaria y la enseñanza superior en el momento de la Revolución de 1789.

A fines del siglo XVIII, cuando estalló la Revolución, casi todas las aldeas de Francia tenían sus maestros; *cada ciudad tenía sus grupos escolares;* cada parroquia su pedagogo; los Hermanos de las Escuelas Cristianas que solamente hacía sesenta años que existían, tenían ya 36.000 alumnos; la educación de las jó-

venes nada dejaba que desear. En 1739, las Ursulinas tenían más de 300 casas; las Hermanas de Ernemont 106; las Hermanas de Evrón, 85; las Hijas de la Caridad 500. "La Francia antigua contaba con unas 60.000 escuelas"—dice un escritor de la *Revue de Deux Mondes* de 15 de enero de 1877, M. Louandre.—"Antes de la Revolución—añade Taine,—las pequeñas escuelas eran innumerables, y nada costaban al Estado". Esto por lo que se refiere a la enseñanza primaria.

La enseñanza secundaria y superior no era menos digna de admiración. Teníamos 23 Universidades hacia fines del siglo XVIII, al estallar la Revolución, y gravitando en torno de estas 23 Universidades, contábamos en 1789 con 900 Colegios, 260 más que hoy, con 72.000 alumnos. En ellos había 45.000 bolsistas, que nada pedían al Estado, sino que se beneficiaban de las liberalidades seculares de la Iglesia o de los particulares, en tanto que hoy en día tenemos una treintena de millares que viven del presupuesto. Señores, semejantes cifras son una revelación, pues nos muestran el desenvolvimiento extraordinario de la enseñanza superior y de la primaria en la vieja Francia católica.

Sin duda habéis oído decir *que la instrucción data en Francia en* 1789. ¡Valiente broma!

Antes de 1789, habíamos fundado Ordenes religiosas y escuelas para la instrucción del pueblo, y durante aquel tiempo, Voltaire, uno de los precursores de la Revolución, escribía que el pueblo sólo es bueno para comer heno, por lo que no debe ser instruído.

Antes de 1789, habíamos fundado centenares de colegios y millares de escuelas, y en 1792 y 1793, la Revolución suprimió todas nuestras viejas instituciones seculares, confiscó y lapidó todos los bienes que sustentaban nuestras escuelas, dispersó y asesinó todas nuestras comunidades docentes.

Antes de 1789, instituímos y aseguramos en Francia la enseñanza primaria y superior. La Revolución todo lo demolió... de tal modo, que, en 1802, pudo decir el ministro Chaptal: "La educación pública es casi nula en todas partes. Las escuelas primarias no se ven por ningún lado, de suerte que la masa de la nación crece sin cultura."

Cierto día en que el abate Garnier hablaba en una reunión pública de los once millones de mártires que dió la Iglesia en los tres primeros siglos de su existencia, exclamó un contradictor librepensador: "Sí, verdad es, murieron todos, pero los mataron los curas." He ahí como ciertos hombres tratan la historia. Hacen de ella una conjuración contra los hechos. Hablan del obscurantismo de la Iglesia cuando es en absoluto evidente que siempre y en todas partes difundió la ciencia. Mostrémonos orgullosos, señores, de ser hijos de la Iglesia, y compadezcamos sinceramente a los pobres descarriados que no tienen la dicha de conocerla y sí el triste valor de calumniarla.

Así sea

CUARTA CONFERENCIA

LAS TINIEBLAS DE LA EDAD MEDIA Y LA CONDENACION DE GALILEO

SEÑORES:

A los que acusan de obscurantismo a la Iglesia, opongo dos grandes hechos incontestables: 1.° La Iglesia ha producido muchos sabios; 2.° La Iglesia ha difundido siempre y en todas partes la ciencia. Pero insisten y tratan de aterrorizarnos evocando ante nosotros las tinieblas de la Edad Media y la condenación de Galileo. Estas objeciones no son más que vanos fantasmas; vistas de cerca, son puro nada. De ello trataré de convenceros en el día de hoy.

I. Se nos habla de las tinieblas de la Edad Media.

La Edad Media fué profundamente religiosa, cristiana. Los librepensadores que temen y odian a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia, muéstranse furiosos contra la Edad Media. Estos virtuosos amigos de la civiliza-

ción no tienen una palabra de indignación contra Esparta, Atenas y Roma, en donde vegetaban miserablemente millones de esclavos. Ven con plácidos ojos todas esas multitudes humanas de Africa y de Oriente sumergidas por el islamismo en una barbarie que nuestros padres de los siglos de fe no conocieron jamás, mas cuando se habla de la Edad Media, nuestros sofistas modernos no pueden contenerse, y se arrebatan hasta la violencia. Llenan libros, folletos y periódicos con flamígeros anatemas contra la ignorancia y la superstición de la Edad Media. De pie sobre la tarima de una sala de conferencias, pronuncian discursos lastimeros, o sentados a una mesa redonda sostienen una conversación monótona en la que evocan los abusos y barbaridades de la Edad Media. ¿Qué hay que pensar de tan furibundas declaraciones? Que carecen de sinceridad, de sentido común y de justicia.

1.° *No ven más que tinieblas en la Edad Media*

Esto no es leal.

La Edad Media *tuvo aspectos brillantísimos*, horas gloriosísimas, arranques que no hemos imitado aún, progresos que no hemos superado. Produjo *pensadores* y teólogos cuya grandeza y amplitud nos asombran. *La caballería* realizó proezas que nos parecen fabulosas. *Los obreros* que forjaron la reja del Palacio de Justicia, construyeron nuestras catedrales, dibujaron nuestros muebles y tejieron nuestros paños, no estaban embrutecidos ni fueron miserables, y ciertamente hacen mejor papel que el obrero salido de la Revolución, que no supo sacudir su miseria y perdió a su Dios. El siglo de San Luis, el siglo XIII, es, y será siempre, un período de elevada cultura, "la edad heroica de la sociedad cristiana", en expresión de Montalembert. "La hegemonía de Francia en los siglos XII y XIII, así

en las artes como en las letras, ya no se discute hoy en día—escribe M. Lafenestre, del Instituto,—y deplora "esa ignorante y embustera leyenda, que representa a la Edad Media como la edad triunfante de la estupidez y de la barbarie". La Edad Media tuvo detalles y momentos espléndidos. Su ambiente fué sublime. Sus doctores, sus caballeros, sus artistas fueron incomparables. Sólo quieren ver tinieblas en la Edad Media. Esto no es leal.

2.° *Se asombran de encontrar tinieblas en la Edad Media.* Esto no es razonable.

La Edad Media, sería pueril negarlo, tuvo aspectos obscuros, horas sombrías; hállanse aquí y allá malas costumbres, opresiones, miserias; vense aparecer supersticiones, tales como la astrología, la alquimia, la brujería, errores groseros sobre el sistema astronómico; en una palabra, hay tinieblas en la Edad Media. Esto nada tiene de extraño.

Los comienzos de esta edad fueron laboriosos y terribles; era preciso civilizar a los bárbaros, y los bárbaros constituían el mundo entero. El Imperio romano se descomponía; los reyes carlovingios no tenían más que una autoridad muy débil; las guerras intestinas del feudalismo eran incesantes. En semejante ambiente el desarrollo intelectual se efectuaba difícilmente y con suma lentitud.

Un niño que empieza a andar no tiene ni la fuerza ni la inteligencia de un hombre de cuarenta años. La Edad Media precedió a la Moderna. No es posible reprochar al siglo XIII el haber sido menos avanzado en las ciencias físicas que el siglo XX.

Por otra parte, si hubo tinieblas en la Edad Media, ¿quién tuvo la culpa? ¿Es que los tiempos luminosos de Grecia y Roma no estuvieron llenos de supersticio-

nes? Por ventura la credulidad y las ciencias ocultas, ¿no estuvieron en la época del Renacimiento y del protestantismo más en boga que nunca? Acaso en los últimos años ¿no hemos visto a París, al París ilustrado prestar atento oído a los oráculos de la señorita Couesdón? Y en nuestros días, los grandes filibusteros rentistas, que tantas víctimas han hecho, ¿no abusaban de la alquimia en forma mucho menos inofensiva que en la Edad Media? Ninguna época ni ningún país viéronse jamás exentos de errores y supersticiones, ni siquiera el nuestro. Se cambia; helo ahí todo. Asómbranse de encontrar tinieblas en la Eedad Media. Esto no es razonable.

3.º *Se atribuyen a la Iglesia las tinieblas de la Edad Media.* Esto no es justo.

La Iglesia lo hizo todo, lo posible y lo imposible, para oponer el día a la noche, la instrucción a la ignorancia, los esplendores de la civilización a las explosiones de la barbarie. Suavizó a los feroces vencedores de las Galias y de Italia; quebrantó con las Cruzadas al islamismo invasor; en la Europa dividida y ensangrentada salvó las letras, las ciencias y las artes. En medio de las luchas incesantes de los siglos XII y XIII, produjo oradores como San Bernardo, filósofos como Santo Tomás de Aquino, poetas como Dante, arquitectos capaces de elevar nuestras majestuosas catedrales, pintores que prepararon el siglo de León X. Fundó en todas partes grandes Universidades, centenares de colegios, millares de escuelas populares. Sí, hubo tinieblas en la Edad Media; era imposible que no las hubiese; pero la Iglesia no fué responsable de ellas, puesto que hizo cuanto pudo, lo posible y lo imposible, para combatirlas, disminuirlas y extirparlas. La Iglesia de la Edad Media no tiene más que una responsa-

bilidad: la responsabilidad de todos los servicios que hizo y de todas las glorias que procuró a nuestros viejos siglos de fe.

Por consiguiente, si se os habla de las tinieblas de la Edad Media, sabed defenderos armándoos de las tres proposiciones que acabo de enunciaros:

No quieren ver más que tinieblas en la Edad Media... Esto no es leal. Se asombran de encontrar tinieblas en la Edad Media... Esto no es razonable.

Se atribuyen a la Iglesia las tinieblas de la Edad Media... Esto no es justo.

He aquí ahora otro de los argumentos que oponen a la Iglesia para convencerla de obscurantismo.

II. Se nos habla de la condenación de Galileo.

Se nos dice que Galileo era un gran sabio, que descubrió el sistema de la rotación de la tierra sobre sí misma y alrededor del sol, que la Iglesia lo juzgó, condenó y torturó. Sobre esto, historiados de décimoséptima categoría nos cuentan cosas estupendas, y payasos y bufones de las grandes avenidas y de pequeñas aldeas nos representan al pobre Galileo espantosamente maltratado. Pongamos las cosas en su punto; hagamos historia, no novela, y veremos que en el asunto de Galileo la cosa no merece la pena.

¿Por qué fué condenado Galileo? Era Galileo un gentilhombre florentino que vivió de 1564 a 1642 (1). Estaba dotado de grandes conocimientos astronómicos. Enseñó el sistema de Copérnico según el cual la tierra gira alrededor del sol (2).

---

(1) Murió, pues, a los 78 años. ¡Bonita edad para el que fué torturado abominablemente por los curas!

(2) Fué, pues, un cura, peor que un cura, un canónigo de la

Notar primeramente, señores, que este sistema está hoy universalmente reconocido, pero no científicamente demostrado. Es una pura hipótesis. Yo soy tan poco astrónomo como vosotros, pero si consulto a los astrónomos de profesión, oigo que *Laplace* dice: "Este sistema no está demostrado, y probablemente, no lo estará nunca". *Aragó* añade: "Veo en este sistema dificultades insuperables". Y *Poincaré,* que por confesión de todo el mundo es el primer geómetra físico francés de hoy en día, nos declara que la rotación de la tierra es una simple conjetura, no una verdad demostrada.

Galileo era libre, sin duda, de profesar este sistema, pero cometió el error de mezclar la Biblia en sus pruebas, apartar a los textos sagrados de su verdadero sentido, y querer fundamentar sus ideas científicas en la Sagrada Escritura. Por esto fué condenado, no porque fuera buen astrónomo, sino porque era mal exégeta. Cincuenta años antes de Galileo, Copérnico, sacerdote y canónigo, inventó el sistema que lleva su nombre, el sistema de la rotación de la tierra. ¿Lo condenó la Iglesia por ventura? De ningún modo. El papa Paulo III declaróse partidario convencido y entusiasta de la doctrina de Copérnico. Esto lo dice todo. Galileo fué condenado, no a causa de su ciencia, sino a causa de sus procedimientos. Mostróse áspero y violento en la discusión, y empeñóse en fijar el sentido de las Sagradas Escrituras y amoldar la Biblia a sus ideas. Fué condenado.

2.° *¿Por quién?*

Por el tribunal del Santo Oficio, es decir, por una simple congregación romana que no es infalible en

Iglesia, el que descubrió el sistema sobre el cual reposa toda la astronomía moderna. Decididamente los curas se mezclan en todo, aun en descubrimientos científicos sorprendentes.

las cuestiones de fe, y todavía menos en las cuestiones puramente científicas.

El decreto del Santo Oficio que condenaba a Galileo, no fué firmado por el papa. La autoridad de la Iglesia no queda, pues, comprometida en este asunto. El papa no aprobó la decisión del Santo Oficio; por lo contrario, censuró la condenación.

Por otra parte, el decreto fué retirado poco a poco; fué, pues, considerado como una medida transitoria. Galileo se retractó de todo lo que su sistema era contrario a la Sagrada Escritura, y pudo sostener y difundir sus hipótesis científicas sobre la rotación de la tierra, como lo había hecho Copérnico y muchos otros antes que él, sin que fueran jamás molestados, como lo hacía el protestante Kepler, a quien la corte de Roma llevó a la Universidad de Bolonia, el mismo año de la condenación de Galileo.

Lo repito, este asunto de Galileo carece de importancia. La infalibilidad de la Iglesia nada tiene que ver con él. Galileo fué condenado, no por el papa, sino por un tribunal eclesiástico, al cual desaprobó el papa, y fué condenado, no como sabio que estudia las leyes de la naturaleza, sino como teólogo incompetente que interpreta a su capricho los textos de la Escritura. Finalmente,

3.° *¿A qué* se le condenó? La historia de Galileo pisoteando la tierra y diciendo: "¡Y sin embargo de ello, se mueve!", torturado y condenado a muerte, no es más que una novela mal hilvanada, una invención pueril, una fábula que provoca la sonrisa de todo hombre serio. He aquí a lo que se redujo el lúgubre drama imaginado por los enemigos de la Iglesia a propósito de la condenación de Galileo: Galileo permaneció cuatro días en la prisión; luego fué recluído, durante seis

meses, en el palacio de uno de sus amigos, Piccolomini, arzobispo de Siena, con numerosos criados a su servicio, lo cual ciertamente era tolerable. Ciento cincuenta años después, otro sabio, Lavoisier, comparecía en Francia ante otro tribunal, ante el tribunal revolucionario, que le condenó a muerte, y le envió al cadalso diciendo: "¡La República no tiene necesidad de sabios!" Lavoisier fué decapitado el 8 de Mayo de 1794, y me parece que se hubiera tenido por dichoso si hubiera podido cambiar su suerte por la de Galileo. Esto no impide que los librepensadores de toda ralea vociferen contra la Iglesia: "¡Galileo, Galileo!" Dejemos a esos virtuosos amigos de la ciencia entregados a sus poco científicos ladridos, y despidámonos esta mañana con palabras más consoladoras.

Le Play era un sabio. Como otros exploran la flora y la fauna del globo, exploró él en todos sentidos el mundo social. Pues bien, al final de su gran viaje, resume sus impresiones y estudios en estas palabras: "Después de escuchar todos los oradores contemporáneos, he vuelto siempre a la verdad que recibí de mi madre a los cinco años". Todas las verdaderas ciencias, señores, acaban por un acto de fe. Hijos de la Iglesia, cantemos con vigor nuestro *Credo.* La ciencia no mata a la religión. La religión no mata a la ciencia. La ciencia y la religión son hermanas.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

LA IGLESIA Y LA CIENCIA DE HOY

SEÑORES:

Se acusa a la Iglesia de obscurantismo. Esta acusación, imbécil y perversa, queda desmentida por la historia, y por la actualidad misma. Echemos una ojeada a nuestro mundo contemporáneo, de cien años a esta parte. ¿Qué papel ha representado en él la Iglesia? ¿La vemos hostil, o simplemente extraña a la ciencia? No. Contamos con numerosísimos sabios entre los católicos. El clero no cede a nadie en cultura intelectual. Fundamos en todas partes focos de instrucción. El obscurantismo de la Iglesia es una palabra vacía de sentido, una calumnia que no puede mantenerse en pie.

I. Los sabios católicos, desde hace cien años, son numerosísimos y del más subido precio.

Anteayer, en la primera mitad del siglo XIX, fueron especialmente los católicos los que dieron a la ciencia el

impulso y orientación que sigue todavía. ¿No fueron católicos convencidos el ilustre matemático *Cauchy*, que decía: "Creo en la divinidad de Jesucristo con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras del tiempo pasado"; *Cavier* y *Elías de Beaumont*, dos geólogos eminentes; *Ampère* y *Faraday*, que descubrieron la ley y las primeras aplicaciones de la electricidad; *Volta*, inventor de la pila eléctrica; *Leverrier*, honra del Observatorio francés; los doctores *Laennec* y *Nelatón*, honra de la ciencia médico francesa, y tantos otros que no tengo tiempo de citar?

Ayer, en la segunda mitad del siglo XIX, ¿no fueron católicos convencidos *Quatrefages*, *Claudio Bernard*, *Chevreul*, *J. B. Dumas*, que dijo: "El Dios de la Revelación es el mismo de la Naturaleza. La ciencia no mata a la fe, pero menos mata la fe a la ciencia?" ¿Y nuestro inmortal *Pasteur*? Es incontestable que Pasteur fué gran sabio. Maestro incomparable, ninguna de sus célebres experiencias fué convencida de error. Pero con la ciencia, tuvo la fe. Afirmó sencillamente su fe en la vida privada, oyendo misa con los viñadores de su parroquia, y arrodillándose para orar al lado de su mujer. Afirmó solemnemente su fe en la vida pública, bajo la cúpula del Instituto, el día de su recepción en la Academia, en presencia y en frente del escéptico Renán. ¿Qué ejemplo podemos oponer a los semisabios irreligiosos? ¿Qué materia de reflexión para los hombres sinceros que buscan la verdad! ¡Qué argumento decisivo contra la incredulidad, en favor de la religión! Pasteur, por confesión de todos, es el primero de los sabios del mundo. Digámonos: Jamás seré yo tan grande como él. Ahora bien; Pasteur creía en Dios y vivía como buen cristiano. Luego hay que creer en Dios y vi-

vir como buen cristiano. Ayer y anteayer tuvimos sabios católicos. Los tenemos

Hoy, tenemos muchos. Examinad el anuario del Instituto de Francia. No podemos conocer las ideas y sentimientos de todos los que componen esa corporación escogida, pero sí podemos notar como de pasada aquellos cuyas convicciones católicas no son un misterio para nadie. Ahora bien; en las cinco Academias son numerosos, y algunos figuran enteramente en primera fila. Por otra parte, toda la ciencia no está encerrada en el Instituto, y muchos hombres, que no ostentan la medalla de académico, son sabios, y con frecuencia sabios cristianos. Esto es tan evidente, que no insisto más.

Sí, dicen los librepensadores; verdad es: vosotros, la Iglesia católica, habéis tenido y tenéis aún sabios, hombres cuya frente, orlada con la aureola del genio, se inclina bajo las enseñanzas de la fe. Pero esto es *una debilidad* que los empequeñece; es una sombra en el cuadro; nadie es perfecto aquí abajo; el genio también tiene sus flaquezas. He ahí, señores, cómo los pigmeos incrédulos y danzantes injurian a nuestros grandes hombres, a los gigantes que los superan de cien codos. Cauchy proclamaba abiertamente su fe católica. ¡Qué aberración! Leverrier colocó un Crucifijo en el Observatorio. ¡Qué ocurrencia! Pasteur se confesó antes de morir. ¡Es el colmo! Hay aquí un verdadero misterio que descifrar. Y así sucesivamente. Los detractores de la Iglesia declaran cínicamente que la ciencia y la fe no podrían coexistir en la misma cabeza, y que, por consiguiente, si un hombre de genio se dice creyente, o miente, o está obsesionado, alucinado, o loco. Compadezcamos, señores, a los detractores de la Iglesia. El odio antirreligioso les trastorna la cabeza y los hace disparatar. En materia de obscurantismo tienen manifiestamente una primacía que desafía toda rivalidad y toda

comparación. Acabamos de invocar en favor de la Iglesia a nuestros sabios católicos modernos. Digamos ahora unas cuantas palabras sobre el clero.

II. El clero católico, de cien años a esta parte, no cede a nadie en cultura intelectual.

Porque un hombre lleve un vestido especial y camine con el breviario bajo el brazo, no merece que se le destierre y se le diga: No eres nada. No. Hay que saber hacer justicia al mérito donde quiera que se encuentre, aun en los sacerdotes. Pues bien; desde el punto de vista de la ciencia, paréceme que el clero contemporáneo hace un buen papel.

En primer lugar, *enseñamos la ciencia sagrada.* Somos los catequistas de los pueblos. Esto ya es algo. Es lo suficiente para asegurarnos el primer puesto entre los doctores de este mundo. Pero hacemos algo más que esto. Aun cuando todo nos lo robaron, nuestras bibliotecas, nuestros beneficios, nuestro tiempo, cultivamos las letras humanas, fomentamos el gusto y el amor de los buenos estudios, y, en la medida de nuestras fuerzas, exploramos el campo de la ciencia profana. ¿De qué se alimenta en los campos el aldeano y aun el burgués? De su periódico, que ciertamente no le instruye, que le repite únicamente a tontas y a locas las palabras retumbantes de ciencia, civilización, progreso, porvenir. Sólo el sacerdote tiene libros, y libros serios. Esto es una prueba de que ama la ciencia, de que es el único sabio, por cuanto, para adquirir la ciencia, se necesitan libros. Y en la ciudad, ¿es que no veis al sacerdote brillar en todas partes, en las cátedras, en las academias, en las sociedades ilustradas? ¿No le veis escribir en revistas y periódicos, y publicar libros, algunos de los cuales son autoridades verdaderas?

Si escuchamos a ciertos detractores nuestros, diríase que salimos de algunas selvas vírgenes del Nuevo Mundo; y somos perfectos ignorantes. Veamos, señores: los 40,000 curas, de las 40,000 parroquias de Francia, ¿no igualan, por su ciencia y sus luecs, a los 40.000 alcaldes de los 40,000 Municipios de Francia? Nuestros 80 obispos franceses, ¿no valen, por su juicio y su doctrina, tanto como los 80 prefectos, los 80 presidentes, los 80 abogados, los 80 diputados o senadores, y aun los 80 periodistas y profesores de filosofía? Tengo el derecho de proponer la cuestión; podéis resolverla. ¿Los sacerdotes enemigos de la ciencia y partidarios del obscurantismo? Se necesita mucha audacia para afirmarlo, y no menos candidez para creerlo.

Muchos individuos que censuran nuestra ignorancia, podrían aprender no poco en nuestras escuelas. En primer lugar, la religión, la moral, la teología, la lógica, la metafísica, cosas todas que ignoran casi por entero, y luego la historia, y aun las ciencias físicas, que no son del dominio directo de la Iglesia, pero en las cuales contamos con especialistas distinguidísimos. ¿Es que un simple cura de aldea, *Gorini,* no refutó victoriosamente los errores históricos de Agustín Tierry, de Guizot y de Michelet? ¿No fué un sacerdote, un jesuíta, el *P. Secchi,* el que ganó el gran premio de la Exposición de 1867, por sus descubrimientos astronómicos? ¿Quién fué, al decir del mismo Renán, el más sabio orientalista de nuestro tiempo? Un sacerdote, un sulpiciano, el abate *Le Hir.* "Todo lo que sé como sabio ... dice Renán ... lo debo al abate Le Hir." Perdón os pido por todos estos detalles, señores; pero en verdad que, en una hora como la nuestra, en la que gentes que nada hicieron por su patria, ni aventuraron cinco céntimos, ni un cabello de su cabeza por ella, vierten injurias sobre el clero, enteramente consagrado a la causa de la

patria y de la civilización, bueno es que sepáis qué servicios hemos hecho, no sólo en la esfera religiosa, sino también en la esfera de la ciencia. Bueno es que sepáis, que nuestros misioneros, y los *jesuítas* en particular, son en gran número hombres eminentes en geografía, en lingüística, ei mineralogía, en hidrología, en meteorología. El observatorio de Si Kavei, que los jesuítas han fundado no lejos de Shangâi, es un establecimiento científico de primer orden. Acusar de obscurantismo al clero católico, no tiene sentido común.

Por otra parte, si los sacerdotes son ignorantes, *¿por qué tenerles miedo,* por qué temer su competencia, por qué negarse a luchar con ellos con armas iguales, en el terreno de la libertad? Escuchadme bien. Si se trata de apartar al clero de la enseñanza, no es porque enseña mal, sino porque enseña muy bien. Se teme al clero porque es instruído, porque es capaz, porque es igual, si no es superior, a sus enemigos. Esto es innegable. Desde el punto de vista de la inteligencia y de la ciencia, seglares y sacerdotes honran a la religión, cuyos discípulos y ministros son. Pocas palabras más:

III. Las escuelas católicas hace ya cien años que son focos intensos de luz y de instrucción.

Cosa curiosa, señores: cuando la Iglesia, retirada en sus santuarios, no se cuida más que de la religión, se la acusa de indiferencia u hostilidad a la ciencia, y cuando funda universidades, escuelas y colegios, se la acusa de mezclarse en lo que no le concierne y de usurpar los derechos del Estado. La Iglesia no hace el menor caso de esas acusaciones, que se contradicen, y, obrera infatigable, se entrega al propio tiempo a su misión religiosa y a su misión escolar, difunde el Evan-

gelio y las letras humanas, y levanta escuelas al lado de los templos. Siempre ha hecho esto, siempre lo hará, y lo hace por modo maravilloso, desde hace un centenar de años.

Hace cien años que la Iglesia difunde la *enseñanza superior*. Desde Roma alienta la cultura de las bellas letras y el desarrollo intelectual del clero. En Alemania lleva a la lucha sabios de primer orden. En Suiza funda la Universidad de Friburgo. En América la de Washington. En Francia, universidades y colegios, y forma tan bien como el primero bachilleres, licenciados, doctores, alumnos de Saint-Cyr, politécnicos, de la Escuela central, ingenieros, etc., etc. Hace treinta años que los mejores licenciados y doctores salen de nuestras universidades católicas. Ya sabéis lo que contestó Enrique IV a los diputados de la universidad de París, que le pedían medidas represivas contra los colegios de los jesuítas: "Creedme. Hacedlo mejor que ellos, y nada tendréis que temer." Esto es lo que hay que responder a tantos como nos acusan de no amar la ciencia, pero que en el fondo tienen celos de los bien que la difundimos. ¿Quiénes son aquí los apagaluces? No es la Iglesia, no somos nosotros; son los que quisieran suprimir nuestra enseñanza, porque le espantan nuestros éxitos y nuestros ardores científicos.

Hoy, como hace cien años, como en los siglos pasados, ¿es que la Iglesia no difunde ampliamente, principalmente, *la enseñanza primaria,* al propio tiempo que la enseñanza superior? A pesar de esas imbéciles y malvadas persecuciones, hemos fundado, en el curso del siglo XIX, admirables Congregaciones docentes, que no cuestan una peseta a los contribuyentes, que dirigían 20,000 escuelas con 1.200,000 alumnos. Hemos movilizado un ejército inmenso de profesores y profesoras, cuya abnegación, cuya capacidad, eran incontes-

tables e incontestadas. ¿Quién ha destruído todo esto? No hemos sido nosotros. Por todas partes hemos encendido focos de instrucción, y los bárbaros los han apagado. Nuestros antiguos obispos instituyeron la enseñanza primaria; nuestros obispos del siglo XIX la realzaron, y si, a la hora presente, las ruinas escolares humean en todos los sitios, la culpa no es de la Iglesia, sino de sus enemigos, que no saben más que destruir.

Por favor os pido, señores, que no permitáis que se hable ante vosotros del obscurantismo de la Iglesia. Es esa una palabra que carece de sentido, una calumnia que no tiene punto de apoyo. En nombre de la historia y en nombre de la actualidad, devolved ese dictado al que la pronuncie, y contened esa calumnia en los labios de los que la profieran. Defended la verdad ultrajada; defended la religión desconocida. Tal es vuestro derecho y tal es vuestro deber.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

LA IGLESIA VA MAS ALLA QUE LA CIENCIA

SEÑORES:

Se habla del obscurantismo de la Iglesia. Esta acusación no se mantiene en pie. Ante la historia y ante la actualidad, es inaceptable. Os he demostrado que la Iglesia, siempre y en todas partes, ha amado, enseñado, difundido y propagado la ciencia. Voy a completar hoy mi tesis demostrándoos que la Iglesia supera a la ciencia en amplitud y en eficacia. Se piensa, se dice, se escribe corrientemente, que la ciencia basta para satisfacer todas las necesidades humanas. Se hace de la ciencia una diosa, y se relega la religión a un rincón, como una cosa inservible, como una cantidad despreciable. Para muchos, la ciencia lo es todo, la religión casi nada. Esto es un error, un error grosero, que voy a refutar en dos breves conferencias. Y empiezo por haceros observar que la Iglesia va más allá que la ciencia: 1.º La ciencia va lejos; 2.º La Iglesia va más lejos que la ciencia.

I. La ciencia va lejos.

1.° *La ciencia explora el mundo material.*

¿Quiere esto decir que conoce todos sus secretos? No hay un librepensador, por ignorante que sea, que no proclame solemnemente que la ciencia lo ha descubierto y explicado todo. Pues bien; nó, mil veces no. La ciencia no sabe lo que es la materia; ni cuáles son sus primeros elementos; ni qué es el espacio, en el cual me muevo y se desarrollan los soles en número indefinido; ni qué es el tiempo, más rápido que las nubes del cielo y más fugaz que las ondas marinas; ni qué es la vida, que florece ante nuestros ojos y palpita en nuestro seno. La Iglesia nada sabe del misterio que se oculta en el grano de arena, como en la lejana estrella, en el átomo infinitamente pequeño como en el espacio infinitamente grande. No se muestre tan altiva la ciencia. Ved cuán modestos son los verdaderos sabios. Ambrosio Paré, padre de la cirugía, decía: "Yo te cuido; Dios te cura." Gounod, joven y embriagado por sus primeros éxitos, complácese en decir: "¡Yo!" Luego, después de reflexionar, decía: "¡Yo, y Mozart!" Más tarde, ya formado, ya no decía más que "¡Mozart y yo!" Finalmente, en el ocaso de su vida, meneaba sonriendo su cabeza cubierta de laureles, y decía modestamente: "¡Mozart!" Pasteur, movido por la naturaleza de sus propios trabajos a penetrar en los misterios de la creación, y en el estudio de lo Infinito, dijo en su *Discurso de recepción* en la Academia: "El que proclama la idea de lo Infinito, acumula en esta afirmación más cantidad de sobrenatural que hay en todos los milagros de todas las religiones. Porque la noción de lo Infinito tiene el carácter de imponerse y ser incomprensible." Así, aun sin salir del mundo material, la ciencia choca

a cada paso con el misterio. Pero es ciertamente innegable que la ciencia va lejos.

La ciencia ha hecho magníficos descubrimientos. Ha estudiado muchos fenómenos, ha penetrado muchas fuerzas, ha descubierto muchas leyes. Subir hasta el firmamento, observar la gravitación de los astros tener, por decirlo así, el sol en la mano, desaparecer luego en las entrañas del globo, interrogar en él su historia, seguir en él las misteriosas peripecias de su misterioso alumbramiento; suprimir las distancias, aproximar los continentes, dando a la palabra la rapidez del rayo; tender puentes sobre los ríos; traernos en ocho días el trigo de América, y en cuarenta y ocho horas el de Odesa; explorar el cuerpo humano, hecho insensible al corte del acero, y con mano segura extraer la causa del mal y tantos otros prodigios que no tengo tiempo de enumerar... todo esto es hermoso, es ciencia. Lo digo como lo pienso: la ciencia ha hecho en el mundo material inventos maravillosos.

¿Qué ha ocurrido? Pues ha ocurrido que se ha hecho de la ciencia un ídolo, el gran ídolo de este siglo. Ante este siglo, hemos visto inclinarse sin discusión adoradores más sumisos que los vió jamás templo alguno. A los pies de este ídolo se han arrojado mezclados los tronos y los altares, las estatuas mutiladas de la religión y de la filosofía. Se ha pedido a este ídolo la solución de todos los problemas y el secreto de todos los enigmas. ¿De qué servirá en adelante la religión, si tenemos la ciencia, que basta para todo? La ciencia ha estudiado al género humano, conoce los orígenes de todo, las leyes de las religiones como las de todo lo demás. Ha analizado los libros antiguos, y en ninguna parte ha encontrado el elemento divino. Ha estudiado la naturaleza; no tiene necesidad de Dios para explicar el mundo ni para gobernarlo. ¡Atrás,

pues, la Iglesia, con sus dogmas evangélicos y sus instituciones caducas! Señores, no dudéis que pongo aquí el dedo sobre una de las causas principales de la irreligión moderna. Si tantos y tantos hombres viven sin plegarias, sin adoración, sin altares, sin Dios, es porque, en el fondo, evitando quizá confesárselo a sí mismos, se imaginan que pueden vivir sin todo eso. Poseen la ciencia, y les parece que la ciencia puede substituir a la religión. Pero se engañan. La ciencia va lejos. Explora el mundo material; mas, ¿puede ir más lejos y explorar el mundo moral? No.

2.º *La ciencia no puede explorar el mundo moral.*

Hay un mundo moral tan cierto como hay un mundo material. ¿Quién es Dios? ¿quién es el hombre? ¿qué son las relaciones entre el uno y el otro? Dormía yo en la nada, y de repente, una mano, no sé cuál, me cogió, y una voz, no sé cuál, me dijo: ¡Ven! ¿De dónde salí? ¿A dónde voy? ¿Por qué camino? ¿Tengo un alma inmortal? ¿Hay, en mi porvenir de ultratumba, recompensas para la virtud, castigos para el vicio, recompensas y castigos eternos? ¿Por qué el pecado, y por qué el dolor? ¿Cuál es el sentido de la vida y cuál el de la muerte? He ahí cuestiones capitales. Son de todos los siglos. Atormentan a todo hombre que no ha dejado de ser hombre. Preocuparon a Sócrates, aun bajo la tienda militar, como veinte siglos después preocuparon a Descartes, como preocupan hoy a todos los pensadores serios, aun al obrero, que enjuga su frente diciendo: ¡Ah! ¿qué es la vida? ¿Para qué vine aquí bajo? Sí, hay un mundo moral. ¿Quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? Preciso es que lo sepa. ¿Quién me lo dirá? ¿La astronomía? ¿La geología? ¿La física, la química? Por desgracia, ninguna ciencia es capaz de explicarme mis orígenes, mis debe-

res, mis destinos. Sabios, disponed vuestros telescopios, alinead vuestros números, manipulad vuestras experiencias, interrogad las entrañas del globo y las profundidades del firmamento. No arrojaréis un rayo de luz sobre estas cuestiones soberanas, y si sois sinceros, diréis como Sócrates en presencia de las regiones inexploradas del mundo moral: "¡Sólo sé que no sé nada!"

La ciencia carece de amplitud. Va lejos en la exploración del mundo material, pero no va lejos en la exploración del mundo moral. Le detiene al borde de este océano sin orillas. Ignora lo que constituye el todo humano, es decir, nuestro punto de partida y nuestro punto de llegada. No puede enseñarnos ni a vivir bien ni a morir bien. La naturaleza es su dominio, dominio que explora sin que por ello llegue a arrancarle sus últimos secretos. Pero la verdad substancial sobre Dios y sobre el hombre no está a su alcance; en esto encuentra barreras insuperables; no ve nada o casi nada. Deténgase, pues, muda, humilde, respetuosa, y pregunte, y deje hablar a la religión. La ciencia va lejos, lo concedo; pero también afirmo que

II. La Iglesia va más lejos que la ciencia.

Tiene más amplitud; posee un rayo visual más extenso.

El P. Monsabré trae una comparación muy ingeniosa. "¿Habéis visto—dice,—en un día de fiesta popular, alguna buena y vigorosa hija del pueblo tomar a su hermanita en brazos y elevarla por encima de una multitud de cabezas curiosas, para que la niña pueda contemplar a sus anchas una majestad que pasa? He ahí la religión. También ella toma en sus robustos brazos a su hermanita, la razón, y la eleva por encima del mundo obscuro de la naturaleza, para que pueda contemplar el

mundo luminoso de lo sobrenatural". La Iglesia va más lejos y más alto que la ciencia. ¿Sois sabios? Tanto mejor. Pero, por cuanto sois sabios, ¿rehusáis los servicios de la Iglesia? Tanto peor. Acantonados en vuestra poca ciencia humana, os veo palidecer sobre los libros, balbucir, vacilar, gemir a la presión de la duda, errar tristes e inquietos de una orilla a otra orilla, y, finalmente, perder el interés por la verdad... Entretanto, obreros, pobres mujeres, niños, muchos humildes, muchos ignorantes viven y mueren en la paz y alegría de la certeza, porque son iluminados desde arriba, porque son discípulos de una Iglesia que no engaña ni puede engañarse.

Mirad... os refiero lo que he visto y oído. He visto, en inteligencias de aldeanos y en almas de obreras, rayos de luz y esplendores de iluminación que deslumbran mi pensamiento, y hubieran desconcertado todas las glorias del Instituto de Francia. He oído a pobres obreritas hacer esta confesión que bastaría para asegurar la gloria de Platón, si la posteridad la hubiera recogido de sus labios: "Padre mío, me acuso de haber faltado una vez esta semana a mi meditación"; esto es, "yo, que estoy obligada a ganar el pan con el sudor de mi rostro, y a conquistar mi honor con la punta de mi gloriosa aguja, me avergüenzo de haber pasado un día sin contemplar lo Infinito, sin examinar mi alma, sin pensar en la inmortalidad, sin elevarme, por medio de la inteligencia por encima de todas las cosas terrenales". Señores, ¡qué prodigiosa escuela de vida intelectual y moral es una religión que enseña al último de los hijos del pueblo a ser cada día más filósofo que lo son toda su vida buen número de sabios! La Iglesia va más lejos que la ciencia. Está de moda en el mundo pensador el decir que los sacerdotes son ignorantes. Aun cuando el sacerdote no supiera más que las cosas de Dios, y las cosas de

la religión, esto solo bastaría para colocarlo por encima de todos los sabios. Ministro de la Iglesia, no es preciso que sea un genio como Rossuet; basta que sepa lo preciso para conduciros al cielo. ¿Qué importa que ignore todas esas ciencias profanas, que se preguntan cuántas patas tiene una araña, cuántas ediciones lleva una obra, por qué punto preciso pasó Alejandro el Gránico, o dónde están con exactitud las fuentes del Nilo...? ¿Qué importa todo esto, si sabe quién es Dios, qué es el hombre, de dónde viene, a dónde va, y lo que debe hacer en este mundo? El sacerdote, que no sabe todo lo que vosotros sabéis, sabe lo que principalmente debe saber el hombre, y vosotros, que no sabéis lo que sabe el sacerdote, ignoráis lo que ante todas cosas debéis saber. La Iglesia va más lejos que la ciencia, y el sacerdote, ministro de la Iglesia, está más adelantado que el sabio en las cosas del alma, de Dios, del deber y del destino.

La ciencia va lejos; explora el mundo material. Pero la Iglesia va más lejos que la ciencia; explora el mundo moral. La Iglesia tiene más amplitud que la ciencia. Así, pues, la ciencia no puede suplantar, reemplazar a la Iglesia. Mas esto, no solamente lo dicen sacerdotes y creyentes, sino pensadores seglares libre de todo lazo confesional En un artículo reciente, que ha hecho mucho ruido, *M. Brunetière* se expresa así: "Si es verdad que, desde hace cien años, la ciencia ha tratado de reemplazar a la religión; la ciencia, actualmente, y por largo tiempo todavía, ha perdido la partida. Incapaces de proporcionarnos un principio de respuesta a las únicas cuestiones que nos interesan, ni la ciencia en general, ni las ciencias particulares, físicas o naturales, filosóficas o históricas, pueden ya reivindicar, como lo han hecho desde hace cien años, el gobierno de la vida presente". Esto es lo que se ha llamado la bancarrota

de la ciencia. No me gusta esta palabra, pues teniendo doble sentido, origina errores. Desde el punto de vista material, no es verdad que la ciencia haya hecho bancarrota; ha sostenido sus promesas, y ha realizado progresos que merecen admiración y gratitud. Pero, desde el punto de vista moral, la bancarrota de la ciencia es incontestable. Uno de estos últimos años, un hombre que no era creyente, M. Gastón París, en su *Discurso de recepción de la Academia,* hablando de los misterios del más allá, de los misterios que constituyen el mundo moral, decía: "La ciencia no extiende tan allá su imperio; otras fuerzas, que ella no niega, son las llamadas a hacer lo que ella no puede". ¿Cuál es esta fuerza que no se atreven a nombrar, pero que completa y supera a la ciencia? Es la religión, es la Iglesia católica.

Así sea

CONFERENCIA SEPTIMA

LA IGLESIA PUEDE MAS QUE LA CIENCIA

SEÑORES:

La ciencia no puede reemplazar a la religión. Le falta amplitud; sus brazos no son suficientemente largos. Le falta eficacia; sus brazos no son suficientemente fuertes. ¿Cómo, los brazos de la ciencia no son suficientemente fuertes? Sostiene montañas, atraviesan mares, explora las entrañas de la tierra y las profundidades del cielo; doma las energías de la naturaleza y las somete a nuestras necesidades; pasea su escalpelo por los tejidos más delicados del cuerpo humano... Verdad es; pero hay en el hombre dos potencias soberanas que la ciencia no puede manejar: la voluntad y el corazón. No puede dominar la voluntad ni infundirle la virtud, ni puede llegar hasta el corazón, ni llenarlo de consuelo. Mas lo que no puede la ciencia, puédelo la Iglesia. Veámoslo.

I. La ciencia no puede crear la virtud.

No es la ciencia lo que nos falta, pues abunda en todas partes. En uno de sus peores libros dijo Víctor Hugo: "¿Queréis cerrar los presidios? Abrid escuelas". Y hace ya treinta años que vivimos de esta mordaz antítesis. Los filósofos, los censores y los legisladores se han esforzado en demostrar la influencia saludable y milagrosa de la instrucción. Según ellos, la escuela debía transformar en un abrir y cerrar de ojos en un ciudadano virtuoso al malandrín más redomado. Y así, dijeron: "Generalicemos la instrucción; levantemos escuelas por todas partes; arruinémonos, si es preciso. Cuando todo el mundo sepa leer y escribir, se corregirán como por encanto los malos instintos, y veréis cómo el género humano se hace razonable". En efecto, pusieron manos a la obra con un ardor rayano en la fiebre, y hace ya treinta años que la pasión por el título agita todos los cerebros. En París han llegado a registrarse 7.000 demandas para 100 plazas de maestras. Las desgraciadas poseedoras de un título que pasean las calles de la capital y de las grandes ciudades, forman verdadera legión, tanto que, convencidas de que no obtendrán plaza, se hacen amas de llaves o amas de niños, si es que no van a engrosar vergonzosamente el ejército del vicio. Y aunque la ciencia es utilísima a los jóvenes para la preparación de su carrera, ¿no se ha hecho demasiado por ella? ¡Cuántos jóvenes hay que abandonaron los oficios manuales y las labores del campo, y con su diploma en el bolsillo, no son más que árboles trasplantados y rémoras de la sociedad! A su vez, el Estado, con los favores que prodiga y las pensiones que concede a troche y moche, aumenta este exceso y multiplica desmesu-

radamente los graduados sin empleo. La ciencia no nos falta, sino que nos sobra.

¿Nos ha hecho mejores la ciencia? Nuestra juventud actual es más instruída que la de antaño. Los certificados de estudios y los títulos no son raros. Se multiplican los libros en las manos de los niños, y aun estos libros están mejor concebidos y ordenados, mejor redactados e impresos, y aun mejor encuadernados que antes. Cada año aumenta también el número de leyes, decretos, circulares y reglamentos en favor de la instrucción. Pero ¿es que el nivel de la moralidad se eleva al mismo tiempo que el nivel de la ciencia? ¿Son los jóvenes más sabios y más respetados que los padres? ¿Está más limpia la calle, es más moral el teatro, son menos obscenas las novelas y menos desmoralizadores los periódicos? ¿Se ha hecho más virtuoso el mundo? ¿Han dominado los crímenes? ¿Hay más unión en las familias y en la sociedad? En una palabra, ¿valemos más que antes? Por desgracia, tenemos el doloroso deber de comprobar que la moralidad no aumenta entre nosotros, y que nuestros progresos materiales y científicos no han originado progresos análogos y paralelos en las almas y en las costumbres. No tenéis más que consultar las estadísticas judiciales. Son lamentables, especialmente las relativas a la juventud. Sí, sin duda hay una juventud recomendable, abierta a todo lo grande, noble y bueno. Esta juventud ha sido educada en las rodillas de la religión, ha sido formada por las madres cristianas. Pero, ¿y la otra? Esta nos prepara una generación de salvajes civilizados, muy inferiores a los salvajes cándidos de los nuevos países. Los magistrados no salen de su asombro al ver tantos adolescentes entre los criminales. No pasa día sin que oigamos lamentarse de que algún jovenzuelo haga, a la edad de doce o trece años, lo que pueda para convertirse

en verdadero criminal. Diga lo que quiera Víctor Hugo, se han abierto muchas escuelas y no se ha cerrado un solo presidio. La ciencia abunda y no somos mejores. He ahí los hechos. Razonemos sobre estos hechos. ¿Es que la ciencia es un mal en sí misma? En manera alguna. ¿Pues qué es? Es un simple instrumento al servicio del bien o del mal. No es la fuente de la moralidad. Me explicaré.

La ciencia no es la fuente de la moralidad. No crea la virtud, la supone. Amuebla el espíritu, pero no obra sobre la voluntad. Si conozco el álgebra y la geometría, y el nombre de todas las plantas y de todos los animales, y la manera como se forman las nubes, y el lugar exacto de tal ciudad o de tal montaña, y el nombre de las grandes batallas que han ensangrentado nuestro planeta desde Nemrod hasta Menelick, ¿en qué queréis que esto me ayude a domar mis instintos viciosos, y vencer mis defectos, a sacrificarme por los otros, a ser temperado, justo, casto y bueno? Un filósofo librepensador, de la Academia de Ciencias Morales, Mr. Fouillée habla así del niño al cual quieren moralizar por medio de la instrucción: "Ni la gramática, ni la ortografía, ni la aritmética, ni el cálculo, ni la famosa geografía podrán impedir hacer el mal. Aunque aprenda la regla de tres, los cabos de Holanda y los lagos de América, la historia del vaso de Soissón, el asesinato de Juan Sin Miedo o el del Duque de Guisa, no por ello se modificarán sus inclinaciones". Esto es evidente. La ciencia no es la fuente de la moralidad. ¿Qué es, pues? Un simple instrumento.

La ciencia es un instrumento que lo mismo puede servir al mal que al bien. En una pieza dramática de Brieux, titulada *Blanchette*, que acaba de ser representada en la Comedia Francesa, exclama la heroína del

drama: "Sí, sí, digo la verdad. La instrucción no origina la virtud. No faltan desgraciadas pervertidas a pesar de su título de profesoras". "Luego—exclama Rousset—¿es un mal dar instrucción a los niños?"—"No, ¿pero habría que proporcionarles también la manera de servirse de ella." La ciencia es un instrumento. Hay que saber manejarlo. Todo depende del uso que hagamos de él. Si la ciencia está al servicio de una voluntad recta, muy bien. Pero si está al servicio de una voluntad perversa, es horrible, y entonces, ¡ay de la moral! ¡ay de la sociedad! Conocéis la frase melancólica de Deibler, el verdugo que acaba de fallecer: "Antes guillotinaba brutos; ahora corto el cuello a criminales ilustrados. He ahí la diferencia." ¿Qué importa que abunde la ciencia? Si se sirven mal de ella, es peligrosísima. Es como el tren fuera de los rieles. El desastre está en razón directa de la velocidad.

En resumen, no es la ciencia la que hace virtuoso al hombre, sino la conciencia. Ahora bien, la religión es la que ilumina, guía y modela a la conciencia. La ciencia, por sí misma, es siempre insuficiente, y a veces, peligrosa. La religión es el aroma que impide que la ciencia se corrompa. La religión es la clave de bóveda de un edificio del cual la ciencia no es más que una piedra. Si perecemos hoy, no es ciertamente porque tengamos demasiada ciencia, sino porque, teniendo mucha ciencia, no tenemos suficiente religión. Multiplicad las escuelas, haced que la instrución circule por las calles; no es esto lo que nos curará, lo que nos salvará. La ciencia no puede sustituir la religión. La ciencia no puede influir sobre la voluntad y crear la virtud. La ciencia no tiene poder alguno sobre los corazones martirizados por el dolor.

II. La ciencia no puede consolar.

La virtud no procede del crisol de la ciencia, ni tampoco el consuelo.

La ciencia jamás consoló a nadie. Cuando padecéis, cuando lloráis, cuando os sentís triturados por el remordimiento o por la prueba, cuando acabáis de depositar en una fría tumba los despojos de un ser querido, ¿vais a consultar a un sabio, o a pedir a un miembro del Instituto que seque vuestras lágrimas? ¡Oh, qué amarga irrisión! Se ha hecho de la ciencia un ídolo y, semejante a la esfinge de piedra que el antiguo Egipto colocaba en el umbral de sus templos, la ciencia, diosa impasible y muda, no tiene una palabra para nuestras almas desoladas, ni una gota de bálsamo para nuestros corazones doloridos. La ciencia jamás consoló a nadie.

He ahí ante vosotros todo un pueblo que trabaja y padece. Remueve, labra la tierra, forja el hierro. Se ahoga en vastos talleres, se agota bajo la lluvia o el sol de los campos; y para consolarlo, para reconfortarlo le decís: "Instrúyete. La escuela y la ciencia son el remedio de todos los males del género humano. Contempla, pues, el siglo en que vives. Aprecia ese progreso que no se detiene nunca. Pasa la locomotora llevando a lo lejos hombres y mercancías. El gas centelleante ilumina nuestras calles y moradas. El telégrafo transmite en un instante el pensamiento del hombre de un extremo a otro del mundo. Y, así, de todo lo demás". Todo esto es admirable, pero permitidme que os haga observar, señores, que decir al hombre que padece que vive en un siglo de progreso, no significa gran cosa. Con ello no secará una sola de sus lágrimas, ni cicatrizará la menor herida de su corazón. Y aun si alabáis con demasiada insistencia los hermosos descubrimien-

tos de la ciencia, podría mostraros en esos inventos una agravación de los padecimientos populares; podría mostraros bullendo, tiritando, asándose en torno de vuestras máquinas millares de obreros menos felices probablemente que los siervos de la Edad Media, y cuyo trabajo incesante recuerda la esclavitud antigua. No, señores, la ciencia no dará buena cuenta de los males que nos afligen, y, de hecho, aunque vivamos en un siglo de progresos científicos, jamás el hombre vióse más agriado, ni fué más digno de lástima, ni gozó de menos consuelo. En diez años se han sacado del Sena más de 700 mujeres o jovencitas suicidadas por la desesperación, y más de 2.000 hombres. No, el consuelo no sale del crisol de la ciencia. La ciencia jamás consoló a nadie.

La religión es la que consuela. Moriré mañana. ¿Podrá la ciencia hacer algo por mí en aquel minuto supremo que anunciará mi entrada en la eternidad? ¡Ah, ciencia sublime, qué me importará saber de qué elementos se componen mis huesos, ni qué glóbulos hay en mi sangre, si eres incapaz de apaciguar mis angustias, de purificar mi conciencia, de sobrenaturalizar mis últimos dolores, de transfigurar mi último suspiro, de salvar mi alma? ¡Oh ciencia, cuando esté en mi lecho de muerte, el más maravilloso de tus inventos, el telégrafo, no servirá más que para llamar más de prisa a mi entierro, y no equivaldrá, para consolarme, al cirio bendito que arderá a mi lado y me iluminará el crucifijo.

Escuchad sobre todo las palabras que pronunció Víctor Hugo, en 1849, en la tribuna de la Asamblea Nacional: "Por mucho que os afanéis, la suerte de la gran masa, de la multitud, de la mayoría, será siempre relativamente miserable, desventurada y triste. A ella corresponderá siempre el duro trabajo, subirá, arras-

trará, llevará los fardos más pesados. En el lote del pobre, en el platillo de las miserias, arrojad la certeza de un porvenir celestial, arrojad la aspiración de la dicha eterna, arrojad el Paraíso, contrapeso magnífico, y restableceréis el equilibrio. La parte del pobre es tan rica como la parte del rico. Esto es lo que sabía Jesús, que sabía de ello mucho más que Voltaire. Dad al pueblo que trabaja y padece, dad al pueblo, para quien tan malo es este mundo, la creencia en un mundo mejor hecho para él, y lo veréis tranquilo y sufrido. La paciencia se compone de esperanza. Por consiguiente, sembrad de Evangelios las aldeas". En suma, la ciencia jamás consoló a nadie. Las fuentes del consuelo, como las fuentes de la virtud, están en manos de la Iglesia. Ella sola es capaz de fortalecer las voluntades y de curar los corazones doloridos.

Mons Bougaud escribió: "Si analizamos la atmósfera intelectual de nuestro siglo, hallaremos por lo menos en ella cuatro quintas partes de orgullo". ¡Ah qué verdad encierran estas palabras! El hombre de nuestros días trata de bastarse a sí mismo, y sustituir la religión que viene de Dios por la ciencia que viene del hombre. Pues bien, no; la ciencia no pude reemplazar a la religión. Carece de amplitud; sus brazos no son suficientemente largos. Carece de eficacia; sus brazos no son suficientemente fuertes. No, no se resuelven con el álgebra los problemas de nuestro destino; no se calman con números las pasiones humanas; no se curan con la física y la química las heridas de nuestro corazón; no se consigue con un aparato literario y científico la remisión de las leyes, el respeto a los magistrados y a la propiedad, el honor de las familias, la seguridad de los Estados, la paz del mundo. La ciencia y la religión no son dos fuerzas que se destruyen, sino

dos fuerzas que deben armonizarse y completarse. La ciencia es buena, pero la religión es necesaria. La ciencia embellece la vida presente, pero su reino efímero expira en el umbral de la vida futura La religión entraña las promesas de la vida de aquí bajo y las promesas del más allá.

Así sea.

IV

LOS DESORDENES DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Los desórdenes de la Iglesia

SE INVENTA

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia sus derrotas, sus impotencias, su obscurantismo. He refutado, breve, pero suficientemente, semejantes acusaciones. Pero no se limitan a esto sus enemigos, y así, se pretende que la Iglesia está llena de numerosos y horribles desórdenes. Mi deber consiste en recoger tan audaz afirmación y defender la moralidad de la Iglesia.

Los historiadores protestantes y los revolucionarios han hecho de la historia una vasta conspiración contra la verdad. Han desfigurado caprichosamente los hechos que interesan a la religión católica. Han imputado a la Iglesia desórdenes que jamás existieron, que son puras invenciones. Quisiera en el día de hoy aportaros sobre esto algunos ejemplos y daros varios consejos.

I. Algunos ejemplos.

1.° Sin duda habréis oído hablar de *Juana la Papisa.* Los enemigos de la Iglesia refieren que una mujer, originaria de Maguncia (otros dicen que nació en Inglaterra, e hizo brillantes estudios en Grecia), fijó su residencia en Roma, en donde, a causa de su talento, fué elegida papa a la muerte de León IV. Según ellos, ocupó el trono de San Pedro dos años y medio, a partir de 853, con el nombre de Juan VIII. Tal fué la papisa Juana. Esta historia, señores, es una pura invención, una impudente mentira histórica.

Se sostiene que el singular pontificado de la papisa Juana duró dos años y medio, entre los papas León IV y Benedicto III. Esto es imposible. Los dos papas León IV y Benedicto III se sucedieron sin intervalo alguno, como lo testifican los documentos históricos de la época, y, en particular, una carta escrita en 866 por Hincmaro, arzobispo de Reims.

La fábula inverosímil de la papisa Juana fué ignorada de los cronistas contemporáneos. Sólo ciento cincuenta años después de ella fué introducida por un copista en los manuscritos de un cierto Mariano Scot. Algunos autores de aquí y de allá la reproducen como un rumor llegado de no se sabe dónde. En el siglo XVI, los protestantes se apoderaron de ella y explotaron violentamente contra la Iglesia la supuesta papisa Juana, ellos que, en Inglaterra y en otras partes, pueden tener, y han tenido, papisas de todo nombre y de toda edad.

Esto no obstante, digamos que la historia de la papisa Juana es de tal modo extravagante, que los más eruditos y concienzudos protestantes la han refutado. El ministro Jurieu la califica de *fábula monstruosa.* El famoso protestante Leibnitz escribió un libro para con-

fundir tan grosera leyenda. El mismo Voltaire se niega a creerla. Sólo algunos librepensadores embrutecidos por el fanatismo antireligioso muestran tener un estómago suficientemente sólido para dirigir semejante estupidez. Allá ellos.

2.º Sin duda habréis oído hablar *del derecho del señor*. Los enemigos de la Iglesia cuentan que la sociedad en la Edad Media estaba deshonrada por un abuso abominable que marchitaba a la virgen tan pronto como recibía el sacramento del matrimonio, y la entregaba profanada a su esposo. La lubricidad de los señores, ya temporales, ya espirituales, corrompía a la familia en su fuente, en el momento mismo en que acababa de formarse ante los altares. Esto se ha dicho en el teatro y en la novela por no sé cuantos escritores ignorantes o perversos. A fuerza de oirlo decir, muchos, aun gentes honradas, han acabado por creerlo. Sin duda que piensan que hay exageración en ésto, pero que la calumnia se apoya en algún fundamento. Pues bien, no tiene fundamento alguno. Respondo de lo que digo. Escuchadme bien.

1. El derecho del señor, *tal como lo suponen, no existió jamás*. Es pura invención, una mentira histórica impudente.

¿Cómo, el matrimonio hubiera sido hasta ese punto deshonrado en la Edad Media, cuando la mujer era universalmente respetada y protegida en sus derechos, en su debilidad y en su dignidad por la religión, por la ley y por la opinión? Esto es inverosímil. ¿Hubiera sido hasta tal punto deshonrado el matrimonio, y nadie hubiera protestado? Los Tarquinos de aquel tiempo, no hubieran encontrado una Lucrecia? ¿Se hubiera sometido todo el mundo; los padres, los hermanos, los esposos? ¿Nada hubieran dicho los magistrados? Re-

yes como Roberto el Piadoso y San Luis, ¿hubieran quedado silenciosos? La Iglesia, que protegió, con tan largos y célebres combates, la integridad del matrimonio, ¿no hubiera reclamado y hubiera sido cómplice? Esto es absolutamente inverosímil.

Si el derecho del señor, tal como se supone, hubiera existido, deberían decir en dónde y cómo empezó. Los eruditos de pacotilla nada piensan, ni se entienden entre sí. La invención se debe a un rey de Escocia, dicen los unos. No, dicen los otros, proviene de una aldea cerca de Zurich. ¿En qué época estaba en vigor? *En otro tiempo*, dice la *Enciclopedia*. *Hace mucho tiempo*, añade Voltaire. *En tiempos del horrible feudalismo*, vocifera un tercero. Todo queda vago, flotante, indeciso. Esto no es historia, es una estupidez indigna, una novela deshonrosa, que la erudición moderna, con estudio profundo y argumentos sin réplica, ha relegado a la categoría de la fábula. Tal como se le supone, el derecho del señor no existió jamás.

2. *Tal como existió realmente, fué una cosa legal, natural, inocente.* En pocas palabras pondré las cosas en su punto.

En el fuero civil, el derecho del señor era *un censo* pecuniario de poco valor que el señor imponía al siervo que se casaba fuera de su señoría.

En el fuero eclesiástico, el derecho del señor era *una dispensa*, cuyo origen y cuya legitimidad era así: En la Edad Media, la religión, que era la regla soberana de los espíritus y de los cuerpos, proponía a los esposos el ejemplo de Tobías, cuyo matrimonio fué inaugurado con tres días de continencia. El ejemplo de Tobías, es decir, la continencia de los tres días, fué por mucho tiempo considerada como de consejo, y aun como de precepto, para los cristianos. Tal era el derecho del Señor Dios. Después, se pidió dispensa, del mismo

modo que, en nuestros días, se pide todavía dispensa de los preceptos de la cuaresma, y la Iglesia, para evitar la transgresión formal, concedía dispensa mediante una limosna. Aquellas antiguas costumbres, tan penetradas de fe y de inocencia, ya desaparecieron; pero si bien chocan con nuestra civilización senil no tenemos el derecho de vilipendiarlas. Son, pues, calumniadores descocados los que amontonan inmundicias sobre una de las más embelesadoras instituciones que el genio cristiano creó para proteger la libertad de la mujer y su pudor. Vamos a otro punto.

3.° Sin duda habréis oído hablar de los *monita secreta*, o *instrucciones secretas* de los jesuítas. Dicen los enemigos de la Iglesia que los *monita secreta* son un opúsculo auténtico, en el cual se enseña a los jesuítas a engañar a las viudas herederas y a los jóvenes bien dotados, a captarse el favor de los grandes y la credulidad de la multitud. Ese manual de la intriga y de la bribonada, es, dicen los perversos y los estúpidos, la regla oculta que los superiores de la Compañía de Jesús inculcan a sus discípulos, para convertirlos en perfectos embusteros y en perfectos bribones. Sobre este tema compuso Eugenio Sué su *Judío errante*, novela para uso del populacho, tan literario como un combate de perros al decir de Luis Veuillot, alimento adulterado del pobre pueblo francés que no ve más allá de sus narices. Señores, los *monita secreta* o *instrucciones secretas* de los jesuítas son una pura invención, una impudente mentira histórica.

No digo que no existan. Existen. Pero afirmo que no merecen el menor crédito, y que ni siquiera pueden aducir la menor sombra de argumento en su favor. En primer lugar, son *obra de un falsario,* de un cobarde,

calumniador de un infiel a sus votos, de un apóstata, y ya sabemos lo que son los infieles a sus juramentos, los apóstatas. Los *monita secreta* se publicaron en Cracovia en 1612; su autor fué un cierto Jerónimo Zaorowski que había sido expulsado de la Compañía de Jesús y quiso vengarse de su expulsión vomitando su veneno contra los hijos de San Ignacio.

Apenas apareció el libelo *cuando fué al punto condenado,* como la obra de un falsario, de un difamador, por el obispo de Cracovia y por todos los obispos polacos, por los cardenales romanos y por la Congregación del Indice. Dejaron de hablar de ella en el siglo XVII, pero en el XVIII, durante la guerra a muerte declarada a los jesuítas, volvió a circular el viejo libelo, y desde entonces se reproduce sin el menor decoro, como una presa siempre atractiva para la estupidez y la maldad.

A los ojos de las personas serias, las *Instrucciones secretas* no merecen más que el desprecio. Pascal, que tan violento se mostró con los jesítas, no se atrevió a servirse de los *monita* y ni siquiera le hizo el honor de nombrarlos, y en el siglo XIX, el doctor alemán Paulus, enemigo encarnizado del catolicismo, tuvo el valor de reconocer la no autenticidad de los *monita secreta.*

¿Qué os he dicho, señores? Se han imputado a la Iglesia desórdenes que jamás existieron, que son puras invenciones. Acabo de ofreceros sobre ellos algunos ejemplos. Voy a añadir

II. Algunos consejos.

1.º *Vigilad* vuestras lecturas y las de vuestros hijos. Poneos en guardia. La historia, tal como se escribe hace tres siglos, eleva contra la Iglesia testimonios falsos. Ora estos testimonios falsos proceden de la estu-

pidez, ora de la maldad, ya de falta de luz, ya de falta de probidad Estos falsos testimonios ¿están convencidos de mentira y enterrados para siempre? No. Renacen sin cesar de su propia raíz y se exponen desvergonzadamente en miserables libros y periódicos que abrevan y envenenan millares de lectores de una credulidad desesperante. Poneos en guardia. Vigilad vuestras lecturas. Examinad las lecturas de vuestros hijos, sus libros y manuales escolares, sobre todos la historia que les enseñan en sus clases, porque con frecuencia esta enseñanza histórica está falsificada y es espantosamente mala. Esto en cuanto a las lecturas. Algunas palabras sobre las conversaciones.

2.º *Defendeos* de los ataques tontos o perversos de los que calumnian a sabiendas o estúpidamente vuestra religión. Saboread el placer raro y delicado de no aullar como los lobos. Con frecuencia oiréis tales enormidades, que las fustigaréis simplemente con vuestro silencio y vuestro desdén. Pero con frecuencia también podréis y deberéis refutar con una palabra, con una frase, con un argumento decisivo el anticlericalismo intemperante e insensato que se permite decirlo todo y se atreve a todo. Generalmente los católicos son demasiado tímidos, demasiado pacíficos, demasiados inclinados a esquivar el combate, a persuadirse de que no hay más que dejar que los acontecimientos se desarrollen para que todo se arregle a la larga. Sabedlo bien, señores, los enemigos de nuestra religión han jurado en sus logias la ruina completa del catolicismo. En vano, pues, os cargaréis de humildad, de silencio, de resignación; en vano callaréis, os abstendréis, os borraréis: no desarmaréis el odio de los francmasones. Únicamente se os respetará si os erguís como fuertes y si, en efecto, lo sois. He aquí mi último consejo:

3.º *Ilustraos.* Esto no es muy difícil. Mirad: un misionero de las islas Cook nos refiere los procedimientos de los ministros protestantes para convertir a su fe la Oceanía. Han difundido por todas las regiones de la Polinesia una imagen del papa antropófago, a fin de infundir en los salvajes la más detestable idea de los misioneros católicos en general, y, en particular, del soberano pontífice. Así es como los enemigos de nuestra religión tratan todo lo pasado del catolicismo.

Falsifican la historia. Inventan desórdenes que jamás existieron, y los arrojan como pasto a la credulidad pública. Se burlan de los civilizados como otros se burlan de los civilizados, como otros se burlan de los salvajes. Ilustraos, señores. En cuanto me es posible, os ayudo y os invito a ello. El tiempo me falta para arrojaros algunos rayos de luz. Plegue a Dios que pueda suscitar en vosotros el gusto, el amor, la investigación de la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

SE EXAGERA

SEÑORES:

Para convencer a la Iglesia de inmoralidad, se falsifica la historia, se inventan desórdenes que jamás existieron, que son puramente imaginarios.

Esto no obstante, ¿hubo en el largo pasado de la Iglesia desórdenes reales? Los hubo. Pero aquí también se falta a menudo a la verdad, a la imparcialidad y a la justicia. Voy a explicarme sobre esto con la mayor lealtad. Seguidme con la mayor atención, y juntos hagamos comprobación de ello.

I. Compruebo con vosotros que hubo desórdenes en lo pasado de la Iglesia.

1.º *Era imposible que no los hubiera.* Jesucristo no edificó su Iglesia en las nubes, por encima de la tierra, ni para los ángeles. La edificó en nuestro suelo, que ora es tan movedizo como la arena, ora tan pegajoso

como el lodo. Los hijos de la Iglesia son hombres, y sus ministros también.

Los hijos de la Iglesia son hombres; son libres de hacer el bien y el mal. La religión les propone los motivos y los medios más potentes de practicar la virtud, pero no suprime su libertad. La puerta queda abierta a todos los desfallecimientos.

Así también, para predicar y pontificar en su Iglesia, Jesucristo no escogió ángeles, sino hombres, es decir, criaturas débiles y frágiles. El hombre mejor probado y más sólido, al recibir las Ordenes sagradas, no deja de ser hombre, ni se convierte milagrosamente en impecable, sino que es capaz de vicio y de virtud. Como los demás hombres, los pastores de la Iglesia tienen una conciencia que puede desfallecer o no caer. Los obispos legítimamente reunidos, y los papas, en ciertos casos particulares, son infalibles, pero jamás son impecables cada uno en su vida privada; decir lo contrario, sería una herejía y un abuso. La Iglesia, aunque divina en su esencia, está necesariamente compuesta de hombres y servida por hombres, de los cuales ninguno es absolutamente perfecto. Por consiguiente, era imposible que no hubiese desfallecimientos en la historia de la Iglesia.

2.° *Los hubo.* En verdad que amo a la Iglesia, cuyo ministro soy, y, por el solo placer de ser leal, no quisiera descubrir las manchas de su vestido ni las enfermedades de sus miembros. No todas las verdades pueden decirse, y nadie es leal, si es indiscreto. Pero, ya que es una verdad que hubo tachas y enfermedades en los hijos y ministros de la Iglesia; ya que esta verdad se ha divulgado y es del dominio público, gracias, en primer lugar, a la generosa lealtad del Evan-

gelio, y luego, de la Iglesia misma, ¿por qué no convenir en ello?

Abro el Evangelio y compruebo que Jesucristo, el primer sacerdote, al comunicar sus poderes a hombres, no les trasmite su impecabilidad. Doce sacerdotes tenía en torno suyo al empezar el drama de su Pasión, y de aquellos doce sacerdotes, al día siguiente de su ordenación, salió un infame que traicionó a su Maestro, vendióle por treinta dineros, y le entregó a sus enemigos; un perjuro que reniega de El y nueve cobardes que le abandonan. Sólo uno tiene el valor de acompañarle al Calvario, en donde echó de menos los millares de hombres, mujeres y niños a los cuales Jesucristo llenó de beneficios. Parécеme que nunca fué tan considerable la proporción de desfallecimientos en el cuerpo sacerdotal y en el de los fieles. Echemos una ojeada al curso de las edades.

Abro la historia y compruebo que, en su largo pasado de diecinueve siglos, la Iglesia ha conocido horas difíciles, períodos dolorosos. Su dogma, sus preceptos, sus sacramentos han sido siempre santos, pero sus hijos y sus ministros no lo fueron siempre. Podríamos citar cierto número de sacerdotes, de obispos y aun de papas que fueron infieles al espíritu y a los deberes de su vocación. Podríamos citar tal o cual siglo en los cuales se produjo un descenso, una depresión, un desnivel moral en el clero o en el pueblo cristiano. Esto es innegable. Ha habido en la historia de la Iglesia eclipses, desfallecimientos, desórdenes, y era imposible que no los hubiese. Pero si yo soy justo, señores, sedlo también vosotros, y aceptad mi segunda proposición.

II. Comprobad conmigo que muchas veces se exageran tales desórdenes.

Se exagera por el doble procedimiento de la amplificación y de la reticencia. Los enemigos de la Iglesia, cuando refieren su historia, tienen el descocado hábito de mostrar tan sólo los aspectos obscuros y suprimir casi siempre los brillantes. Callan el bien, las virtudes sublimes, los actos heroicos de abnegación del catolicismo, y agrandan el mal, los pocos abusos, hijos, no de la religión, sino de la libertad humana desfallecida y depravada. No saben más que censurar. De todo Aquiles no ven más que el talón. Tratan de hacerme conocer a París, y siempre me hablan de las cloacas de la capital, jamás de sus esplendores. Pongamos algunos ejemplos.

He ahí *la Edad Media*. Ponen de relieve todo lo malo que tuvieron los hombres y las cosas de aquella gran edad, sus pasiones violentas, desbocadas y salvajes, que desolaban la sociedad, la tiranía de los hombres de espada, la simonía de los hombres de Iglesia, los excesos de la represión penal, los descarríos de la superstición popular, etc., etc. Pero no se dice que la unidad de la fe fué entonces una ventaja inmensa para la cristiandad; no se dice que en aquel tiempo la fuerza material y brutal acababa casi siempre por caer de rodillas ante la fuerza moral, como el emperador Enrique IV ante Gregorio VII, como Federico Barbarroja ante Alejandro III; no se dice nada del respeto a las mujeres, de la emancipación sucesiva de los siervos, del cuidado de los indigentes, del espléndido desarrollo de las tres grandes virtudes de la castidad, de la pobreza, de la obediencia, que brillaron en la Edad Media con un esplendor desconocido

en la antigüedad pagana. Se olvidan de Carlomagno, de Alcuino, de Blanca de Castilla, de San Luis, de la *Suma teológica* de Tomás de Aquino, del poema del Dante, y se envuelven aquellos siglos ya desaparecidos en un lienzo de crítica ilimitada, de desprecio universal. Nada dicen de las glorias de la Edad Media, y, en cambio, exageran sus miserias. Esto no es justo ni razonable.

He ahí *las Cruzadas*. Mucho bien hicieron desde el punto de vista religioso. Afirmaron el poder pontificio, libertaron los Santos Lugares, universalizaron la civilización cristiana. Desde el punto de vista político, encaminaron hacia el Asia las turbulencias de los señores guerreros, debilitaron el feudalismo, prepararon la liberación de los municipios y la unidad del poder real. Desde el punto de vista industrial y comercial, desarrollaron el arte de navegar, hicieron pasar a Europa los productos de Asia, facilitaron las relaciones y los cambios. Desde el punto de vista literario y artístico, importaron en Occidente la literartura antigua conservada hasta entonces en Constantinopla, e inspiraron la naciente poesía. Desde el punto de vista europeo, contuvieron y debilitaron el poder de los turcos, grandes opresores de la civilización desde el siglo XII al XIV. Desde el punto de vista nacional, produjeron entre nosotros la pacificación y la unidad, suscitaron el despertar social que corresponde al nombre de San Luis, hicieron nacer la caballería, con sus proezas legendarias, popularizaron y universalizaron nuestra lengua, proyectaron en Oriente la influencia francesa e inauguraron en aquellas regiones nuestro protectorado. Las Cruzadas no fueron ciertamente locas empresas, sino que hicieron mucho bien y produjeron fecundos resultados. Pero los enemigos de la Iglesia tienen buen cuidado de tender un velo sobre

todos estos esplendores, y para resumir estas caballerescas expediciones, se contentan con decir: 1.°, que fueron inspiradas por el fanatismo religioso; 2.°, que costaron a Europa dos millones de hombres y riquezas inmensas; 3.°, que no triunfaron. En pocas palabras son juzgadas, condenadas y ejecutadas las Cruzadas. Nada dicen de sus ventajas. Se exageran sus inconvenientes. Esto no es justo ni razonable.

He ahí las *Corporaciones*. ¡Cuán bienhechoras fueron! Representaban los Gremios el trabajo organizado y protegido. *Aproximaron*, sin distinción de clase ni de fortuna, todos los miembros de la familia obrera, los aprendices, los oficiales, los maestros, todos animados de la misma fe, alistados en la bandera de la misma cofradía, ligados por los mismos deberes y los mismos intereses. *Garantizaron* a todos el valor de los productos, la mano de obra excelente, el justo precio de los salarios y de las mercancías. Protegieron moral y materialmente al *aprendiz*. El socialismo contemporáneo sólo da al obrero promesas incumplidas, repitiéndole sin cesar como el peluquero gascón: "Mañana aquí se afeita gratis". Pero ese mañana no llega nunca. Las antiguas corporaciones daban al obrero *realidades*. Poníanle al abrigo de despidos inmerecidos, socorríanle en los paros forzosos y en las enfermedades, daban a sus hijos la instrucción primaria y la profesional, tenían un fondo común para asistir a los ancianos, a las viudas, a los huérfanos, y para dotar a las hijas. Esto era en cierto modo admirable. Verdad es que, en las corporaciones, hubo *abusos*: fácil admisión de la obra maestra que garantizaba la capacidad profesional; duración desmesurada del aprendizaje para tener obreros gratis; además, la corporación ejercía un monopolio, un privilegio, estaba cerrada, era, en exceso, comprimente, paralizaba la inicia-

tiva individual, no dejaba hacer nada fuera de su reglamento, atascaba el trabajo y la industria en la rutina. Pues bien, ¿sabéis cómo proceden los enemigos de la Iglesia cuando hablan de los gremios antiguos? No dicen más que mal de ellos. Según ellos, aquella vieja organización del trabajo no merece más que piedad y anatema. Callan los inmensos beneficios que el sistema corporativo aseguraba a los obreros, y exageran los abusos que se deslizaron en aquella institución eminentemente humanitaria y social. Por cuanto la religión era el alma de las corporaciones, los enemigos de la Iglesia les niegan todas las cualidades y les atribuyen todos los defectos. Esto no es justo ni razonable.

No, señores, *no es justo ni razonable* referir así la historia de la Iglesia, hallar el bien y publicar el mal, velar los aspectos brillantes y hacer resaltar los obscuros... "Así se razona mal contra la religión—dice Montesquieu;— si yo quisiera razonar así contra las leyes civiles, contra la monarquía, contra el gobierno republicano, diría cosas espantosas" (*Espíritu de las leyes,* libro XXVI, cap. II.) Se sostiene que hubo desórdenes en lo pasado de la Iglesia. Posible es, verdad es. Pero también el océano tiene su espuma, que arroja como jugando sobre las rocas de la orilla. ¿Es por ello menos majestuoso? También la tierra tiene sus plantas inútiles o dañinas, que el hombre procura desarraigar y exterminar con su trabajo. ¿Es por ello menos generosa y fecunda? No, las imperfecciones de detalle no destruyen la belleza del conjunto, como tampoco las sombras de un cuadro condenan el genio del artista. A la luz de este principio de equidad y buen sentido, juzgamos a la Iglesia católica, como también sus raros desfallecimientos, que aparecen cual

una excepción en su magnífica historia, ahogados por el esplendor del conjunto.

Mas si los enemigos de la Iglesia persistieran en vituperarla y perjudicarla, podríamos usar de represalias diciéndoles: "¿Cómo es que sois tan severos e implacables con la religión, con los cristianos y los sacerdotes, y tan indulgentes con vuestros vicios?" Pondríamos en uno de los platillos de la balanza las faltas de los católicos, y en el otro los desórdenes inéditos o públicos de los enemigos de la santa Iglesia, y la pajita que nos priva de un ojo, pesaría cien veces, mil veces menos que la pesada viga que los ciega. No haremos esto, señores, no seremos vengativos, sino benévolos, y pediremos simplemente que se trate a la Iglesia con justicia e imparcialidad. No es en verdad una culpable para la cual pidamos circunstancias atenuantes. Es una reina que no tiene por qué enrojecerse de su pasado, sino que merece el respeto y la gratitud de todas las personas honradas. Es una madre que reclama el amor y la docilidad de todos los católicos.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

SE GENERALIZA

SEÑORES:

A propósito de los desórdenes que se atribuyen a la Iglesia, ora se inventa, ora se exagera. Se emplea también otro procedimiento igualmente deshonroso, se generaliza, se recoge en la vida del catolicismo tal o cual acto reprensible, y un caso particular se convierte en una ley general. Quisiera hoy haceros tocar con el dedo la criminalidad de semejante procedimiento.

I. Ha habido en la Iglesia desfallecimientos momentáneos.

¿Cómo no haberlos? Hace veinte siglos que vive. En tan larga existencia, ha conocido necesariamente altas y bajas, horas de prosperidad y horas de decadencia, vuelos hacia la luz y retrocesos hacia las tinieblas. ¿Qué hacen, por lo general, los enemigos de la Iglesia? Generalizan. Aplican a toda la historia del ca-

tolicismo las caídas momentáneas que no duraron más que un tiempo reducido.

Citemos también la Edad Media. Empieza con la caída del Imperio de Occidente a los golpes de Oddacro, rey de los hércules, en 476, y acaba con la caída del Imperio de Oriente en 1453, fecha de la toma de Constantinopla por Mahometo II. La Edad Media dura, pues, mil años. Durante estos mil años, ¡cuántas glorias y miserias yuxtapuestas o sucesivas! Los principios de este período fueron laboriosos y terribles; su fin fué triste, y sublime su medio. Ozanam expresa así su opinión: "Nunca se dirá demasiado mal de la Edad Media, pero tampoco se dirá jamás demasiado bien". Este juicio es demasiado justo y ponderado para que pueda ser aceptado por los enemigos de la Iglesia. En vez de reconocer el bien al lado del mal, se fijan en un abuso que no fué más que accidental y transitorio, lo generalizan, y lo hacen pesar sobre diez siglos consecutivos. Por ejemplo, en el siglo IX, en las filas del clero de Alemania, de Inglaterra y Lombardía, eran frecuentes la incontinencia y la simonía, y se necesitó todo el genio y toda la crítica de Gregorio VII para poner coto a semejantes abusos, de los cuales únicamente era responsable la ingerencia de los emperadores. Para no salirnos de la verdad histórica, sería preciso limitar el foco del mal al período en que imperó. Pero es el caso que le dan una permanencia exagerada e interminable. Y así, se aplican a toda la historia del catolicismo desfallecimientos momentáneos que sólo duraron corto tiempo. Se generaliza, lo cual es injusto.

II. Ha habido en la Iglesia desfallecimientos locales.

¿Cómo no haberlos? Cubre ella toda la superficie del globo. Presente a la vez en tantos sitios diferentes,

ha soportado necesariamente aquí y allá la influencia epidémica y deletérea de los medios en que ha vivido. Una organización internacional y mundial como la Iglesia católica, debía tener y tuvo desfallecimientos parciales, rodajes rechinantes, pueblos o porciones de pueblos inferiores a su vocación cristiana. ¿Qué hacen con frecuencia los enemigos de la Iglesia? Generalizan, y aplican a todas las regiones del catolicismo claudicaciones locales producidas en un solo lugar.

Por ejemplo, es cierto que, en el siglo X, el estado político, moral y religioso de Italia, era lamentable. Pero ¿es lícito concluir de la situación de Italia en el siglo X, la situación del resto de la Iglesia? En manera alguna. Singularmente el estado de Alemania era mejor que no lo fué jamás ni antes ni después, y precisamente en esta época tan desacreditada, tomó la civilización cristiana un vuelo sorprendente.

Otro ejemplo. Es cierto que algunos aventureros, dominados por la codicia, explotaron y maltrataron de mil modos diferentes a los indios de América. ¿Hay que hacer responsable de ello a la Iglesia? De ningún modo. Precisamente la Iglesia fué la más decidida protectora de ellos, como lo prueban Bartolomé de las Casas y San Pedro Claver. Ni tampoco pueden achacarse semejantes crímenes a los gobiernos de las naciones católicas colonizadoras, pues bastaría citar el admirable Codigo de Indias, que contiene las disposiciones de los monarcas españoles sobre el régimen de las colonias, para asegurar su gloria, y sobre todo el admirable resultado de la colonización, que produjo las numerosas y florecientes repúblicas de la América latina, que hoy en día son su más preciado ornamento, con su envidiable civilización católica.

III. Ha habido en la Iglesia desfallecimientos individuales.

¿Cómo no haberlos? Ya os lo he dicho. La Iglesia se compone de hombres y está servida por hombres, de los cuales no hay uno absolutamente perfecto. Algunos de esos hombres claudicaron. Mostráronse inferiores a su misión. Predicaron el Evangelio, y lo practicaron poco o nada. ¿Qué hacen los enemigos de la Iglesia? Generalizan, y aplican a todos los ministros del catolicismo los desfallecimientos individuales.

1.° *Veamos el pontificado.* Hubo en el pontificado desfallecimientos individuales. La simple lealtad nos prohibe discutir o disimular hechos comprobados. La simple lealtad nos ordena reconocer que hubo papas prevaricadores, indignos de la tiara. *¿Cuántos?* De doscientos sesenta papas, ni uno solo enseñó el error a la Iglesia de Dios; por lo menos la tercera parte son honrados como santos; en cuanto a los otros, hay a lo sumo diez a los cuales la malicia humana acusa, o de ellos sospecha, no haber tenido costumbres más puras que la mayor parte de los príncipes seculares; y de estos diez, apenas hay tres que merezcan semejante acusación.

¿Qué hacen los enemigos de la Iglesia? De lo particular, se elevan a lo general. Porque tres papas, en veinte siglos, fueron escandalosos, nos muestran al pontificado en manos de una larga serie de prevaricadores, nos dicen que la sede de san Pedro fué manchada durante siglos por monstruos de impudicia, y, dóciles repetidores de las invectivas de Lutero y de Calvino declaran que la Iglesia romana fué la gran culpable. El gran número de papas buenos, virtuosos y santos,

nada supone a los ojos de esos calumniadores del catolicismo. Semejantes defensores de la verdad y de la virtud, condenan todo el redil porque hubo tres ovejas descarriadas. Generalizan, lo cual es injusto.

2.° *Veamos las Ordenes religiosas.* También ha habido aquí algunos desfallecimientos individuales. Ha habido algunos Institutos que no supieron evitar algunas manchas. Pero ¿qué suponen esos abusos parciales y excepcionales al lado de los inmensos servicios y de las deslumbrantes virtudes de las Ordenes religiosas? El mismo *Littré* dice: "Los frailes hicieron grandes cosas con medios pequeños. Con la debilidad, triunfaron de la fuerza. Cultivaron las almas, tan difíciles a la cultura como el suelo inculto sobre el cual iban a levantar su celda". Y *Taine,* cuya imparcialidad y vasta ciencia no es posible negar, dice: "El obispo y el monje ocupan un sitio en el consejo de los reyes, para refrenar las vueltas a la barbarie primitiva, para hacer la ley más razonable y humana, para restablecer y sostener la piedad, la instrucción, la justicia, la propiedad, el matrimonio". Los Institutos religiosos llenaron de beneficios el mundo. No es posible negarlo.

¿Qué hacen con demasiada frecuencia los enemigos de la Iglesia? Convierten lo particular en general. Porque algunos frailes fueron disolutos, acusan y condenan a todos los religiosos. Porque hubo una o dos épocas de decadencia en la vida religiosa, olvidan y calumnian las edades venturosas durante las cuales fueron los conventos planteles de sabios, civilizadores y santos. Porque algunos religiosos, de los cuales se habla siempre, sin precisar jamás, han sido considerados como casuístas fáciles, políticos tortuosos, confesores torpes, se envuelve en un anatema general a todo su Orden, a todos los que entre ellos fueron profesores dis-

tinguidos, sabios reconocidos como tales, misioneros generosos, célebres oradores, administradores prudentes, eximios escritores, sólidos teólogos, directores ilustrados, personas de méritos relevantes, y grandes santos. Se generaliza, lo cual es injusto.

3.º *Veamos el clero secular.* También hubo aquí desfallecimientos individuales. También aquí se generaliza más que en parte alguna, también aquí se convierte lo particular en general.

Se juzga de la *moralidad del clero como de su ciencia.* La Academia francesa acaba de celebrar su sesión solemne sobre los concursos de 1904; y en la relación que leyó en esta sesión Gastón Boissier, secretario perpetuo de la Academia, se expresa así: "Antes de hablaros de los trabajos premiados, he de observar que muchos de ellos, y no los menores, están compuestos por eclesiásticos; esto me proporciona la ocasión de tributar homenaje a la actividad literaria y científica del clero francés". He ahí un testimonio que procede de muy alto, y es desinteresado y significativo. Mas ello no impide que los periódicos librepensadores y masones repitan sin cesar y graben en el cerebro de sus lectores que la religión es enemiga de la ciencia y que sus ministros no son más que apagaluces.

Se emplea el mismo procedimiento calumniador a propósito de la moralidad del clero. Está demostrado por las estadísticas del ministerio de Justicia, como por los anales de la historia, que todas los corporaciones del clero son, sin el menor género de duda, las menos atacadas por la corrupción común, y que, situados en medio de un mundo relajado, rodeados de malos ejemplos, expuestos por su ministerio mismo a los más grandes peligros, los sacerdotes rara vez se contagian. Pero ¿qué importa esto a los enemigos de la Iglesia? No les impide

en modo alguno recriminar las costumbres del clero. Olvidan los millares de almas generosas, que fueron y son gloria del episcopado y del sacerdocio, y no saben más que hablar de algunos individuos infieles a su vocación. Generalizan, y los desfallecimientos de un solo sacerdote los aplican a todos los demás.

Sí, *el clero ha pagado su tributo a la debilidad humana.* Ha tenido algunos indignos en su seno. Pero ¿qué prueba esto? ¿Que los sacerdotes son hombres, sujetos a las miserias del género humano, y que, si no tienen cuidado, pueden convertirse en prevericadores? Nadie lo ha negado nunca. Pero ¿prueba esto que hay que condenarlos en masa y hacer pesar sobre veinte siglos de virtud y sobre la corporación entera la vergüenza parcial de algunos desfallecimientos individuales y pasajeros? ¿Permite esto generalizar e imputar al clero tomando colectivamente lo hecho por uno o algunos de sus miembros? No, mil veces no.

Mirad, yo diría a los enemigos de la Iglesia: Tenéis tanto discernimiento como aquel inglés que, habiéndose hospedado en un albergue de Bolonia, anotó en su librito de memorias que todas las mujeres francesas eran rojas y de mal genio, porque su hostelera tenía estos dos defectos. Tenéis tanta imparcialidad como aquel aldeano que no quería creer en la bravura del ejército francés porque había visto dos desertores en su aldea. Tenéis tanto discernimiento e imparcialidad como aquel que sostenía que todos los médicos son asesinos, porque tal médico, en tal caso particular, se engañó sobre la enfermedad y aceleró la muerte... que todos los jueces son venales, porque algunos se han dejado corromper... que todos los príncipes son tiranos, porque hubo un Pisistrato y un Nerón. Semejante manera de razonar, señores, no es solamente injusta, sino idiota, pero bien sabéis que se emplea con frecuencia contra el clero.

¿Qué prueba esto? Absolutamente nada. Como dice el diputado radical Maret: "Cuando los imbéciles han gritado: ¡Abajo el solideo!, se imaginan que tienen una política, cuando no son más que imbéciles!" Verdad es. Ha habido en la Iglesia desfallecimientos momentáneos, locales, individuales, pero los aplican a toda la historia, a todas las regiones, a todos los ministros del catolicismo. Se generaliza, se concluye de lo particular a lo general. Nada tan frecuente como esto, nada tan falso, nada tan deshonroso. Es conveniente que sepáis estas cosas. Reflexionad sobre ellas, y estaréis en mejores condiciones para defender vuestra religión, hoy tan indignamnte desconocida y calumniada.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

SE EXPLOTA

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia los desórdenes verdaderos o falsos de su historia. Ora se inventa, ora se exagera, ora se generaliza. Añado algunas palabras: *Se explotan* los desórdenes de lo pasado, y se hace de ellos un argumento contra la moralidad y la divinidad de la Iglesia. Se dice: "Puesto que ha habido abusos en la Iglesia, no es santa, no viene de Dios". Este razonamiento carece de exactitud y de justicia. Vamos a convencernos de ello.

I. Los desórdenes que aparecen en la historia de la Iglesia nada prueban contra su moralidad.

1.° ¿De dónde vienen los desórdenes? *¿De la misma Iglesia?* No. Los desórdenes de una sociedad sólo son imputables a esta sociedad cuando son consecuencia práctica de los vicios de su legislación. Ahora bien,

Os desafío a que encontréis *en la legislación* de la Iglesia una sola palabra, una sola insinuación que aliente el mal. La legislación de la Iglesia, su enseñanza, sus preceptos, sus sacramentos, su disciplina, no tienen más que un fin: contradecir el mal, proscribirlo, prevenirlo, castigarlo. Y aun se le hace un reproche: se la acusa de ser demasiado severa con nuestra pobre naturaleza, de no tener piedad, ni humanidad. Tal es la tesis favorita de la novela y del teatro contemporáneo. Los enemigos de la Iglesia sí que tienen una moral mucho más fácil, la moral independiente, la moral del placer, del instinto, del goce. Predican sin cesar la emancipación, la libertad ilimitada de pensar, de hablar, de obrar y de amar, la alegría de vivir, el desprecio de las violencias sobrenaturales, que consideran absurdas, y de las convenciones sociales, que creen injustas. A sus ojos, el pecado no existe, y "el goce" es la ley suprema. No es esa la legislación de la Iglesia. Es despiadada; el mal, todo el mal, aun el mal secreto, aun el deseo o el pensamiento del mal.

Los doctores oficiales de la Iglesia jamás vacilaron sobre esto. Escuchad a *Bossuet,* tan reservado en público ante Luis XIV, pero enviándole esta alentadora amonestación: "No se habla más que de la gallardía de vuestro ejército, de vuestros éxitos en la guerra. Mas yo, Señor, pienso dentro de mí mismo en una guerra más difícil que Vuestra Majestad debe emprender. Comprendo que es muy doloroso romper tan funesto compromiso (tratábase de los lazos criminales del gran Rey). Pero, Señor, es preciso, o no es posible esperar la salvación". Escuchad a *Bourdaloue* tronando en toda ocasión ante el mismo Luis XIV contra los escándalos reales. Los cortesanos querían, escandalizados, tratar con rigor las libertades de la palabra apostólica, pero Luis XIV tuvo el valor de contestarles: "El predica-

dor ha cumplido con su deber; cumplamos nosotros con el nuestro! Escuchad a *los papas,* a todos los papas. Algunos, tres o cuatro, afligieron a la Iglesia con sus escándalos. Pero ¿promulgaron leyes, a ejemplo de una multitud de monarcas y del mismo Lutero, que legitimaran sus desórdenes? Jamás. No brotó de su boca ninguna enseñanza, ningún reglamento contrario a la fe ni a la moral. La legislación oficial de la Iglesia fué siempre una escuela impecable de alta moralidad.

Si *en la administración* de los caminos de hierro, de correos o de hacienda, hubiese algunos empleados infieles, ¿diríais que esas administraciones no son dignas de confianza y no merecen más que el desprecio? No. Una gran administración no es responsable de las faltas de algunos de sus miembros, si todos sus reglamentos tienen por objeto hacer imposibles y suprimir los desórdenes. La Iglesia es una vasta administración, en la cual, aquí o allá, se ha estropeado algún rodaje. La Iglesia no es responsable de estos desfallecimientos, porque su legislación, en vez de producirlos y alentarlos, jamás cesó de condenarlos, de fustigarlos, de prevenirlos, de reprimirlos, de repararlos, en la medida de lo posible. Los desórdenes que aparecen en la historia del catolicismo, no proceden de la Iglesia misma.

2.º ¿De dónde proceden, pues? *De la libertad humana.* No son fruto de la religión, que sólo da auténtica y públicamente lecciones de perfección, sino del hombre, quien, no por ser cristiano pierde su libertad, y, por consiguiente, es capaz de obrar bien o mal. Es un principio aceptado por todos, que una institución, buena en sí misma, no se hace mala porque ciertos individuos abusen de ella. Me explicaré.

¿Habrá que maldecir *el fuego* porque los malhechores incendien palacios y cabañas, o *el hierro* porque los

asesinos inmolen a los que quieren despojar, o el vino porque los intemperantes lo convierten en ocasión de embriaguez? ¿Habrá que maldecir *las letras, las ciencias, las artes,* porque hay falsos sabios, literatos perversos, artistas corruptores? ¿Habrá que maldecir la *filosofía y la historia* porque hay filósofos fecundos en sofismas e historiadores fecundos en mentiras? ¿Habrá que maldecir *la prensa* porque hay hombres que se sirven de ella para propagar la estupidez y la sinrazón? ¿Habrá que maldecir *la lira* porque Homero cantó a los dioses falsos? ¿Habrá que maldecir la *agricultura,* el *comercio, la industria,* porque hay vicios entre los agricultores, los comerciantes, los industriales? Evidentemente que no.

¿Es que el *médico* impide, con sus defectos, que la medicina sea útil, que se ofrezca como un presente de los dioses, en expresión de la antigüedad? ¿Es que *el geómetra,* con la perversidad de su inteligencia, impide que la geometría sea verdadera? ¿Es que *el juez* sin dignidad ni conciencia quita a la ley su carácter obligatorio, y desliga a los justiciables de toda la obediencia que le deben? No, evidentemente no. El hombre, por cuanto es libre, puede abusar de todo, aun de las mejores cosas; pero al abusar de una institución que es buena, no destruye el valor intrínseco de la misma; y así, mientras que él se deteriora y se corrompe, la institución sigue siendo lo que era, intangible, inalterada, independiente del mérito o desmérito del que se sirve de ella.

Imaginad en los hijos y ministros de la Iglesia los desórdenes que queráis; nada probará esto contra la moralidad de la Iglesia, porque estos desórdenes no proceden de la Iglesia en sí misma, sino de la libertad humana. La religión católica tiene siempre la misma cualidad: es un licor siempre puro, siempre sano, siempre fortificante, ora se vierta en un vaso de tierra opaca,

ora en otro de cristal transparente y límpido. ¿Qué importan las faltas y defectos de los que practican o administran la religión católica? Esos defectos, esas faltas no pueden impedir que el Evangelio sea la luz del mundo, que los sacramentos sean santos, que la Iglesia sea divina. Tal es la segunda idea que expongo a vuestra consideración.

II. Los desórdenes que aparecen en la historia de la Iglesia no prueban nada contra su divinidad.

Por lo contrario, sostengo, y voy a demostrarlo, que esos desórdenes no hacen otra cosa que poner más de relieve el aspecto divino de la obra de Jesucristo. En efecto, la Iglesia reacciona contra los desórdenes, y siempre sobrevive a ellos. Esto es más que humano. Escuchadme hasta el fin.

1.° La Iglesia *sobrevive a todos los desórdenes.* Las prevaricaciones de los reyes han conducido con frecuencia las monarquías a su ruina. No podría ser de otra manera. Comprendo que un navío lanzado por la tempestad a través de mil escollos, llegue al puerto, si el piloto permanece en su puesto, y si los marineros y los pasajeros cumplen con su deber y ejecutan las maniobras ordenadas por el capitán; pero ya no lo comprendo, si el piloto deja el timón con sus hombres, y empuña el hacha para cortar las cuerdas y ayudar a la tempestad. Las faltas de los ciudadanos, y sobre todo, de los jefes, conducen infaliblemente a la ruina de las sociedades.

Dios se ha complacido en hacer una excepción a esta ley de la historia en favor de la sociedad católica. La Iglesia ha podido sufrir, y ha sufrido, en efecto, mucho por causa de las prevaricaciones de sus hijos y

de sus ministros. Pero jamás semejantes prevaricaciones comprometieron su indestructible existencia. De suerte que estoy en mi derecho al decir a los incrédulos: "Cuanto más insistáis en los desórdenes que afligieron y deshonraron al catolicismo, más demostraréis la divinidad del catolicismo. Cuanto más fuerza tenga vuestra objeción, más condenará vuestra incredulidad. Si esta religión queda despojada de todo auxilio humano, si con frecuencia ha sido traicionada por los mismos que debieran defenderla, y si, a pesar de ello, se sostiene hace ya veinte siglos, reconoced que cuenta con el apoyo divino, que está sostenida por Dios mismo; en una palabra, que es divina." Señores, no sé si me engaño, pero me parece que hay aquí una de las pruebas más irrefragables de la divinidad del catolicismo. La Iglesia sobrevive a todos los desdenes. Es este un fenómeno más que humano.

Ahora poner atención también en esto:

2.º *La Iglesia reacciona contra todos los desórdenes.* ¿De qué sociedad humana puede decirse que reacciona contra los desórdenes y se reforma a sí misma? De ninguna. La historia universal de las naciones se resume en estas dos palabras que Montesquieu aplicaba al pueblo romano: grandeza y decadencia.

Una nación cristiana que cae, no tiene más que un medio de levantarse: el de volver a templarse en las fuentes del cristianismo, el de poner su corazón sobre el corazón de la Iglesia. Solamente allí está la resurrección de la vida.

La Iglesia católica posee sobre todas las demás sociedades la inapreciable y única ventaja de que, por una virtud propia de su vitalidad, puede siempre remediar la corrupción que invade sus miembros. Tiene

siempre la gloria insigne de reformarse a sí misma. ¿Qué ha hecho durante veinte siglos sino esto?

En primer lugar, ha protestado siempre contra los abusos. Mucho tiempo antes de Lutero, la gran palabra *reforma* había sido pronunciada en la Iglesia por la Iglesia misma, por los santos, por los obispos, por los papas o por los concilios... de suerte que, sin la herejía del siglo XVI, la Iglesia se hubiera reformado por sí misma, sin sacudidas, sin violencias, sin todos los escándalos y todas las destrucciones que acarreó la falsa reforma de Lutero, llamada por Bossuet "una refórma al revés". Por otra parte, la Iglesia no se contenta con protestar de los abusos, sino que

Siempre puso el remedio al lado del mal, la luz junto a las tinieblas, el orden tocando al desorden. Aun en los siglos más calamitosos, hubo concilios que recordaron la regla, y santos que la practicaron. Por algunos frailes que olvidaron la santidad de su vocación, millares de frailes asombraron al mundo con el heroísmo de su vida. Por algunos papas y algunos sacerdotes que practicaron el nepotismo, oyéronse millares de ellos que dijeron con Inocencio XI: "Mis sobrinos son los pobres".; y con San Vicente de Paul: "Prefiero que mis sobrinos layen la tierra, a que obtengan beneficios". En la Iglesia ha habido desfallecimientos parciales, pero no decadencia gneral.

Siempre se reformó a sí misma. Diríase que es un árbol vigoroso, en el cual aparecen aquí o allá ramas lánguidas o podridas, pero cuyo trono y cuya corteza están sin cesar vivificados por savia incorruptible. Desencadénase sobre este grandioso árbol pavorosa tempestad que agita su copiosa cabellera; lo que ya no vive, cae, pero el árbol, orgulloso de verse saneado, reverdece más y más. Tal es la historia de la Iglesia que voy a referiros. Hace veinte siglos que la Iglesia

hace suceder, a los períodos de tinieblas y de decadencia, períodos de luz y de progreso. Sobrevive a todos los desórdenes. Los corrige al reformarse a sí misma. Estos dos fenómenos son más que humanos. La Iglesia, no solamente es santa, sino también divina.

La Iglesia es santa y divina. Si lo pusierais en duda, bastaría que vierais por quién y por qué es combatida y perseguida. ¿Por qué? Porque es en la tierra la personificación de la Verdad y el Bien. ¿Por quién? Por los enemigos de Dios, de la verdad y de la virtud. Mostrémonos orgullosos, señores, de ser hijos de la Iglesia, y continuemos prodigándole nustro respeto, nuestro amor, nuestros servicios.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

LOS DESORDENES DE LOS SIGLOS IX Y X

SEÑORES:

Cuando se habla de los desórdenes que empañaron lo pasado de la Iglesia, fíjanse especialmente en los siglos IX y X, llamados con gran impropiedad e injusticia *siglos de hierro*. A escuchar a los enemigos de la Iglesia, este período fué abominable, no merece más que la execración. Dijo Ozanam: "Jamás se dirá bastante mal de la Edad Media, pero sobre todo, jamás se dirá bastante bien". De buen grado aplicaría estas palabras a la historia de los siglos IX y X. Puede decirse de ellos mucho mal, pero debe decirse también mucho bien. Con la mayor lealtad voy a exponer lo que hubo de bueno.

I. Lo que hubo de malo en los siglos IX y X.

Hubo mucho de malo en este período, pero no hay que creerlo todo ni negarlo todo.

1.º *No hay que creerlo todo.* He aquí, en primer lugar, una observación importante. La opinión desfavorable a los siglos IX y X era desconocida antes de los centuriadores (1) de Magdeburgo y de los *Anales* de Baronio, es decir, antes de la mala fe de los unos y del error de los otros. En nuestros días se ha producido una reacción favorable en la manera de juzgar esta época de reacción que no es otra cosa que un retorno a la justicia.

En efecto, se ha echado de ver que Luitprando de Cremona y Ratiero de Verona, cuyos relatos fueron acogidos con absoluta confianza, no deben ser mirados ni como reformadores absolutamente puros ni como relatores enteramente sinceros y verídicos. Luitprando, en particular, el principal acusador de los siglos de hierro, fué partidario de los emperadores alemanes en sus contiendas con los italianos, y acusó vivamente a varios papas güelfos. Así, pues, sus acusaciones son demasiado interesadas para que merezcan confianza absoluta. Conocemos muy bien la animosidad con que los partidos políticos en lucha procuran recíprocamente dañarse, desacreditarse, calumniarse, ya de viva voz, ya por escrito, y cuán menguado crédito merecen sus apasionadas recriminaciones. Luitprando era gibelino, por lo cual mostróse despiadado con los papas del partido italiano.

Un autor más contemporáneo y más grave, un autor extraño a todos los partidos, el sacerdote de Reims, Flodoardo, habla muy bien de los mismos papas vilipendiados por Luitprando. Era Flodoardo sacerdote respetable, ilustrado piadoso, de angélica castidad, y estaba dotado de una prudencia más que humana;

(1) Así se llamaban los cuatro teólogos protestantes de Magdeburgo por haber dividido en centurias la historia de la Iglesia. (N. del T.)

además, como escritor, no se distingue menos por su estilo que como sacerdote por su virtud. Pues bien, en su *Vida de los papas* desde San Pedro a León VII, Flodoardo contradice y destruye categóricamente los cuentos satíricos de Luitprando sobre los papas de su tiempo. Lo menos que podemos decir es que el relato de Flodoardo hace muy sospechoso el de Luitprando.

¿Qué hicieron los protestantes del siglo XVI? Pasaron en silencio el relato de Flodoardo, y se apropiaron el de Luitprando, es decir, la acusación de un solo hombre político interesado, y la convirtieron en relato auténtico, indiscutible, en prueba irrefragable contra los papas del siglo X. De suerte que, repetida por tantos ecos, la voz única de Luitprando, pareció, aun a muchos católicos, un testimonio irrebatible. Varios se han dejado engañar y se han convertido a su vez en ecos de Luitprando.

Felizmente, la verdad histórica ha acabado por desprenderse de esos clamores apasionados. Un escritor, un sabio historiador italiano del siglo XVIII, Muratori, descubrió que este ensordecedor concierto no era más que repetición sonora de una voz única, desmentida por voces contemporáneas más dignas de crédito, y se acabó por apreciar más favorablemente un período tan gravemente calumniado durante tanto tiempo. No hay, pues, que creer todo lo que de malo se dice de los siglos IX y X.

2.º *No hay que negarlo todo.*

Algunos papas, dos o tres, Juan XII y Benedicto III, el primero (956-963) duque de Toscana, y el segundo (1033-1047) hijo del conde de Túsculo, lograron, a fuerza de intrigas, escalar, gracias al favor popular, el trono pontificio, y luego, expulsados por el pueblo, o depuestos por concilios, se mantuvieron en él a viva

fuerza. Su reinado escandaloso fué una vergüenza y una calamidad para la Iglesia.

Semejante desgracia parece difícil de explicar, por lo que es preciso, para apreciarla debidamente, trasladarse al medio en que vivía entonces el pontificado. La Italia de los siglos de hierro estaba en estado revolucionario y exótico. Era presa de las facciones y partidos políticos. La elección de los papas pertenecía a príncipes seculares y a rivales ambiciones. En un momento dado, dos mujeres, Teodora, esposa del senador Teofilacto, y sus dos hijas, Marozia y Teodora, disponían del trono de San Pedro y a él elevaban a sus protegidos. En 962, el emperador alemán Otón I, aparece en Italia y obtiene del papa Juan XII, para él y sus sucesores el derecho perpetuo de nombrar a los papas, a los arzobispos y a los obispos. Tal fué el origen del famoso derecho de las investiduras, cuyo ejercicio debía ocasionar tantas turbulencias. En semejantes condiciones, era muy fácil elevar al trono pontificio hombres indignos. Por otra parte, para tener una idea exacta de aquellos agitados tiempos, bastará contar los papas que se sucedieron en la silla apostólica. En el espacio de cincuenta años, la ocuparon cuarenta y tres, en tanto que en todo el siglo XIX no hubo más que seis.

Mas de estos cuarenta y tres papas que vivieron en un período tumultuoso, ¿cuántos escandalosos hubo? Lo repito, dos o tres solamente. Y todavía hay que notar aquí la acción extraordinaria de Dios sobre su Iglesia. Un aturdido descarriado como Juan XII, o como Benedicto IX, no promulgó ningún reglamento contrario a la fe ni a la moral. Ningún papa infiel firmó, a ejemplo de tantos reyes y del mismo Lutero, leyes que legitimaron sus desórdenes, de suerte que la doctrina quedó pura, a pesar de la

indignidad de sus representantes, y la infalibilidad y la santidad intrínseca de la Iglesia ningún perjuicio tuvieron que lamentar de la perversidad de sus jefes. Permitido es, pues, ver en este fenómeno una señal positiva de la intervención de Dios y de la divinidad de su Iglesia. Pero, al lado del mal, hace Dios germinar el bien, por lo que, para ser justos, debemos exponer este segundo aspecto del período que estamos examinando.

II. Lo que hay de bueno en los siglos IX y X.

Hubo en él *excelentes papas*. Se citan dos o tres como escandalosos, y algunos otros como medianos. Aun entre estos últimos, varios merecen y han obtenido la más completa rehabilitación. Sergio III, calumniado por Luitprando y por Baronio, que copió a Luitprando, fué elogiado por el diácono Juan, autor contemporáneo, y por Flodoardo de Reims. El papa Landón, que apenas reinó seis meses, fué irreprochable en su vida y en su ministerio. Juan X, a quien Luitprando colma de reproches, fué primeramente un excelente arzobispo de Ravena, y como papa mereció los elogios de escritores anteriores a Luitprando y a Flodoardo. Fuera de los pocos pontífices notoriamente malos o simplemente discutibles, todos los otros son irreprochables. Algunos fueron grandes sabios y grandes santos. Citemos únicamente a Silvestre II y a Gregorio VII. El final del siglo X y el principio del XI ven en el solio pontificio a Silvestre II, el más sabio de los hombres de su tiempo, y a fines de aquel calamitoso período, aparece el gran papa Gregorio VII, notable por sus austeras costumbres y por su resuelto natural; combate la simonía y los desórdenes del clero, liberta al sacerdocio de la tiranía de

los emperadores de Alemania, y muere exclamando: "He amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por eso muero en el destierro".

Al *pontificado,* durante los siglos IX y X, no le falta autoridad y relieve. La elección del soberano pontífice dependía de la nobleza italiana y romana y del emperador; de aquí, a veces, la medianía o indignidad de los elegidos. Pero no me cansaré de repetir que los papas indignos fueron poquísimos, y que su indignidad no rebajó la elevación del trono pontificio. Un historiador moderno protestante, Zeller, se expresa así: "La cátedra de San Pedro quedó reducida a mero feudo de los poderosos barones y de sus familias... y cosa extraña, la consideración y aun el poder espiritual del pontificado en la cristiandad no parecían ni conmovidos, ni tocados por el escándalo. En efecto, la curia continuaba recibiendo de Inglaterra el dinero de San Pedro, imponía sus decisiones a España y Africa, todos los arzobispos de Europa le pedían el palio, enviaba a todas partes legados pontificios, recibía, como en todo tiempo, honrosas embajadas de los cristianos de Egipto y Jerusalén, y aun disponía del Imperio". Escritas por una pluma protestante, son muy significativas estas palabras, pues nos dicen que hubo bien y hubo mal en los siglos IX y X.

El catolicismo continuó produciendo sus frutos y extendiendo sus conquistas. El estado político y religioso de Italia era lamentable, pero sería falso deducir de la situación de Italia la situación del resto de la Iglesia. El estado Alemania, en particular, era mejor que lo había sido antes y lo fué después. En aquella época, podemos seguir en sus numerosas ramificaciones la influencia e importancia de la reforma emanada de Cluny. En Inglaterra, se admira la acción de los dos grandes reformadores Dunstan y Turketul. Varias

grandes naciones fueron convertidas en aquellos siglos tan difamados. Los santos y los personajes piadosos fueron numerosos. En el trono imperial, después de los tres Otones, florecieron el emperador San Enrique y la emperatriz Santa Cunegunda; luego, vino San Esteban, rey y apóstol de Hungría; después, San Vladimiro, gran duque de Rusia. En Francia, Hugo Capeto distinguióse por su piedad, en la que fué superado por su hijo el rey Roberto; Guillermo Brazo de Hierro, conde de Poitiers, abrazó la vida monástica, así como Guillermo, conde de Provenza y de Tolosa. En España, se distingue Sancho, rey de Navarra y su hijo Fernando, rey de Castilla, tan grandes monarcas como piadosos cristianos. Una amistad cordial unía entre sí a los monarcas Enrique, Roberto y Sancho. Santos obispos edifican y gobiernan las Iglesias de Francia, Alemania, España, Inglaterra, Suecia y Noruega. En el orden monástico, son innumerables las personas insignes, pues forman en la Iglesia de Dios una constelación verdaderamente celestial. Se conocía, se predicaba, se practicaba el Evangelio.

La *civilización* cristiana continúa su marcha progresiva y bienhechora. El clero penetra en las esferas elevadas del feudalismo, suaviza la opresión señorial, se interpone entre los poderosos y los pequeños; cultiva las letras, las ciencias y las artes; ejerce una influencia moralizadora, pacificadora y unitiva. Después de Carlomagno, se detiene el movimiento literario iniciado por él; pero, con el siglo XI, y bajo la influencia casi exclusiva del clero, se hace patente el retorno a las letras y a las artes; prepárase un renacimiento representado a la vez por los trabajos del papa Gerberto, el esplendor de las escuelas monásticas, el desarrollo de los idiomas vulgares, la aparición de la escultura gótica, etc. Gerberto fué a estudiar al principio a Es-

paña, de donde trajo el conocimiento de las ciencias puras y de las aplicadas, y sobre todo el de las naturales, a las que hizo sentarse con él en el solio de San Pedro. Las escuelas monásticas, precursoras de las Universidades, cuya organización data del siglo XIII, conservan en toda Europa el precioso depósito de los conocimientos humanos. A ellas pertenecen los ilustres doctores que se llaman Lanfranco, San Anselmo, Guillermo de Champeaux, Oudart de Cambrai, Roscelin de Compiegne, y otros cuyo nombre se encuentra en las fases diversas de la lucha tan ardiente de *nominalistas* y *realistas*. No había terminado aún el siglo cuando vienen al mundo Abelardo en 1079 y San Bernardo en 1091. El tudesco y el latín, es decir, el idioma de los vencedores y el de los vencidos, dan paso entonces a los idiomas vulgares nacidos de la fusión de aquéllos, y nuestras hermosas lenguas nacionales empiezan sus primeros balbuceos. Las artes, ya ricas en vidrieras, en esmaltes, en ilustraciones maravillosas de manuscritos, ofrecen un renacimiento análogo. La arquitectura, en primer término, después del reinado del románico y del bizantino, se apresta a dar las innumerables obras maestras del gótico, en el que la ogiva reina como soberana.

Sería, pues, enteramente injusto no tener más que maldiciones para los siglos que llamamos de hierro. Desde el punto de vista religioso y católico, no están exentos de gloria; desde el punto de vista puramente humano, prepararon los esplendores de la Edad Media; finalmente, desde el punto de vista político, no todo fué malo en el feudalismo. En efecto, el feudalismo puso un poco de orden en el caos de las invasiones; produjo la caballería y las cruzadas, es decir, nuestros tiempos heroicos. Vió nacer en su seno las lenguas y las literaturas populares; nos dió el poder

real que se unió a los municipios para abatirlo. Las miserias de aquellos tiempos antiguos no son discutibles, pero no seríamos justos si no afirmáramos que el bien germinó al lado del mal; y sobre todo nos equivocaríamos si atribuyéramos a la Iglesia calamidades de las cuales no era responsable, en medio de las cuales supo mantener la integridad del Evangelio y preparar las resurrecciones de lo por venir..

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

LOS DESORDENES DE LOS SIGLOS XV Y XVI

SEÑORES:

Hemos estudiado los desórdenes deslizados en la Iglesia en el curso de los siglos IX y X; volvamos algunas páginas de la historia, y consideremos hoy muy atentamente los desórdenes de los siglos XV y XVI. Comprobemos el mal y el remedio, y respondamos a estas dos cuestiones: ¿En dónde radicaba el mal? ¿Quién curó el mal? Se nos ofrece aquí ocasión propicia para admirar la acción de Dios en su Iglesia y los gérmenes de resurreción que en ella conserva siempre y a pesar de todo.

I. ¿En dónde radicaba el mal?

Puede decirse sin exageración que en todas partes, que lo mismo imperaba abajo que arriba.

El mal estaba en el pontificado *en el siglo XV*. Los papas viéronse encadenados durante setenta años en

Aviñón, lejos de los altares de los bienaventurados Apóstoles, lejos del centro del catolicismo, lejos del trono elevado por los siglos a los sucesores de Pedro. Tal fué el gran cisma de Occidente. La cristiandad vióse dividida en dos obediencias. Verdad es que el principio de la unidad no fué atacado, y que todo el mundo estaba acorde sobre este punto, a saber, que uno solo de los dos papas era el legítimo. Pero unos seguían a un papa, y otros al otro. Discutían los concilios, y la Iglesia sólo encontró la paz con el papa Martín tras largas agitaciones. La conmoción fué tremenda en la sociedad cristiana. A principios *del siglo XV*, el pontificado pasa por nuevas pruebas. Sixto IV e Inocencio VIII protegen a sus sobrinos con detrimento de la justicia y del bien común. Alejandro VI, brillante oficial de España, llevó una juventud desordenada; los cardenales, teniendo necesidad de sus servicios para rechazar a los enemigos de Roma, y suponiendo que, elegido pontífice, sostendría sus promesas de reforma y sería ejemplar, proclamándole papa, y aunque sabio legislador, la verdad nos obliga a convenir en que fué un papa indigno. Julio II y León X, sus sucesores, aunque de costumbres privadas inatacables, se absorben en preocupaciones políticas y artísticas, y parece que pierden de vista las necesidades urgentes de la Iglesia.

Si el mal estaba en lo alto, en el pontificado, ¿cómo no descender abajo, al clero y a los fieles? Que hubo santos, muchos santos en esta época, es un hecho pletórico, cierto, incontestable. Pero la santidad se oculta, se esconde a las miradas, en tanto que todo concurre a poner de relieve el mal, las irregularidades, los escándalos, los desfallecimientos morales. Las ideas son todavía cristianas, pero las costumbres son ya paganas, y muy pronto la corrupción de los corazones

reaccionará sobre la integridad de la fe. Esto es fatal. Las creencias son amenazadas cuando se alteran las costumbres. En los siglos XV y XVI, las costumbres se alteran en la sociedad religiosa. Los testigos contemporáneos menos sospechosos y los más indomables defensores de la unidad católica, prelados interesados en negar los abusos, como el cardenal de Lorena, predicadores populares y escritores entregados con pasión a la ortodoxia, están unánimes en declarar la caída de gran número de sacerdotes y fieles.

El clero fué corrompido primeramente por las riquezas. Después de la guerra de Cien Años, que empobreció a la nación, dedicóse el clero a reconquistar, roturar, reconstruir, mejorar sus propiedades y rehacer la fortuna de la Iglesia. Logrólo, y en la segunda mitad del siglo XV, la agricultura, la industria y el comercio cobraron un vuelo prodigioso. Obispos y abades se aprovecharon de la prosperidad general, y ora fuera por su buena administración, ora por las donaciones repetidas de los fieles, amontonaron riquezas considerables. Un escritor muy erudito e imparcial afirma que en aquella época las rentas eclesiásticas igualaban las del Estado, y un prelado de entonces, Claudio de Seysel, pregunta melancólicamente si no sería más útil "reparar las almas que los edificios". El clero era rico.

Pero había otra causa de disolución: era políticamente poderosísimo. No sólo tenía el poder económico, sino también el político. Por todas partes en la justicia y en la administración, en la hacienda y en la diplomacia, se hallaban eclesiásticos. Ocupaban los puestos más elevados y lucrativos. Poblaban los parlamentos, eran miembros de los consejos, comisarios del rey cerca de los Estados y de las cortes soberanas, lugartenientes generales, embajadores. Las

preocupaciones temporales prevalecían en el clero sobre las espirituales.

Finalmente, la manera como se verificaban las elecciones eclesiásticas no era muy propicia para realzar el nivel moral de aquel clero tan absorbido por su riqueza y por su poder político. La autoridad real pesaba extraordinariamente en las elecciones. Intrigas y pasiones de toda especie se mezclaban en ellas, con frecuencia las viciaban. Prelados sin vocación eran colocados a la cabeza de las diócesis, que gobernaban sin la menor solicitud. Así, cuando vino la Reforma, encontró entre los prelados adeptos enteramente decididos a engrosar el movimiento, entre otros, el cardenal Odet de Chatillón, el obispo de Nevers, Spifame, el obispo de Valence, Monluc. El protestantismo, que abolía el celibato de los cléricos, convenía enteramente a aquellos hombres escandalosos. No exageramos; no eran más que una excepción en el alto clero, pero esta excepción es significativa, ya que revela un profundo deterioro en el espíritu sacerdotal.

También el clero secundario, el de las ciudades, y sobre todo, el de las aldeas, estaba contagiado. Sin duda que el clero parroquial se aplicaba a su ministerio y era más ejemplar que el alto clero, pero había entonces en la nación una multitud de sacerdotes sin funciones, *sacerdotes vagi*, como los llama un concilio, clérigos independientes, no retenidos por ministerio alguno, los cuales no estaban sujetos a ninguna vigilancia por la movilidad misma de su residencia, con lo que paseaban por todas partes su libertad de lenguaje y de costumbres.

El clero regular no era mejor que el secular. Los abades comendatarios, que con frecuencia eran seglares, no residían en sus monasterios, sino que vivían lejos de ellos, en la corte, en el ejército, en el Parlamento, y se hacían representar por delegados re-

vestidos de títulos canónicos, por prebostes, que ejercían un puro oficio antes que un cometido santo... ¿En dónde radicaba el mal? En todas partes, arriba y abajo, en el clero y en el pueblo.

II. ¿Quién curó el mal?

"Hacía varios siglos que se deseaba la reforma de la disciplina eclesiástica", dice Bossuet en la primera página de su *Historia de las variaciones*. ¿Quién obró la reforma? Nosotros, dicen los protestantes. No, responde el historiador; el protestantismo nada reformó; por lo contrario, todo lo corrompió; la Iglesia fué la que se reformó a sí misma.

1.º *El protestantismo no reformó nada,* sino que lo corrompió todo. ¿Cómo era posible que el protestantismo reformase la sociedad cristiana? Fueron sus fundadores viles personajes, que ultrajaron indignamente al Evangelio, y sus principios, el libre examen y la ruptura de toda autoridad, no podían hacer otra cosa que disolver la ley, las costumbres, la liturgia, la disciplina. De hecho, bajo la acción del protestantismo, fué deteriorado el Credo, desfigurado el Decálogo, mutilados los Sacramentos, discutida la Biblia y desgarradas muchas de sus páginas. Antes del protestantismo había mucho mal en la cristiandad; después del protestantismo hubo mucho más. Lutero y Calvino quebrantaron la unidad intelectual y moral de Europa al quebrantar la unidad de su fe. A pretexto de destruir los abusos, abatieron la autoridad religiosa de la Iglesia, mutilaron sus dogmas, trastornaron su jerarquía y su disciplina. En vez de restaurar el viejo edificio del catolicismo, deteriorado por las pasiones humanas, todo lo arruinaron, e hicieron caer las bóvedas del templo

sobre sus adoradores. Antes de la Reforma, Europa era una misma familia, agrupada a los pies de Jesucristo, en la solidaridad de los mismos dogmas y de las mismas oraciones; a consecuencia de la Reforma, Europa se convirtió su presa de la disputa y de la división, en verdadera Babel, en la cual no se reconoció ni Dios ni amo. El protestantismo nada reformó; en cambio, todo lo corrompió.

2.° *La Iglesia se reformó a sí misma.* Mucho antes de los siglos XV y XVI, los más grandes hombres de la cristiandad, lo más grandes hombres de la Iglesia, habían denunciado los abusos y trabajado en su desaparición. El papa Gregorio VII señalóse en esta lucha terrible... San Bernardo, y luego, santo Domingo y san Francisco de Asís, prosiguieron la misma obra saludable. De la cátedra pontificia descendían sin cesar las más severas advertencias, y a la voz potente de los papas de la Edad Media unióse la voz de los santos, de los apóstoles, de los doctores más venerados. Por desgracia, bajo la acción del feudalismo, del cisma, de las guerras civiles y extranjeras, de las transformaciones sociales, los abusos se arraigaron y desarrollaron. Todo el mundo en la Iglesia pedía la reforma, pero la reforma no venía. Los concilios del siglo XV no cesan de tronar contra el escándalo. En 1485, el concilio de Sens invita a los prelados a cumplir sus deberes, a no tolerar en sus diócesis la indisciplina, a suspender o destituir a los eclesiásticos corrompidos. Otros concilios, algunas asambleas sinodales y varios capítulos protestan contra la pluralidad de beneficios y su colación a personas indignas, prescriben a los curas la residencia, recomiendan la decencia en las iglesias y en las ceremonias santas. Jorge de Amboise, arzobispo de Ruan, cardenal y legado del papa, emprende por la fuerza la refor-

ma de los conventos, y obtiene algunos resultados. Pero todas estas tentativas quedaron aisladas, y no fueron seguidas del movimiento de conjunto, vasto y vigoroso, que exigía la opinión. A fines del siglo XV, la Iglesia de Francia goza de paz, de una paz aparente, y, desgraciadamente, inquietante. Los videntes, las mejores inteligencias, las personas más santas, no se dejaron engañar. Con relación al clero alemán, el cardenal Julien, "el más grande hombre de su tiempo", en opinión de Bossuet, escribió al papa Eugenio IV: "Se arrojarán sobre nosotros cuando no haya esperanza alguna de nuestra corrección. Los espíritus de los hombres están en espera de lo que ocurrirá, y parece que muy pronto engendrarán algo trágico. El veneno que abrigan contra nosotros, se declara, y muy pronto creerán hacer a Dios un sacrificio agradable, maltratando o despojando a los sacerdotes, como a gentes odiosas a Dios y a los hombres y sumergidas en la extremidad del mal. Lo poco que resta de devoción al orden sagrado, acabará de perderse. Se imputará la culpa de todos estos desórdenes a la corte de Roma, a la que se considerará como la causa de todos los males". Y añadía: "Los cuerpos perecerán con las almas. Dios nos oculta los peligros, como suele hacerlo con los que quiere castigar: el fuego está encendido ante nosotros, y corremos hacia él" (*Historia de las variaciones,* lib. I, § 1.) Estos acentos proféticos podrán dirigirse lo mismo a Francia que a Alemania; la una iba a tener un Lutero, la otra un Calvino. No tardaron en llegar. Los grandes nubarrones negros acumulados largo tiempo sobre el horizonte, se precipitan de repente sobre el viejo edificio religioso, y la vieja Europa queda sembrada de ruinas. Como ya lo he dicho, el protestantismo no puso remedio al mal, sino que lo agravó. Según la frase profunda de Massillón: "Donde

no había más que abusos, introdujo errores". ¿De dónde vino la curación? De la Iglesia misma, de la Iglesia romana reunida en Trento, de las sabias y fuertes decisiones del concilio de Trento. Todas las personas honradas pedían hacía ya mucho tiempo una reforma en la Iglesia. Sus deseos fueron escuchados cuando, después del concilio de Trento, aparecieron, en todos los puntos de Europa, obispos, sacerdotes, religiosos, según el corazón de Dios, y cuando la virtud, con la caridad, brilló sin interrupción en la cátedra de san Pedro. El protestantismo todo lo arruinó; la Iglesia católica, obrando sobre ella misma y sobre el mundo todo le restauró. El catolicismo inauguró un nuevo ciclo y nuevos destinos. Por otra parte, Dios puso en ello su santa mano, y señaló visiblemente su intervención suscitando en aquella época una floración extraordinaria de santidad. El gran cataclismo de todas las pasiones y de todos los orgullos, tan falsamente decorado con el nombre de reforma, que tan profundamente perturbó el siglo XVI, provocó la aparición de una gran familia de santos. Lutero acababa de morir; Calvino y Enrique VIII vivían aún; el mundo se llenó de profecías sobre la próxima caída de la Iglesia, de declamaciones sobre su corrupción irremediable; pero en aquel momento mismo aparecieron san Pío V, san Carlos Borromeo, san Felipe Neri, san Ignacio, san Francismo Javier, santa Teresa, san Francisco de Borja, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, santa Chantal, es decir, todas las glorias y todas las grandezas de la verdadera Iglesia, reunidas como deliberadamente a la misma hora en que la Reforma propagaba sus escándalos y multiplicaba sus ruinas. Y en aquella misma hora, la Iglesia, expulsada de una parte de la vieja Europa, arribaba al Nuevo Mundo y creaba en él cristiandades llenas de porvenir. Así compensaba

sus pérdidas con nuevas conquistas. Era aquello en todas partes resurrección y vida. Los desórdenes de los siglos XV y XVI quedaban enteramente reparados. La Iglesia se reformó a sí misma, y reanudaba, confiada y llena de vida, su marcha por el mundo. Estaba en vísperas de los esplendores del siglo XVII.

Así sea.

CONFERENCIA SÉPTIMA

LOS DESORDENES DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

SEÑORES:

Hemos estudiado un poco dos períodos de la vida de la Iglesia, el de los siglos IX y X y de los siglos XV y XVI. Nos resta lanzar una ojeada sobre los siglos XVIII y XIX. Se nos dice que, en este período moderno del catolicismo, los desórdenes fueron numerosos. ¿Es esto verdad? Por lo menos es muy exagerado en lo que concierne al siglo XVIII, y completamente falso en lo referente al XIX. Me propongo demostrarlo.

I. Nos hablan de los desórdenes de la Iglesia en el siglo XVIII.

Hubo desórdenes en la Iglesia en el siglo XVIII. Casi no es discutible... Cuando murió Luis XIV, en 1715, la situación, considerada superficialmente, era hermosa y tranquilizadora. El territorio quedaba aumentado,

garantidas, en cuanto podían serlo, nuestras fronteras, reconocida en toda Europa la superioridad del espíritu francés; Francia universalmente respetada, admirada e imitada; la nación afirmada en su unidad y en su fe en sí misma; la industria y el comercio inmensamente desarrollados; una organización administrativa cuyos excesos han sido censurados con razón, pero cuyos beneficios y necesidad olvidamos demasiado fácilmente. En verdad que eran estos resultados preciosos que no debemos desconocer ni despreciar. Pero no podemos olvidar que las costumbres de un pueblo ejercen sobre su destino una influencia más decisiva que todo lo demás, por lo cual, si penetramos en el fondo mismo de la situación producida por el siglo XVII, ¿qué es lo que vemos? Vemos que las costumbres estaban profundamente alteradas: la nobleza arruinada y a la vez degradada por su residencia en la corte, el clero habituado a esperarlo todo del favor, y más preocupado de sus privilegios y placeres, que de sus deberes, el pueblo miserable y envidioso, la corrupción sordamente acrecentada y dispuesta a romper todos los diques, la autoridad envilecida a pesar de su absolutismo, el respeto debilitado en las almas, la religión secretamente despreciada, en una palabra, todas las fuerzas morales comprometidas, y preparadas las grandes catástrofes. Esta pintura nada tiene de exagerada; para formarse una idea exacta de la decadencia moral y religiosa que sucedió a los esplendores del siglo XVII, basta leer la predicación de Bourdaloue, y fijarse en el tono severo y en los sombríos colores de que este gran hombre y gran religioso reviste la exposición de las costumbres de su tiempo. Con sólo oírlo, se adivinan, todos los gérmenes malignos de aquella época.

Por desgracia, apenas hubo descendido a la tumba Luis XIV, cuando aquellos gérmenes malignos cobraron

formidable desarrollo. En la corte, como en la ciudad y en los campos, las costumbres y la fe, pervertidas por los mismos que eran los más interesados en guardarlas, no ofrecían más que lamentable decadencia. Después de Luis XIV, el regente, y luego, Luis XV, es decir, la lujuria desbocada. "En la alcoba en que durmió san Luis, se acostaba Sardanápalo", dice Lacordaire. Y Sandanápalo agrupaba en torno de su persona los grandes corrompidos y los magistrados rebeldes a la Iglesia. Todo aquel conjunto acabó de disolver la antigua sociedad francesa, y de precipitar en la misma tempestad y en el mismo abismo, el trono, el pretorio y el santuario. Pero en medio de aquel lodo y de aquellas ruinas, ¿manteníase intacto el clero? Tengamos el valor y la sinceridad de confesarlo: el clero estaba también parcialmente atacado del contagio común. La vida monástica no tenía el esplendor de antaño. Muchas vocaciones religiosas o eclesiásticas carecían de espontaneidad y provenían, no de la voluntad divina, sino del capricho de las familias. Las ideas filosóficas y enciclopedistas hallaban adeptos en las filas del clero. La riqueza excesiva de los obispos, que eran grandes señores, contrastaba con la pobreza de los curas en la porción congrua. No es posible negarlo: hubo desórdenes en la Iglesia en el siglo XVIII.

Pero *no hubo tantos como ordinariamente se dice.* Bastará que aduzca dos pruebas que me parecen significativas.

1.ª ¿Cuál fué la actitud del clero en el momento de la abolición de las propiedades eclesiásticas? Su actitud fué de una abnegación, de una dignidad, de un desprendimiento verdaderamente ejemplar. A propósito de las propiedades eclesiásticas, todos están conformes en reconocer los abusos que produjo ya el reparto de estos

bienes, ya la administración de ellos. La reforma se imponía. ¿Se opuso a ella el clero? El que tal afirmara mentiría contra la historia. El clero pidió la reunión de un concilio nacional para resolver con independencia esta cuestión. El clero ofreció 400.000.000 al Tesoro público, agotado por 60 años de malversaciones, y la Asamblea Constituyente se opuso. Es, pues, evidente que la conducta del clero fué irreprochable, desinteresada y generosa.

2.ª ¿Cuál fué la actitud del clero ante las amenazas y excesivas crueldades de la Revolución? Su actitud fué de un valor, de una fidelidad, de un heroísmo ejemplar. ¡Espectáculo digno de los ángeles y de los hombres! Aquellos sacerdotes tan descreídos y vilipendiados, mostráronse superiores a sus padecimientos y al cadalso, descendieron a las catatumbas y recogieron las cadenas de los mártires. Más de 100.000 eclesiásticos, llevando a su cabeza 135 obispos prefirieron desafiar la muerte a pronunciar un juramento que desaprobaba su conciencia. Las defecciones fueron muy poco numerosas en el clero en el momento de la gran Revolución. Luego no hay que creer con ligereza y ceguedad, y sin reserva alguna, en acusaciones a las cuales ha dado la historia un mentís tan solemne.

En resumen, los desórdenes de la Iglesia en el siglo XVIII carecen de la importancia y extensión que se les atribuye generalmente, y aquellos desórdenes fueron expiados y lavados en el diluvio que siguió a ellos, y de aquel diluvio de sangre salió la Iglesia más pura, más viva, más hermosa y fecunda que nunca.

II. Se habla de los desórdenes de la Iglesia en el siglo XIX.

¿Cuáles son estos desórdenes? Señálensenos. ¿Se quiere hablar de las faltas de sacerdotes y católicos? Sería ciertamente injusto imputarles la responsabilidad de las desgracias que cayeron sobre el catolicismo. Sin duda que si todo sacerdote, todo religioso, todo católico práctico hubiese sido más santo, y si los cristianos hubiesen sido más cristianos, hubieran impedido mucho más y producido mucho bien. Pero si miramos de cerca la historia, habrá que convenir en que rara vez, muy rara vez, tuvo la Iglesia un clero más digno y regular que el clero del siglo XIX. Hubo escándalos, pero ¿qué época no los tuvo? Esos escándalos fueron individuales y enteramente excepcionales. ¿Se ha oído jamás decir que el clero, no diré ya de una diócesis, sino de un distrito o de una pequeña ciudad, no ha mostrado, en su conjunto, una conducta irreprochable, digna de todo respeto? Cítesenos, no diré ya una congregación religiosa, sino tan sólo una comunidad de hombres o de mujeres, que no proceda con regularidad. Mas ese clero, tan digno de elogio por la dignidad y moralidad de su conducta, no lo merece menos por su celo. ¿Habrá que recordar todas sus obras? Construcción de numerosas iglesias, organización de la enseñanza cristiana primaria, secundaria y superior; obras múltiples de caridad: casas de huérfanos, asilos para los ancianos, hospitales, patronatos de jóvenes, círculos de obreros, y tantas otras. La extensión y progreso de las misiones extranjeras en el siglo XIX son debidos en gran parte al clero francés, el cual, en ese campo de batalla, ha precedido al de las otras naciones. En ese mismo siglo, la aureola de la santidad ha coronado también a la Iglesia

de Francia, varios de sus miembros han visto introducir la causa de su beatificación. La púrpura de los mártires la adorna igualmente. He dicho que hubo escándalos. Pero: 1.º relativamente al número de sacerdotes y religiosos, puedo afirmar que esos escándalos son casi nulos; 2.º con frecuencia esos escándalos han sido aumentados y exagerados por las mil voces de la prensa, y a veces han sido inventados totalmente, por lo que no son más que calumnias. Si la religión católica ha perdido algo de su imperio en Francia, la culpa no puede achacarse a las faltas morales del clero.

Mas ¿cómo referir las virtudes, y obras de las Ordenes religiosas en el siglo XIX? Fué ésta una floración verdaderamente maravillosa.

¿En qué se convertiría el mundo si, mientras que los hombres hacen resonar en los oídos de Dios sus impiedades, blasfemias y locos amores, los labios benditos de los penitentes y de las vírgenes no elevaran hasta El sus voces pidiendo su misericordia y el desarme de su justicia? ¿En qué se hubiera convertido particularmente el siglo XIX con sus pasiones desenfrenadas y las causas de disolución que fermentaron en su seno? Si nuestra sociedad moderna, envenenada por los sofistas, enervada y debilitada por sus perversas costumbres, no ha perecido, no ha sido, pese a nuestras ilusiones, ni por la gloria ni el progreso, ni por la ciencia ni la literatura, ni por la fuerza ni la astucia, sino por la oración salida de los corazones consagrados por el amor y hechos todopoderosos por el sacrificio. Las Ordenes enclaustradas, los Institutos contemplativos y penitentes no faltaron en el siglo XIX. De Donoso Cortés son estas hermosas palabras: "Creo que hacen más por el mundo los que oran que los que combaten". No preguntéis lo que hacen los carmelitas, los pasionistas, los franciscanos, los trapenses, los cartujos, las clarisas y

tantos otros. Convierten con los apóstoles; reparan por los pecadores; salvan a los pueblos. Son los grandes bienhechores del género humano; son los pararrayos que apartan la tempestad de la cólera divina.

Pero al lado de las Ordenes contemplativas, he ahí, en el siglo XIX, las Ordenes docentes. Un buen modo de juzgar las instituciones, consiste en apreciar el caso que los malos hacen de ellas. Los cuales detestan a los Hermanos y a las Hermanas que dan la enseñanza primaria, y a los sacerdotes y a los religiosos que dan la secundaria. Si nuestros Hermanos y nuestras Hermanas, nuestras religiosas y nuestros sacerdotes no instruyeran bien, no tendrían los éxitos que obtienen en los exámenes; y si no salieran de sus casas personas capaces y cristianas, los dejarían tranquilos. Durante todo el siglo XIX, han hecho una concurrencia seria, leal, formidable, a las escuelas sin Dios. Por eso los enemigos de la religión los han perseguido por medio de la calumnia, del odio, de la ley, y, finalmente, por la fuerza bruta. Como no podían luchar con nuestras Ordenes docentes, las han suprimido.

En cuanto a nuestras Ordenes caritativas y hospitalarias, es imposible citarlas todas. No existe un solo infortunio, ni una miseria que no tenga una congregación especial para su remedio. Los hospitales tienen las admirables Hermanas de la Caridad fundadas por san Vicente de Paúl; las Hermanas de la Sabiduría instituídas por el bienaventurado Grignion de Montfort, las Agustinas, etc. Preciso es haber languidecido en una sala de hospital para saber lo que hay de abnegación, y aun podríamos decir de ternura, en el corazón de esas admirables vírgenes. Los ancianos tienen las Hermanitas de los Pobres; los enfermos necesitados encuentran, sin salir de su casa, en la Hermanita de la Asunción, o en la religiosa dominica, un ángel consolador.

La Iglesia no olvidó, en el siglo XIX, ninguna angustia, sino que multiplicó por todas partes los refugios, los obradores, los asilos. El piadoso Instituto del Buen Pastor por sí solo posee 7.000 vírgenes que sepultan su juventud para recoger, cuidar y salvar las tristes ovejas descarriadas. Y así acogen en sus diversas casas unas 48.000 desgraciadas. Termino porque no puedo decirlo todo.

Digamos únicamente que, a fines del siglo XIX, en 1900, antes de que pasase sobre nuestra desventurada patria la tormenta de impiedad que tantas sumas ha acumulado, había en Francia 30.000 religiosos, de los cuales 2.000 eran contemplativos, y 130.000 religiosas, con 4.000 contemplativas. Nuestras Ordenes docentes instruían a 2.000.000 de niños. Unos 144.000 enfermos o ancianos eran cuidados por religiosos y religiosas. Más de 60.000 huérfanos estaban recogidos en los conventos. Había 12.000 arrepentidas en los refugios y millares de alienados cuidados por Hermanos y Hermanas. Otro detalle: se cuentan en las misiones 8.500 sacerdotes misioneros franceses, 33.600 religiosas y misioneras francesas, y 3.600 Hermanos misioneros franceses.

Había también que añadir, a las virtudes y obras del clero secular y del regular, las virtudes practicadas y las obras realizadas por los católicos durante el siglo XIX. Habría que enumerar los millones que gastaron libremente en la construcción de iglesias, en la fundación y sostenimiento de la enseñanza cristiana, en el sostenimiento de su clero, de sus misioneros y de sus diferentes obras de caridad, de apostolado, de prensa, de educación, de perseverancia... No se hable, pues, más de los desórdenes de la Iglesia en el siglo XIX. Quizás la vida católica no se mostró nunca tan irreprochable, tan viviente, tan fecunda. Si los cristianos son persegui-

dos hoy en día, no es porque procedan mal, sino porque hacen mucho bien; no pueden perdonarles los ejemplos y beneficios con que favorecen a los hombres. El catolicismo es hoy más que nunca la más alta realización aquí bajo de la Verdad y el Bien, y los terribles sectarios que lo persiguen son para la Iglesia una recomendación que la señala al respeto de las personas honradas.

Así sea.

V

LAS CRUELDADES DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Las crueldades de la Iglesia

LOS ACUSADORES DE LA IGLESIA

SEÑORES:

Llegamos a un capítulo de la vida del catolicismo que ha hecho correr mucha tinta y gastar mucha saliva, al cual pongo por título *Las crueldades de la Iglesia.* ¿Qué es lo que no se ha dicho y escrito sobre este asunto? Se supone que la Iglesia, olvidando su misión enteramente espiritual, recurrió a menudo a la fuerza para imponer la fe, para castigar a los herejes, para asegurarse el imperio absoluto de las almas. Se cuentan el número, los sufrimientos, los gemidos, las lágrimas de las víctimas; se afirma que no tuvo piedad para los incrédulos, y que, por consiguiente, merece la execración universal.

Antes de discutir estos alegatos, os expongo una cuestión previa: *¿Quiénes son los que acusan a la Iglesia de haber abusado de la fuerza hasta la crueldad?* Los

protestantes, los revolucionarios, los librepensadores. Pues bien, los recuso. No tienen voz ni voto en este asunto. No tienen el derecho de quejarse. Porque si la Iglesia fué cruel, fueron ellos cien veces más crueles que la Iglesia.

I. Los protestantes reprochan a la Iglesia sus crueldades. Los recuso.

En primer lugar, *ellos fueron los que empezaron;* ellos abrieron las hostilidades; ellos dieron los primeros golpes; ellos se rebelaron contra la Iglesia católica, que ya contaba quince siglos de existencia; ellos se rebelaron contra el derecho público de la época, que hacía de la unidad religiosa del Estado la ley fundamental de Europa. Y no contentos con rebelarse contra la Iglesia y contra el derecho público, apoyaron su rebelión por vías de hecho, por el motín a mano armada, por el incendio, el pillaje y la matanza. Ellos usaron y abusaron de la fuerza. Dicen que la Iglesia hizo lo mismo. Posible es, pero ¿quién empezó? ¿quién asestó los primeros y más violentos golpes? Los protestantes. Fijaos en sus jefes. Podéis imaginar seres más turbulentos, agresivos y crueles que los fundadores de la Reforma, Lutero, Calvino, Enrique VIII e Isabel?

Lutero reclama sin cesar la intervención del brazo secular en favor de su nuevo evangelio, y aspira a lavar sus manos en la sangre de cardenales y papas, serpientes de Roma y de Sodoma. ¡Qué dulce cordero! *Calvino* profesaba sin rubor el derecho de la espada y perseguía de muerte a sus infortunados contradictores. Contra los que tenían la temeridad de no pensar como él, empleaba corrientemente Calvino el destierro, la tortura, la excomunión, el verdugo. He ahí el antepasado al cual atribuyen los protestantes la conquista de la libertad de

conciencia, y en el cual se apoyan para darnos lecciones de mansedumbre. ¡Qué broma tan pesada! *Enrique VIII e Isabel* de Inglaterra fueron monstruos de crueldad. No sólo odio, sino rabia tenían a los católicos. Para ellos, los católicos eran parias, ilotas, excluídos, a los cuales despojaban de todo derecho y sometían a las vejaciones más pérfidas y a los suplicios más refinados. Los protestantes censuran las crueldades de la Iglesia, pero *ellos lo hicieron cien veces peor*. Los príncipes protestantes ensangrentaron muchos reinos y provincias para asegurar el triunfo de la Reforma. Alemania e Inglaterra fueron pasadas por ellos a sangre y fuego. Dificilísimo es tener una idea de las ruinas acumuladas por las guerras de religión provocadas por los protestantes en Francia. No se puede dar un paso entre nosotros sin que se oiga decir: Esta iglesia fué quemada por los protestantes; este convento fué devastado por los hugonotes; aquel archivo fué reducido a cenizas por los religionarios. Devastaron todo el mediodía de Francia. Saquearon a Orleáns, con sus estatuas, sus riquezas, sus bibliotecas, sus conventos, sus riquezas. El cura de San Paterno, Santiago Gueset fué ahorcado después de confesar la fe con sentimientos heroicos. Testigo de tantas muertes y destrozos, el poeta Malherbe exclamaba, hace tres siglos:

> ¿Por quién están hoy tantas ciudades desiertas,
> Tan grandes edificios en casuchas cambiados,
> Sino por esos enrabiados?
> Los cetros a sus ojos no tienen privilegios,
> Los mismos inmortales también son perseguidos,
> Y con manos sacrílegas en los lugares santos
> Se muestran más impíos.

Los protestantes reprochan a la Iglesia sus crueldades. Los recuso. La historia de sus orígenes confirma

que fueron los más intolerantes de los herejes. Si escuchamos a ciertos novelistas, los católicos son monstruos, y los reformados ángeles de paz. Esto es falso, señores. La verdad histórica lleva al haber de los protestantes innumerables violencias y matanzas, que no les consienten presentarse como acusadores de la Iglesia.

II. Los revolucionarios reprochan a la Iglesia sus crueldades. Los recuso.

¿Tienen derecho *los hombres de la Enciclopedia* de acusar de intolerancia a la Iglesia? Escuchemos a esos mansos corderos, a esos encomiadores de la libertad. Hablando del catolicismo, dice Voltaire: "¡Aplastad al Infame, querido hermano, aplastad al Infame, y decid a Protágoras (d'Alembert): Aplastad al Infame por la mañana; aplastad al Infame por la noche!" Diderot, el demente, dice que es preciso estrangular al último de los reyes con las tripas del último sacerdote. Juan Jacobo Rousseau, en su *Contrato social,* escribe: "Sin poder obligar a nadie a creer los artículos de fe de la religión del país, el soberano puede desterrar del Estado a quien no crea en ellos. Y si alguien se conduce como no creyendo en ellos, sea castigado con la pena de muerte". Todos los filósofos del siglo XVIII no tuvieron más que una doctrina: acosar a la Iglesia católica como a una bestia salvaje. Condujéronse como infames embusteros, uniendo la intolerancia más feroz a la hipocresía más profunda. Por otra parte, para juzgarlos, no hay más que ver los frutos semejantes que salieron de la *Enciclopedia* y se desarrollaron durante la Revolución.

¿Tienen el derecho de acusar de intolerancia a la *Iglesia los hombres del Terror?* La dureza de la Inquisición se explica por el tiempo en que ejerció su

ministerio. El martirio de Juana de Arco se explica por el odio de los ingleses. La noche de San Bartolomé se explica por la política de Catalina de Médicis. Pero los jefes de la Convención, que prometían traernos la libertad, la igualdad y la fraternidad, fueron caprichosamente sanguinarios. Dantón, uno de los menos perversos, fué nombrado por el pueblo ministro de Justicia, y al punto envía a provincias diferentes órdenes de ejecución en masa. Marat, con el acento de la hiena, dice: "Haced fabricar una cantidad enorme de cuchillos para armar a todo ciudadano. No hay otro remedio que las ejecuciones populares". Y hace que la Convención corte 270.000 cabezas. Robespierre también derrama inútilmente la sangre a torrentes. Condena a muerte a los girondinos; de él reciben sus órdenes las bestias feroces Carrier y Collot d'Herbois. Por otra parte, todos aquellos hombres de la Convención mostrábanse celosos los unos de los otros, y se enviaban mutuamente al cadalso. Hipócritas y sanguinarios a la vez, tomaron por divisa estas palabras: libertad, igualdad, fraternidad, pero en nombre de la fraternidad, asesinaron a millares y millares de franceses; en nombre de la igualdad, pusieron fuera de la ley a todos los que no pensaban como ellos, sobre todo a cuantos estaban marcados con el signo de la cruz; después, sentados sobre montones de ruinas, sobre los altares derribados, sobre la sociedad deshecha y cubierta de sangre, gritaban: "¡Viva la libertad!" ¿Cómo se atreven los hombres de la Revolución a acusar a la Iglesia de intolerancia y crueldad? Verdad es que, en el siglo XVI, tal estudiante, que había roto y ultrajado las imágenes piadosas, podía ser condenado a prisión perpetua; pero, en el reinado del Terror, fueron menos clementes con los que faltaban al respeto al árbol de la libertad: inmediatamente, y sin formación

de proceso, eran guillotinados. La trágica Revolución, que se nos presenta como el acontecimiento regenerador del mundo moderno, hizo caer millares de cabezas. "Necesito 270.000 cabezas—decía Marat—para fundar la república." La historia verídica pone en el haber de los revolucionarios una espantosa adición de proscripciones y matanzas, que no les permite levantarse como acusadores de la Iglesia.

III. Los librepensadores reprochan a la Iglesia sus crueldades. Los recuso.

Los librepensadores, en la prensa, son la intolerancia, la injusticia, la parcialidad personificadas. No tienen la menor consideración a la verdad histórica. Exageran los excesos cometidos en otros tiempos por los católicos. Aumentan desmesuradamente el catálogo de las víctimas que sucumbieron en las luchas religiosas, aun el catálogo redactado por los historiadores irreligiosos de la época. Es cierto que, adicionando los números proporcionados por Voltaire y otros sobre la Inquisición, la noche de San Bartolomé, los albigenses, las dragonadas, vense obligados a confesar que, al lado de las matanzas ordenadas por Enrique VIII, Isabel de Inglaterra y varios soberanos de Alemania, o ejecutadas por el gobierno del Terror, aquellos supuestos crímenes de la Iglesia, no son más que juegos de niños. Pero los librepensadores, herederos directos de los protestantes y de los revolucionarios, no tienen más que elogios para los crímenes de la herejía y del Terror, y se muestran implacables con los católicos, que hicieron cien veces menos.

Tienen tesoros de indulgencia para el París septembrista, terrorista y comunista, y únicamente anatemas para el París liguero, que, en el siglo XVI, impu-

so el respeto de la voluntad nacional al heredero presuntivo, Enrique IV. Censuran con acritud a nuestros antepasados de los siglos XVI y XVII por no haber concedido la libertad a los protestantes, que se apoyaban en el extranjero para romper la unidad nacional, y encuentran muy natural que hoy en día se prive a los católicos de la libertad, que es el derecho común de la sociedad moderna. Siendo los más fuertes, no saben más que oprimir a los débiles. Ved cómo proceden.

Los librepensadores en el poder son el odio, la ferocidad, la tiranía personificadas. Condenan, destierran, despojan a millares de ciudadanos que han cometido el crimen imperdonable de no pensar como ellos. Hablan de libertad y dictan constantemente leyes contra la libertad. Hablan de igualdad, y despojan y dispersan a religiosos y religiosas cuyo único crimen consiste en practicar la virtud hasta la perfección, y el sacrificio hasta el heroísmo. Hablan de fraternidad, y torturan legalmente, reducen a la miseria y al hambre, y hacen verter torrentes de lágrimas a millares de mujeres, cuya vida está enteramente consagrada a consolar las miserias y enjugar el llanto de los que padecen. Truenan contra las órdenes reales de prisión o de destierro del antiguo régimen, y se valen diariamente de la orden del ministro o del prefecto para vejar a ciudadanos inofensivos. Maldicen la Bastilla, y abren centenares de prisiones para sepultar en ellas a los que intenten resistir a sus inicuos procedimientos. Vociferan contra el antiguo régimen, y hacen revivir en relación a los católicos peores excesos que los que censuran. La Inquisición hizo alguna vez arrasar la casa del hereje. Pero hemos visto condenados por legiones abandonar sus moradas, que ya no les pertenecen, despojados de sus bienes que les han sido confiscados, desterrados o procesa-

dos, parias y víctimas de las peores pasiones. ¿A quién se debe semejante vergüenza? ¿A los inquisidores de la Edad Media, que castigaban a rebeldes y anarquistas determinados? No. Esos crímenes se deben a los heraldos del derecho del hombre, a los nietos de la Revolución, a los librepensadores cínicos, que persiguen, en nombre de la libertad, a los pacíficos y a los misericordiosos. Ese deshonor se debe a los lobos, que balan y devoran el rebaño, añadiendo a la crueldad la hipocresía de su balido. Pero no son únicamente los religiosos los sometidos a esa inquisición librepensadora. Todo empleado civil o militar está sometido a esa odiosa investigación sobre la educación de los hijos, las prácticas religiosas, la asistencia a la misa, y aun a sus relaciones y las de la familia. Los librepensadores cometen el crimen irremisible de enseñar a los franceses a odiarse mutuamente y a lograr que se cierna sobre toda la nación el peso de la sospecha universal. Todavía no han levantado la guillotina en la plaza pública, pero ¡cuántas nobles y santas vidas han abreviado ya al saturarlas de privaciones y opresoras tristezas! El primer asistente de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el Hermano Exuperio, acaba de morir. Soportó con firmeza y dignidad la tormenta de la Comuna; ocupaba un puesto respetado en el Consejo superior de Instrucción pública; era apóstol infatigable de la infancia y de la juventud. Llegados al poder los librepensadores, al atacar a su Orden, hirieron en el corazón a este hombre de tan gallarda actitud y de tan alto valor moral. Cayó víctima de la injusticia y crueldad de esos falsos amigos de la libertad. ¡Cuántas y cuántas dignisimas religiosas, cuántos heroicos religiosos han sucumbido, en Francia o en el destierro, a consecuencia de las mismas pruebas, a los golpes de la misma persecución! ¿Y todavía los librepensadores tendrán la audacia de

reprochar a la Iglesia sus crueldades? Los recuso. La trágica actualidad pone en su haber una espantosa adición de iniquidades, despojos y bandidajes que no les permite levantarse como acusadores de la Iglesia.

Los protestantes, los revolucionarios, los librepensadores acusan a la Iglesia de haber abusado de la fuerza hasta la crueldad. Los recuso. No tienen voz ni voto en esta asamblea. Ni siquiera tienen el derecho de queja. Porque si los católicos fueron crueles, ellos lo han sido cien veces más.

Es todo lo que hoy deseaba deciros, y creo haber dicho lo suficiente.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

LO PASADO Y LO PRESENTE

SEÑORES:

Se reprochan a la Iglesia sus crueldades. A esto he respondido, en primer lugar, que la Iglesia no tuvo en lo pasado el monopolio de la intolerancia, y que la mayor parte de los que la acusan tienen que reprocharse una intolerancia mucho mayor. Pero esta primera respuesta no basta. Al mostrar las taras de los censores de la Iglesia, borro la que pretenden ver en su frente. Estudiemos más a fondo este importante asunto.

En general, se juzga lo pasado con las ideas de lo presente. Inspírase uno en los sentimientos y prácticas del siglo XX, sin tener presentes los principios, instituciones y costumbres de los siglos pasados. Semejante manera de apreciar la historia de la Iglesia es a la vez irracional e injusta. Quisiera poneros en guardia contra este defecto mostrándoos cuán diferentes son lo pasado y lo presente desde el punto de vista del derecho y de la penalidad. Esta distinción entre lo pasado y lo presente, es de importancia suma.

I. El derecho público en lo pasado y en lo presente.

Antes del protestantismo, *la unidad religiosa* era el derecho público de la Europa cristiana, y el orden histórico de los hechos explica con la mayor claridad y legitimidad el establecimiento de aquel derecho público. Cuando la era de las grandes persecuciones fué cerrada, la Iglesia, hasta entonces desconocida y maltratada por los amos del mundo, hizo alianza con éstos. Consumada esta alianza, y convertido el cristianismo en religión del Estado, el poder eclesiástico y el poder secular concurrieron juntos al mantenimiento de la unidad religiosa. El poder secular consideró la herejía como un quebrantamiento del orden social. Las censuras y anatemas del poder eclesiástico tuvieron un eco fatal en el orden temporal. La Iglesia no dictaba las penas con que debía castigarse la herejía, pero, después de juzgarla, condenarla y expulsarla de su seno, la abandonaba a la justicia secular, ante la cual debía responder de un crimen previsto por las leyes. La unidad religiosa, la unidad católica; he ahí el derecho público, derecho reconocido y consentido y querido, no sólo por la Iglesia y los príncipes, sino también por los pueblos. La Constituyente y la Convención grabaron *la declaración de los derechos del hombre* en el frontispicio de sus leyes civiles y políticas. Los pueblos de la Edad Media, reducidos de la barbarie a la civilización por la Iglesia católica, inscribieron a la cabeza de sus códigos nacionales los principios del Evangelio, y encomendaron al lazo del Estado la defensa de la Iglesia.

Según este derecho público, ¿qué era el Estado? El Estado era el obispo externo, que formaba una unidad con el obispo interno. El Estado incorporaba a su legislación los dogmas y preceptos de la Iglesia, y los coloca-

ba bajo la tutela de sus leyes. El Estado ponía al servicio de la Iglesia sus tribunales y todo el arsenal de sus penas coercitivas. La religión católica formaba parte de la constitución misma de la sociedad, y el Estado, al defenderla, defendía a la sociedad. El caballero, en cierto modo, manteníase en pie al lado del sacerdote que recitaba el Evangelio, con la espada en la mano, para significar que estaba dispuesto, no a imponer la religión, sino a defenderla contra sus enemigos. Todo el mundo quería la unidad religiosa, y el poder secular velaba por el mantenimiento de la unidad religiosa. Semejante estado social ya no existe, y no estamos obligados a lamentarlo. Por tanto, no discuto, compruebo.

¿Qué eran entonces *los herejes?* Eran perturbadores públicos, enemigos del orden. Eran en aquel tiempo lo que hoy son los anarquistas. Los anarquistas atacan a la sociedad, tal como hoy está organizada. Los herejes atacaban a la sociedad, tal como estaba organizada entonces. Expliquémonos con toda claridad. En el antiguo derecho público, no se trataba de atacar a los herejes en su libertad moral, en la libertad íntima de su conciencia. "El hombre no puede creer más que de buen grado. *Nemo credere potest nisi volens*", dice San Agustín. Es evidente que la libertad del alma humana es sagrada. y, por otra parte, intangible e inaccesible. Pero una cosa es la libertad de conciencia, que es un sentimiento íntimo y personal, y otra la libertad de traducir su fe en palabras y actos. Esta segunda libertad, consecuencia de la primera, es sin duda respetable en su fuente, y debe ser respetada en su ejercicio, mientras no dañe a la colectividad. Pero desde que ataque las leyes constitutivas de la sociedad, pierde sobre este punto el derecho a la tolerancia. El Estado debe, pues, refrenarla. Ahora bien, en el antiguo derecho público, la profesión externa de la herejía atacaba las leyes constitutivas de

la sociedad. Así, pues, la Iglesia y el Estado podían y debían reprimirla. Los herejes quebrantaban la unidad religiosa de la nación; eran perturbadores del orden social. Acusados de dividir a los ciudadanos entre sí, eran tratados como sediciosos. Sea la que fuere la opinión que uno tenga sobre esta legislación, debe comprobar el hecho, y es absolutamente necesario tenerlo presente cuando se quiere juzgar con rectitud y justicia la conducta de la Iglesia en lo pasado.

Hoy el derecho público, está enteramente cambiado, por lo que no siendo el mismo el derecho público, la conducta de la Iglesia ya no es la de antes. El derecho moral de errar, o de obrar mal, no existe hoy como no existía antes. Lo que existe hoy, y no existía antes, es el derecho legal de no ser reprimido ni castigado en la expresión de las ideas religiosas, es la libertad externa, civil y política de profesar o de no profesar la religión católica. En nuestro derecho público moderno, la unidad religiosa ha sido quebrantada, y está admitido que no debe intentarse su restablecimiento por la violencia y el castigo, sino simplemente por la persuasión. Está admitido también que la unidad debe entrar de nuevo en las almas antes de poder entrar en las leyes, que el apostolado debe preceder a la legislación. Finalmente, está admitido que la tolerancia del error es un mal menor que su represión legal, y que esta tolerancia es un expediente necesario. Consultad a los conductores más autorizados de la religión católica; están unánimes en proclamar la necesidad de la tolerancia, no sólo bajo la forma del respeto a las personas, sino también bajo la forma de libertad para los cultos disidentes. La lucha debe circunscribirse en adelante al terreno de las ideas. En 1875, el cardenal *Manning* decía a Gladstone: "Si los católicos fueran mayoría en Inglaterra y conquistaran el poder, no ce-

rrarían ni un templo, ni una escuela protestante; tratarían únicamente de hacerlo mejor que sus rivales, y de atraerlos con sus virtudes y sacrificios". El cardenal *Gibbons* usa el mismo lenguaje a propósito de los Estados Unidos, especialmente a propósito de la colonia de Maryland, la cual, habiendo sido fundada por católicos, practicó siempre la más amplia tolerancia con los protestantes: "Afirmamos—dice,—y esto con cierto sentimiento de orgullo, que, hasta el día de hoy, en los Estados Unidos ni un solo templo protestante, ni una sola casa de educación han sido destruídos, y que ninguna violencia se ha hecho a ministro protestante alguno, por los que profesan la fe católica". En la cátedra de Nuestra Señora de París, dijo *Mons d'Hulst*: "El género humano ha contraído, en sus locas excursiones por el campo del error, un gusto de independencia intelectual que ya no perderá. La repugnancia creciente del espíritu moderno por la represión de las ideas, es un hecho que ha de tenerse presente en el gobierno de las almas y de las sociedades. La misión de la Iglesia con relación a los que nos precedieron, tuvo el carácter de una tutela saludable ejercida sobre sociedades infantiles. Hoy se encuentra en presencia de sociedades emancipadas por la ciencia, por el progreso económico, por el desarrollo de una civilización..." Y el mismo León XIII, en su encíclica *Libertas,* reconocía que "la Iglesia no se opone a la tolerancia que el poder público cree poder usar con relación a ciertas cosas contrarias a la verdad y a la justicia".

Nuestro derecho público moderno no es ya el derecho público de la Edad Media. Por consiguiente, nos equivocaríamos si juzgáramos lo pasado con las ideas de lo presente, si condenáramos las medidas tomadas en lo pasado contra la herejía, armándonos de las ideas

de tolerancia que ha entrado en nuestro espíritu y en nuestras costumbres.

Del mismo modo, cuando comprobamos los castigos infligidos antes a la herejía, debemos tener presente el derecho penal antiguo, que difiere totalmente de nuestro derecho penal moderno.

II. La penalidad en lo pasado y en lo presente.

La penalidad en la Edad Media no era la misma que hoy en día. "Os ruego—dice el P. Monsabré—que no juzguéis la penalidad antigua como hombres del siglo XIX: olvidad que nuestras costumbres se han suavizado, que nuestros temperamentos se han armonizado. Gentes delicadas, que visitan cada quince días o cada mes a su médico, a su dentista o a su pedicuro, para evitarse un pequeño dolor, tienen gran trabajo para comprender las duras naturalezas de los siglos de hierro y de bronce, en los cuales la fuerza pasiva era la medida de las pasiones ardientes y de los apetitos violentos que hacían más fácil el crimen. Para contener semejantes naturalezas en el deber, hubiesen sido insuficientes nuestras penalidades aminoradas; necesitábanse más severas represiones". Nada más razonable que estas palabras. Con el tiempo, la temperatura penal se ha suavizado. La infiltración gradual en nuestras costumbres del espíritu evangélico transformó el derecho penal; pero antes, la legislación penal era dura, durísima. La tortura era de uso corriente con relación a los acusados. Se aplicaba a los crímenes de lesa majestad divina el suplicio de la hoguera; a los crímenes de lesa majestad real el suplicio de descuartizamiento; a los crímenes de lesa majestad paterna, el suplicio del potro o del puño cortado. Aun en tiempos de Luis XIII,

el mariscal de Ancre fué acusado de hechicería y quemado vivo. El barón de los Adrets hacía saltar a los prisioneros sobre las picas de sus soldados. En pleno siglo XVIII, Damién, medio demente, culpable de haber herido a Luis XV con la pequeña hoja de un cortaplumas, fué ejecutado con un lujo de crueldad inaudita. Es evidente que no podemos comparar el tiempo en que vivimos, con los tiempos antiguos, en los cuales el suplicio y la muerte se aplicaban a la mayor parte de los delitos y de los crímenes. Para juzgar un hecho histórico cualquiera, hay que colocarse con el pensamiento en la época en que ocurrió, y penetrarse de las leyes, usos y sentimientos populares de aquel entonces. Para formular una apreciación sana y justa sobre la conducta de la Iglesia con relación a los herejes de la Edad Media, es preciso tener presente la legislación penal en uso en los siglos XIII y XIV. Ahora bien, en aquella época vemos funcionar en todos los tribunales de Europa el tormento, la tortura, la pena de muerte. A este propósito os someto tres consideraciones importantes:

1.° *La Iglesia no inventó la penalidad* del antiguo régimen. Existía y estaba en uso en todas partes. La justicia criminal se servía de ella para toda especie de culpables. Poned atención en esto: no se inventaron suplicios especiales para los herejes, sino que se les aplicó la legislación penal de la época, que era atroz, y castigaba duramente faltas a las cuales infligimos hoy en día castigos mitigadísimos. Admitiendo que semejantes penas eran durísimas, la Iglesia es enteramente inocente de su excesiva dureza. No podía cambiar de golpe y porrazo las costumbres inveteradas del mundo galo-romano, los instintos todavía bárbaros de la Edad Media, el código penal en vigor aún en el siglo de Luis XIV.

2.ª *La Iglesia no aplicó la penalidad* del antiguo régimen. El castigo corporal no se avenía con la índole de mansedumbre que domina en la Iglesia. Por consiguiente, no castigaba ella misma a los culpables, sino que los entregaba al brazo secular. El poder religioso juzgaba la herejía; el poder civil la castigaba. "Y si en los procedimientos mixtos—dice el P. Monsabré—estaba obligada a conformarse con las costumbres y prácticas del tiempo, hacíalo siempre con suavidades que servían de lección a la justicia secular y contribuían mucho a encaminar a procedimientos más humanos".

3.ª *La Iglesia atenuó la penalidad* del antiguo régimen en la medida de lo posible. He aquí algunos ejemplos.

Se habla mucho de los rigores de la Inquisición. A pesar de ello, la Inquisición era el más suave de los tribunales de la época. En efecto, todos los demás, tenían la costumbre de renovar el tormento en los interrogatorios, tantas veces como juzgaban conveniente. Los reglamentos de la Inquisición prohibían aplicarlo más de una vez en el mismo proceso. La Inquisición romana en particular fué siempre modelo de suavidad. A despecho de la opinión abstúvose de derramar sangre y postróse en la práctica indulgentísima. ¿Quién ignora que los judíos tenían en Roma sus barrios y sinagogas, y que los papas, en las horas de persecución, los ampararon siempre?

El clero secular o regular podía tener, como señor temporal, el ejercicio de la jurisdicción civil o secular, por consiguiente, el derecho de justicia. Pues bien, en este terreno también, dió pruebas la Iglesia de parti-

cular benevolencia. Los señores eclesiásticos aplicaron a veces la justicia civil, pero no tomaron nunca parte en la administración de la justicia criminal, pues la entregaban a sus oficiales o ministros. Sin duda que defendían su derecho de justicia señorial, pero generalmente con espíritu de conciliación, de suavidad, de mansedumbre, por medio de transacciones o arbitrajes, mediante procedimientos benévolos y paternales que acreditaban el proverbio: "Se vive bien bajo el báculo".

Se juzga lo pasado, comparándolo con nuestras ideas y hábitos actuales; no se tiene presente el derecho público ni la penalidad del antiguo régimen. Esto es un error. Así se falta a la justicia, no sólo en lo que se refiere a la Iglesia, sino también con relación a nuestros antepasados. Porque, en resumidas cuentas, si la Iglesia fué cruel, no pudo serlo más que a ciencia y paciencia y con la complicidad de nuestros padres, de los nuestros y de los de ellos, y yo no veo en verdad qué placer y qué derecho podemos tener en gritar por todas partes que nuestros padres fueran cobardes, crueles, cómplices de tiranos o bandidos. Si nuestros antepasados, católicos o protestantes fueron culpables, criminales o cómplices, no debemos mostrarnos orgullosos de ello, y en último resultado, no somos responsables de ello. Lo mejor sería, pues, no lapidarnos con esos recuerdos de lo pasado. Lo mejor sería dejar dormir en paz los viejos siglos de la Edad Media en su polvo y en su gloria. Hablemos de nuestros antepasados para excitarnos a imitar sus virtudes, que son indiscutibles, y echemos el velo del olvido y del silencio sobre lo que llamamos sus ignorancias y desfallecimientos. Pocas palabras más.

Se apoyan en lo pasado para acusar de crueldad a la Iglesia. Esto es una equivocación. Si ciertos hombres, en lo pasado, comprendieron o sirvieron mal a la Igle-

sia, la Iglesia no es responsable de ello. La Iglesia sólo responde de sí misma, es decir, de su doctrina. En este terreno es inatacable, impecable, invulnerable. De ello nos convenceremos el domingo próximo.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

LAS DOCTRINAS Y LOS HOMBRES

SEÑORES:

Los que reprochan a la Iglesia sus crueldades, no saben lo que dicen. Confunden lo pasado con lo presente, juzgan lo pasado con las ideas de lo presente, y formulan juicios que no son razonables ni equitativos. Ya os lo he demostrado. Pero faltan todavía a la razón y a la justicia de otro modo, pues confunden las doctrinas con los hombres, y atribuyen a las doctrinas de la Iglesia los excesos cometidos por ciertos eclesiásticos. Procuremos hoy cegar esta segunda fuente de mentira y de error.

I. Las doctrinas de la Iglesia no son doctrinas de intolerancia.

No hay que imputar a la Iglesia más que aquello de lo cual es responsable, es decir, únicamente lo que está

contenido en la ley de su símbolo y en la moral de su Decálogo. Hay que imputarle sus doctrinas. Pues bien, las doctrinas de la Iglesia no son doctrinas de intolerancia.

1.° Pongo por testigo al *Fundador* de la Iglesia Jesucristo, con su palabra y su ejemplo, no predica más que suavidad y tolerancia. No rompe la caña semiquebrada, no extingue la mecha que aún humea, vino, no a llamar a los justos, sino a los pecadores. Perdona a la mujer adúltera, se sienta a la mesa de Zaqueo, habla con la Samaritana. Censura a los Apóstoles porque quieren hacer caer fuego del cielo sobre una ciudad inhospitalaria, y les dice: "No sabéis de qué espíritu estáis hechos; no he venido a perder, sino a salvar". En el momento de su Pasión, ordena a Pedro que vuelva la espalda a la vaina. Con tales ejemplos y declaraciones fundó su reino, su Iglesia. Luego las doctrinas de la Iglesia no pueden ser, no son, doctrinas de intolerancia.

2.° Pongo por testigo la *naturaleza* de la Iglesia. Para ser intolerante, debería la Iglesia, no sólo haber mentido en sus orígenes, sino abdicar su esencia y renunciar a su razón de ser. La Iglesia es una sociedad espiritual. Tiene por misión santificar las almas, las almas, ¿lo oís, señores?, y las almas, que son libres, no son accesibles más que a la persuasión. Ni la verdad, ni la virtud entran en el alma por la fuerza: con gendarmes y suplicios, puede hacerse una policía diligente, pero no una religión sincera... pueden engendrarse hipócritas, esclavos del miedo, pero nunca servidores de Dios libres, voluntarios, convencidos. La fuerza puede embrutecer y reprimir, pero es absolutamente impotente para llevar la convicción a las al-

mas. Las doctrinas de la Iglesia no pueden ser, no son, doctrinas de intolerancia.

3.° Pongo por testigo la *enseñanza tradicional* de la Iglesia. Todos los Padres de la Iglesia, todos los doctores, todos los papas, todos los concilios, bajo una u otra forma, no cesaron de proclamar la libertad de la religión y de proscribir el uso de la violencia para imponer la fe.

"Destruir la libertad religiosa —exclama Tertuliano— es hacer acto de irreligión. Dios quiere ser elegido, y desdeña los hombres y los homenajes forzados."

San Agustín, el más grande de los doctores de la Iglesia, formula así el principio de la libertad de conciencia: "La fe es un acto de voluntad libre. *Credere nemo potest nisi volens.*" He ahí la verdadera declaración de los derechos del hombre. Por eso Emilio Faguet ha podido escribir recientemente: "Ciertamente, el cristianismo es el que ha fundado los derechos del hombre; lo he repetido ya suficientemente, y lo que más me confirma en ello es que Taine lo dijo antes que yo, y más seguridad me da todavía el hecho de que Montesquieu lo dijera mucho antes que Taine." Sí, la Iglesia proclamó los derechos del hombre defendiendo las conciencias contra las empresas de la violencia, y declarando con san Agustín que "el hombre no puede creer más que de buen grado, *Credere nemo potest nisi volens.*"

Alcuino repite estas palabras de San Agustín para contener el celo poco ilustrado de Carlomagno, que creía poder convertir a los sajones por la espada más prontamente que por los predicadores de la palabra.

El príncipe de los teólogos, *Santo Tomás,* define así

la fe: un acto de voluntad, y quiere que, en su formación, se mantenga al abrigo de toda violencia.

Fenelón, en el siglo XVIII, en pleno dominio de las monarquías absolutas, tiene el mismo lenguaje cuando escribe a Jacobo III de Inglaterra: "No obliguéis a vuestros súbditos a cambiar de religión... Conceded a todos la tolerancia civil, no aprobándolo todo como indiferente, sino soportando con paciencia todo lo que Dios soporta, y tratando de conquistar a los hombres con dulce persuasión".

Finalmente, en nuestros días, *León XIII,* en su encíclica *Immortale Dei,* exclama: "Nadie sea obligado por la fuerza a abrazar la fe".

La doctrina de la Iglesia jamás varió sobre este punto. Pudo permitir, y aun pedir, en otro tiempo, que se recurriese a las armas para defender la fe. Esto era de derecho natural y de derecho público europeo. Pero jamás pidió ni permitió que se sirviese nadie de la violencia para imponer la fe. Esto hubiera sido contrario al Evangelio y al simple bien sentido. Las doctrinas de la Iglesia no pueden ser, no son, doctrinas de intolerancia.

4.° Pongo por testigo *la conducta* de la Iglesia; todavía más significativa que su doctrina. En su conducta, la Iglesia se nos presenta siempre y en todas partes implacable con el error y benévola con las personas.

Implacable con el error, la Iglesia lo fué y debía serlo; no se pide a un médico que se muestre tolerante con la enfermedad. No, la estudia, la persigue hasta en sus gérmenes, procura atacar los microbios que son causa de ella. Hay errores que circulan en la atmósfera intelectual, como hay microbios difundidos por el aire, el agua, los alimentos, el organismo humano. La Igle-

sia persigue esos errores, los denuncia, trabaja en su exterminio. Está en su derecho y en su deber: *Interficite errores.* ¡Muerte al error! Pero, ¿en dónde está el error sino en el hombre que se engaña? Entonces hay que hacer uso de una delicadeza incomparable, hay que proceder con una prudencia, con un tacto, con una ternura extraordinaria. *Diligite homines.* Así procede la Iglesia.

Benévola con las personas; la Iglesia debe serlo y lo ha sido siempre. Vedla en el curso de la historia. Previene, modera, reprime los rigores de la justicia del siglo en los tribunales de la Inquisición. El papa Clemente IV reprocha dulcemente al rey San Luis su demasiada severidad contra los blasfemos. Mucho antes de condenar a los herejes, la Iglesia los advierte, los amenaza, discute con ellos; hace lo posible y lo imposible para iluminarlos, para enternecerlos, para convertirlos. Paciente en su justicia, les concede tiempo y libertad para explicarse y defenderse; harta ya de exhortaciones y de oraciones, juzga, condena, excomulga, pero siempre se muestra misericordiosa y maternal, siempre dispuesta a perdonar, siguiendo a los culpables hasta el pie del cadalso y de la hoguera para transformar el suplicio en humilde y saludable expiación. En Roma especialmente, en el centro de su poder espiritual, la Iglesia ha procedido siempre con la mayor suavidad. La Inquisición romana jamás pronunció, en las causas religiosas, sentencia alguna capital. Y hoy ¿es posible acusar razonablemente de intolerancia a la Iglesia? No es posible. Muéstrase piadosa con los incrédulos de buena fe y aun con los ciegos voluntarios. A falta de la unidad religiosa, preconiza la unión como el mayor de todos los bienes, y la unión entre espíritus que no tienen la misma fe, no se concibe sin mutua tolerancia. Esto es claro. Las doctrinas de la Iglesia no

son doctrinas de intolerancia. Pero los eclesiásticos... ¿han practicado todos y en todo tiempo sus doctrinas? Expliquémonos sobre este punto.

II. Ciertos eclesiásticos pudieron ser, y lo fueron, intolerantes.

La tolerancia no es una virtud siempre fácil de practicar. Cuando nos hallamos frente a frente de la mala fe, y de la mala fe demostrada, evidente, la indignación se apodera instintivmente del corazón, del rostro, de los labios, de las manos. Siente uno la tentación de saltar sobre su adversario, de devolverle golpe por golpe, de administrarle la corrección que merece, y de maltratarle, aun a riesgo de hacer más penosa y repugnante su vuelta a la verdad, si no del todo imposible. La tolerancia en semejante caso cuesta mucho a nuestra naturaleza, siempre inclinada al empleo de la fuerza brutal. Se convierte en virtud heroica, y sobre todo, si uno es el más fuerte, si está uno seguro de vencer al recalcitrante, ¡cuán difícil le es contenerse, moderarse, conservar la serenidad y la paciencia!

De hecho, ciertos eclesiásticos no supieron conservar su sangre fría en presencia de los herejes, de los revoltosos, de los descarriados, de los incrédulos. *Ciertos seglares fueron intolerantes.* Ciertos príncipes cristianos no supieron conservar la medida en la represión de los errores y del mal. Los soldados de Simón de Montfort ejercieron crueldades inútiles con los albigenses. La Inquisición fué en manos de los reyes instrumento de opresión y de iniquidad. Luis XIV empañó la gloria de su reinado con las dragonadas y Catalina de Médicis se deshonró con la matanza de San Bartolomé. Esto es innegable. Hubo reyes, emperadores, señores catolicos que obedecieron a un celo mal entendido, o a cálculos

demasiado humanos, en la defensa del catolicismo que ora confundieron los inocentes con los culpables, las víctimas de la seducción con los seductores, ora desplegaron una severidad excesiva con relación a culpables debidamente condenables y justamente condenados. Voy más allá, pues debo decir toda la verdad.

Ciertos eclesiásticos fueron intolerantes. Hubo obispos, sacerdotes y religiosos que se convirtieron en servidores complacientes de los príncipes cristianos que explotaban la Inquisición en provecho de su política sombría y de su absolutismo, y sacrificaron numerosas víctimas a la cólera y a la ambición real. ¿Estamos obligados a justificarlo todo en la obra inquisitorial? En manera alguna. Los sacerdotes que entraban en los tribunales de la Inquisición eran hombres, y más de una vez abusaron de los poderes que se les habían conferido; en más de una ocasión rebasaron los límites de la equidad, y sirvieron mal los intereses de la religión. Hubo representantes de la Iglesia en lo pasado, como de los particulares y del Estado, cuya educación en materia de tolerancia dejaba mucho que desear. Confesémoslo sencilla y francamente: ciertos eclesiásticos pudieron ser, y lo fueron, realmente intolerantes.

Pero *la Iglesia no está obligada a cubrir todos sus actos,* sino que los abandona a la libre apreciación de los historiadores. Jamás los aprobó, sino que siempre los condenó, desde que advirtió que eran inmoderados, injustos y culpables. Se necesita estar dotados de insigne mala fe, o de inconcebible ligereza, para atribuir los actos inconsiderados de algunos príncipes cristianos a la autoridad religiosa, que nunca cesó de desaprobarlos. Concedo que ciertos reyes y ciertos obispos o religiosos abusaron de la violencia con relación a los herejes, pero niego que se deba hacer a la Iglesia responsable de ellos. Más de una vez condenaron severa-

mente los papas a los inquisidores que, demasiado ardientes por la justicia, olvidaban la suavidad evangélica; más de una vez, cuando aquellos mismos inquisidores se obstinaban en perseguir a los que habían recurrido a Roma, pidiéronles los papas cuenta de su conducta y los amenazaron con la excomunión; más de una vez los papas reclamaron enérgicamente contra la astucia y el despotismo de los reyes, que procuraban hacer prevalecer su áspera justicia sobre la suave justicia de la Santa Sede. Nadie ignora que los autos de fe, la matanza de San Bartolomé y otros excesos del mismo género fueron objeto de la reprobación de los romanos pontífices. La Iglesia no es responsable de los extravíos y excesos de los que mal la conprendieron o mal la sirvieron. Los hombres que practicaron la intolerancia pertenecían a la Iglesia, pero no eran la Iglesia, esto es, la autoridad suprema, a la cual confió Jesucristo el depósito de la fe y la dirección general de las costumbres cristianas. Aquellos hombres pertenecían a la Iglesia, pero carecían del espíritu de la Iglesia, y no aplicaban las doctrinas de la Iglesia.

En resumen, las doctrinas de la Iglesia no son doctrinas de intolerancia. Pero ciertos hombres, ministros o hijos de la Iglesia, ¿no fueron intolerantes? Esto es otra cosa.

Que ciertos hombres, seglares o eclesiásticos, reyes o señores, obispos, sacerdotes o religiosos, de este o del otro país, comprendieran y aplicaran mal las doctrinas de la Iglesia, y se sirvieran de un pretexto religioso para tiranizar las conciencias, para imponer la fe, o para defenderla con excesivo rigor, la historia deberá decirlo, si hay lugar a ello, y condenarlos, si lo merecen.

Pero la Iglesia, ¿es responsable de los errores y faltas de sus ministros y de sus hijos? En manera alguna. La Iglesia es responsable de sus doctrinas, no en modo al-

guno de los actos de los que pudieron abusar de sus doctrinas, o no entenderlas. La religión no es culpable de los crímenes y excesos cometidos en su nombre por fanáticos sin autoridad, del mismo modo que la ley que prohibe el robo, no es causa de las violencias y latrocinios cometidos en su nombre, como tampoco un ejército es responsable, y menos todavía el código de justicia militar, de la traición de algunos generales o de la cobardía de algunos soldados.

Se confunden con demasiada frecuencia las doctrinas con los hombres, y se atribuyen a las primeras lo que debe quedar reservado a los segundos. De aquí prejuicios lamentables e injusticias irritantes. Evitemos estas confusiones peligrosas, y juzgaremos lo pasado de la Iglesia a la luz del buen sentido y de la equidad.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

LA INQUISICION

SEÑORES:

El plan de mis conferencias me lleva a tratar de las crueldades que se atribuyen a la Iglesia, por lo que debo hablaros hoy de la Inquisición.

¡La Inquisición! No conozco asunto más difícil de tratar, porque no conozco ninguno que sea *tan complejo*. Se trata de una institución formidable, que actuó durante siglos, en países muy diferentes, bajo la doble influencia del poder religioso y del civil. No conozco asunto más difícil de tratar, porque no conozco ninguno que haya sido más desfigurado y *falseado* por la ignorancia, por la mala fe, por la especulación. Muchos hablan de la Inquisición sin conocerla más que por lecturas fantásticas trazadas en novelas históricas, o por exhibiciones exóticas o exposiciones de charlatán. No me propongo agotar este asunto, pero sí quisiera deciros lo suficiente para que tuvierais sobre él nociones exactas. Los ignorantes y los estúpidos nos

echan en cara la palabra Inquisición, que creen horrible, sin apenas saber lo que significa. Los calumniadores y los hábiles, para quienes todos los medios son buenos, aun la mentira, para desacreditar a la Iglesia, se sirven de la Inquisición como de un argumento destinado a confundirnos. Quisiera poneros en estado de poder contestar a los unos y a los otros.

I. La Iglesia instituyó la Inquisición, y no tiene por qué avergonzarse de ella.

¿Qué es la Inquisición. Un tribunal establecido en otros tiempos en algunos países de la cristiandad, con el concurso de la autoridad civil y el de la eclesiástica, para la investigación y represión de los actos encaminados a destruir la religión. Ocurrió esto en el siglo XIII. La Iglesia acababa de salir de la querella de las investiduras, y se hallaba en presencia de la monstruosa herejía de los albigenses y de los valdenses, los cuales, con las armas en la mano, amenazaban igualmente a la Iglesia y al Estado. Los medios de persuasión eran insuficientes. La Iglesia y el Estado se unieron para contener y vencer al enemigo común. Un tribunal, medio civil, medio eclesiástico, fué instituído por Inocencio III. Al poder eclesiástico incumbía la comprobación del crimen, al civil, aplicar el castigo. Este tribunal funcionó en la cristiandad desde el siglo XIII al XIX, bajo formas variadísimas, según los tiempos y lugares. Ahora bien, afirmo que la Iglesia no tiene que avergonzarse de esta institución, y lo pruebo.

1.º La Iglesia, al instituir la Inquisición, *se defendió a sí misma.* La Iglesia es una sociedad esencialmente voluntaria; no obliga a nadie; en ella entra y sale

quien quiere, y, de hecho, jamás se estableció por la violencia. Su medio es la persuasión; sus armas, la palabra y el sacrificio. Pero si la Iglesia no debe imponerse jamás, puede a veces defenderse; si su cátedra se ve amenazada, si sus altares son invadidos, si sus súbditos rebeldes desgarran su seno, ¿por qué prohibirle lo que pertenece a todo el mundo, el derecho de legítima defensa? Por medio de la Inquisición, defendió la Iglesia en otras épocas su doctrina, su clero, sus inmunidades, sus propiedades, su organización, su vida. Y tanto menos tiene que avergonzarse cuanto, al defenderse a sí misma, protegía los intereses más sagrados de las almas, de la sociedad y de la civilización.

2.° La Iglesia, al instituir la Inquisición, *defendió las almas*. El bien más preciado de las almas es la fe, y su fin supremo, la salvación eterna. Ahora bien, la Iglesia estableció la Inquisición—no os espante la palabra; ved y juzgad fríamente la cosa—; la Iglesia estableció la Inquisición para asegurar la pureza de la fe y salvar las almas. Gracias a la Inquisición, puso a sus fieles hijos al abrigo de las sorpresas de la herejía; protegió a los débiles contra las empresas de los pérfidos y de los perversos; ofreció a los inocentes falsamente acusados un tribunal ilustrado e imparcial, y a los mismos culpables un tribunal lleno de equidad y de indulgencia; y al trabajar de esta suerte en el bien de las almas, trabajó a la vez por el bien público.

3.° La Iglesia, al instituir la Inquisición, *defendió la sociedad*. Para juzgar lo pasado, hagamos de nuestra alma un alma histórica, un alma de antepasado. Antes, la unidad religiosa era el pacto fundamental de la cristiandad. Los gobiernos europeos reconocían la religión

católica como religión del Estado, de suerte que la herejía era, a los ojos de todo el mundo, no solamente un crimen contra Dios, sino un crimen de alta traición contra el Estado. Reprimir la herejía, era proteger la sociedad amenazada en su unidad, en su reposo, en su desarrollo normal, en su existencia misma. Los herejes, según el antiguo derecho europeo, eran sediciosos, conspiradores, anarquistas, enemigos del orden social. La Iglesia, por medio de la Inquisición, se entendió con el poder secular para vigilarlos, desenmascararlos, juzgarlos y castigarlos. ¿Qué mal hubo en esto? La Iglesia defendió el orden social; estaba en su derecho y en su deber, pero voy más lejos todavía.

4.° La Iglesia, al instituir la Inquisición, *defendió la civilización*. Si se hubiera encerrado a tiempo a Lutero y a Calvino, ¡cuánto bien hubiera reportado Europa! ¡Cuánta sangre y cuantas ruinas se hubieran ahorrado nuestros antepasados! La Reforma puso fuego a toda Europa. Pues bien, el mismo Voltaire tuvo que declarar que España, gracias a la Inquisición, pudo escapar de aquel incendio universal. Gracias a la Inquisición, ¡cuántas obras de arte se salvaron! ¿En dónde estarían los monumentos de Roma y de España. *el Moisés* de Miguel Angel, *la Transfiguración* de Rafael, si las antorchas y el martillo de los calvinistas, tan funestos a Francia, hubieran podido atacarlos? Habéis oído decir que la Inquisición fué una causa de decadencia y que detuvo el vuelo de la ciencia. Nada tan falso. Un protestante, M. Reville, profesor del Colegio de Francia, en sus *prolégomènes de l'histoire des Religions* (1886, p. 315), afirma, por lo contrario, que debemos a la Inquisición "el sentimiento del valor inmenso de la verdad", y, por tanto, indirectamente el

progreso científico propio de las sociedades cristianas. Otra observación:

5.° La Iglesia, al instituir la Inquisición, *no hizo más que responder a la demanda unánime de los reyes y de los pueblos.* Los hombres del día sostienen que todo rigor es inútil y que las ideas no se reprimen. ¡Valiente broma! Permitidme que os pregunte si nos contentamos únicamente con los medios de persuasión para contener a los incendiarios, asesinos y envenenadores. Pero sea lo que fuese sobre este punto, la opinión de nuestros contemporáneos, la de nuestros padres no era dudosa. Reclamaban todos la represión del error y del mal, la represión de la herejía. La Inquisición fué establecida en casi toda Europa a petición de los soberanos. Los pueblos antes apelaron a ella que temieron su severidad. Para satisfacer el anhelo universal, instituyó la Iglesia la Inquisición. De ello no tiene por qué avergonzarse.

Sí, pero, se dirá, si esta institución fué legítima y honrosa en su fuente, ¡cuántos abusos y pasiones la mancharon en su curso! Vamos a verlo.

II. Hubo excesos en la Inquisición, pero de ellos no es responsable la Iglesia.

1.° La Inquisición funcionó *en tiempos* que no pueden compararse con los nuestros. Hoy la vida humana es respetada, las costumbres se han suavizado, el código penal es benigno, la pena de muerte rara vez es aplicada, y la mayor parte de las personas honradas están menos bien alojadas que los bellacos en las nuevas prisiones. Antes las penalidades eran terribles.

La Inquisición no inventó esas penalidades: no hizo

más que tomarlas de la justicia temporal de la época. Los castigos excesivos infligidos a los herejes por la Inquisición no son, pues, imputables a la Iglesia, sino más bien a la época, a una época cuya educación, en materia de tolerancia, no estaba acabada, y se mostraba despiadada en la represión de todos los delitos.

2.º Además, los inquisidores eran *hombres*.

Es cierto que algunos abusaron del poder que se les había confiado. De un tribunal creado para examinar especialmente las doctrinas, algunos fanáticos hicieron a veces un consejo de jueces criminales y de verdugos. Algunos inquisidores seglares, y aun laicos, rebasaron la medida de la moderación y de la justicia. No pocos príncipes abusaron de la Inquisición, de la cual hicieron un instrumento al servicio de su ambición y de su absolutismo.

Pero todos esos hombres, ¿eran la Iglesia? En manera alguna: 1.º Carecían de su espíritu, que es un espíritu de suavidad, y 2.º no eran los representantes oficiales de la Iglesia, la cual únicamente se personificaba en los papas y en los concilios. La Iglesia en modo alguno se presta a cubrir todos los actos de los que la comprenden y sirven mal. No es responsable de los excesos de la Inquisición, excesos que hay que imputar a la dureza de los tiempos y a la malicia de los hombres.

3.º He ahí, por ejemplo, la Inquisición española. Era un tribunal real, compuesto de ocho miembros. seis seglares y dos eclesiásticos, todos nombrados por el rey. Verdad es que el presidente de este tribunal era siempre un prelado; pero ¿quién lo elegía? El rey. Todas las confiscaciones decretadas por el tribunal eran atribuídas al rey. Por otra parte, el tribunal de la Inquisición española juzgaba muchas causas extrañas a la fe, como

los delitos referentes al contrabando, a las armas de guerra, a la moneda falsa. En resumen, la Inquisición española era un instrumento de dominación en manos del poder real.

No era en manera alguna un tribunal eclesiástico sometido al papa. No se podría, pues, sin injusticia atribuir sus excesos a la Iglesia y al papa. Generalmente se cree que la Iglesia y el papa empuñaban todos los hilos de la Inquisición. Es falso. Sólo en Roma ocurría esto. Fuera de Roma, la Inquisición evitaba generalmente la dirección del papa y soportaba la ingerencia del poder civil.

4.º Pero por lo menos, la Iglesia ¿hizo lo que pudo *para prevenir y reprimir los excesos* de la Inquisición? Sí, señores, la historia imparcial nos dice que la Iglesia cumplió con su deber aquí como en todas partes.

La Iglesia cumplió con su deber *en la composición de los tribunales de la Inquisición.* Puso en ellos sacerdotes, los cuales debían tener por lo menos cuarenta años. No eran jueces, ni ejecutores. No desempeñaban otro cargo que el de nuestros jurados en la audiencia. Comprobaban los delitos, y los jueces civiles aplicaban las penas.

La Iglesia cumplió con su deber *en el funcionamiento de los tribunales de la Inquisición.*

Recomendó a los inquisidores que procuraran convertir a los herejes antes que castigarlos, que dejaran a los acusados tiempo para reflexionar y la posibilidad de defenderse, que concedieran a los culpables plazos de gracia, que debían renovarse hasta tres veces, que absolvieran lo antes posible a los arrepentidos a fin de sustraerlos a las penas civiles.

La Iglesia *protestó* contra los rigores de la Inquisición. Reprochó a sus ministros las cobardes complacen-

cias con el poder civil y sus excesivas severidades en los oficios de la Inquisición. El celo mal entendido y las prácticas crueles de la Inquisición jamás hallaron gracia ante el pontificado. El papa Sixto IV censuró al rey Fernando. El papa León X resistió al emperador Carlos V. Los papas escribieron por lo menos cincuenta y dos cartas de protesta para pedir que los condenados tuviesen el derecho de apelar a Roma.

En efecto, la Inquisición romana fué siempre *un modelo de mansedumbre,* un tribunal de misericordia tanto como de justicia, el único de los tribunales humanos en que el inculpado era absuelto con sólo decir: "Me retracto"; el único de todos los tribunales penales que jamás pronunció una sentencia de muerte; institución suave, indulgente, a la cual apelaron los Templarios en tiempo de Felipe el Hermoso, y Juana de Arco en el reinado de Carlos VII, pidiendo como gracia, sin obtenerla, ser juzgados en Roma, porque Roma es el lugar del mundo en que el hombre padeció menos por cuestiones religiosas, precisamente por ser el lugar en que mejor comprendida es la religión.

Señores, se explotan contra la Iglesia y contra los católicos los abusos de la Inquisición. Si esto no fuera criminal, sería idiota, porque: 1.º ¿cómo pueden atribuirse a la Iglesia vicios y excesos que nunca cesó de señalar, de condenar, de corregir?; 2.º ¿cómo las faltas de nuestros antepasados en la fe pueden justificar los rigores que soportan hoy los católicos, o con los cuales son amenazados? Si la Inquisición cometió crímenes, permitiremos a nuestros perseguidores que la censuren, pero en nombre del buen sentido, de la justicia y de la libertad, les pedimos que tengan por lo menos el pudor de no reconstituir la Inquisición, ni resucitar contra nosotros las vejaciones de lo pasado. La Inquisición murió. ¿Quién trata de resucitarla hoy en día? Los

enemigos de la Iglesia. Hay que hacerles entender que se engañan, que cometen un error, que son ilógicos e injustos, que no lo lograrán.

Así sea.

NOTA.—Para juzgar la Inquisición, hay que tener presente, como ya hemos dicho, *el tiempo* en que se desenvolvió. "No considero la Inquisición y la noche de San Bartolomé como crímenes de la Iglesia, sino como crímenes del medio y del tiempo" (Palabras de Fournière en una conferencia contradictoria con el abate Garnier. Véase *le Sillon* de 1903.)

E. Renán escribió: "Son injustos con las persecuciones de la Iglesia en la Edad Media. Si los actos de la Inquisición nos indignan es porque los juzgamos con las ideas de nuestra edad escéptica" *Avenir de la Sciencie*, p. 346, 347.)

Hemos hablado de la suavidad de costumbres en nuestro tiempo, pero no hay que ilusionarse mucho sobre esto. Porque, aun en nuestra edad escéptica, hay adversarios de la Iglesia enteramente dispuestos a resucitar contra nosotros cierta especie de Inquisición a reanudar en sentido inverso las prácticas de la Edad Media. Como se decía en la Cámara no hace mucho: "De la sangre vertida en el curso de los siglos, la sangre vertida por los perseguidores de la Iglesia es aún la más fresca." Y en el periódico *le Raison* de 21 de Diciembre de 1902, escribe Lorenzo Tailhade: "Todo es permitido contra el sacerdote... no se le debe ni consideración, ni piedad. Es el perro rabioso que el que pasa tiene el derecho de matar. Exclusión, ostracismo, prisión todo es legítimo contra él..."

(Véase, sobre este asunto, *l'Inquisition, Revue practique d'apologetique,* 15 de Octubre de 1905, artículo del abate Baudrillart.)

CONFERENCIA QUINTA

LA MUERTE DE JUANA DE ARCO

SEÑORES:

Entre las crueldades atribuídas a la Iglesia, complácense en citar la muerte de Juana de Arco. Los impíos nos dicen: "La Iglesia quemó a Juana de Arco; Juana de Arco pertenece a la Iglesia como la víctima pertenece al asesino. Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, juzgó, condenó y quemó a Juana de Arco. Pues bien, este obispo era la Iglesia; luego la sangre de la mártir cayó sobre las manos de la Iglesia". No abrigo la esperanza de aniquilar esta mentira. Los que la han inventado y propagado no están aquí ni quieren ver claro. Me dirijo únicamente a los espíritus atentos, independientes y rectos que buscan la verdad, y, sin grandes esfuerzos, me propongo demostrarles que la Iglesia no entró por nada en el juicio, en la condenación, ni en suplicio de Juana de Arco; que en aquel drama, Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, no fué representante de la Iglesia, ni del papa, sino instrumento

de Inglaterra y de su gobierno; finalmente, que la Iglesia, en vez de aprobar el suplicio de Juana, provocó la rehabilitación y glorificación de la heroína.

El proceso de Juana de Arco constituye un hecho histórico público, resonante, que llenó todo un año, y que, durante aquel año, desde el 24 de Mayo de 1430 al 30 de Mayo de 1431, tuvo despierta la atención de Francia y de Inglaterra. Pues bien, en las peripecias de aquel lúgubre drama, ¿vemos aparecer por parte alguna la voluntad y la mano de la Iglesia y del papa? No. La Iglesia y el papa no entraron por nada en el proceso y suplicio de Juana de Arco.

El papa reinante era Martín V, el cual murió el 20 de Febrero de 1431. El 20 de Marzo siguiente sucedióle Eugenio IV. El proceso de Juana empezó en el pontificado de Martín V, y terminó en el de Eugenio IV. Por su parte, el concilio de Basilea, convocado por Martín V, no se abrió hasta el 3 de Julio de 1431, dos meses después del drama del Mercado Viejo. Ahora bien, todos los documentos consultados nos dicen que ni la Iglesia representada por un concilio general, ni los dos papas que reinaban en aquellos años, tuvieron que intervenir, ni intervinieron por modo alguno en el proceso incoado contra la Doncella, ni antes, ni durante, ni después de las actuaciones del mismo. Tal es el testimonio irrecusable de la historia.

I. La Iglesia no intervino en el juicio, ni en la condenación, ni en el suplicio de Juana de Arco.

El 24 de Mayo de 1430, bajo los muros de Compiegne, cayó Juana en poder de los borgoñones. En Noviembre siguiente, Juan de Luxemburgo, de quien, según las leyes de la guerra, era Juana prisionera, la vendió a los ingleses por 60.000 francos. En Diciembre

fué llevada a Ruan, encarcelada en una torre del castillo real y encerrada en una caja de hierro. El 9 de Enero de 1431 empezó su proceso. Hiciéronla comparecer, no ante un tribunal civil, o ante uno militar, sino ante uno eclesiástico. Con ello se quería evitar lo odioso de un asesinato jurídico, y justificar la muerte de Juana con un proceso religioso. Reinaba entonces el papa Martín V. ¿Intervino en el proceso? ¿Obró en él? ¿Dió alguna orden o algún permiso? ¿Fué siquiera consultado? En manera alguna. Todo lo dispusieron los ingleses, y todo lo ejecutó Cauchón.

El proceso de Juana de Arco duró cinco largos meses, de Enero a Mayo de 1431. En Marzo de 1431, el papa Eugenio IV sucedió a Martín V, y tampoco intervino para nada en el proceso. El Gobierno inglés ordenó el proceso, y el obispo de Beauvais lo abrió sin haber recibido ni una sola orden ni una sola instrucción de la Cabeza de la Iglesia, sin que la Santa Sede hubiese presentido nada, ni fuese consultada, ni avisada. Lo mismo ocurrió durante los debates. En toda la instrucción del proceso no se halla una sola pieza procedente de Roma. Para escribir a Roma, e informar a la Corte romana, Pedro Cauchón y el gobierno inglés esperaron a que Juana hubiese sido quemada. Sólo entonces, es decir, el 8 y el 28 de Junio de 1431 dirigiéronse cartas a los príncipes de la cristiandad, al papa y al Sacro Colegio para anunciarles el proceso de la Doncella, su condenación y muerte por el suplicio del fuego.

Un proceso así incoado y sustanciado, ¿puede considerarse como un proceso eclesiástico, o como un proceso de Estado? Es un proceso inglés de Estado y de venganza de Estado. Tiene las apariencias, pero no la realidad de un proceso eclesiástico. Es un falso proceso eclesiástico. El juez del proceso es un juez falso, sin poderes, sin jurisdicción válida. Las reglas funda-

mentales del procedimiento canónico fueron escandalosamente violadas; por ejemplo, se negó a Juana, pobre joven de diecinueve años, que no sabía leer ni escribir, un abogado de oficio, y un consejo que la ayudase a defenderse. Además, en todo proceso eclesiástico por causa de fe, el acusado era conducido y retenido en una prisión especial llamada prisión eclesiástica. Para la doncella no hubo nada de esto. Desde su llegada a Ruan, encerráronla los ingleses en una torre del castillo real, prisión de Estado, y la trataron, no como prisionera de la Iglesia, sino del Estado.

Lo que prueba también que la Iglesia no intervino oficialmente, con un acto de su Cabeza suprema, en el proceso de Ruan, es el hecho siguiente: El obispo de Avranches, consultado como sus colegas de la provincia de Ruan, respondió que debía elevarse el caso al papa, lo que Cauchón se guardó muy bien de hacer. Así, pues, si Cauchón temía el juicio del papa, habrá que concluir que la Iglesia, obrando oficialmente con su jefe supremo, no dió poder alguno a Cauchón para juzgar a Juana.

Finalmente, lo que prueba por modo decisivo que la Iglesia no intervino en el proceso de Ruan, es el testimonio de Juana de Arco, que apelaba sin cesar al papa; y así, dijo a Erard, uno de sus acusadores: "Ya he pedido que todo el proceso sea enviado a Roma, a nuestro Padre Santo el papa, a quien me remito después de Dios. Todo lo que he dicho, todo lo que he hecho, lo he dicho y lo he hecho por orden de Dios"— "Vuestras acciones, vuestras palabras son reprobadas por los clérigos; ¿queréis revocarlas?"—"Me remito a Dios y a nuestro Padre Santo el papa." Renovó su apelación al papa dos veces en una misma tarde; y la renovó hasta cuatro veces en una misma tarde; y en el momento de su suplicio, Juana dijo al infame

Cauchón: "Muero por culpa vuestra; si me hubieseis encerrado en la prisión de la Iglesia, no hubiera ocurrido esto." Con estas palabras indicaba claramente la heroina que había sido juzgada irregularmente por orden de los ingleses, no por orden de la Iglesia. Esto es claro. La Iglesia no intervino en el juicio, condenación y muerte de Juana de Arco.

II. Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, no era representante de la Iglesia ni de su Cabeza, sino instrumento de Inglaterra y de su gobierno.

¿Quién juzgó e hizo quemar a la Doncella? Sobre este punto no hay vacilación posible: Pedro Cauchón. El abrió el proceso, dirigió los debates, redactó las dos sentencias, y en último lugar, la sentencia de recaída, la sentencia capital, que entregaba a la supuesta relapsa al brazo secular. Ahora bien, digo que, en aquel lúgubre drama, el famoso obispo de Beauvais no fué más que instrumento de Inglaterra y de su gobierno, en manera alguna mandatario de la Iglesia y de su Cabeza.

1.° Cauchón era *un obispo.* ¿Comprometió a causa de esto la responsabilidad de la Iglesia y del papa? No. Un simple obispo no es la Iglesia, ni la cabeza de la Iglesia. Sus actos personales no pueden comprometer otra personalidad que la suya. El obispo de Beauvais no representaba a la Iglesia. El tribunal de Ruan era simple tribunal de Estado bajo las apariencias del procedimiento canónico. Cauchón y su tribunal son la Iglesia en la misma medida en que un francés es Francia, en que un simple capitán es un ejército, en que un simple sabio es la ciencia, en que un simple juez es la justicia. La Iglesia sólo sería responsable

del proceso de Ruan, si, habiéndole denunciado la iniquidad de dicho proceso, se hubiera mostrado indiferente con relación a él, o lo hubiera positivamente aprobado. Ahora bien, la Iglesia hizo todo lo contrario. No ordenó el proceso, no lo dirigió, no lo ratificó. Lo revisó y anuló.

2.° Por otra parte, Cauchón era *un obispo sin jurisdicción.* Como obispo de Beauvais, no era el juez ordinario y legítimo de la Doncella: 1.° La Doncella cayó prisionera, no en territorio de la diócesis de Beauvais, sino de la de Soissóns. Luego no dependía del obispo de Beauvais; 2.° Aunque hubiese tenido jurisdicción ordinaria sobre Juana de Arco, Cauchón, en aquel caso especial, no podía juzgarla. Por el hecho de visiones y apariciones, Juana no era justiciable ante ningún tribunal, y aun admitiendo lo contrario, ¿no había sido examinada y juzgada en Poitiers por el arzobispo de Reims, metropolitano de Cauchón? Cauchón no tenía poder para reformar el juicio de su superior jerárquico; 3.° En todo momento de la causa, cesaba de tener autoridad sobre Juana desde el momento en que apeló al concilio, o al papa. Pues bien, no sólo no atendió la apelación, sino que prohibió que se consignara en el extracto de la sesión, con amenazas al escribano; 4.° Finalmente, por el solo hecho de ser enemigo declarado de Juana, no podía ser Cauchón juez legítimo de ella. Ningún poder del mundo, ni siquiera el Vicario de Jesucristo, hubiese podido conferirle válidamente tal poder. Tanto el derecho natural como el eclesiástico se oponían absolutamente a ello. En resumen, Cauchón, con relación a Juana de Arco, era un obispo sin ninguna jurisdicción. No tenía la jurisdicción ordinaria, ni recibió la extraordinaria de persona alguna en la Iglesia, de la Iglesia universal,

ni de la Iglesia de Francia. Echó sobre sí consciente y voluntariamente la responsabilidad de una causa sobre la cual no tenía jurisdicción ordinaria ni delegada. No tuvo la menor consideración con ninguna regla de derecho eclesiástico. Su incompetencia corrió parejas con su indignidad.

3.° Cauchón fué *un obispo prevaricador*. Enemigo de la acusada y vendido a sus mortales enemigos, los ingleses, se constituye juez de la Doncella. Esto fué una infamia. Carecía de poderes, no tenía delegación ni del papa ni del concilio, y ello no obstante, constituye su tribunal. Esto era una usurpación. Comete una falsedad en escritura pública; inserta en el instrumento del proceso un texto de abjuración que la Doncella no pronunció jamás, y en consecuencia puede abrir el proceso de recaída y declarar a la acusada hereje y relapsa. Fué un falsario. ¿Cómo es posible hacer a la Iglesia responsable de los manejos de hombre semejante? Judas Iscariote traicionó a Jesucristo. Jamás se le ha ocurrido a nadie hacer a los otros apóstoles responsables de su traición. La Iglesia católica no encargó al obispo de Beauvais, Cauchón, que condenara a Juana de Arco, como los otros apóstoles no encargaron a Judas que vendiera a Jesucristo. La política inglesa pudo comprar la conciencia de algunos ambiciosos, y hacerlos instrumentos de sus pérfidos designios; pero la responsabilidad de ello no puede afectar a la Iglesia de Francia, tratada entonces como enemiga por los vencedores, y menos a la Iglesia universal, que ni siquiera fué consultada. Bazaine, en Metz, traicionó a Francia, y jamás nadie hizo a Francia responsable de su traición. Los más grandes sabios cometerían errores científicos, pero nadie hizo a la ciencia responsable de esos errores. Ocurre a ve-

ces que nuestros tribunales civiles y penales pronuncian sentencias injustas y condenan inocentes, pero jamás pensó nadie en hacer al Tribunal Supremo, y menos a Francia, responsables de sus juicios. ¿Con qué derecho se hará a la Iglesia y a su cabeza responsables de los actos de un obispo prevaricador, que estaba en falta, y aun en rebelión, con las leyes de la Iglesia, y que él mismo se confesaba y se reconocía mandatario, no de la Iglesia y de su Cabeza, sino de Inglaterra y de su gobierno? "Se había hecho inglés"—dice Michelet.—He aquí sus mismas palabras a Juana: "El rey de Inglaterra os ha puesto en mis manos, para que yo sustancie vuestro proceso, como así lo haré". No es posible expresar con más claridad lo que se tiene en el alma, y yo no creo que encontréis en ello nada que comprometa a la Iglesia. No, la Iglesia nada tiene que ver con la prevaricación del obispo de Beauvais, Cauchón, cómplice y criado de los ingleses por avaricia y ambición, obispo simoníaco, que ambicionaba, por precio de sus bajezas, el arzobispado de Ruan, obispo imposible en Beauvais, que se retiró a morir despreciado en Lisieux, obispo cismático en rebelión contra Martín V, único papa reconocido por el concilio de Constanza, obispo excomulgado por el papa Eugenio IV, obispo reprobado de todos, cuyos mismos sobrinos rehusaron defender su memoria ante el tribunal de Brehal y de Estouteville; Cauchón no representa, ni pudo tratar de representar jamás a la Iglesia. Ya que estuvo solo en la usurpación, solo esté en la responsabilidad, y cubra solo con su ignominia la cobardía de sus obscuros cómplices. En resumen, Pedro Cauchón recibió del rey de Inglaterra la orden de sustanciar un proceso contra Juana de Arco en forma eclesiástica, puesto que era eclesiástico, y lo hizo, no para obedecer a una autoridad eclesiástica, sino para complacer a los

ingleses. Cauchón fué, pues, no el representante de la Iglesia y de su Cabeza, sino el instrumento de Inglaterra y su Gobierno. He ahí la verdad.

III. La Iglesia en vez de intervenir en el suplicio de Juana de Arco, pronunció su rehabilitación y trabaja en su glorificación.

Notad, en primer lugar, el poco tiempo que media entre el martirio de la Doncella y su rehabilitación. Tan pronto como la Iglesia y Francia salieron de las angustias y dificultades del cisma y de la guerra, emprendieron y llevaron a feliz término la rehabilitación de Juana. Al entrar en Ruan (1449), contempló Carlos VII el sitio en que fué quemada Juana, y su conciencia reprochóle su negra ingratitud con relación a la mártir. Así, en 1450, ordenó que se hiciera en aquella ciudad una investigación sobre todo lo que se refería a la Doncella. Dos años después, hízose en Ruan, por orden del arzobispo, el cardenal de Estouteville, otra investigación. Finalmente, a petición de la madre de Juana y de sus dos hermanos, el soberano pontífice Calixto III ordenó la revisión del proceso bajo la direción de Juan de Brehal, gran inquisidor de Francia, de Juan Juvenal de los Ursinos, arzobispo de Reims, de Guillermo Chartier, obispo de París, y de Ricardo de Longueil, obispo de Constanza. La cuarta investigación abrióse simultáneamente en Domremy, en Orleáns, en París y en Ruan. El procedimiento duró ocho meses, y terminó con una sentencia de rehabilitación y doble reparación pública en el cementerio de Saint-Ouen y en el sitio del suplicio de Juana. Jamás la Iglesia y su Cabeza hicieron un solo acto aprobatorio, ni directa ni indirectamente del juicio y condenación de Juana, y veinticinco años solamente después de la muerte de la heroína, la

Iglesia y su Cabeza pronunciaron una sentencia solemne y sin apelación que anulaba el juicio de 1431 y lo desacreditaba para siempre.

Mas no contenta con la rehabilitación de Juana, procuró la Iglesia glorificarla. Quinientos años después del papa Calixto III, en 1894, el papa León XIII proclamó venerable a la mártir de Ruan, e introdujo la causa de su beatificación, y el 6 de Enero de 1904, el sucesor de León XIII, su Santidad Pío X, pronunciaba, con juicio solemne, que Juana de Arco había practicado las virtudes cristianas en el grado heroico requerido para poder ser elevada a los altares (1). ¿Cómo los impíos se atreven a acusarnos de crueldad e ingratitud con relación a Juana, cuando no intervenimos en lo más mínimo en su suplicio y la hemos rehabilitado y glorificado, en tanto que el cabecilla indiscutido de la impiedad, Voltaire, escribió con relación a Juana de Arco su innoble libelo *La Doncella?* Hubo en el siglo XV un hombre, un francés, que repudió a su patria y se constituyó en ejecutor de las bajas maniobras del extranjero con la muerte de Juana de Arco. En el siglo XVIII hubo otro que felicitó al rey de Prusia por la derrota de Francia en Rosbach, y dirigió a la virgen de Domremy insultos que no pueden nombrarse. El primero se llamaba Cauchón, el segundo, Voltaire. Ambos marchan juntos, pero Voltaire me parece más inexcusable que Cauchón, más criminal con relación a Juana de
se llamaba Cauchón, el segundo, Voltaire. Ambos mar-
honrarla muerta; el lodo arrojado a la cara de la Doncella por la pluma asquerosa de Voltaire, es peor que la hoguera de Ruan encendida por Cauchón. Cauchón y Voltaire valen lo mismo, pero Voltaire es más co-

(1) Hoy Juana de Arco se venera ya en los altares como santa (N. del T.)

barde, menos francés que Cauchón. He ahí los hombres que mataron a Juana de Arco. La Iglesia la rehabilitó, y la ha elevado a los altares.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

SEÑORES:

Entre las crueldades que se atribuyen a la Iglesia, figuran las guerras de religión. Sostiénese que la Iglesia fué la causa de ellas, y la hacen responsable de los episodios crueles y de las barbaries inútiles que caracterizaron tan lamentables conflictos entre la herejía y los pueblos cristianos. En la lucha del lobo y del cordero, el lobo se atribuye todos los méritos, y el cordero todas las culpas. Veamos lo que hay sobre esto, estudiando sucesivamente los autores, los jefes, los partidarios y los historiadores de las guerras de religión, y eximamos a la Iglesia santa de los crímenes que injustamente han hecho pesar sobre ella.

I. Los autores de las guerras de religiòn.

En primer lugar, no fué la Iglesia, sino los *Estados* católicos, los que llevaron al cabo las guerras de reli-

gión, los que levantaron ejércitos y libraron batallas contra la herejía; y, ciertamente, los Estados católicos tenían el derecho de tirar de la espada para defender su interés más sagrado, la fe católica, y el artículo más fundamental de su constitución, la unidad religiosa. La herejía era turbulenta, audaz, agresiva; pervertía las creencias y las costumbres; trastornaba el orden público; procedía siempre por el motín a mano armada, por el incendio, por el pillaje, por la matanza; se apoderaba de ciudades, provincias, reinos. La sociedad cristiana estaba amenazada; el peligro era inminente; la Iglesia lanzó el grito de alarma y en su pensamieno, en sus intenciones, las guerras de religión nunca fueron otra cosa que actos de legítima defensa.

Dirigidas por Estados católicos con la aprobación, y, a veces, bajo la inspiración de la Iglesia, las guerras de religión fueron *guerras defensivas*. Esta observación, señores, es de la más alta importancia y de una evidencia histórica incontestable. Las guerras de religión tuvieron por primeros autores a los herejes, que abrieron las hostilidades, no a los pueblos cristianos, que no hicieron más que defenderse.

En los siglos XI y XII, *los albigenses* desolaron el mediodía de Francia, saquearon los lugares santos y mutilaron a los sacerdotes, erigieron en ley los desórdenes de su conducta. Fué preciso combatir y reducir a aquellos enemigos públicos de la fe, de la moral, de la justicia, aquellos audaces violadores del derecho de gentes. Después de largas vacilaciones y de haber agotado todos los medios de persuasión, el papa Inocencio III ordenó la cruzada contra los albigenses, y empezó la guerra, dirigida por Simón de Montfort, conde de Tolosa. Fué una guerra defensiva.

Desde 1618 a 1648, desarrollóse en Alemania *la guerra de treinta años,* que hizo morir seis millones de

hombres. Fué también esta una guerra defensiva, cuya señal dieron los protestantes de Bohemia con la *defenestración* de Praga. La Reforma, al quebrantar inopinadamente la unidad religiosa de Europa, inauguró una perturbación y conflictos sangrientos, cuya responsabilidad ante la historia recae enteramente sobre ella. Antes del siglo XVI, no había protestantes; su aparición llenó de sangre y fuego a las naciones cristianas.

¿Qué fué *la Liga,* que ensangrentó a Francia desde 1567 a 1593, sino una guerra defensiva de los católicos contra los hugonotes? No se trata de alabarlo todo en la Liga. Los grandes movimientos populares no están del todo exentos de excesos de palabra y de hechos. Pero en el fondo, ¿hay algo más aprobable que la Liga? Defendía ella las tradiciones religiosas de Francia, y quería imponer al heredero presuntivo del trono el respeto a la voluntad nacional. Como decía Enrique IV a un hugonote compañero suyo: "¿Qué quieres? Si no me hago católico, mañana no existirá Francia". Al defenderse contra los hugonotes, la Liga salvó la nación.

En resumen, en las guerras de religión, en la lucha de los Estados católicos contra la herejía, la herejía tomó la delantera y asestó los primeros golpes. Albigenses, luteranos, calvinistas, anabaptistas, Coligny y sus partidarios fueron, al mismo tiempo que rebeldes contra la religión, conspiradores contra el Estado. Fueron los primeros autores del conflicto. Esto sentado, no tengo dificultad en reconocer que, en la refriega, en el cuerpo a cuerpo de la lucha, no siempre se guardó la debida moderación. Veamos quiénes fueron

II. Los partidarios de las guerras de religiòn.

De un lado los católicos, del otro los herejes. Con

frecuencia se atribuye a los católicos el monopolio de los procedimientos bárbaros, y se saluda a los herejes como modelos de suavidad y apóstoles de la tolerancia. Esto es un error. La intolerancia era antes efecto de las costumbres de los tiempos, la regla de todos los poderes constituídos y el hecho de todos los partidos. Cuando eran los amos, los herejes abusaban de la fuerza; testigos Calvino, Enrique VIII, la reina Isabel. Cuando llegaban a las manos, católicos y herejes rivalizaban en exasperación y crueldad. Para ser justos, matemáticamente justos, hay que decir que *hubo excesos en los dos bandos,* en los dos campos, en el campo de la herejía y en el de los católicos.

Es cierto que los albigenses fueron terribles bandidos; pero es cierto también que los soldados de Simón de Montfort ejercieron contra los albigenses inútiles crueldades.

Es cierto que es imposible contar las barrabasadas cometidas por los hugonotes: crucifijos rotos, iglesias devastadas, profanación de la eucaristía, sacerdotes asesinados, religiosas víctimas de horribles atropellos; pero también es cierto que las represalias ejercidas contra los calvinistas fueron terribles, extremadas. Esto era inevitable. Hubo excesos por ambas partes, pero

¿Es responsable la Iglesia de los excesos cometidos por el partido católico? Digo resueltamente que no. La Iglesia no puede responder de todo lo que hombres fanáticos, impudentes, ignorantes, hayan hecho en su nombre, del propio modo que la medicina no es responsable de los errores de los médicos, ni la justicia de las faltas de los magistrados. Pero la Iglesia sería responsable de esos excesos si los hubiera aprobado. ¿Los aprobó la Iglesia? Jamás.

En la cruzada contra los albigenses, el papa Inocen-

cio III puso coto a las demasías de Simón de Montfort, tomó en su mano la causa de los vencidos y se declaró tutora de los príncipes despojados de sus Estados.

Verdad es que el papa Gregorio XIII hizo cantar un *Te Deum* con ocasión de la noche de San Bartolomé, pero fué a causa de una información falsa, pues se le anunció oficialmente que el rey de Francia acababa de salvarse de un complot tramado por los protestantes. Su alegría se cambió en estupor cuando conoció la verdad.

Todos los excesos cometidos en las guerras de religión fueron objeto de la reprobación de los papas... Pero hay que fijarse bien en que, si hoy el pontificado, merced a la prensa y al telégrafo, es instantáneamente informado de todo lo que ocurre en la catolicidad, y da órdenes inmediatas *Urbi et Orbi*, antes, la lentitud en las comunicaciones ponía a menudo a los papas en la imposibilidad de seguir los acontecimientos y ejercer una acción inmediata y decisiva. Cuando se juzga lo pasado, hay que tener presente este detalle importante, a saber, que con frecuencia el papa no sabía nada, o estaba mal informado. Tan pronto como lo sabía y podía, señalaba y reprimía el papa los excesos del partido católico y de sus jefes. Algunas palabras sobre

III. Los jefes de las guerras de religión.

Cuando los católicos y los protestantes se arrojaban los unos sobre los otros en sangrientos combates, puede afirmarse que, en general, procedían de buena fe, y obedecían únicamente a la idea sincera y desinteresada de defender y vengar sus creencias. ¿Puede decirse lo mismo de los que los conducían a la batalla, de sus jefes? No. En todas las guerras de religión, no era en

general la piedad lo que animaba a los jefes, sino más bien una idea política, una preocupación ambiciosa y de interés personal.

¿Obedecían a la idea religiosa *aquellos príncipes* defensores de la fe, los duques protestantes de Hesse y de Brandeburgo, y, entre los católicos, Francisco I y Enrique III, que llevaban una vida escandalosa, y aquellos generales subalternos que saqueaban, en ocasiones, aun a sus mismos partidarios? No. La religión no entraba por nada en su conducta, o, por lo menos, no era más que un pretexto que encubría codicias inconfesables.

¿Obedecían a una idea religiosa *aquellos capitanes bandas*, Condé, Lesdiguieres, el barón de los Adrets, que pasaban, según las circunstancias, del campo de los católicos al de los protestantes, y recíprocamente? No. La religión no era para ellos más que cuestión subsidiaria que se prestaba indiferentemente a todas las exigencias de una situación cambiante.

¿Obedecían a una idea religiosa *aquellos capitanes* apurados que, en la ceguedad de conciencia, llegaban al extremo de olvidar su patria? No habían transcurrido todavía cuatro años después de la refriega de Calais, cuando Coligny entregaba a Inglaterra la desembocadura del Sena por 100.000 coronas de oro y un ejército de invasión destinado a sostener en Francia la causa de la Reforma. Los protestantes llamaron en su auxilio a ingleses y alemanes, en tanto que los iluminados de la Liga llamaban a los españoles. A los ojos de aquellos hombres, la religión no tenía más valor que la patria; no veían ni perseguían otra cosa que su triunfo egoísta y personal.

¿Obedecían a una idea religiosa *Catalina de Médicis* y *Carlos IX*, que provocaron la matanza de San Bartolomé? Preocupábanse tan poco del bien de la

Iglesia, que rehusaron aceptar para Francia los decretos del concilio de Trento. La matanza de San Bartolomé, meditada y ordenada por una mujer que se jactaba de un escepticismo total, fué un acto de política, y de malísima política. Está probado por la historia que aquel golpe de Estado, aquel crimen atroz, no es imputable a la Iglesia. "No—dice el mismo Voltaire,—no fué la religión la que meditó y ejecutó la matanza de San Bartolomé".

En resumen, en las guerras de religión, la política representó con frecuencia el principal papel. Fué la inagotable historia de los ambiciosos que se sirven de la fe, de la credulidad o del fanatismo de las masas para llegar al poder. He aquí la última observación importante.

IV. Los historiadores de las guerras de religión.

Desconfiad de los historiadores que refieren las luchas religiosas de lo pasado. Dominados por influencias en parte protestantes y en parte racionalistas, se aplican con frecuencia a presentar los hechos de un modo desfavorable a la Iglesia, de una manera fantástica, parcial, apasionada, enteramente impregnada del espíritu de secta.

Inventan. Por ejemplo, los historiadores irreligiosos, al referir la matanza de Beziers, en la guerra de los albigenses, hacen decir al legado pontificio, Arnaud, dirigiéndose a Simón de Monfort: "Matadlos a todos, Dios sabrá reconocer a los suyos". Pues bien, estas palabras no se pronunciaron jamás. Ni uno solo de los escritores que asistieron a la cruzada, las cita. Solamente se encuentran en un cronista alemán que vivió más tarde a trescientas leguas de Beziers, dándolas como un simple rumor bajo esta forma: "Se refiere

que el Legado diría: *dixisse fertur*". Esto no es historia, sino cuento. Las mentiras históricas son inagotables. Se inventa.

No se dice bastante o se dice demasiado. Se aumentan en demasía los excesos cometidos por los partidos católicos, de tal manera que, en comparación de los supuestos crímenes de la Iglesia, los de la herejía resultan juegos de niños. Se hace una pintura estupenda de la matanza de San Bartolomé, y no se dice una palabra de los excesos y crueldades de los hugonotes, que precedieron y provocaron las sangrientas represalias de aquella famosa jornada. Evitan citar las palabras del escritor inglés Cobbett, quien dijo: "Isabel, reina de Inglaterra, mató más personas en un año que la Inquisición durante toda su existencia". No se dice que un navío flotaría en la sangre que los novadores hicieron derramar en Francia, Inglaterra y Alemania. Con semejantes procedimientos de reticencia y exageración, se falsea el conjunto de los hechos, y se compone una historia que es lo contrario de la verdad. Desconfiad de los historiadores que refieren nuestras antiguas luchas religiosas, poniendo en ellas la pasión, la parcialidad, el prejuicio que les inspira su odio al catolicismo.

En suma, señores, la Iglesia católica es inocente de toda la sangre derramada en las guerras de religión. Si lleva un vestido más encarnado que la púrpura, es la señal de la sangre que ha dado, no de la que ha hecho verter. Saludad a esta hija del cielo, a esta reina de las almas, que vive y muere para glorificar a Dios y salvar al mundo.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

ALGUNOS HECHOS PARTICULARES

SEÑORES:

No abrigo la pretensión de responder a todas las objeciones históricas que se dirigen contra la Iglesia. A propósito de las crueldades que se le atribuyen, he sentado ciertos principios y dado algunas soluciones. Me quedan por reunir algunos hechos particulares y desligarlos de los errores y prejuicios que los rodean y obscurecen.

I. Se reprocha a la Iglesia su conducta con los judíos.

La Iglesia, sociedad espiritual, no tiene sobre los infieles y los judíos el derecho de soberanía, porque los infieles y los judíos no se convirtieron en hijos suyos por medio del bautismo, ni se sometieron a sus leyes. Con relación a los infieles y a los judíos, sólo tiene la Iglesia el derecho de apostolado, que repudia el empleo de la fuerza, y no admite más que medios de per-

suasión. Mas si los infieles y los judíos atentan contra los intereses de los pueblos cristianos, entonces los pueblos cristianos se defienden, y los pueblos cristianos están en su derecho. Esto es lo que ocurrió con las Cruzadas. Las Cruzadas, dirigidas contra los musulmanes, fueron guerras, no de la Iglesia, sino de los Estados cristianos, de la cristiandad. Esto fué lo que ocurrió también con relación a los judíos. La teología católica permitió a veces ejercer exaciones contra los judíos. ¿Por qué? Porque los judíos, o no pagaban al Tesoro derechos de traspaso, pues no tenían más que una fortuna mobiliaria, o bien, habiendo adquirido casi todo lo que poseían por vías usurarias, casi no se les podía tomar más que aquello que no les pertenecía. Los pueblos cristianos, frustrados y despojados, se defendieron, y la Iglesia reconoció a los pueblos cristianos el derecho de legítima defensa contra los judíos. ¿Quién se atreverá a censurarla?

Por otra parte, la Iglesia siempre hizo cuanto pudo para moderar el ejercicio del derecho de legítima defensa. Desde que ve en algún punto agresiones injustas y barbaries inútiles, en vez de dirigirlas y aprobarlas, solemnemente las condena. Podríamos citar millares de documentos que muestran la caridad de la Iglesia con relación a los judíos. En España, por ejemplo, el papa y el clero toman a los judíos bajo su protección. Por un Breve dirigido a todos los obispos de España, el papa Alejandro II los felicita por haber protegido a los judíos e impedido que los degollaran. Un Breve semejante dirigió a Berenguer, vizconde de Narbona, por el apoyo que prestó a los judíos, en tanto que reprende severamente al arzobispo de Narbona, que había observado una conducta contraria, y le dice que debía saber que las leyes eclesiásticas y civiles le prohibían derramar sangre. El papa Honorio III, ciento cincuenta años

después, toma igualmente la defensa de los judíos y los protege contra los malos tratos de que eran objeto. En Francia también, en el siglo XIII, el clero defiende a los judíos contra la excesiva severidad de las leyes civiles.

Fuera de Roma, hizo siempre la Iglesia cuanto pudo para proteger a los judíos, y en la misma Roma, en el corazón de la catolicidad, el papa concedió siempre a los judíos la tolerancia para sus errores y su culto, y la justicia y la caridad para todo lo demás. Roma pudo ser llamada el paraíso de los judíos, a causa de la benevolencia que los papas ejercieron con ellos. La Iglesia, en vez de esclavizar a los judíos, condenó el rigor exagerado de los tribunales civiles para con ellos, y ofrecióles en Roma un asilo inviolable. Siempre fué para ellos la más humana, paciente y suave de las magistraturas.

II. Se echa en cara a la Iglesia la muerte de Esteban Dolet.

¿Quién fué Esteban Dolet? Millares de pobres diablos se creen obligados a honrar su memoria, sin saber en qué siglo vivió, ni lo que hizo. Pero se les ha dicho que fué quemado por los curas, y esto basta. Muy asombrados se quedarían si se les dijera que este detalle, el único que recuerdan, es precisamente un error. En el fondo, los librepensadores hacen bien en canonizar a Dolet. Cada cual elige a sus héroes según sus propensiones y sus gustos. Habiendo sido monopolizada la virtud por los santos clericales, los ateos vense obligados a honrar el vicio y a encarnar su ideal en un individuo de mala fama.

Dolet nació en Orleáns en 1509, y estudió bellas artes en París, en Padua y en Venecia. Después de se-

guir los cursos de derecho en Tolosa, fué desterrado de esta ciudad a consecuencia de un discurso público pronunciado ante los estudiantes contra los magistrados, a los que trató de ignorantes y bárbaros. Fijó su residencia en Lión, y mató con su propia mano al desventurado Guillot Compaing. Perseguido como asesino, fué indultado por Francisco I, gracias a la caritativa intervención del cardenal de Tournón. Perseguido por segunda vez como hereje, y entregado como tal al magistrado secular, fué indultado otra vez por la clemencia del Rey, gracias a la intervención de un obispo, Pedro del Chastel, quien respondió a los enemigos de Dolet: "No me he convertido en apologista de los frailes ni de los crímenes de Dolet, sino en intercesor por un cristiano que he prometido llevar una vida mejor". Por otra parte, Dolet no se mostraba únicamente hereje en sus escritos, sino que su pluma y su vida eran infames, asquerosas, absolutamente inmorales. Además, era hipócrita, atacaba a la religión y reclamaba la alta protección de sus ministros, simulaba el arrepentimiento y agravaba sus faltas con recaídas cada vez más profundas. Tras una escapada al Piamonte, fué preso, conducido a París y encerrado en la Conserjería, en donde pasó dos años, es decir, hasta su muerte. En vano apeló a Francisco I. El Rey le había perdonado dos veces, y creyó sin duda que detener el curso de su justicia sería debilidad. Dolet fué condenado a ser estrangulado y quemado después. Merced a un acto de insigne mala fe, se le representa como si hubiese sido quemado vivo. No, el cadáver del asesino fué lo que quemaron. Se ha querido hacer creer que Dolet fué quemado como humanista, y se le ha presentado como un mártir del Renacimiento. Nada más falso. Dolet soportó sencillamente el castigo de sus costumbres, de la muerte de Guillot Compaing, de los insultos a los magistrados de

Tolosa, de sus insolencias con la Sorbona. Calificó a los doctores "de monstruos con rostro humano... de pandillas de borrachos y sofistas... de abominable sorbonalla..." A pesar de la intervención de los eclesiásticos, que dos veces le obtuvieron el perdón, los magistrados se mostraron firmes, y la sentencia fué ejecutada. Antes de morir, pronunció Dolet esta oración: "¡Dios mío, a quien tantas veces he ofendido, sedme propicio... y a vos, Virgen María, os ruego que, junto con San Esteban, intercedáis por mí, pobre pecador, cerca del Señor!" En verdad que los librepensadores no están en lo cierto al convertir a Dolet en víctima de la Iglesia. Dolet es un asesino, un pornográfico, un licencioso, un hipócrita, una persona necia, un culpable insolente, que fué rigurosamente castigado, a pesar de la benevolencia del clero y del rey, por los magistrados a los cuales tenían irritados sus diatribas insolentes. El clero ninguna parte tuvo en su muerte. Finalmente, los impíos no están autorizados para reivindicarlo como un adepto de sus negaciones y blasfemias, porque en sus libros, hace con frecuencia declaraciones en favor de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma y en honor de la religión católica. ¿Por qué, pues, se le ha elevado una estatua a este personaje? ¿Por qué manifestaciones en torno de esta estatua? Esto no tiene sentido común.

III. Se reprocha a la Iglesia la muerte de Giordano Bruno.

Giordano Bruno es también uno de los santos del librepensamiento. Fué éste un fraile que vivía en Venecia en 1590. Después de ahorcar los hábitos, llegó a Ginebra con la esperanza de ser allí acogido favorablemente, pero su grosero panteísmo revolucionó a los

mismos protestantes. Desterróle Calvino, y Giordano Bruno tuvo el buen acuerdo de marcharse, porque si se hubiera empeñado en seguir en Ginebra contra la voluntad del terrible reformador, hubiera sido seguramente ejecutado como Miguel Servet, Bolzec, Gruet y otros discípulos del calvinismo. Los protestantes, que acusan a la Iglesia de crueldad, deberían acordarse de la ferocidad de su fundador, Calvino. Cuando Giordano Bruno abandonó a Venecia, a los veintiocho años, fué denunciado al Santo Oficio para responder de 134 proposiciones heréticas. Durante los diez años siguientes quedó la acusación en suspenso. Además, uno de los primeros actos de Giordano Bruno después de su huída de Venecia, fué la muerte de un hombre de quien sospechaba que lo había denunciado al Santo Oficio, y al cual arrojó al Tíber. De regreso en Italia, tras diez años de excursión por Alemania, Inglaterra y Francia, fué denunciado por segunda vez al Santo Oficio de Venecia, y este tribunal renovó contra él la acusación anterior. Durante los tres años que duró el proceso, agotó la indulgencia de sus jueces y la intervención personal del papa con sus perpetuos fingimientos. Convicto de apostasía y de herejía, se le puso en vigilancia para facililitarle el arrepentimiento. Durante este plazo, los padres de la víctima que él había arrojado al Tíber, reanudaron contra él la acusación de homicidio, pero el papa Clemente VII, interviniendo por segunda vez, alejó de su cabeza la inculpación de homicidio, y en un sentimiento de misericordia, hizo instruir contra él el proceso puramente religioso. En 1600 dictóse la sentencia, según la cual Giordano fué calificado de apóstata, hereje, impenitente obcecado, y entregado al brazo secular para que le aplicara la pena de derecho Ni un solo contemporáneo indica el día de su muerte, ni un solo documento afirma que fuera quemado; se cree

que fué muerto en la prisión. En suma, Giordano Bruno es un personaje muy poco interesante. No está probado que la apostasía y la herejía fueran los únicos crímenes de aquel fraile violento. Por otra parte, hay que hacer aquí una distinción importante: había en Roma un doble tribunal, el tribunal espiritual, que actuaba en nombre del poder judicial de la Iglesia, sobre el crimen de herejía, y el tribunal civil, que condenaba a la pena en nombre del poder temporal de la Santa Sede. El tribunal civil, que representaba el poder temporal, creyóse obligado a obrar, en ciertas circunstancias, según los rigores del derecho público de la época, y en virtud de este derecho público, fué condenado, y quizás ejecutado, Giordano Bruno en Roma. En él se castigaba con el último suplicio, menos al hereje que al agitador y perturbador del reposo público.

Giordano Bruno, durante su vida errante, llevó la perturbación a todos los países en los cuales dogmatizaba, y se hizo expulsar ignominiosamente por aquellos a los cuales exasperaba con su orgullo insensato. La Iglesia le trató como a hombre peligroso, después de esperar en vano su conversión durante muchos años. No hay aquí nada que pueda incriminarse a la Iglesia. Por desgracia, la pasión, el espíritu sectario, el prejuicio no razonan, no quieren razonar. *A priori*, a los ojos de ciertas gentes, la Iglesia es culpable de todos los crímenes del género humano, y los más grandes criminales se convierten en santos cuando la Iglesia se ha atrevido a denunciarlos y castigarlos.

IV. Se reprocha a la Iglesia la revocación del edicto de Nantes y las dragonadas.

Para asestar el último golpe al protestantismo, para consumar la unidad política del reino, decidióse Luis

XIV, en 1685, a revocar el edicto de Nantes concedido por Enrique IV. El ejercicio del culto protestante fué prohibido en todas partes, menos en Alsacia. Los pastores hubieron de salir del reino en un plazo de quince días; prohibióse emigrar a los otros protestantes. Este gran acto político suscitó muchas críticas contra Luis XIV. Para apreciar serenamente las cosas, no hay que olvidar que todos los Estados protestantes fueron perseguidores, y que, si Luis XIV es culpable, no es el único culpable. Además, hay que convenir en que el edicto de Nantes debía, en parte, revocarse: confería privilegios a los reformados; constituía un Estado dentro de otro Estado, una república protestante en una monarquía católica; había que restablecer el derecho común. Hechas estas reservas, no vacilamos en censurar la prohibición a los disidentes del libre ejercicio de su culto. Por otra parte, jamás un acto de poder obtuvo una adhesión tan grande como la revocación del edicto de Nantes. A pesar de la conducta pacífica de los protestantes durante la Fronda, recordábanse todavía los peligros que habían hecho correr durante los últimos reinados; creíase ver realizar, por fin, la unidad religiosa, como la unidad política de la nación, y el entusiasmo era general. Los escritores hostiles a la religión católica han exagerado, por otra parte, el número de los franceses que pasaron al extranjero convirtiéndose, por consiguiente, en los enemigos más encarnizados de Luis XIV y de Francia. A lo más fueron 50.000 Sin duda que fueron muchos, pero no los suficientes para arruinar, como se ha supuesto, nuestro comercio y nuestras manufacturas. Doce mil soldados abandonaron el servicio de Francia y fueron a engrosar los ejércitos de nuestros enemigos, en particular el prusiano. "Su marcha—dice Luis XIV en sus *Memorias*—costó menos hombres útiles al Estado que un solo año de guerra

civil." Los historiadores aprecian por modo muy diferente la revocación del edicto de Nantes, pero la mayoría cree que semejante medida fué perjudicial a Francia, y sin la menor vacilación compartimos este parecer. Mas si Luis XIV se engañó, si obró mal, ¿por qué hacer a la Iglesia responsable de su falta?

¿Por qué sobre todo hacer a la Iglesia responsable de las medidas violentas que siguieron a la revocación del edicto, las cuales son imputables especialmente a Louvois? Sí, Luis XIV tuvo culpa, mucha culpa, en servirse de los dragones para reducir a los protestantes de las Cevennes; pero, en primer lugar, aquellos medios violentos no fueron empleados en todas partes. Bossuet, dirigiéndose a los nuevos convertidos de su diócesis, podrá decirles sin temor de ser desmentido: "En vez de soportar tormentos, ni siquiera habéis oído hablar de ellos; ninguno de vosotros ha sido violentado ni en sus bienes, ni en su persona. No os digo nada que vosotros no dijerais tan bien como yo. Habéis venido pacíficamente a nosotros; bien lo sabéis." Pero no ocurrió lo mismo en todas las diócesis de Francia. En más de un punto, se hicieron conversiones a la fuerza. ¿Aprobó la Iglesia este método, más propio del Corán que del Evangelio? No. Oigamos a Fenelón: "Estos excesos dan ganas de seguir el Corán". Un año apenas después del edicto de Nantes, escribiendo al marqués de Seignelay, deploraba "los innumerables sacrilegios de los nuevos convertidos que van en masas a la comunión. Veinte años después, en conmemoración del mismo acontecimiento, Fenelón, en su discurso con motivo de la consagración del elector de Colonia, decía también: "Si no queréis más que intimidar a los hombres y obligarles a cometer ciertos actos externos, levantad la espada; todos temblarán y seréis obedecidos. He ahí una política exacta, pero no una religión sin-

cera. ¿Puede la fuerza persuadir a los hombres? Ningún poder humano puede forzar la trinchera impenetrable de la libertad de un corazón". Luis XIV es culpable de haber empleado medios violentos para convertir a los protestantes. Pero ¿lo aprobó y alentó la Iglesia? En manera alguna. La Iglesia protestó. Saint-Simón, detractor encarnizado del papa Inocencio XI, dice: "Este despojo de los hugonotes no pudo obtener de él la menor aprobación". En efecto, Inocencio XI hizo escribir a Luis XIV que "aquellas misiones de apóstoles armados no tenían valor alguno", y que "no era así como Jesucristo había convertido al mundo". El papa no podía hacer otra cosa.

Así sea.

VI

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Las riquezas de la Iglesia

LA IGLESIA NO DESEA LAS RIQUEZAS

SEÑORES:

Vamos a tratar de las riquezas de la Iglesia. ¿Qué es lo que no se ha dicho, y se dice cada día sobre este asunto? Se desatina a placer. Se atribuyen a la Iglesia riquezas que no tiene; se le reprochan las riquezas que tuvo, y las atacan en su origen y en su empleo. Procuraremos desvanecer estas objeciones, ora procedentes de la ignorancia, ora de la mala fe. En primer lugar, sentaré una proposición que quizás os sorprenda, pero que es la verdad misma. Sostengo que la Iglesia no desea las riquezas. Y no las desea: 1.º porque no le son indispensables; 2.º porque pueden serle peligrosas.

I. Las riquezas no son indispensables a la Iglesia.

La Iglesia tiene necesidad de lo preciso, pero no de lo superfluo. Tiene necesidad de lo preciso, porque tiene ministros que no viven como los ángeles, y hay que hacerlos vivir. Tiene templos, altares, ceremonias que no están situados en las nubes; preciso es que pueda ponerlos a la disposición de sus fieles. Tiene pobres a los que debe asistir, escuelas que sostener, obras que emprender y desarrollar; preciso es que esté en condiciones de satisfacer las exigencias de su misión. Por todo esto y otras muchas cosas, tiene necesidad de recursos, y, para obtenerlos, ora se dirige a la generosidad libre de los cristianos, ora se hace pagar. Pagamos a los notarios, a los curiales, a los médicos, a los profesores; ¿por qué no pagar a los sacerdotes cuando san Pablo dijo: El ministro vive del altar". La vida de la Iglesia supone cierto mínimum de bienes materiales de los cuales no puede prescindir. Tiene necesidad de lo preciso; no tiene necesidad de lo superfluo. No tiene necesidad de las riquezas.

Vedla en su origen. Nació en la pobreza. Su Fundador no entró en el mundo por el arco de triunfo de la opulencia humana, sino más bien por la puerta baja de la humildad, de la desnudez más absoluta. Jesucristo tuvo por cuna el pesebre de un establo, por madre una mujer que era una obrera, por padre adoptivo un carpintero, por primeros adoradores unos pastores. Trabajó con sus manos para ganarse el pan, durante treinta años, en un taller; y cuando llegó la hora de predicar su Evangelio, rodeóse de apóstoles casi todos de humilde condición, pidió el pan a las liberalidades inciertas de la amistad y de la caridad, careció de techo para guarecerse, y ni siquiera tuvo una piedra para recli-

nar su cabeza. Murió desnudo sobre la cruz desnuda. Por su parte, los Apóstoles que se lanzaron a la conquista del mundo, no eran más ricos que su Maestro. Oigo al apóstol san Pablo que nos habla de la primitiva Iglesia: "*Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus.* Contentémonos con tener alimentos para nutrirnos y vestidos para cubrirnos, es decir, contentémonos con lo necesario, y despreciemos lo superfluo". Y añade que, entre los primeros cristianos y los primeros sacerdotes, encontrábanse pocos nobles, pocos poderosos, pocos ricos, *non multi potentes, non multi nobiles,* sino hombres de nada, según el mundo, *ea quæ non sunt.* En vano buscaríamos las riquezas en la cuna de la Iglesia. Nació en la pobreza.

Pero, en el curso de diecinueve siglos, ¿cómo se estableció en el mundo y cómo vivió? No creo que en un solo pueblo se estableciese por la fuerza del dinero, por el ascendiente de la riqueza. Tras un período de laboriosa instalación, cuando los pueblos ganados al Evangelio la aclamaban como a su bienhechora y reina, pudo ser rica; pero al principio fué siempre pobre, e hizo germinar la fe con sus sudores y sus lágrimas, jamás bajo una lluvia de oro y de plata. Podéis estudiar a este respecto el establecimiento del cristianismo en las Galias, en Alemania, en Inglaterra, en los pueblos nuevos. Siempre y en todas partes son los mismos fenómenos que en la época de san Pablo: *Non multi potentes, non multi nobiles.* Ni los opulentos, ni los capitalistas aclimataron a la Iglesia en las regiones en que era desconocida. Los obreros del Evangelio eran impotentes según el mundo, hombres cubiertos de harapos que dicen: "No tengo oro ni plata: *argentum et aurum non habeo, quod autem habeo hoc tibi do;* pero os traigo lo que tengo; tengo y os traigo el conocimiento del verdadero Dios, la fe en Jesucristo". No tiene

necesidad de riquezas para establecerse en cualquier punto.

Tampoco tiene necesidad de ellas para vivir, para resistir a la persecución, para crecer en medio de los obstáculos. Vedla hace ya dos siglos en Irlanda, en donde ha sido reducida a la más extrema pobreza. Todo se le ha arrebatado, se la ha despojado de día en día de todo lo que podía poseer o adquirir. Se la ha oprimido bajo la legalidad y las exacciones más injustas, más irritantes, más abominables. Pero no por eso han podido matarla. Ha vivido, ha sustentado a su clero, sus santuarios, sus escuelas, sus pobres. Ha representado un hermoso papel en la catolicidad. Y todavía ha enviado numerosísimos apóstoles a los Estados Unidos, y en ellos ha suscitado magníficas cristiandades. Se engañan los que se imaginan que las riquezas son indispensables a la Iglesia. El arzobispo de San Pablo, Monseñor Irland, pasó hace poco por Francia, y todos cuantos le preguntaban si había establecido fundaciones para asegurar el porvenir de su diócesis, les respondió: "¿Fundaciones? No las quiero. ¡Ay de las Iglesias ricas! Cada generación debe trabajar para bastarse a sí misma".

Se engañan los que se imaginan que van a matar a la Iglesia empobreciéndola, despojándola. La Iglesia no tiene necesidad de riqueza. Y si no la dejan vivir en una pobreza honrosa, mendigará sin avergonzarse. Trabajará con sus manos; ganará el pan con el sudor de su frente; desplegará en este cometido más ánimo, más celo, más desprendimiento. Aceptará de la caridad víveres y alojamiento. Sobrevivirá a sus detractores y a sus perseguidores. Hablará lo necesario, y esperará tranquilamente mejores días, que le darán lo superfluo. Las riquezas no son indispensables a la Iglesia.

II. Las riquezas pueden ser peligrosas para la Iglesia.

La Iglesia es divina en su origen, en su ley, en sus sacramentos, pero es humana en los que la componen, y los hombres que componen la Iglesia, sus hijos y sus ministros, no son impecables, ni están al abrigo de la tentación. Ahora bien, no hay tentación más atrayente que la que procede de la riqueza. La riqueza excita la envidia de los que no la poseen, y en los que la poseen engendra fácilmente el orgullo, la malicia, la corrupción.

Difícil es decir todo el mal que la riqueza hizo a la Iglesia en tiempos *del feudalismo*. Los pueblos nuevos de la Edad Media enriquecieron a la Iglesia y se mostraron muy generosos con ella. Nada más meritorio. Darle, no sólo era contribuir al sostenimiento del culto, sino asegurar el presupuesto de la beneficencia y el de la instrucción pública, cuya carga total recaía sobre la Iglesia. Pero las riquezas eran para la Iglesia un peligro supremo. Todos los grandes estaban al acecho de los muertos episcopales o abaciales, para disputarse la herencia que iba a abrirse. Como tenían segundones en abundancia, y no querían dotarlos con sus propios bienes para no reducir la parte del primogénito, imaginaron ponerlos a cargo de la Iglesia haciéndolos obispos o abades.

Los segundones de las familias nobles entran en los capítulos u ocupan los obispados para gozar de las rentas en ellos vinculadas. Verdad es que el principio del acceso al capítulo o al obispado es la elección, pero para no indisponerse con el potente señor que lo protege, el capítulo elige siempre un pariente de aquél, o bien al candidato que él recomienda. Por su parte, el rey se atribuye el derecho de confirmación del elegido; si se

niega a confirmar el elegido por el capítulo, no puede ser consagrado; es, pues, preciso que el capítulo procure hacer una elección agradable al rey. Así fué como el rey extendió poco a poco su poder sobre el clero secular del reino. Lo mismo ocurrió con el nombramiento de abades y priores. El feudalismo esclavizó a la Iglesia enriqueciéndola. Los obispos se convirtieron en hechuras del poder real y en limosneros de la corte. Nació así una feudalidad eclesiástica al lado de la militar. La jerarquía ya no se abrió más que a los hijos de buena familia. Ya no fueron las virtudes sacerdotales las que abrieron las filas del episcopado. La mayoría de los obispos compraban su cargo, y naturalmente se indemnizaban vendiendo a su vez las dignidades de orden secundario. La simonía entró por medio de la riqueza en el santuario, y por medio de la simonía, la corrupción. En aquellos siglos de hierro hubiera podido parecer que el cristianismo y la civilización corrían así a la bancarrota, pero la Iglesia católica está hecha para las perpetuas renovaciones. Desfigurada y aminorada por la riqueza, vuelve a templarse, a levantarse en la pobreza. Los claustros producen reformadores, en Gorze, en Brogne y, sobre todo, en Cluny. Todos estos centros monásticos se iluminan unos a otros, como las estrellas en el cielo, y conservan y alimentan el fuego sagrado del espíritu cristiano, y la Iglesia recobra su libertad y su pureza, cortando las seducciones y trabas de las riquezas seculares.

También hicieron las riquezas no poco mal a la Iglesia por causa *de la realeza* durante los tres últimos siglos del antiguo régimen. Por el concordato de 1516, obtuvo Francisco I el derecho de proveer los beneficios eclesiásticos, los cuales fueron desde entonces considerados como favores y pensiones destinados a recompensar los servicios políticos de personajes influyentes,

afectos a la persona del rey o al Estado. Con frecuencia los reyes hicieron poco caso, en sus nombramientos, del honor e intereses de la Iglesia. Literatos y guerreros ocuparon abadías y obispados, y viéronse niños, mujeres y aun protestantes beneficiarios de cargos de la Iglesia católica. Los escándalos que con frecuencia desolaron a la Iglesia en los siglos XVI, XVII y XVIII tiene su fuente en los abusos que los reyes de Francia hicieron de su derecho de nombramiento. Los grandes bienes del clero terminaron, la víspera de la Revolución, por no ser ya, en manos de los antiguos poseedores, más que una nuda propiedad, de cuyo usufructo se aprovechaban los cortesanos y beneficiarios nombrados por el rey. Esto constituyó un gran desastre. ¿Quién fué el responsable de él? La realeza sobre todo. Pero es evidente que la ocasión de semejante desorden fué la importancia de las riquezas de la Iglesia. Para los reyes fué un cebo, un instrumento de gobierno, un medio de colocar a sus hechuras y de hacerse a poca costa con amigos y servidores dóciles. La opulencia a menudo dañó a la Iglesia; la pobreza siempre le hizo bien.

Si en el siglo XIX se ha mostrado la Iglesia tan hermosa, tan inmaculada, tan potente, si ha hecho tantas y tan grandes cosas, y si se ha conquistado el respeto y la admiración aun de los descreídos que han tenido el valor de ser sinceros, ha sido especialmente porque ha sido pobre, porque no ha conocido las tentaciones de la riqueza. No faltan saltimbanquis que escalan los estrados para convidarnos, con pomposas arengas, a reconciliar la Iglesia y la democracia. ¿Olvidan que la Iglesia contemporánea es esencial y eminentemente democrática? Los demócratas profesionales y patentados habitan de ordinario hermosas casas y castillos, y miran como a un pobre diablo, al cura de nove-

cientos francos. Mas éste que, inteligente, instruído y a menudo elocuente, hubiera podido tener su parte en las alegrías de la tierra, eligió una existencia obscura y penosa, para reconfortar moralmente a sus hermanos. El demócrata patentado no tiene el menor deseo de familiarizarse en el humilde servidor de novecientos francos, y si se familiariza con él, es para roerle todavía su corta paga y arrebatarle hasta un trozo de pan. La Iglesia del siglo XIX fué pobre. Eso fué su gloria y constituyó su fuerza. Y si, por excepción, algunas órdenes religiosas tuvieron la imprudencia de revestir las apariencias de la riqueza y construir hermosos conventos y capillas que no recordaban bien la sencillez evangélica, pronto fueron corregidas de su fatal imprudencia al ver cómo sus conventos y capillas se convertían en presa de los proscriptores y liquidadores. Las riquezas no son indispensables a la Iglesia, y a menudo le fueron peligrosas, porque ora excitaron los celos y rapacidad de los enemigos de la Iglesia, ora produjeron una disminución del espíritu cristiano en los hijos y ministros de la Iglesia. La Iglesia no desea las riquezas.

Pero oigo decir que la Iglesia pide *siempre dinero.* La Iglesia pide dinero... Sí. Pero ¿es para ella? No. Pide para los gastos del culto divino, para los pobres, para las obras de caridad, educación y apostolado. Pide, no para gozar de lo superfluo, sino para procurarse lo necesario. Pide solamente a los que pueden y quieren de buen grado darle. Finalmente, pide a veces, no siempre, como sostienen los que nunca le dan nada. ¿Qué mal hay en esto? No desea ella riquezas, mas por cuanto es proveedora de los pobres y madre de los indigentes; por cuanto es la encargada del honor de Dios y del cuidado de los templos; por cuanto tiene la misión de salvar a todos los hombres, pide lo que necesita para

desempeñar su cometido. ¿Quién se atreverá a censurarla por ello? Está en su derecho y cumple con su deber. Démosle gracias, y, si podemos hacerlo, acudamos en su auxilio y ayudémosla a llevar a feliz término su hermosa obra.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA EN LO PASADO Y EN LO PRESENTE

SEÑORES:

Debo estudiar ante vosotros las objeciones históricas que se dirigen contra las riquezas de la Iglesia. El asunto es muy interesante, muy vasto, muy complejo. No pudiendo explorarlo por entero, me reduciré a los límites de nuestra historia nacional, y por hoy me contentaré con daros algunas indicaciones precisas sobre las riquezas de la Iglesia en lo pasado y en lo presente.

I. Las riquezas de la Iglesia en lo pasado.

Las riquezas de la Iglesia han sido la *consecuencia de su establecimiento* en el mundo. No nació rica, sino indigente e impotente. Se impuso a la atención y a la confianza de los pueblos, no por medios humanos, sino por medios extraordinarios: milagros, don de lenguas, muerte heroica de sus hijos. Semejante principio no

podía ser más que transitorio. Una cosa es una sociedad que comienza, que tiene poca extensión y que debe crecer, y otra una sociedad definitivamente establecida e inmensa: La Iglesia debía nacer por el milagro, y vivir con recursos humanos.

Verdad es que Jesucristo nació en un establo; pero a sus adoradores correspondía no dejarlo en él. Conociendo al verdadero Dios, los pueblos cristianos no podían dejar de enriquecer su culto, su religión, su altar.

Sé que san Pedro no fué al principio más que un simple pescador, y que la mayoría de los primeros apóstoles fueron hombres de baja condición, hombres sin nada. ¿Qué importa? No era necesario ni posible que los obispos, sus sucesores, fueran todos pescadores. No convenía que el papa, cabeza del mundo católico, fuese, como san Clemente, súbdito de un tirano y se ocultase en subterráneos. La Iglesia regularmente constituída merecía, reclamaba, estaba segura de obtener una autoridad libre para obrar, una dignidad honrosa y los medios humanos que necesitaba para cumplir su misión. Los respetos, los homenajes, los dones de sus hijos, eran suyos.

Y así fué. Desde los primeros días del cristianismo, aportaron los fieles sus bienes a los pies de los Apóstoles. Bajo el reino violento y rapaz de los emperadores paganos, la Iglesia posee templos, casas, bienes, de los cuales se despojan voluntariamente en su favor los patricios por ella convertidos. Más tarde, las liberalidades de los cristianos inteligentes y abnegados, fundan beneficios, es decir, dotaciones estables e intangibles que aseguran al clero una vida honrosa e independiente, con la posibilidad de satisfacer ampliamente las obligaciones de la caridad. Al recibir de la Iglesia los beneficios de las cosas sagradas, ofrécenle en cambio los católicos el servicio de la asistencia material. Poco

a poco, por la fuerza de las cosas y por la fe de los pueblos, se enriquece la Iglesia; pero su riqueza varió necesariamente con los tiempos y los lugares, por lo que es difícil medirla con exactitud. He aquí algunos datos aproximados.

En la época feudal, la fortuna territorial del clero secular, y sobre todo del regular, toma grandes proporciones. Lléganle en gran número las donaciones. Además, se vivía muy bien bajo el báculo: la administración de los obispos y de los monjes era regular, paternal, benévola y por derecho de falta de herederos, los bienes de los aldeanos muertos sin sucesión, volvían a la mensa episcopal y abacial. Finalmente, los señoríos seglares se desmembraban constantemente por las particiones entre los hijos, las dotes de las hijas, las ventas o donaciones, en tanto que ni el obispo ni el abad tienen el derecho de enagenar los bienes de la Iglesia o del convento, ya que, desde que una tierra ha entrado en el dominio eclesiástico, nunca más sale de él, se convierte en tierra de manos muertas.

Así llegamos *al final del siglo XV*. La guerra de Cien Años arruinó a toda la nación. La agricultura, el comercio, la industria recobran un vuelo prodigioso. El clero coopera activamente a la prosperidad general; dedícase al punto a reconstituir su fortuna, a roturar y mejorar sus propiedades. Las riquezas de la Iglesia se acrecen notablemente. Un escritor muy erudito y muy imparcial, Imbart de la Tour, afirma que, en aquella época, las rentas eclesiásticas igualaban las del Estado, tanto que un prelado de aquel tiempo, Claudio de Seyssel, se preguntaba melancólicamente si es que había llegado la hora en que "sería más útil reparar las almas que los edificios". Estaban en vísperas del protestantismo. Casi en todas partes en Europa, al empuje de la Reforma, las propiedades de la Iglesia fueron mina-

das, conmovidas, parcialmente dilapidadas y enagenadas, y la misma Iglesia de Francia fué sacudida y desgajada por la conmoción universal. Pero

En el siglo XVIII, *en vísperas de la Revolución* las riquezas de la Iglesia de Francia eran todavía considerables. Cuando os haya dicho en qué se empleaban, no sentiréis la tentación de escandalizaros de ellas. Por ahora me limito a mencionar hechos y cifras, cuya explicación y justificación vendrán más tarde. Así, pues, a fines del siglo XVIII, la Iglesia de Francia poseía la quinta o la cuarta parte del suelo, esto es, un capital de unos 4.000.000.000 millones, que podían producir de 80 a 100 millones. Poseía el diezmo, cuya renta se eleva a unos 70 u 80 millones, y además, el pie de altar y las colectas, cuyo producto es difícil de apreciar. Finalmente, gozaba de ciertos derechos feudales que representaban casi 100 millones de renta; en junto, una renta anual de 300 a 350 millones. Estas riquezas estaban, por otra parte, muy desigualmente repartidas. El obispado de Albi ingresaba 100.000 francos; el de Estrasburgo, 400.000; el de Tolosa, 600.000, en tanto que el obispado de Gap recogía 6.000 francos, y algunos otros, 5.000 ó 6.000 francos. La Iglesia conoció en su pasado eras de grandísima opulencia. Las riquezas de la Iglesia fueron, en ciertas épocas, considerables. Una ojeada ahora a

II. Las riquezas de la Iglesia en lo presente.

Son insignificantes, y se ven muy amenazadas. La Iglesia posee poco, y lo poco que posee teme que se lo quiten.

1.° Las riquezas de la Iglesia en lo presente *son insignificantes*.

¿Sabéis a cuanto asciende *la fortuna de los Rothschild* de Francia, Londres y Franfort? Elévase por lo menos a 40.000.000.000 que producen 4 millones de renta cada día. La riqueza de los Rothschild de Francia es, por sí sola, de 10.000.000.000 (*Arsenal*, n.º 29, p. 77). Al lado de este capital, que pertenece a una sola familia, poned toda la riqueza de la Iglesia de Francia; es como un grano de mijo al lado de un saco de trigo. Toda la Iglesia de Francia es incomparablemente menos rica que la dinastía de los Rothschild.

Se ha hablado mucho del *millar de millones de las Congregaciones* (1). Casi no conozco broma más pesada ni desvergonzada que ésta, ni explotación más criminal de la credulidad pública. Juzgad de ello por un detalle que hemos comprobado a dos pasos de Orleáns. En el establecimiento oficial del famoso millar de millones de las Congregaciones, la casa de las Ursulinas de Beaugency figuraba por un valor en capital de 210.000 francos. Esto era verdad hace cinco años. Pues bien, hace un mes, el 18 de abril último, ante el tribunal civil de Orleáns, el procurador de la República comprobaba, de acuerdo con el liquidador y los datos tomados sobre el terreno, que los inmuebles de las Ursulinas de Beaugency no podían venderse por la cuarta parte de su apreciación primitiva, esto es, unos 50.000 francos, en vez de 210.000 (*Journal du Loiret*, 21 de abril de 1905.) Así, la Administración confiesa por sí misma que los bienes de las Congregaciones fueron estimados en cuatro veces más de su valor, y que el millar de millones de las Congregaciones debe ser reducido a 250.000.000. Así proceden los enemigos de la

(1) Esta expresión fué pronunciada en Tolosa por M. Waldeck-Rousseau. Es la mentira consciente y querida que más pesa sobre su memoria. Es la expresión fatal que perdió a las Congregaciones.

Iglesia; para vilipendiarla, para denunciarla a las malas pasiones, le atribuyen una fortuna fantástica.

Las riquezas de la Iglesia, las invasiones del clero... Con estas palabras, que carecen de sentido, se extravía a los pueblos, se los conduce, se los impulsa a la codicia, a la injusticia, a la violencia. No, estas palabras no tienen sentido en nuestro siglo. Apliquémoslas, si así lo queréis, al antiguo régimen; hablad de la fortuna del clero y de las vastas propiedades que los siglos pusieron en sus manos, y que, por otra parte, menos eran patrimonio de ella que patrimonio de los pobres, de las escuelas, de los hospitales, de los hospicios, de todas las fundaciones caritativas y escolares que cubrían la antigua Francia. Pero hoy, cuando este patrimonio, catorce veces secular, ha sido confiscado, vendido, dividido hasta lo indecible, cuando el clero secular y regular casi no poseen nada, cuando la liquidación de la fortuna eclesiástica produciría quizás al Estado más dificultades que provecho, hablar de las riquezas de la Iglesia, señalar en el horizonte de la sociedad francesa el peligro de la mano muerta eclesiástica, afectar un espanto hipócrita en presencia de las supuestas invasiones del clero, es una irrisión, una broma de mal género; es, en los unos, un temor infantil, y, en los otros, un cálculo culpable, una indignación de encargo, una explotación de la galería. Las riquezas de la Iglesia en lo presente son insignificantes. Posee poco, y lo poco que posee teme perderlo.

2.º Las riquezas de la Iglesia en lo presente *están amenazadas y socavadas.*

Los bienes de las Congregaciones quedan ya reducidos a una cuarta parte. El famoso millar de millones se ha convertido en polvo. Era una presa prometida a los apetitos populares. Por desgracia, la presa no fué

más que una sombra, y el pueblo, engañado, burlado, decepcionado, no ha recogido una migaja del festín de Lúculo que se hacía brillar ante sus ojos. Pero puede consolarse, porque

Van a ofrecerle los cuarenta millones del *presupuesto de cultos*. ¿Cuántos francos de renta les tocará a cada obrero? ¡Oh, una suma enorme! Dividiendo los cuarenta millones del presupuesto de cultos por los veintisiete millones de obreros de Francia, le tocará a cada persona 1'40 francos por año. Así es como ofrecen resolver la cuestión social. ¡Qué tajo de farsantes! Mas si no hubiera, en esto más que una broma de mal género, no sería muy grande el mal, ya que la mayor parte de los engañados, lo han sido por su culpa, y porque así lo quisieron. Pero es que, al lado de la broma, hay *la injusticia*. La supresión del presupuesto de cultos de la Iglesia de Francia sería una soberana injusticia. ¿Qué es, en efecto, el presupuesto de la Iglesia de Francia? Es una reparación, un compromiso, una deuda.

El presupuesto de cultos *es la reparación* de un robo sacrílego. El Estado, en 1790, arrebató, a la Iglesia 5.000.000.000, y no le paga más que 40.000.000, ni siquiera el uno por ciento, y todavía, cada año, estos 40 millones, son discutidos, regateados, pellizcados, puestos en peligro, parsimoniosamente pesados en la misma balanza en que se agitan los destinados a caminos vecinales.

El presupuesto de cultos es *un compromiso*. El papa Pío VII se despojó de sus derechos para llevar la paz a las conciencias de todo un pueblo enriquecido por la venta de los bienes eclesiásticos, y no autorizó la posesión tranquila de estos bienes sino mediante una pensión asegurada al clero.

El presupuesto de cultos es *una deuda* tan sagrada como las deudas inscritas en el Gran Libro, y, si se

despoja al clero de los cuarenta millones que constituyen su presupuesto, no veo lógicamente por qué no han de tomarse a los rentistas los mil trescientos millones que el Estado les paga anualmente.

La suspensión del presupuesto de cultos sería una soberana injusticia. Ahora bien, la injusticia no aprovecha a nadie, y la historia no hallaría términos suficientemente enérgicos para condenar semejante empresa. Pero no se detienen aquí los proyectos de la impiedad.

La Iglesia *de Francia tiene templos,* cálices, custodias, casas rectorales, escuelas, albergues de caridad. Quieren quitárselo todo, y en materia de libertad, no dejarle más que una, la de morirse de hambre en cuarenta y ocho horas... Si se convierte en mendigo, se promulgarán leyes, pues todo está previsto, para contener y condicionar su mendicidad. ¿Qué os he dicho? Las riquezas de la Iglesia en lo presente son insignificantes y están amenazadas. Posee poco, y lo poco que posee, teme perderlo.

Señores, estoy inquieto por mi patria más que por mi religión. La Iglesia saldrá viva y gloriosa de los golpes que le asestan; pero, para Francia, ¡cuántas conmociones, cuántos conflictos, cuántas fuerzas vivas perdidas, cuántos intereses comprometidos, cuántas heridas quizás irreparables! Pidamos con nuestras plegarias la intervención divina, y con nuestros esfuerzos preparemos, para lo porvenir, los días mejores de la justicia, de la libertad y de la paz.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA FUERON HONRADAMENTE ADQUIRIDAS

SEÑORES:

Las riquezas de la Iglesia en lo pasado fueron considerables. Algunos sostienen que tuvieron un origen culpable, tal como la captación, la amenaza, la usurpación flagrante. Es esto una calumnia descocada. Por mi parte, sostengo, y voy a demostrarlo, que las riquezas de la Iglesia fueron honradamente adquiridas.

¿Cuáles son las fuentes comunes y legítimas de toda propiedad? 1.ª El trabajo personal; 2.ª la donación; 3.ª la compra y el cambio por vía de contrato; 4.ª el derecho de primer ocupante. Tal es el lenguaje del Código y de todos los jurisconsultos. Ahora bien, digo que es imposible suscitar dudas contra la legitimidad de las riquezas de la Iglesia en lo pasado, porque todas tienen su origen o en el trabajo, o en la compra o en la dotación, o en el derecho del primer ocupante. Veamoslo.

I. La Iglesia en lo pasado se enriqueció por derecho de primera ocupación.

Pocas palabras bastarán para probarlo. Cuando en los siglos IV, V y VI de nuestra era, llegó la Iglesia y se instaló en las Galias, encontró en ellas grandes bosques, inmensos pantanos, valles estériles, desiertos enteros, que no pertenecían a nadie, que estaban entregados al desorden de la vegetación espontánea. Tomó ella posesión de estas regiones malsanas, abandonadas, inhabitables e inhabitadas; descuajó los bosques, saneó los pantanos, abrió senderos y caminos a través de espinos y malezas, roturó el suelo, y allí donde no existía la tierra laborable, allí donde reinaban en absoluto las plantas salvajes y refractarias, allí donde hasta entonces no se oyó más que el canto del buho y el silbido de la serpiente, hizo ella aparecer el trigo, la viña y el olivo, prados opulentos, praderas rientes y fecundas. Convirtióse así en propietaria de los lugares que fué la primera en ocupar, sin daño para nadie, porque nadie antes que ella estuvo allí para decir: Esto es mío. Hizo bien a todos, porque sus sudores civilizadores aumentaron la superficie de las tierras cultivadas; y se hizo rica. ¿Qué mal hubo en esto? Ejerció un derecho natural, un derecho reconocido por todos los códigos, el derecho de primer ocupante. Y luego, a medida que se instalaba y trabajaba en aquellas regiones legítimamente adquiridas, encontró vecinos, se puso al habla con ellos, y con ellos concertó conveniencias y cambios.

II. La Iglesia en lo pasado se enriqueció por la compra.

¿Hay algo también más legítimo que este modo de adquirir? Cada día compráis con vuestro dinero una casa, un campo, un objeto cualquiera, y cuando habéis

entregado el precio convenido, muy mal recibido sería quien fuera a discutir vuestra propiedad. Con una palabra o un gesto lo enviaríais a paseo, y con razón. O bien, sin dar dinero, cambiáis un objeto por otro objeto, una casa por un campo, o recíprocamente, y os convertís en legítimo adquirente y verdadero propietario de la cosa cambiada. Pues esto es lo que hizo la Iglesia en los tiempos pasados. Por compra o por cambio, hizo adquisiciones. Nada más cierto y auténtico, nada más preciso e indiscutible que su propiedad. ¿Qué es lo que origina la propiedad sino el título? Pues bien, los títulos de propiedad de los diversos bienes eclesiásticos en el antiguo régimen, fueron inscritos, no a favor del Estado, ni siquiera a favor de la Iglesia universal, sino a favor de establecimientos eclesiásticos particulares que eran, en virtud de ellos, individual y oficialmente propietarios. No hay medio de censurar esto. La Iglesia adquirió bienes a título oneroso, comprándolos, y también a título gratuito, recibiéndolos.

III. La Iglesia en lo pasado se enriqueció por donaciones.

La Iglesia recibió mucho, ya de mano a mano, ya por testamento. Hay quien califica esto de pésimo. Todo el mundo tiene el derecho de recibir, y los más encarnizados socialistas, si se les hace un donativo en debida y buena forma, perseguirán su liberación ante los tribunales de todos los grados con invencible tenacidad. Todo el mundo tiene el derecho de recibir. Hay quien cree que sólo la Iglesia debería estar privada de semejante derecho. Para ella no hay derecho común que valga; contra ella están permitidas las más injustas exacciones. En nombre del buen sentido, y en nombre de la equidad, señores, repruebo semejantes procedimientos, y tengo la candidez de decir y creer que la

Iglesia, en lo pasado, pudo, sin prevaricación, recibir numerosas y opulentísimas dotaciones.

Recibió mucho *de los reyes,* que hallaban en ella una poderosa colaboradora para la obra de la moralización y felicidad de los pueblos. Desde el origen de la monarquía, vemos que Clodoveo da a Saint-Mesmín todo el terreno situado entre el Loira y el Loiret, y en el curso de los tiempos los reyes merovingios, los carlovingios y los capetos multiplican sus larguezas con relación a los obispos y abades del reino.

La Iglesia recibió mucho de aquellos de sus hijos que se hacían *monjes* o *sacerdotes.* Gran número de estos monjes y sacerdotes procedían de nobles y ricas familias. Tenían un patrimonio que entregaban total o parcialmente al tesoro de la Iglesia, y, con el tiempo, estas aportaciones sucesivas y acumuladas engrosaron considerablemente el patrimonio eclesiástico.

La Iglesia recibió mucho de la libre generosidad *de los fieles.* Recibió dinero, dones en naturaleza, casas, propiedades territoriales. Recibió las ofrendas del arrepentimiento y del voto. Los cristianos, nuestros viejos antepasados tenían fe, una fe que trasladaba las montañas, y para complacer a Dios, para tranquilizar su conciencia, hacían obras grandiosas que asombran nuestros brazos, cargados de tantas máquinas, y a nuestro espíritu, engrandecido con tantos descubrimientos. Sacrificaban al Señor una porción de sus bienes, y se obligaban con voto a construir monumentos atrevidos, vastas catedrales, cuyas torres se perdían en las nubes, retiros de penitencia y de oración ocultos en las quebradas de las montañas desiertas. Liberaban su conciencia con importantes fundaciones, que entraban en el patrimonio de la Iglesia. La Iglesia recibió mucho de los reyes, de los señores, de sus ministros, de sus fieles.

Finalmente, recibió el *diezmo de sus arrendatarios.* Al oir la palabra diezmo, aun los más fuertes pierden la cabeza. Temblamos ante una palabra como los niños ante un fantasma. Por favor, señores, conservad vuestra sangre fría, y escuchad tranquilamente lo que voy a deciros. El diezmo era *el impuesto de la décima parte* sobre las cosechas, esto es, de diez gavillas, una. Este impuesto producía setenta u ochenta millones al año, cuyo empleo apreciaréis cuando os *diga las cargas* que pesaban sobre el antiguo clero francés. Por ahora, me contentaré con haceros observar que el diezmo era *un impuesto ciertamente menos oneroso* que nuestros impuestos actuales. Era el sistema contributivo más ventajoso para el pueblo. Hoy, todo está tasado, hasta el aire y la luz por el impuesto de puertas y ventanas. Hoy, el cultivador paga al fisco casi el tercio de lo que produce su tierra, esto es, de cada tres gavillas, una, lo que equivale a tres diezmos en lugar de uno. Verdad es que paga en dinero, no en naturaleza; mas ¿qué importa? Su fardo es, por lo menos, tres veces más pesado. Añadid a esto que *el diezmo eclesiástico se cobraba con notable moderación.* En muchas provincias, el diezmo era muy inferior à la décima parte de la recolección imponible. En general, había que dar una gavilla de cada diez, pero, si el año era malo, y la recolección resultaba mezquina, no se pagaba el diezmo. Hoy, por lo contrario, llueva, hiele o haga viento, sea buena o mala la cosecha, hay que pagar o habérselas con los alguaciles y los embargos. El diezmo eclesiástico era tan equitativo y tan moderado, que, en el reinado de Luis XIV, Vaubán, el hombre más honrado y desinteresado de su tiempo, lo consideraba como el mejor sistema contributivo que pudiera practicarse. Digamos, con todo, que *se ha hecho bien en suprimirlo,* porque daba lugar a rozamientos, vejaciones, injusticias apa-

rentes y desigualdades que reclamaban una reforma fiscal. Se ha suprimido, y se necesitaría estar loco para soñar en restablecerlo. Decir que el clero quiere restablecer el diezmo, es mofarse del pobre pueblo y abusar de su credulidad. No digo que haya que resucitar lo pasado, sino solamente que no se le calumnie. El clero, en el antiguo régimen, *poseía bienes. Los arrendaba,* y la décima parte de la recolección era el precio del arriendo. Tal era el diezmo. No veo en esto nada monstruoso. El clero desarrolló su propiedad comprando, recibiendo y, finalmente, trabajando. Pocas palabras más sobre esto.

IV. La Iglesia, en lo pasado, se enriqueció por el trabajo.

El trabajo es el gran medio de hacerse uno propietario. Alabamos al padre de familia que, al precio de su sudor cotidiano, adquiere un pequeño lote de tierra, un modesto capital, una fortuna honrada, y tenemos razón en elogiarlo. Está en su derecho y cumple con su deber. Así procedió la Iglesia. Trabajó mucho; mostróse obrera infatigable; cultivó, construyó, administró admirablemente sus bienes; obró como buen padre de familia. Si poseyó campos, bosques y viñas, ¿quién los roturó, sembró y formó sino la mano de sus sacerdotes, de sus monjes, de sus fieles? Si recibió en otro tiempo grandes extensiones de terreno, fueron en su mayor parte landas desecadas e incultas; ella transformó aquellos terrenos ingratos y les obligó a producir abundantes cosechas. Luchó contra el clima, contra el desierto, contra las guerras incesantes. Se enriqueció con el trabajo, a pesar de todas las resistencias del suelo, sin cometer injusticias contra nadie y para el mayor bien de las poblaciones, a las cuales inundó de beneficios. La Iglesia se enriqueció en lo pasado por el derecho

de primera ocupación, por la compra, por la donación, por el trabajo; sus riquezas fueron honradamente adquiridas, y todo esto me conduce a una

Conclusión.

Considerables, como antes, o mediocres, como hoy, las riquezas de la Iglesia son legítimas. Luego poner la mano en estas riquezas

Es *un robo.* La Iglesia posee. Tiene un patrimonio nacido del trabajo, de la economía y del tiempo. Se lo quitan, la despojan de él. En todas las lenguas y en todos los pueblos, semejante procedimiento tiene un nombre: se llama robo. Pero ese procedimiento, diréis, ha sido decretado por la ley, presidido por el magistrado, protegido por agentes de la fuerza pública. ¿Qué importa? Apoderarse de los bienes de la Iglesia, es cometer un robo. Los detentadores de esos bienes pueden ser, con relación al Estado, legalmente propietarios; en conciencia y ante Dios, retienen injustamente el bien ajeno y están en la obligación perpetua de restituir. Poner la mano en las riquezas de la Iglesia, es un robo.

Un robo *improductivo.* El bien mal adquirido no aprovecha nunca. El adagio es verdadero, especialmente con relación a los bienes robados a la Iglesia. ¿En qué se ha convertido el famoso millar de millones de las Congregaciones? ¿A quién le ha servido de provecho? A nadie. ¿A quién aprovecharon los bienes robados a la Iglesia en 1790? No aprovecharon ni a las letras ni a las artes, ni a la moral, ni a la justicia, ni al pueblo, ni a la prosperidad general del país, ni a la monarquía, que no sobrevivió más que un año a este despojo, ni a la república, que, con los asignados, se tiró de cabeza a la bancarrota de dos tercios. Poner la

mano en las riquezas de la Iglesia, es un robo, un robo improductivo.

Un robo *sacrílego,* porque es tocar a algo que es sagrado, a la substancia de Dios, al patrimonio de Jesucristo, a la cosa del Señor; es cometer un acto que la Iglesia castiga con la *excomunión.*

Bien sé que los librepensadores se burlan de buen grado de las censuras de la Iglesia. También se mofaba Napoleón I de la excomunión papal diciendo: "¿Hará caer las armas de las manos de mis soldados?" La desastrosa retirada de Rusia fué la respuesta del cielo a esta insolente salida. Cualquiera que sea la seguridad de los librepensadores, importa siempre que los católicos, que los creyentes, parientes o amigos de los despojadores, sean advertidos sobre esta cuestión. Importa que sepáis, señores, que la excomunión, a los ojos de la fe, es la más grande de todas las penas. Excomulgado quiere decir: separado del cuerpo de la Iglesia, privado de sus auxilios y de la sepultura eclesiástica, y el excomulgado no puede, aunque se arrepienta, ser reconciliado con Dios más que por un sacerdote provisto de poderes especialísimos. Según el concilio de Trento y la Bula de Pío IX *Apostolicæ sedis,* los despojadores y compradores de los bienes de la Iglesia están excomulgados con excomunión reservada al papa. La Iglesia es legítima propietaria. Su propiedad es sagrada. Compadezcamos a los temerarios que ponen sobre ella su mano violenta y sacrílega.

Así sea.

NOTA.—A propósito del diezmo, es interesante conocer la opinión de Vaubán. El mariscal Vaubán, que no sólo fué gran ingeniero, sino notable economista, escribió un libro sobre el diezmo real, en el cual lo recomienda a Luis XIV en los si-

guientes términos: "La base de este sistema consiste en que todos los súbditos de un Estado deben contribuir a sus cargas en proporción a sus rentas, a su industria; esta contribución jamás deberá ser superior al 10 %, ni menor del 5 %, de la renta imponible. Este impuesto, tomado proporcionalmente sobre toda la renta, me parece el mejor sistema contributivo. Es la manera de cobrar los derechos reales más pacífica de todas, la que producirá menos ruido y menos odio en el pueblo, ya que nadie se lamentará de lo que debe pagar, porque siempre estará en proporción a su renta... Nada prueba tanto la bondad del sistema como *el diezmo eclesiástico,* que se cobra por todas partes sin quejas, sin gastos, sin ruido, sin arruinar a nadie. Lo consideramos como el modelo del diezmo real. No da lugar a proceso alguno, no ha suscitado ninguna queja desde que se practica, no sabemos que haya dado lugar a corrupción alguna; de todos los impuestos es el que necesita menos gente para su cobro, el que origina menos gastos, y el que se ejecuta con la mayor facilidad y dulzura." He ahí la opinión de un hombre serio, fundada en razones tan sencillas como evidentes. Es un contemporáneo que habla; ha visto, y relata por modo imparcial lo que ha visto. Semejante testimonio tiene ciertamente mucho más peso que todas las variaciones embusteras moduladas sobre este asunto por la escuela volteriana y librepensadora (Véase también sobre esto un artículo de la *Revue bibliographique* de Marzo de 1884.)

CONFERENCIA CUARTA

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA FUERON ÚTILMENTE EMPLEADAS

I. En el servicio del culto

Señores:

Las riquezas de la Iglesia en lo pasado fueron considerables. Os he mostrado que fueron honradamente adquiridas. Réstame probaros que fueron útilmente empleados en el servicio del culto, en el servicio de la instrucción, en el servicio de la caridad y en el servicio del Estado. Hablemos hoy de las cargas culturales que pesaban sobre la Iglesia de Francia. Con su dinero proveía a las necesidades del personal, de los edificios y del cabeza del culto católico. Procuraré con hechos y números haceros tocar con el dedo la importancia de este servicio.

I. El personal del culto católico.

Podemos imaginar para el clero una doble situación: o bien el Estado lo mantiene mediante un salario, o bien la Iglesia, la Iglesia propietaria, le proporciona los medios necesarios para vivir.

El clero asalariado, que vive de los subsidios del Estado, es la situación actual. No es ciertamente brillante, pues hace del sacerdote un empleado cuya vida es aleatoria, y cuya independencia está muy comprometida. Bajo el régimen del salario, el sacerdote *es considerado como un funcionario,* como un empleado civil. La religión es a los ojos de la opinión como un departamento del Estado, como la instrucción pública o el comercio. Es un desorden, una verdadera aberración. Bajo el régimen del salario, *la vida del sacerdote es incierta.* Las vicisitudes y quiebras del Estado deciden de la subsistencia del clero y de la dotación de la Iglesia, y asistimos al repugnante espectáculo de la representación nacional de un país católico en el que cada año se suscita y se agita la cuestión de saber si se debe continuar o no en el presupuesto los gastos del culto, a pesar de de que éstos no son más que una débil restitución de las riquezas que el Estado robó a la Iglesia en 1789. Bajo el régimen del salario, la independencia del sacerdote *queda muy comprometida.* Un clero asalariado por el gobierno vive, por este mismo hecho, en un estado de servidumbre. Si se muestra reacio a la voluntad del poder, el Estado puede castigarlo al punto por el hambre, y entonces, para salvar su libertad, el clero se coloca en la necesidad de practicar el heroísmo. Esto es peligroso. El heroísmo no es una prerrogativa vulgar; posible a algunos, es impracticable a la mayor parte. Tales son los motivos por los cuales ha querido

siempre la Iglesia que sus ministros encontrasen en su seno los medios de subvenir a las necesidades de la vida. La propiedad eclesiástica es, entre las garantías humanas, la garantía más sólida de la independencia del clero.

El clero propietario, viviendo de los subsidios de la Iglesia, era la situación del antiguo régimen. Era mejor para el sacerdote que la de hoy en día, introducida e inaugurada por la Revolución. Antes, el sacerdote recibía de la Iglesia, no del Estado, su salario. Antes, la Iglesia, que era rica, sostenía a su clero. No quiero decir que todo fuera admirablemente en la antigua Iglesia galicana. Al lado de incomparables glorias veíanse profundas miserias. Pero, por lo menos, el clero comía un pan que era suyo; no se sentaba a la mesa servida por el Estado. Contábanse entonces en Francia 139 obispados o arzobispados, muy desigualmente repartidos. Algunos tenían de 800 a 1.000 curas, otros 40, 25, 23, 20, 19. Había unas 16.000 parroquias y 655 capítulos de Iglesias colegiales o catedrales. No bajaban de 70.000 los sacerdotes seculares, de 33.000 los religiosos, de 37.000 las religiosas; al total 130.000 miembros del clero (Taine). Tal era el personal del culto católico. Todo aquel mundo nada pedía al Estado. Únicamente la Iglesia le hacía vivir y satisfacía sus necesidades. Mas todavía soportaba otra carga mucho más pesada, pues construía, conservaba y reparaba.

II. Los edificios del culto católico.

Contemplad *vuestros edificios religiosos,* que se elevan por todas partes en el suelo de Francia, en las ciudades, en las cuales dominan todos los demás monumentos, y en las aldeas, en donde, como un dedo levantado hacia el cielo, parece que el campanario reúne las

existencias esparcidas y las eleva hasta Dios. Son las casas de lo Infinito, abiertas desde el alba a la noche, en donde el creyente descansa, se rehace, se renueva en la paz, en la luz, en el culto público, en la palabra que oye, en el contacto con la Divinidad. Son los templos del arte y los templos de la religión.

¿Quién *los construyó* sino la Iglesia católica? Las cuatro quintas partes de ellos y los más hermosos datan del antiguo régimen, de doscientos, quinientos, setecientos años. ¿De dónde se sacó el dinero necesario para adquirir, modelar y construir tantos materiales? Del tesoro de la Iglesia. Una vez resuelta la construcción de un templo cristiano, y ya trazado y aceptado el proyecto, el soberano pontífice, a petición de un obispo, o por determinación personal suya, concedía indulgencia plenaria a los que contribuían con su dinero o su trabajo a la edificación de la santa morada. Bajo el impulso y dirección del clero, cada cual aportaba su limosna: el rico sumas considerables, la pobre viuda y el huérfano, su modesto óbolo, y una multitud inmensa se ponía a la obra con celo, unos llevando materiales, otros trabajando, todos de tiempo en tiempo descansando del trabajo para cantar los salmos. No se contaba entonces con los mil medios de que disponemos hoy para centuplicar la fuerza y abreviar el trabajo. La construción de un monumento religioso exigía varios siglos... y muchos millones. La Gran Opera costó al Estado cuarenta millones. Imaginad lo que costaron a la Iglesia nuestras grandes catedrales, en comparación de las cuales nuestra Gran Opera no es más que una pobre y pequeña topera... Además, cuando nuestros edificios religiosos eran destruídos por las guerras, más mortíferas que el tiempo, más terribles que el rayo,

¿Quién *volvía a levantarlos*, a repararlos, a reconstruirlos sino la Iglesia católica? La Iglesia es una in-

corregible machacona. El pájaro hace nidos, que destruye la tempestad, y cada estación, vuelve a construirlos. Cuando el viento dispersa la paja y el plumón laboriosamente acoplado y agenciado, el pájaro vuelve a la obra sin cansarse jamás. Así obra la Iglesia. En el siglo XVI, en tierra de Francia, los protestantes despojaron, saquearon, destruyeron ciento cincuenta catedrales y abadías de primer orden, sin contar un número incalculable de iglesias parroquiales, de capillas, de monasterios, de escuelas, de casas rectorales, de diferentes establecimientos religiosos. Sólo en Orleáns demolieron diecisiete iglesias o capillas, y produjeron estragos espantosos en Clery, en Meung, en Beaugency, en Patay, en toda la Beauce, en todo el Orleanés, en Turena, Poitou y Anjou. Imaginaos todo lo que fué preciso buscar y el dinero que hubo que gastar para rehacer tantas ruínas, para volver a levantar tantos edificios destruídos o mutilados. La Iglesia encontró y gastó este dinero, y reconstruyó todo lo que echó por tierra el protestantismo. A la rabia de los hugonotes sucedió el martillo de los revolucionarios. El final del siglo XVIII fué señalado con desvastaciones que igualaron, si no superaron, las del siglo XVI. ¿Qué hizo también la Iglesia en el siglo XIX? Volvió a emplear su viejo método, y empezó de nuevo su obra, reconstruyó sus nidos dispersos por la tempestad y reedificó sus edificios religiosos.

En estos últimos tiempos se ha dicho que los edificios religiosos anteriores al Concordato *pertenecían al Estado, a los municipios*. Semejante afirmación no significa nada, ni resiste la discusión. Permitidme que os pregunte cómo nuestros viejos edificios religiosos pueden pertenecer al Estado, si la Iglesia los construyó, o a los municipios, si los municipios no existían cuando semejantes edificios brotaron de la tierra a impulso de

la lluvia de oro y de los sudores de las Ordenes religiosas, de los obispos y de los católicos, nuestros antepasados. ¿Lo entedéis? Nuestros edificios religiosos anteriores al Concordato, no eran propiedad del municipio, y cuando el Concordato trató de ellos, no fué para entregárselos a los municipios, sino para ponerlos a la disposición de los obispos, de las fábricas, de las parroquias, es decir, de la Iglesia, cuya primogenitura auténtica e indiscutible constituían.

La Iglesia, en lo pasado, fué rica. Confesad, señores, que no empleó tan mal su dinero. Cubrió a toda Europa, y especialmente a Francia, de maravillosas obras arquitectónicas, cuyos despojos son todavía admiración de los sabios, y proveyó a las necesidades del personal y de los edificios del culto católico. Algunas palabras más que no carecen de importancia: ayudó con sus subsidios

III. A la Cabeza del culto católico.

San Luis, moribundo, decía a su hijo: "Querido hijo, no olvides jamás al papa de Roma, y ayúdale en todas sus necesidades." La Iglesia de Francia no ha olvidado estas palabras, ni ha abandonado al pontificado, cuyas cargas y necesidades tan múltiples son.

Pero aquí se nos dice: ¿Por qué el papa habita un palacio de 11.000 habitaciones, cuando Jesucristo no tenía donde reclinar su cabeza? En primer lugar, el Vaticano no contiene 11.000 habitaciones, sino 1.100, y la magnificencia que rodea al papa no debe escandalizarnos. Con razón Nicolás V (1447-1455), en un reinado demasiado breve de ocho años solamente, rodeó el centro de la Iglesia, el pontificado, de todos los explendores visibles. Pues bien, la Iglesia es la primera de las grandezas humanas. Así, pues, su Cabeza puede

y debe aparecer por modo sensible a los ojos del pueblo como la personificación esplendente de la majestad divina, pero esta irradiación exterior entraña gastos inevitables. Añadid a esto las relaciones cotidianas que el papa sostiene con todos los centros de la catolicidad los auxilios y representantes que envía a todas partes, las miserias que elevan su voz hasta él de las cinco partes del mundo, los gastos que necesita una administración mundial, y os convenceréis de que la Iglesia universal tiene necesidad de ser asistida por las Iglesias particulares.

La Iglesia de Francia, en el antiguo régimen, cumplía su deber de auxiliar al pontificado. Varias veces el antiguo clero de Francia manifestó un espíritu de inquieta desconfianza y sorda hostilidad con relación al papa; varias veces, a propósito de los derechos temporales y de las rentas de Roma, hubo discusión entre los reyes de Francia y el papa. Estas dificultades fueron objeto de la Pragmática sanción con Carlos VII y del Concordato de 1516 con Francisco I. Pero, con alternativas de buen humor y de enojo, la Iglesia de Francia pagó siempre a Roma numerosos censos que se llamaban dispensas, reservas, prevenciones, *annatas*. Las annatas eran la tasa particular que pagaban al papa, con ocasión de su nombramiento, todos los que eran promovidos a un beneficio. Esta tasa representaba la renta del beneficio durante un año; era como el diezmo descontado por el soberano pontífice sobre la Iglesia Francia.

La Iglesia fué rica en otro tiempo. No tiene por qué avergonzarse de ello. De su dinero, honrosamente adquirido, dedujo una primera parte para el servicio del culto, del personal, de los edificios y de la Cabeza del culto católico. Trabajó para vivir y vivió de sí misma. Esto ya fué un bien. Pero veremos que procedió

por modo mejor todavía, pues trabajó para el pueblo, para la ciencia, para el Estado. Por hoy, basta con esto. Algunos se quejan mucho del presupuesto de cultos y quisieran suprimirlo; pero no somos nosotros los que inventamos el presupuesto de cultos. Antes, la Iglesia vivía de su patrimonio. No sólo no era esto un crimen, sino que era una garantía de independencia para ella misma y un alivio para el presupuesto nacional.

Así sea.

QUINTA CONFERENCIA (1)

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA FUERON UTILMENTE EMPLEADAS

II.—En el servicio de la caridad

Hermanos míos:

La fiesta de Pentecostés es la fiesta aniversario del nacimiento de la Iglesia, y la Iglesia, como su divino Fundador, no se ocupa aquí bajo más que en hacer el bien. En otro tiempo fué rica; ¿en qué empleó sus riquezas honradamente adquiridas? Empleólas primeramente en el servicio del culto, y luego en el de la caridad. Se ha calculado que una tercera, o por lo menos una cuarta parte de la renta de los bienes eclesiásticos servía para consolar y ayudar a las clases trabajadoras. Echemos una mirada a ese glorioso pasado, y saquemos de él conclusiones para la hora actual.

---

(1) Esta conferencia fué pronunciada el domingo de Pentecostés, en la misa mayor de las diez, ante toda la parroquia.

I. La Iglesia en lo pasado empleó su dinero en el servicio de los pobres.

Desde su origen fué su ambición, que consideró como un honor, socorrer al infortunio. Instituyó los ágapes, que eran un festín fraternal del que participaban los pobres; instituyó las diaconías o casas de caridad, que eran el depósito de las limosnas y el abrigo de todas las miserias; instituyó la beneficencia en ejercicio continuo, e hizo extensivo a los paganos mismos la acción de su caridad. Juliano el Apóstata, muéstrase escandalizado e indignado de ello. "¿No debemos escandalizarnos—dice—de que los galileos, esos impíos, después de alimentar a sus pobres, alimentan también a los nuestros, absolutamente abandonados?" La Iglesia es incorregible. Caritativa desde su nacimiento, no cesó de serlo en su larga historia.

La limosna fué su pasión favorita. Mendigó para asistir a los mendigos. Pidió dinero para poder darlo. Pidió por todas partes para asegurar la propiedad de los pobres contra los golpes de la fortuna, y para restablecerla al día siguiente de las revoluciones que acababan de abolirla y arruinarla. Constituyó para el indigente un recurso más seguro que el del Estado, una renta que continuaba percibiendo cuando la tierra agotada negaba a los príncipes los impuestos, una renta que convertía en pan, en combustible, en vestidos, en remedios, beneficios multiplicados hasta lo indecible e ingeniosamente diversificados. Permitidme que os dé algunos detalles.

II. La Iglesia empleó en lo pasado su dinero al servicio de los enfermos, de los desvalidos, de los ancianos, de los huérfanos.

Edificóles hospitales, *casas de Dios,* es decir, casas, palacios, en los que Dios era recibido, alojado y cuidado en la persona de sus miembros dolientes. Sólo en Francia, en el siglo XIII, se contaban más de *veinte mil hospitales.* "Tantos hospitales—escribía Voltaire—, tantos arcos de triunfo para la Iglesia romana." En efecto, eran los hospitales la manifestación de su munificencia, de su gusto impecable y de su heroica caridad; *de su munificencia,* porque tuvo que buscar millones y millones para construirlos, amueblarlos, sostenerlos, dotarlos y proporcionar a los huérfanos sin nombre, a los ancianos sin familia, a los enfermos sin consuelo, no estrechas y mezquinas moradas, sino verdaderos palacios cuyas vastas proporciones, patios plantados de árboles y jardines sembrados de flores, satisfacen, recrean y regocijan los ojos; *de su caridad,* porque en aquellas espléndidas y reales mansiones colocó ángeles de abnegación que amaban a los desgraciados más que una madre ama a sus hijos, que se elevan, por el poder de la gracia, sobre las repugnancias de la naturaleza, que saben tocar todas las llagas morales y físicas con la mano más pura, más delicada, más tierna. A riesgo de herir la falsa sensibilidad de nuestro siglo, quiero recordaros un ejemplo de este desbordamiento de caridad.

III. La Iglesia en lo pasado empleó su dinero en el servicio de los leprosos.

La lepra era una enfermedad terrible, importada de Oriente, que hizo estragos particularmente en la Edad Media. Los desgraciados que la contraían quedaban aislados fuera de las ciudades y no podían comunicar con nadie. Conocéis el heroísmo de Santa Isabel de Hungría, quien lavando por sí misma las llagas horribles de un leproso, tomó el vaso en el cual había exprimido la podredumbre de aquellas llagas y se la bebió de un trago, como si fuera la sangre del Señor en el cáliz santo de nuestros altares. Fué aquel un acto de fuerza y caridad sobrehumana, pero no fué más que un acto pasajero. La Iglesia hizo algo más y mejor: instituyó una Orden religiosa, los caballeros de San Lázaro, para recoger y cuidar a los desgraciados leprosos que languidecían en las encrucijadas de las ciudades, abandonados de todos, cubiertos de llagas asquerosas, exhalando un olor cadavérico insoportable. Cuando la lepra invadía a Europa, la Iglesia abría en todas partes leproserías que tuvieron la doble ventaja de asistir a los pestíferos y preservar la salubridad pública. Sería difícil decir los inmensos recursos que consagró a esta obra esencialmente humanitaria. Esto no le impidió, por otra parte, abrir sus oídos y su bolsa a los gemidos que le llegaban de países más lejanos.

IV. La Iglesia en lo pasado empleó su dinero al servicio de los cautivos.

Durante largos siglos, a consecuencia de las guerras con los infieles y de la piratería ejercida por los musulmanes en todas las costas de Europa, un número

crecidísimo de cristianos de Oriente, de Italia, de Francia, de España, cayeron en las manos de los turcos o de los corsarios del Mediterráneo, y fueron cargados de cadenas, privados de su patria, indignamente tratados y con frecuencia expuestos a la apostasía de la fe de sus padres. Era preciso socorrerlos y libertarlos. La Iglesia les envió la Orden de los Trinitarios y la de Nuestra Señora de la Merced. Se asegura que, desde su fundación en 1198, hasta 1787, sólo los Trinitarios rescataron cerca de un millón de esclavos europeos. El mismo Voltaire menciona esta Congregación heroica y las sumas incalculables que sacó de los países cristianos para el rescate de los cautivos. La Iglesia, pródiga de sus dones, no quiso olvidar a nadie, ni a los pobres, ni a los enfermos, ni a los leprosos, ni a los cautivos, ni siquiera a los transeúntes ni a los viajeros...

V. La Iglesia en lo pasado empleó su dinero en el servicio de los transeúntes y de los viajeros.

¿Cómo ocurrió esto? Vais a verlo. Antes no existían, como existen hoy por todas partes, grandes rutas llenas de innumerables vehículos, que recorren el país noche y día, y menos caminos de hierro, que suprimen las distancias. Los viajes eran, por lo general, difíciles y poco seguros, y muy peligroso el paso de los ríos. Se hacía testamento para ir de Orleáns a París. La Iglesia suscitó los Hermanos puentistas, que construían puentes y prestaban preciosísimos servicios a la sociedad de la Edad Media. Fijaban su residencia en las orillas de los ríos, de los torrentes, de los precipicios. Construían puentes, establecían barcas, prestaban ayuda a los viajeros, les daban abrigo cuando se veían sorprendidos por la noche o el mal tiempo. No creáis a los estúpidos que os dicen que la Iglesia vivió de los sudores del

pueblo sin mezclar los suyos propios, que fué egoísta, perezosa y estéril. Por lo contrario, fué poderosa obrera; llenó nuestros viejos siglos de inagotables beneficios, tuvo solicitudes y atenciones para todo el mundo.

Hoy los transeúntes y los viajeros salen del paso como pueden, y si carecen de dinero para pagarse un albergue, deben contentarse con el asilo municipal, que no siempre es seguro. Antes, la Iglesia ofrecía hospederías, en las cuales todos eran recibidos sin distinción, albergados gratis y tratados como hermanos. Cada monasterio tenía su hospedería para los forasteros; en ellas entraban de noche y de día, y vivíase en ellas como en familia... Si, pues, la Iglesia prodigó sus riquezas para satisfacer las necesidades más diversas e imprevistas del hombre, ¿cómo no hacer nada en pro de la inmensa multitud agrícola y obrera? Por lo contrario, hizo mucho.

VI. La Iglesia en lo pasado empleó su dinero en el servicio de los trabajadores.

Fué rica; esto no puede negarse. La célebre abadía de Fulda poseía, desde la época de Carlomagno, 15.000 alquerías en Alemania. La abadía de Saint-Germain-des-Prés, en París, contaba con más de 60.000 libras de renta. Todos los grandes cultivos monásticos estaban en un estado de prosperidad sorprendente. Los monjes fueron ricos porque trabajaban. Su riqueza era el producto de su traabjo. ¿Hay algo más legítimo? Nada.

Pero ¿quién se aprovechaba de su trabajo? Todo el mundo, especialmente las clases indigentes y las laboriosas.

Descuajaron los bosques, abrieron canales, sanearon las llanuras, y prodigaron en torno de ellas las lecciones,

los ejemplos, los instrumentos de labranza. ¡Qué inmenso beneficio!

Gastaron la mayor parte de sus rentas en alimentar, vestir, abrigar a millares y millones de desgraciados. ¡Qué inmensa caridad!

Procuraron trabajo, recursos y justo salario a una multitud de artesanos sin ocupación y sin pan. ¡Qué inmensos servicios a la clase obrera! Dar trabajo, y un trabajo remunerador, es la ayuda más inteligente y delicada que pueda prestar el rico, la más moralizadora y honrosa con relación a las clases populares... y así es como la Iglesia gastó su dinero en los viejos siglos de la Edad Media. Tampoco saben lo que dicen los que hablan de la miseria del pueblo en la Edad Media. Los eruditos más indiscutidos han demostrado que la condición del aldeano en el siglo XIII, era mejor que hoy desde el punto de vista del progreso agrícola y de la baratura de las sustancias alimenticias.

He ahí lo pasado de la Iglesia. Fué rica, pero puso sus riquezas al servicio de todos. Fué la gran bienhechora del hombre.

VII. Hoy es pobre, y los grandes salteadores de caminos quieren arrebatarle lo poco que posee.

¿Qué le importa? Sólo se ocupa en hacer el bien, y lo hace en gran manera. Hace el bien *en todas partes*... hasta en los confines del mundo... Lo hace *a todos*... aun a los que la quieren mal, aun a los que le hacen traición... La hará *siempre*, porque, por avanzada que sea una día la civilización, por numerosos que sean los hospitales y los asilos, los dispensarios y las cajas de retiros, las prisiones y las colonias de destierro, siempre habrá desventurados y criminales; la miseria y el vicio jamás serán suprimidos en la calle y en el mundo,

y mientras duren en la tierra los padecimientos morales y físicos, la Iglesia estará en su puesto para cuidarlos y curarlos, o por lo menos, para atenuarlos con mano generosa, acariciadora y maternal.

Locos, faltos de lógica y culpables son, pues, los que persiguen a la santa Iglesia católica, los que la despojan, los que la calumnian, los que trabajan por oprimirla y suprimirla. *Locos,* quebrantan y quisieran desarraigar el gran árbol de la civilización y caridad que cubre al género humano con su sombra y lo alimenta con sus frutos. *Faltos de lógica,* decretan la abolición de las obras católicas para los otros, y retienen para sí sus beneficios; hacen expulsar a las Hermanas de los hospitales en donde cuidan a los pobres, y llaman a las Hermanas para que los cuiden a ellos y a su familia cuando están enfermos. *Culpables,* privan al pueblo de los servicios de la religión, y con nada los sustituyen, con nada sino con negaciones, mentidas promesas, huecas utopias y amargas decepciones. *Locos* faltos de lógica y culpables, murmuran contra la Iglesia y no pueden censurarle más que sus beneficios. A todos estos ataques sin ton ni son ni pizca de razón, sin pudor y sin freno, responded, hermanos míos, con una fe más viva, más valerosa, más sufrida: sed católicos muy convencidos y fervientes, y, cual hijos abnegados de la santa Iglesia, pasad, como ella, haciendo bien, para recibir allá arriba la recompensa inmortal que Dios reserva a sus elegidos.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA FUERON UTILMENTE EMPLEADAS

III.—En el servicio de la instrucción

Señores:

Se reprochan a veces a la Iglesia las grandes riquezas que en otro tiempo poseyó. No hay razón para ello. Aquellas riquezas fueron honradamente adquiridas, y, además, útilmente empleadas, primeramente en el servicio del culto, luego en el de la caridad, y, finalmente, en el de la instrucción. Nuestro presupuesto de instrucción pública es hoy de unos trescientos millones. En la antigua Francia no existía presupuesto alguno de instrución pública. La Iglesia pagaba todos los gastos de la enseñanza, y con la munificencia que vais a ver.

I. La Iglesia, en lo pasado, empleó sus riquezas en el servicio de la enseñanza.

Desde los primeros siglos de su historia, fundó *escuelas conventuales,* escuelas de monasterio, en las cuales recogía todo lo que hemos observado en materia de literatura sagrada y obras de autores paganos, y en donde eran enseñadas las ciencias divinas y humanas. De aquel glorioso pasado, recogeré solamente dos hechos que nos tocan más de cerca. La escuela monástica de Ferrières-en-Gatinais era un plantel de santos y de sabios. En la famosa escuela de Fleury, hoy Saint-Benoit-sur-Loire, había más de 5.000 estudiantes, y cada uno de ellos debía, por los honorarios de sus maestros, presentarles anualmente dos volúmenes copiados por su mano. Así, cada año, la escuela de Fleury se enriquecía con 10.000 volúmenes nuevos. ¿Sabéis hasta dónde llegaba el amor de la ciencia en aquellos hombres tan poco conocidos y calumniados? En el incendio que consumió su monasterio a fines del siglo IX, los monjes de San Benito abandonaron su mobiliario a las llamas para salvar su biblioteca. Pero la Iglesia no se contentaba con tener únicamente escuelas conventuales; y así,

A partir del siglo XIII, fundó *Universidades,* las cuales tuvieron por protectores papas, maestros por santos, y a la cristiandad por auditorio. Las construyó, las pobló, las dotó, las enriqueció, las gobernó. Recibió en ellas una clientela escolar enorme. Nada más que en Francia, en la antigua Francia, teníamos 23 Universidades provinciales, libres e independientes las unas de las otras, irradiando en torno de la de París, madre y maestra de todas las escuelas francesas, y sirviendo de modelo a todas las extranjeras. La nuestra,

la de Orleáns, era una de las más célebres. A ella acudían estudiantes de todas partes. En el espacio de 280 años, 13.000 estudiantes alemanes abandonaron su patria para estudiar con nosotros nuestra lengua, el derecho civil y el romano. Pero no fué esto todo.

Alrededor de nuestras 23 Universidades agrupábanse 900 *colegios*, 265 más que hoy en día, con 72.000 alumnos. De éstos colegios, 36 estaban enclavados en el recinto mismo de la capital. La Iglesia difundía la enseñanza secundaria con tanta profusión como la superior.

Mas ¿qué es lo que no hizo por la *enseñanza primaria?* Ella fué su fundadora. Antes de ella, no había escuelas, ni maestros para enseñar a los hijos del pueblo. La Iglesia fué la que inventó y fundó las escuelas populares. Nadie, fuera de nosotros, tuvo la idea ni el el poder de formar maestros. Nosotros fuímos los primeros y los únicos que revelamos el secreto y dimos el ejemplo de ellos al mundo entero. Desde los primeros siglos, desde los primeros concilios, pidieron los obispos a los sacerdotes que estos mismos dieron la instrucción a los niños. En el siglo VIII, Teodulfo, obispo de Orleáns, ordenó a su clero que fundara escuelas aun en las aldeas. En el siglo IX, Hiucmaro, arzobispo de Reims, instituye inspectores primarios en las personas de sus arciprestes. A fines de la Edad Media, había escuelas primarias casi en todas las parroquias, y la ciudad de París no contaba menos de quinientas. El protestantismo saqueó, incendió y arruinó un número incalculable de establecimientos escolares; pero tan pronto como pasó la tormenta emprendió de nuevo la Iglesia la obra de la instrucción popular. El cardenal de Coislín, gran limosnero de Francia en el reinado de Luis XIV, funda y sostiene a sus expensas 200 escuelas en las parroquias de la diócesis de Orleáns, Juan

Bautista de la Salle instituye los Hermanos de las Escuelas cristianas. Otras Congregaciones hacen lo propio, y por todo el suelo de Francia está en plena florecencia la enseñanza primaria. Las estadísticas más autorizadas nos dicen que, en el siglo XVIII, en vísperas de la Revolución, hubiera sido difícil hallar en Francia una parroquia un poco populosa sin casa ni fundación escolar.

¿Quién hizo todo eso? ¿Quién difundió hasta la profusión la enseñanza superior, secundaria y primaria? ¿El estado? No. El Estado no era ni maestro de escuela ni director de internado. No consignaba en sus presupuestos millones para la instrucción. La Iglesia lo hacía todo, y todo gratis, como voy a demostraros.

II. La Iglesia en lo pasado, empleó sus riquezas en el servicio gratuito de la enseñanza.

Se oye decir a pobres estúpidos y a viles calumniadores que la enseñanza gratis es una invención moderna. Nada más falso. La Iglesia la practicó y aplicó mucho tiempo antes que nuestros modernos jacobinos con desinterés y sabiduría que os ruego notéis.

1.º La Iglesia daba *generosamente* la instrucción gratuita.

En la Universidad de París había 619 becas fundadas por el clero para los estudiantes pobres, y todas las Universidades de Francia estaban provistas de dotaciones semejantes debidas a la caridad católica.

La mayor parte de los colegios de los jesuítas eran gratuitos. Teníamos 900 colegios, en los cuales, a consecuencia de las fundaciones y generosidades libres, había 40.000 becarios en tanto que hoy apenas tene-

mos 5.000 a cargo del Estado y de los departamentos.

Lo mismo ocurría con la enseñanza primaria. "En 1789—dice Taine—, había 25.000 escuelas primarias. frecuentadas y eficaces, que nada costaban al tesoro, casi nada a los contribuyentes y poquísimo a los padres. Sosteníalas la Iglesia, y a ellas destinaba una renta anual de doce millones, en una época en que el dinero tenía triple valor que hoy." Los que dicen que la institución no existía para el pueblo antes de 1789, son ignorantes groseros o desvergonzados embusteros; no saben una palabra de historia, o no tienen un átomo de buena fe. La Iglesia, en la antigua Francia, cuando era rica y libre, daba generosamente la instrucción gratuita.

2.° La Iglesia daba *realmente* la instrucción gratuita.

Hoy la enseñanza gratuita es una pura ficción. Los padres no pagan la instrucción de sus hijos; la paga el Estado...; pero, ¿con qué? Con el dinero que saca del bolsillo del contribuyente, con el dinero obligatoriamente entregado por todo el mundo. Se aplasta al pueblo con impuestos, y a esta opresión se le da el calificativo de gratuita. Esto es puramente ficticio.

Antes, la Iglesia daba con su dinero una instrucción cuyos gastos no soportaba el Estado. Era realmente gratuita. Se apoyaba, no en el presupuesto nacional y en imposiciones forzadas, sino en donaciones libres y espontáneas, en sus propios bienes legítimamente adquiridos y sabiamente gastados. Digo sabiamente, porque

3.° La Iglesia daba *inteligentemente* la instrucción gratuita.

Hoy la enseñanza gratis es ciega. Se ofrece a todos indistintamente: personas acomodadas, y aun ricas, pueden hacer educar a sus hijos a costa de la nación. Se

pide al Estado comerciante de sopa que construya, no sólo escuelas para los hijos de los obreros y de los proletarios, sino liceos para los hijos y las hijas de familias que están notoriamente exentos de necesidades. Hay aquí algo que no está en orden, que no es razonable.

La Iglesia obraba con mucho más discernimiento. Dejaba que las clases ricas se las arreglaran por sí mismas; ayudaba parcial o accidentalmente a las clases medias y concedía precisamente la enseñanza gratis a las clases populares. Esto era buen sentido, esto era justicia.

4.° La Iglesia daba *equitativamente* la instrucción gratuita.

Hoy la enseñanza gratuita conduce a verdaderas enormidades. Los pobres pagan por los ricos. Nosotros pagamos cincuenta millones anuales por los hijos de los ricos que son educados en nuestros colegios y liceos. La masa de la nación contribuye a la educación de algunos privilegiados. La Iglesia era, por modo distinto, equitativa. Dirigíase a la generosidad libre de los ricos para atender a los gastos de los estudios de los escolares pobres; recibía de los que podían y querían darle, y daba a los que tenían necesidad de recibir.

Además, la enseñanza gratuita entraña una consecuencia que daña a la justicia. ¡Cuántos padres de familia pagan dos veces, una por el impuesto para las escuelas que no quieren, y otra para las escuelas católicas que prefieren! Antes, la Iglesia procedía de otra manera mucho mejor. No obligaba a nadie; respetaba la conciencia y libertad de todos. No obligaba a los hugonotes a pagar dos veces, una para subvencionar las escuelas católicas, y otra, las facultades disidentes. Daba la instrucción gratuita generosa, real, inteligente y equitativamente.

La Iglesia, en lo pasado, empleó sus riquezas en el servicio, y en el servicio gratuito de la enseñanza.

No permitáis, señores, *que se calumnie ante vosotros lo pasado de la Iglesia católica.* Estáis expuestos con frecuencia a oir que nuestros viejos antepasados vivían en una ignorancia profunda, que antes la ilustración estaba reservada a algunos privilegiados de la fortuna o del nacimiento, que la Iglesia, en los siglos antiguos, descuidó sistemáticamente la enseñanza, por lo menos la enseñanza popular. Mentiras históricas son éstas y declamaciones de encargo. Por lo regular, son palabras inconsideradas y, en algunos, palabras perversas. Protestad vigorosamente contra ese prejuicio colosal que, a fuerza de repetirlo, acabó por arraigarse en el cerebro de una masa incalculable de contemporáneos nuestros. Defended lo pasado de la Iglesia católica.

No os inquietéis por su porvenir. La Iglesia enseñó siempre. Jamás cesará de enseñar. ¡Enseñará en la paz y en la guerra; enseñará unida al Estado o separada del Estado. Enseñará tanto si es pobre como si es rica. Enseñará durante las persecuciones de la civilización, como durante las persecuciones de la barbarie, que con frecuencia se parecen y se conciertan para asestarle los mismos golpes. Enseñará en la escuela, y, si la expulsan de la escuela, enseñará en otra parte, a pesar de todos los peligros, bajo todos los disfraces que le obligue a revestir. Tened confianza en la santa Iglesia católica, señores, y hoy más que nunca llevad vuestros queridos hijos a sus brazos maternales, para que haga de ellos personas honradas, cristianos y elegidos, para que dirija, como en lo pasado, su educación, su formación intelectual, moral y religiosa.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA EN LO PASADO FUERON UTILMENTE EMPLEADAS

IV.—En el servicio del Estado

Señores:

Las riquezas de la Iglesia en lo pasado fueron considerables. Os he hecho notar que fueron honradamente adquiridas y útilmente empleadas. Fueron empleadas en el servicio del culto, de la instrucción, de la caridad y del Estado.

Aquí se nos detiene y se nos dice que la Iglesia nó cumplía sus deberes con relación al Estado por cuanto no pagaba la contribución territorial de sus bienes inmuebles, ya que el clero estaba exento de la talla y de las prestaciones personales. Verdad es, pero a esto respondo que la propiedad eclesiástica, si gozaba de exenciones particulares, estaba, en cambio, gravada por cargas especiales. Además, la Iglesia hacía al Es-

tado servicios económicos de primer orden, de los cuales voy a daros algunos detalles.

I. La Iglesia, con sus riquezas, ayudaba al Estado encargándose del culto, de la instrucción pública, del sostenimiento de los pobres y de gran número de hospicios.

El Estado y los municipios vieron sus presupuestos cargados con ese triple peso cuando fueron suprimidos los bienes eclesiásticos. Antes, asumía la Iglesia por sí sola la responsabilidad del culto, de la investigación científica, de la enseñanza superior y primaria, del sostenimiento de los pobres, del cuidado de los enfermos. Era el depósito en el cual, de siglo en siglo, habían ido almacenándose los mil recursos aportados por la generosidad privada, depósito que estaba al abrigo de las acometidas que hubiera podido darle, en sus horas difíciles, el tesoro público. He ahí el primero e inmenso servicio que la Iglesia hacía al Estado.

II. La Iglesia, con sus riquezas, ayudaba al Estado concediéndolas a la realeza como don gratuito.

La Iglesia de Francia, en el antiguo régimen, tenía una organización económica sapientísima y muy complicada. Contaba con agentes rentísticos y con toda una jerarquía de tribunales de la misma especie. Desde el punto de vista económico, estaba dividida en diecisiete generalidades. Esta vasta administración temporal hacía necesaria y exigía la convocación de una asamblea encargada de examinar las cuentas, de ordenar el presupuesto, de repartir los impuestos por modo equitativo entre los que de él se beneficiaban, de velar por la defensa de los bienes eclesiásticos y tratar con el rey, o con el ayuntamiento, principal acreedor, el arreglo

de los asuntos temporales y compromisos del clero. Tal fué el origen de las asambleas del clero de Francia, que tanta importancia tienen en la historia religiosa de nuestra patria. Estas asambleas eran generales y decenales, y en ellas los diputados concedían al rey subvenciones. Había también asambleas quincenales, las anuales examinaban las cuentas que presentaba el recaudador general. Por su carácter, su objeto y su autoridad, estas asambleas, eran distintas de los sínodos y de los concilios. Tratábanse sin duda en ellas cuestiones de disciplina, de dogma, de moral, y también de lo que interesaba al progreso religioso, moral y social del país; pero en ellas se ventilaban especialmente cuestiones rentísticas y las contestaciones que había que dar a las demandas de dinero que hacían los reyes. En ellas se decidían los donativos gratuitos.

El clero—tal era la segla en el antiguo régimen—no era masa impasible a merced del rey, sino que estaba exento de impuestos, ¿cómo conciliar, pues, su derecho y su deber; su derecho de poseer, que pertenecía a la Iglesia, cuyo ministro era, y su deber de contribuir a las cargas de la patria? Legalmente estaba exento de impuestos, pero, de hecho, concedía al rey donativos gratuitos que eran realmente verdaderos impuestos. El rey pedía al clero un donativo, que era gratuito en principio, pero obligatorio por tradición. Quizás este impuesto no igualaba siempre, en un período determinado, a la suma que hubiera pagado el clero durante este período si se hubiera visto sometido a los impuestos ordinarios; pero cuando se estudia el antiguo régimen, hay que tener presente que no debe buscarse la igualdad en una sociedad que tenía por derecho común la desigualdad. El donativo gratuito variaba de tres a diez millones anuales, y era pagado por la caja del clero, o pedido proporcionalmente a los diversos beneficiarios.

Los fieles pagaban el diezmo al clero, y el clero pagaba las décimas al rey, décimas que representaban los donativos extraordinarios de la Iglesia de Francia.

III. La Iglesia, con sus riquezas, ayudaba al Estado concediendo a la realeza donativos extraordinarios.

Muchas veces tomó a su cargo el clero el pago de deudas del tesoro real, tales como rentas del ayuntamiento, y las pagó con su dinero propio, y a menudo hipotecando sus bienes para garantir al Estado. Muchas veces el clero sacó de sus bienes donativos gratuitos y voluntarios con los cuales ayudaba al Estado en ciertas circunstancias extraordinarias. En estas mismas circunstancias, la nobleza daba su sangre, el tercer estado pagaba impuestos extraordinarios... y podría unirse a los donativos extraordinarios del clero el rescate de ciertos impuestos. A pesar del principio del privilegio, el rey imponía a veces tributos al clero y a la nobleza, por ejemplo, la capitación en 1695, el diezmo en 1709. El clero, como la nobleza y las ciudades saldaban estos impuestos entregando una suma determinada.

Los donativos extraordinarios concedidos por el clero a la realeza, ocupan largas páginas en la historia de Francia. Los vemos aparecer en 1188, en el reinado de Felipe Augusto. Los Estados generales conceden al Rey la décima parte de todos los bienes de los eclesiásticos y seglares del reino, excepto las casas de los leprosos, de los cistercienses, de los cartujos y de la Orden de Fontevrault. Habituáronse a dar el nombre de diezmo a estas levas de dinero que el rey sacaba del clero, y que se designaban con el nombre de auxilio y subvención antes del reinado de Francisco I. Reinando éste, el clero, en un solo año, concedió al Rey cinco

veces 400.000 libras. Para hacer frente a sus empréstitos del Ayuntamiento, Carlos IX hipotecó sus dominios, arbitrios y gabelas. Pero no tuvo bastante, y el clero acudió en su auxilio comprometiéndose a pagarle, en el espacio de seis años, la suma de nueve millones, a razón de 600.000 libras anuales, que debían rescatar las rentas debidas por el Ayuntamiento de París. La deuda real elevóse todavía, y el Ayuntamiento fué encargado de nuevas rentas. A consecuencia de un contrato con el preboste y los concejales que representaban al Ayuntamiento, comprometióse además el clero, por mediación de sus síndicos, a pagar por el rey 630.000 libras por año, redimibles de 7.560.050 libras, para pagar con ellas los atrasos. Concertó después otros contratos onerosos, y continuó ofreciendo al rey, además del donativo gratuito anual, donativos extraordinarios para subvenir a los gastos de guerra y otros más considerables de su gobierno. Aun en vísperas de la Revolución, hizo el clero un supremo esfuerzo, y prestó al rey un centenar de millones. Por otra parte, el clero, para atender a los adelantos hechos al rey, encontraba fácilmente prestamistas, porque era considerado como el mejor deudor; su crédito descansaba en sus bienes raíces, que eran considerables, y en su honradez económica indiscutible.

Sí, la Iglesia poseyó en otro tiempo grandes riquezas. Pero basta haber saludado la historia para saber que, en los días de las grandes crisis, la caja del clero, abierta generosamente a los reyes, que personificaban entonces a la nación, salvó más de una vez la situación del Estado... Hay además un detalle inadvertido, que nos revela la parte importante que tomaba el clero en las cargas públicas.

IV. La Iglesia, con sus riquezas, acudía en auxilio del Estado pagando numerosas pensiones.

Las pensiones que el presupuesto satisface hoy a los oficiales y funcionarios retirados representan una suma anual enorme. Pues bien, en el antiguo régimen, la mayoría de estas pensiones no gravitaban sobre el presupuesto del Estado, sino sobre las rentas de los bienes eclesiásticos. El rey concedía los beneficios que quería a cortesanos, hombres, mujeres, niños, católicos y aun protestantes. Las pensiones del rey o del Estado recaían así sobre los bienes de la Iglesia, y por este concepto, un centenar de millones pertenecientes a la Iglesia satisfacían anualmente un destino puramente civil. Era esto una carga de menos para el presupuesto del Estado. Pero ¿en esto consistía todo? No. No lo he dicho todo aún. Todavía falta el último capítulo de la cooperación de la Iglesia a las cargas públicas, capítulo difícil de reducir a cifras precisas, pero que representa sumas incalculables.

¿Qué no hizo la Iglesia *por la agricultura*? Dió lecciones, ejemplos, instrumentos agrícolas. La condición del aldeano en el siglo XIII era superior a la de hoy. En el siglo XIV, los campesinos tenían cucharas de plata, dice Simeón Luce, en su *Du Guesolín*; comían cerdo, volatería; consumían bebidas y vino en cantidades enormes. Los monjes hicieron inmensos sacrificios por la agricultura, y en la víspera misma de la Revolución, las propiedades territoriales de la Iglesia eran superiormente administradas y cultivadas. La nación en peso se aprovechaba de ello.

¿Qué no hizo la Iglesia *por el comercio?* Abrió caminos, construyó puentes, trazó vías de comunicación, y favoreció con ello el cambio interior. En las reseñas

de las asambleas provinciales, hállanse numerosas memorias, escritas con gran competencia por obispos y abades sobre el establecimiento de caminos y canales. La Iglesia ideó los canales con esclusas, los correos, las mensajerías y las ferias, casi todas las cuales tienen origen religioso y cristiano. Inventó los montes de piedad y luchó contra la usura. A ella se le debe en gran parte la extensión que tuvo el comercio internacional, al cual cooperó con las Cruzadas, con las misiones lejanas, que dieron nacimiento a las colonias, con el descubrimiento de América, que inspiró a Cristóbal Colón, porque ¿qué es lo que quería este último sino encontrar en los países inexplorados oro suficiente para rescatar los Santos Lugares?

V. La Iglesia, con sus riquezas, ayudaba al Estado subvencionando y ayudando a la agricultura, la industria y el comercio.

¿Qué no hizo la Iglesia *por la industria?* Estableció en sus monasterios todas las ramas del trabajo manufacturero. En las abadías se trabajaba en todos los oficios. La Iglesia fundó corporaciones. "Las corporaciones industriales—dice Blanquí—deben su origen a la organización del trabajo en los conventos." Desde el punto de vista del progreso de las artes y oficios, como desde el punto de vista del bienestar de la clase obrera, ejercieron los corporaciones una influencia fecunda y bienhechora.

Taine, en su libro *La Revolución* (I, 214-218), tiene varias páginas muy sugestivas sobre el asunto que nos ocupa. "De que las corporaciones eclesiásticas—dice—tuvieran necesidad de ser reformadas, no se deduce que hubiera que destruirlas, ni que, en general, las corporaciones propietarias sean perjudiciales en una na-

ción... En primer lugar, aseguraban un gran servicio público, el servicio del culto, de la asistencia y de la instrucción... En segundo lugar, con su institución, la omnipotencia del Estado halló un obstáculo; su recinto fué una protección contra la nivelación de la monarquía absoluta, o de la democracia pura... En un país en que la aristocracia había perecido, las corporaciones eran su último asilo... En tercer lugar, con su institución, formáronse, en medio del gran mundo vulgar, pequeños mundos originales y distintos, en los que muchas almas hallaban la única vida que les convenía... *En último resultado,* si el Estado las expropiaba, a ellos y a las otras corporaciones eclesiásticas, no era él el que podía reivindicar sus despojos. No era heredero de ellas; sus inmuebles, su mobiliario, sus rentas tenían, por naturaleza, si no un propietario designado, por lo menos un empleo obligado. Acumulado en el transcurso de catorce siglos, este tesoro fué formado, acrecentado, conservado con miras a un objeto. Los millones de almas generosas, arrepentidas o abnegadas que lo formaron o administraron, tenían en él una intervención precisa. Era una obra de educación, de beneficencia, de religión, no otra obra cualquiera la que quisieron fundar, por lo cual no era justo frustrar su legítima voluntad. Los muertos tienen, en la sociedad, derechos como los vivos, porque esta sociedad de la cual gozan los vivos, fué hecha por los muertos, y sólo recibimos su herencia a condición de ejecutar su testamento." Estas palabras de Taine son significativas, pues corroboran cuanto llevamos dicho sobre las riquezas de la Iglesia.

Así sea.

VII

DE LA SUPUESTA SUPERIORIDAD DE LAS NACIONES PROTESTANTES SOBRE LAS NACIONES CATOLICAS

CONFERENCIA PRIMERA

De la supuesta superioridad de las naciones protestantes sobre las católicas

¿DE QUE SUPERIORIDAD SE HABLA?

SEÑORES:

Voy a resolver hoy una objeción contemporánea muy en boga. Se ha visto, en estos últimos tiempos, que las naciones católicas, Francia, Italia, España, Austria, oscilaban sobre sus bases y perdían su preponderancia política. Se ha visto que las naciones protestantes, Inglaterra Alemania, los Estados Unidos, crecían y aseguraban, en cierto modo, el apogeo del poder y la dominación. El problema con tanta frecuencia discutido de la superioridad de las naciones protestantes sobre las católicas se ha abierto de nuevo con estrépito. ¿Digo el problema? Para muchos hombres, no hay problema; tienen la certeza de la irremediable decadencia de las naciones católicas y de la supremacía incontestable de las naciones protestantes, y sin vacilar atribuyen al ca-

tolicismo la decadencia creciente de las naciones católicas, y al protestantismo la marcha ascendente de las naciones protestantes. He ahí una cuestión de extrema gravedad. Estudiémosla lealmente y sin temor.

En primer lugar, debo exponeros su complejidad. Semejante cuestión es inmensa. No es posible resolverla con una palabra. Los temerarios la resuelven fácilmente: afirman, intentan desatar el nudo gordiano, y lo cortan. Del mismo modo proceden los simples, para los cuales es sumamente cómodo y expedito el asunto. No seamos temerarios ni simples; impongámonos la labor de la reflexión. Se nos dice: "Las naciones protestantes son superiores a las naciones católicas". Superiores ¿en qué? ¿cuándo? ¿dónde? ¿De qué superioridad se trata? ¿Se trata de una superioridad material y económica, de una superioridad transitoria y momentánea, de una superioridad individual y local? He ahí unos cuantos aspectos que exigen que los tratemos separadamente. Confundirlo todo es un medio infalible de no enterarse de nada; querer seguir varias piezas a la vez, es quedarse sin ninguna. Así, pues, a todos cuantos nos objetan la superioridad de las naciones protestantes sobre las naciones católicas, me permito exponerles algunas preguntas preliminares y decirles: ¿De qué superioridad se trata?

I, ¿Habláis de una superioridad material y económica?

En efecto, el progreso se nos presenta bajo la forma de un bloque de cuatro caras: el progreso religioso nos ayuda a conseguir nuestro fin sobrenatural; el progreso moral aumenta las virtudes y la dicha social; el progreso intelectual entraña la ciencia y las artes; el progreso material desenvuelve el poder y la fortuna pública.

Ahora bien, cuando se habla de la superioridad de las naciones protestantes, generalmente se trata del progreso material. Este terreno es evidentemente demasiado estrecho. El progreso material no lo es todo. ¿Quién se atrevería a pensar y decir que Edison es superior a Pasteur y que un multimillonario rey del petróleo es superior a Bossuet? Por encima del comercio, de la industria y de la banca, hay la conciencia, el deber, la religión: Dios, que juzga a los buenos y a los malos, no a los gordos y a los flacos; Dios, que sondea los riñones y los corazones, no los estómagos; Dios, que cuenta las buenas y las malas acciones, no los títulos de renta. Si la riqueza y la actitud para el comercio fueran pruebas de superioridad, sería preciso reconocer la superioridad del judío sobre el cristiano, del armenio sobre el judío, del chino sobre el armenio. Si el progreso material lo fuera todo, sería preciso reconocer que Inglaterra es la primera nación del globo, puesto que tiene más mares y más colonias... a menos que se conceda la primacía a Alemania, porque tiene un ejército muy numeroso y ejercitado... a menos todavía que se prefiera a estas dos poderosas naciones el pequeño Japón, que aplasta en estos momentos a la poderosa Rusia y asombra al universo con el valor improvisado de su flota y de sus ejércitos.

Se compara de ordinario Alemania con las razas latinas, y se le atribuye en conjunto la superioridad. Vanas son estas aserciones. Porque 1.º ¿puede afirmarse de una manera general que Alemania ofrece un tipo de civilización superior? No es posible afirmarlo. Estudiaremos después a Alemania y a Francia en su historia y en su fisonomía presente, y comprobaremos la preeminencia de los latinos sobre los sajones; 2.º sólo Italia y España entregáronse, en cierto modo al reposo desde el punto de vista del poder material, ¿estamos

seguros de que Alemania está en progreso real? Se exagera la importancia del vuelo económico alemán. Comienzan a decaer las exportaciones; el Kaiser intenta aproximarse a nosotros para sostener con éxito la concurrencia con John Bull. El vuelo económico de Alemania, ¿logrará superar a Francia? Esto es un misterio. Preciso es esperar. No es posible formular sobre lo presente un juicio definitivo, antes de apreciar los resultados venideros. Las flores primaverales tienen poco valor por sí mismas; preciso es esperar la hora de la cosecha. Esto me lleva a entrar en la segunda parte de la cuestión que ventilamos. A los que sin parpadear afirman la superioridad de las naciones protestantes sobre las católicas, pregunto en primer término: ¿De qué superioridad habláis? ¿Habláis tan sólo de una superioridad material y económica? Ahora les pregunto:

II. ¿Habláis de una superioridad transitoria y momentánea?

A considerar las cosas en el momento presente, las naciones protestantes están en plena prosperidad. He ahí Inglaterra, tan poca numerosa, tan mal asentada en un suelo estrechísimo; tiene cualidades superiores de espíritu, de índole, de voluntad; manda a 174 millones de súbditos y vasallos repartidos por ambos mundos. He ahí los Estados Unidos; es una aglomeración de emigrantes de todo nombre, de toda lengua, y al propio tiempo uno de los más grandes pueblos de la hora actual. He ahí Alemania: acaba de nacer a la unidad nacional; su crecimiento ha sido rápido, y su predominio militar le ha conquistado un prestigio internacional que la coloca en primer término. De la marcha ascendente de estas naciones protestantes, ¿tenemos el

derecho de deducir su supremacia definitiva? No. El momento presente no lo es todo. Un siglo para un pueblo es como un día para un hombre.

La superioridad transitoria y momentánea de las naciones protestantes no siempre existió, y nadie puede decir que al día siguiente le sea asegurada. Coloquémonos en pleno siglo XVII, en 1640, ocho años antes del tratado de paz de Westphalia. Las naciones católicas estaban en plena florescencia, y las protestantes en plena decadencia. Inglaterra se debatía en una revolución religiosa y política que iba a llevar al cadalso a su rey Carlos I. Hacía treinta años que Alemania estaba roída por una guerra civil implacable. Las razas latinas manifestaban su más grande esplendor; Francia empuñaba definitivamente el cetro de la Europa civilizada; España mostraba todavía en su frente el reflejo de los esplendores de Isabel la Católica. Polonia cubría a Europa con su espada invencible; por todas partes florecían las artes, las ciencias y las letras al impulso creador del catolicismo. Era la hora en que Francia, Italia, España mostrábanse las sembradoras del género humano, las institutrices del arte, de la ciencia, de la filosofía, de la teología, de la diplomacia, de la navegación, de la banca, del comercio, de la literatura. Verdad es que, a consecuencia de esta florescencia de las naciones latinas gravita sobre ellas un pesado sueño. Italia y España han reposado en cierto modo del milagro de energía y de fecundidad que habían desplegado; habiendo producido mucho, cesaron de producir. La misma Francia sufrió un eclipse. Vióse a las naciones protestantes remontar el horizonte y conquistar, en los últimos tiempos, una preponderancia fácilmente explicable. Pero el progreso de que tan orgullosas se muestran, ¿será constante? ¿Quién se atreverá a afirmarlo? Repetimos que, para formular un juicio

definitivo sobre la prosperidad de los pueblos, no hay que limitarse al momento actual, sino que debemos considerar la historia toda, o, por lo menos, un largo período. Lo pasado termina en lo presente, y lo presente no dice su última palabra más que en lo porvenir.

Se exagera mucho la prosperidad momentánea de las naciones protestantes. Pero esta prosperidad es reciente, no ha sido puesta a prueba y ofrece ya síntomas amenazadores. Se echa en cara a las naciones latinas que son naciones gastadas. ¿No será esto una simple metáfora? Un pueblo se renueva incesantemente; es, pues, siempre joven, si contiene elementos de vitalidad y de progreso. Sólo que es necesario saber que un pueblo se compone de multitud de fuerzas sociales, intelectuales y morales, tradicionales o novadoras, cuya acción penetra en lo pasado, y aparece a largo plazo en lo porvenir. Lo presente, aislado del resto, no revela nada. Viéronse, en las épocas de las grandes emigraciones, reinos brillantes, razas juveniles: vándalos, ostrogodos, suevos, lombardos, borgoñones, a los cuales no les faltaba ni el genio, ni la prosperidad material, atacados, con todo, al cabo de un siglo o dos, de irremediable decadencia. Eran todos reinos herejes; en una hora dada, pudo proclamarse la superioridad de ellos, pero esta superioridad fué transitoria; no tenían el germen de la vida. Del mismo modo, asistimos hoy al desarrollo de las naciones protestantes; no nos apresuremos demasiado a proclamar su superioridad definitiva. Esperemos lo porvenir; a los que afirman sin pestañear la superioridad dé las naciones protestantes sobre las católicas, estoy en el derecho de preguntarles: ¿de qué superioridad habláis? ¿no será una superioridad puramente material y económico, una superioridad transitoria y momentánea? Finalmente, se impone una tercera cuestión.

III. ¿Habláis de una superioridad individual y local?

He aquí cómo proceden los incrédulos, los temerarios, los simples que hacen un dogma de la superioridad de las naciones protestantes sobre las católicas. No se toman siquiera el trabajo de distinguir entre tal pueblo y tal otro, sino que generalizan. Toman las naciones católicas: Francia, España, Italia, y con ellas forman el primer bloque. Toman las naciones protestantes: Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, y con ellas forman un segundo bloque. Luego oponen un bloque a otro bloque, y dicen: "Este es superior a aquél. Las naciones protestantes son superiores a las naciones católicas; los anglosajones son superiores a los neolatinos". Esto se dice fácilmente, pero ¡cuán poco racional y cuán poco equitativo es! Permitidme que os pregunte: ¿es posible reunir bajo un mismo apelativo y en una misma apoteosis naciones tan diversas como Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos? ¿es posible englobar en una misma depreciación naciones tan diversas como Francia, España, Italia y Austria? Es ese un medio fácil, pero desleal, de atacar al catolicismo. Veamos, en el fondo, qué identidad, o siquiera, qué analogía se descubre entre la nación latina por excelencia, Italia, con su agilidad, su flexibilidad, su ductilidad; su sentido positivo, su arte de contemporizar y de preparar los efectos a largo plazo, y el espíritu de quimera de los Don Quijote de más allá y más acá de los Pirineos, la España semiafricana, con su natural romántico y caballeresco, su idealismo exagerado y con frecuencia extraño a las cosas positivas, su inflexibilidad altanera y su falta de flexibilidad, su terquedad indomable, y Francia con sus cabezazos, sus ligerezas, sus aturdimientos, sus ingenuidades, su falta de tradición y de continuidad

en los designios, su movilidad, su impaciencia enredadora, su inteligencia sencilla y clara, su voluntad demasiado tenaz, sus grandes esperanzas seguidas de sus grandes desalientos, su resorte final y sus recursos inagotables, su confianza en sí misma, en todo, en todo el mundo, su ignorancia del extranjero, su facilidad en juzgar a otro según ella misma, su descuido próximo al olvido, su nativo optimismo, su espíritu de proselitismo, su olvido de la realidad y su pasión por la dialéctica intransigente, que lo quiere todo o nada, su natural difusivo, expansivo, comunicativo... Se generaliza, se forma un bloque con varios pueblos muy diversos, y se opone a otro bloque de pueblos no menos diversos... Esto es poco serio, esto es pura fantasía.

¿Están bien seguros de no equivocarse cuando, tomando un pueblo en particular, se le compara con otro pueblo? El alma de un pueblo no se deja reducir a fórmulas rigurosas, a axiomas matemáticos. ¿En dónde está el pueblo exclusivamente latino? No es ciertamente Francia, a la vez latina, germana y celta. No es España, mezcla de viejos iberos, de invasores galos, de romanos, visigodos, suevos, vándalos, alanos y moros. Ni siquiera es Italia, región económica, cita secular de todas las razas humanas. ¿En dónde está el pueblo exclusivamente sajón? No es Alemania, ni Inglaterra, ni los Estados Unidos. ¿En dónde está el pueblo exclusivamente católico o protestante? Hay católicos fuera de Francia, y hay protestantes fuera de Alemania e Inglaterra. Así, pues, es sumamente peligroso generalizar y oponer un pueblo latino a un pueblo anglosajón, un pueblo católico a un pueblo protestante. La Baviera católica ¿ocupa un puesto menos elevado en la historia de Alemania que el Wurtemberg protestante? ¿Es Bélgica menos rica, menos cultivada que Holanda? ¿Qué han producido Suecia y Noruega?

Hago punto final. En esta conferencia preliminar me he propuesto, señores, indicaros lo complejo de la cuestión que nos ocupa. Se nos habla de la superioridad de las naciones protestantes sobre las naciones católicas. ¿Qué quiere decirse con esto? ¿De qué superioridad se habla? Después de las distinciones y esclarecimiento procedentes, no será más fácil ver claro, seguir nuestro camino y llegar a soluciones justas y precisas.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

*LA RELIGION NO ES LA CAUSA UNICA DEL PROGRESO O DECADENCIA DE LOS **PUEBLOS***

SEÑORES:

Los enemigos del catolicismo afirman como un hecho absolutamente incontestable el estado de inferioridad de las naciones católicas y el estado de progreso de las naciones protestantes, y sostienen que este estado de inferioridad o de prosperidad es debido, tanto para las unas como para las otras, a la religión que profesan, como el efecto es debido a la causa. Atribuyen al protestantismo la prosperidad material de los pueblos protestantes y hacen recaer sobre el catolicismo toda la responsabilidad de la supuesta decadencia de los pueblos católicos. "El protestantismo—dicen—ha clasificado a los pueblos en dos grandes familias: la que mira hacia adelante, evoluciona y progresa normalmente, y la que mira hacia atrás, y no ve la salvación social más que en la sujeción del hombre a una autoridad que

aniquila todo lo que hay de vital en él". Ven un lazo causal, una relación necesaria entre la religión y el destino de una nación, entre la prosperidad o la decadencia de una nación y la verdad o la falsedad de una religión. Esto es una equivocación. Hacer de la religión la ley única, la causa adecuada y exclusiva de la prosperidad de una nación o de su inferioridad, es un error, una exageración, una hipótesis no solamente gratuita, sino falsa y desmentida por la lógica y por los hechos. He ahí la verdad. La religión es una de las causas, una causa importante, pero no la causa única del progreso o de la decadencia de los pueblos, y lo pruebo al punto. El progreso o la decadencia de los pueblos depende sin la menor duda

1. De la religión.

La religión, si es falsa, impulsa al hombre a aberraciones y vicios que no hacen otra cosa que comprometer, deshonrar y apocar al pueblo. Si es verdadera, hace a los ciudadanos íntegros, animosos, económicos, desinteresados; realiza la justicia para con Dios, para con el prójimo, para con uno mismo, y la práctica de esta triple forma de justicia, es la medida que determina el nivel de un pueblo. La religión, por las virtudes que inspira, contribuye a la prosperidad nacional. Esto es evidentísimo.

Atrae, además, la bendición de Dios. Dios, que rige al mundo, no podría quedar indiferente a los méritos de sus hijos fieles; y si bien no recompensa siempre a los buenos, ni castiga siempre a los malos desde este mundo; si bien concede su lluvia y su sol al campo del impío como al del justo, es cierto que tiene bendiciones especiales para las naciones que obedecen sus leyes y practican la verdadera religión.

Pero ¿es posible decir que sólo la profesión de la verdadera religión atrae como resultado infalible la bendición de Dios en el orden temporal? No sería posible afirmarlo. Los misterios de la Providencia son insondables. Tal familia que es modelo de las más nobles virtudes, se ve perseguida y agobiada por la desgracia. Tal otra que se ríe de Dios y multiplica las injusticias y los crímenes, se eleva, crece, prospera. La analogía puede aplicarse a las naciones que componen al mundo cristiano.

La religión no es la causa adecuada y única de la prosperidad o decadencia de los pueblos. No es este su objeto. La religión establecida por Jesucristo, tiene por objeto conducir al hombre al cielo, no hacerle feliz en la tierra. La religión establecida por Jesucristo nos enseña la verdad, la justicia, la piedad para con Dios, la caridad para con el prójimo, la práctica de las virtudes individuales y sociales, pero no nos enseña la ciencia del comercio, el arte de hacer descubrimientos, de desarrollar la industria o de proveer a la colonización. Se exige del fuego que queme, del agua, que refigere, pero sería absurdo reclamar del agua los servicios del fuego, y del fuego los del agua. No es, pues, lógico exigir que la religión realice una obra para la cual no fué instituída. El progreso o la decadencia de los pueblos depende sin duda de la religión.

II. Pero también de múltiples causas morales, libres y mudables, más o menos extrañas a la religión.

He aquí algunas que representan un gran papel en la historia de los diferentes pueblos del globo.

El temperamento político de una nación concurre poderosamente a su progreso o a su decadencia. La forma más o menos perfecta del gobierno hace subir

o descender una sociedad. Pero la religión nada, o casi nada, tiene que ver con esta esfera contingente de la política.

El temperamento intelectual y mental obra poderosamente también sobre los destinos temporales de un pueblo, pero la religión sólo muy indirectamente influye sobre el temperamento intelectual y mental. Esta es una cuestión de raza. He ahí Inglaterra. Es fuerte, pero carece de embeleso, de sol, de luz. Tiene marinos, hacendistas, industriales, oradores parlamentarios, algunos literatos. Pero no tiene los grandes genios de lo por venir, los poetas de lo ideal, los músicos, los pintores, todo lo que supone llama y entusiasma, todo lo que, después de embelesar al país, va a iluminar, consolar, embelesar a los demás pueblos. He ahí los Estados Unidos de América. Es un pueblo potente, pero carece de gusto, de arte, de música, de pintura, de ideal. No se parece en nada a las naciones iniciadoras: Grecia, la Italia del Renacimiento, la España de Isabel la Católica, la Francia de Luis XIV. He ahí Alemania; tiene cualidades, grandes cualidades intelectuales y artísticas, pero no saldrá jamás del genio alemán algo suficientemente elevado, algo bastante claro, suficientemente universal para apoderarse del género humano y revestirle de sus colores. He ahí Francia; tiene defectos, grandes defectos; es frívola, inconstante, empaquetada, utópica; pero posee cuanto se necesita para elevar al mundo, para moralizarlo, para embelesarlo. Las razas anglosajonas pueden domar al mundo. "Pero—dice Mons. Bougaud—domar al mundo, es bien poca cosa. Un mozo de cordel hubiera sujetado a Virgilio y echado por tierra a Homero; mas esto no es durable; esto pasa como una tempestad, como una tromba. Sólo es permanente el arte, con el cual se embelesa al mundo, y la religión, con la cual se le santifica". El temperamento intelectual y

mental es un elemento considerable de progreso o de decadencia para los pueblos.

El temperamento moral es también un factor muy importante de superioridad o inferioridad.

Pueblos hay que no tienen otro ideal que el goce temporal; en ellos prepondera sin cesar el ávido deseo de la riqueza y del placer. Ningún escrúpulo los detiene; llevan la ambición hasta el uso corriente del fraude y la deslealtad, hasta el tráfico cruel de las vidas humanas, hasta el único desprecio de los derechos adquiridos. Con semejante temperamento moral, o mejor dicho, inmoral, esos pueblos están destinados a prevalecer más fácilmente que otros en las empresas materiales. La verdadera religión podrá moderarlos en sus apetitos desordenados, pero con frecuencia será impotente para contenerlos, y su naturaleza intemperante se dirigirá a su fin sin respetar ningún freno moral.

Pueblos hay que, prescindiendo de toda cuestión religiosa, practican de lleno las virtudes naturales. Favorecidos por influencias atávicas o climatéricas, instintiva y fácilmente honrados, practican la justicia, la probidad, la obediencia a la autoridad, el respeto al juramento, a la fe pisada. Pues bien, esas virtudes son precisamente las que constituyen la base de la prosperidad de los pueblos. *Justitia elevat gentes.* Esas virtudes son precisamente las que tienen su recompensa en este mundo. "Si carecieron—dice Bossuet—de cierta recompensa las grandes acciones de los romanos, Dios supo encontrarles una armonía con sus méritos y deseos. Dióles por recompensa el imperio del mundo como un presente sin precio alguno. Vanos, recibieron una recompensa tan vana como sus deseos: *receperut mercedem suam, vani vanam.* Esto es suficientemente claro. El progreso o la decadencia de las naciones de-

pende, sin la menor duda, de la religión, pero también de múltiples causas morales.

III. Y de múltiples causas materiales, absolutamente contingentes y relativas, que pueden neutralizar los pésimos efectos de una religión falsa, o contrabalancean y aniquilan la influencia disponible de la misma verdadera religión.

El suelo es à un pueblo lo que el alma a un cuerpo. Sin duda que puede encontrarse su alma grande en un cuerpo débil, pero ¡cuán contrariada se verá para hacer grandes cosas y para hacerlas largo tiempo! Lo mismo ocurre con el suelo. Introducid la verdadera religión de un país desheredado desde el punto de vista del suelo, de la situación geográfica o del clima, ¿podrá enriquecer un suelo naturalmente ingrato, rectificar la situación del mar y de las montañas, sanear un clima insalubre, circunstancias todas que evidentemente no están sometidas a la eficacia de la verdad religiosa, pero que realmente ejercen una influencia enorme en la prosperidad económica de un país?

Un pueblo que tiene bajo sus pies un suelo vasto, rico, fecundo, capaz de alimentarlo y satisfacer sus necesidades, tendrá por lo regular más porvenir, más estabilidad, más duradera irradiación, que un pueblo que sólo posee un territorio estrecho, que se sostiene sobre una punta de alfiler, cuyo poder radica fuera de él, cuya prosperidad depende de un hilo. Este último pueblo puede tener numerosas colonias, pero llegará un momento en que se le escaparán. Podrá tener numerosos soldados y numerosas naves, pero llegará un momento en que esta fuerza ficticia sucumbirá en un sangriento conflicto, y la nación que parecía poderosa, caerá sobre su flaco suelo, en el que se morirá de hambre. Pero también puede ocurrir lo contrario: el pue-

blo que disponía de un suelo espléndido, se duerme en la inactividad y el goce, y las delicias de Capua lo extenúan y lo matan; y el pueblo que no tenía a su alcance más que un suelo estrecho, flaco y feo, incapaz de alimentar a sus hijos, reacciona contra la estrechez y la ingratitud de la tierra, extiende sus relaciones comerciales, busca nuevas salidas a su industria, y se enriquece con los despojos del mundo entero. Así es como el descubrimiento de nuevas rutas comerciales hizo pasar sucesivamente el cetro de las manos de Venecia y de Génova a las de España y Portugal. Así es como en la hora presente, la Inglaterra colosal, que no tiene más que veinticinco o treinta millones de ingleses, cuenta con ciento setenta y cuatro millones de súbditos o vasallos repartidos por todo el mundo. Fuera de toda cuestión religiosa, el progreso y la decadencia de las naciones están poderosamente sometidos a la influencia del suelo, del clima, de la situación geográfica, a la extensión más o menos grande de las relaciones comerciales, al descubrimiento de nuevas vías, en una palabra, a una multiplicidad de causas materiales con las cuales nada tiene que ver la religión.

Las cuestiones *de vecindad* tiene también gran influencia en la vida ascendente de los pueblos. Hay tiempos y lugares en que la verdad es rechazada y momentáneamente reducida a la esterilidad. Por lo contrario, hay otros lugares en que el error religioso, que debía descomponer a un pueblo y reducir a polvo sus bases necesarias, queda como aniquilado. Sus efectos naturales están en suspenso. Este pueblo puede llegar a triunfar un instante, aun con el veneno en la sangre. ¿Cómo se explica esto? Por la vecindad. Está rodeado de pueblos débiles, de vecinos reducidos a la impotencia momentánea por revoluciones interiores y discordias civiles, y se aprovecha del abatimiento ajeno para

engrandecerse y predominar. En los siglos X y XI, el mundo cristiano estaba en lamentable estado; el cisma de Focio devoraba y despedazaba el Oriente, y en Occidente, la cátedra misma de San Pedro, disputada por la intriga, no veía pasar más que grandes culpables o trágicas víctimas. En medio de aquella horrible decadencia, los árabes prosperaban. El islamismo vencedor podía, sin gran mérito, instalar su civilización superficial a lo largo de las costas de Africa y de Asia, traducir a Aristóteles, trazar cartas geográficas, cultivar la medicina, la química, el álgebra, las artes; podía, sin peligro y sin gloria, espantar a Italia y amenazar a Roma. Nadie podrá contener las armas musulmanas. Su expansión se afirmaba libremente y con toda seguridad, a despecho de todos los malos principios que contenía, y merced a las divisiones y a la impotencia de los pueblos cristianos.

En resumen, la religión es un gran principio de elevación de los pueblos, pero no es el único, sino que hay multitud de otros elementos que debemos tener presentes. Hay causas morales y causas materiales que cooperan poderosamente al progreso o a la decadencia de las naciones. Necesario es conocerlas para apreciarlas en todo su valor.

Este estudio es delicado y complicado, pero es también indispensable a todo el que quiera formarse una convicción imparcial y razonable.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

EL CATOLICISMO ES UN PRINCIPIO DE PROGRESO Y EL PROTESTANTISMO UN PRINCIPIO DE DECADENCIA

SEÑORES:

La religión no es causa única, pero es una de las causas principales del progreso o decadencia de los pueblos. Los incrédulos parten de esto para afirmar que el catolicismo es responsable de la inferioridad de las naciones católicas, y que las naciones protestantes deben al protestantismo su supuesta superioridad. Las naciones protestantes, dicen, siguen una marcha ascendente, y las naciones católicas caen en una decadencia progresiva. La causa de este hecho no es otra que la influencia de cada una de las dos religiones sobre las naciones que las profesan. De una parte, el principio protestante contiene en sí mismo la fuente de toda prosperidad, es el único capaz de suscitar iniciativas, de fortalecer energías, de dar fecundos impulsos. De otra parte, el principio católico contiene el germen que

precipita la decadencia, porque extingue la iniciativa individual, enerva las energías sociales, engendra la esterilidad. Pues bien, sostengo que todo esto son palabras vanas, y me propongo demostrar: 1.º que el catolicismo es un principio de progreso; 2.º que el protestantismo es un principio de decadencia.

I. El catolicismo es, para las naciones, un principio de progreso.

El catolicismo es un principio de elevada civilización. La verdadera civilización, es decir, la vida completa de las naciones, abarca el conjunto de los intereses materiales, morales y religiosos. Reducirla a la sola prosperidad material, es desconocer que los pueblos tienen un alma, una conciencia. De hecho, el alma se rebaja y la conciencia perece en los pueblos que ponen su ideal en el bienestar y la fortuna. La verdadera civilización es la que manifiesta una vida más noble, una vida moral más elevada, una vida que pueda elevarse hasta la santidad. Ahora bien, sólo el principio católico es capaz de producir y conservar esta elevada civilización. Para convencernos de ello, no tenemos que hacer más que mirar de cerca.

1.º *La doctrina* del catolicismo. El catolicismo predica la fe en Dios, la divinidad de Jesucristo, la sumisión a la autoridad en una libertad legítima, el respeto de los derechos, la abnegación, el desinterés, la adhesión hasta el sacrificio de la vida. Ataca el mal aun en nuestro pensamiento, decreta la confesión, obligándonos así a conocernos mejor y a corregirnos; salva la familia rechazando el divorcio; impone la restitución. ¿Es posible no reconocer en semejante doctrina un poderoso factor moral, un poderoso factor de civilización?

Mas esta doctrina, nadie ni nada puede invalidarla. Descansa en una institución inmutable, permanente, más fuerte que el tiempo y los hombres. Comprobemos ese algo que únicamente a nosotros nos pertenece.

2.° *La incorruptibilidad* del catolicismo. El catolicismo continúa siendo lo que es, a pesar *del tiempo*. Precede a cada pueblo, a cada siglo, y sobrevive a ellos sin cambiar en nada su constitución, su dogma, su moral, sus sacramentos. Las sectas, que nacieron ayer y morirán mañana, se modifican sin cesar según el capricho de la hora que pasa. El catolicismo no tiene fecha, no tendrá fin, es siempre substancialmente el mismo. Es lo que es, a pesar *de los hombres*, que no se disgustarían si pudieran acomodarlo a sus fantasías y pasiones, que no se enfadarían si pudieran someter la suerte de la verdad inmutable a las fluctuaciones sin regla de la interpretación individual. Es lo que es, a pesar *de los gobiernos*, que quisieran dominarlo, absorberlo, reducirlo al silencio y a la impotencia. El protestantismo se apoya en la fuerza material y moral de los gobiernos humanos, y en ellos pierde su libertad y aun la seguridad de su existencia. Mientras duren, puede vivir; pero si perecen o fracasan, se disgrega, se transforma, se desvanece. El catolicismo no tiene necesidad de gobiernos; es independiente de su existencia, de su favor o de su hostilidad; puede prescindir de ellos; es anterior y superior a ellos, sobrevive a ellos. Se arraiga en la eternidad, en Dios, en las almas, en las costumbres, en los hábitos de las naciones, en las profundas necesidades de la naturaleza humana; en una palabra, allí donde los gobiernos no penetran ni pueden penetrar. Contemplad también un poco

3.° *Los resultados* del catolicismo. Es expansivo y

fecundo. Se difunde por todos los países, por todas las almas. Dondequiera que se encuentra, engendra obras y virtudes soberanas. En todas partes, en las naciones católicas, en Francia, Bélgica, Italia, España, las *obras* destinadas à todas las edades, a los males del cuerpo como a las heridas del alma, obras de hospitalización, de preservación, de regeneración, se multiplican sin medida y sin llegar a agotar la generosidad de los fieles que prodigan su tiempo, su dinero, sus fatigas personales. Estas obras son vivientes, su duración no es efímera, subsisten por el milagro de la caridad católica, a pesar de los obstáculos administrativos o las injusticias económicas y los actos de gobierno cobardes o ateos. Pero más hermosas todavía que sus obras, son *las virtudes* que las producen y sostienen. ¿En dónde hallar la santidad protestante, la caridad protestante, la virginidad protestante, el sacerdocio protestante, el apostolado protestante? Estas palabras no expresan ninguna realidad, suenan a hueco en los oídos y en el corazón. Sólo entre nosotros se encuentran las maravillas del orden moral, la verdadera santidad, los esplendores de la caridad, la abnegación multiplicada bajo mil formas conmovedoras e ingeniosas. Sólo entre nosotros se encuentra el sublime e inagotable reclutamiento de vírgenes, de apóstoles, de misioneros, de mártires, que vuelan a otros países a consolar las miserias morales y físicas del pobre género humano. Si la vida religiosa y moral constituye la vida superior de una nación, qué intensidad de vida, por ejemplo, en esta Francia que aparece, entre todas las naciones católicas, como la más enferma; en esta Francia, que produce todavia millares de sacerdotes y religiosas, a pesar de los rebajamientos de toda especie a los cuales la reduce la criminalidad de las logias, ayudada por la complicidad de

los poderes públicos. Sí, el catolicismo es el principio de la más elevada civilización.

4.° Y no se diga que el catolicismo, por su doctrina de la mortificación, *detiene el vuelo del progreso* y de las virtudes cívicas. ¿Es que el imperio sobre uno mismo no ofrece como consecuencia un desarrollo de energía? ¿Es que la lucha contra los vicios, contra el lujo extremado, contra los gastos improductivos, no está conforme con la doctrina de los economistas sobre el desenvolvimiento real de un hombre y de un pueblo? Sin duda que predicamos la resignación, pero únicamente cuando el hombre, frente a lo inevitable, se encuentra irremisiblemente vencido. Hasta entonces, decimos que debemos orar como si todo dependiera de Dios, y trabajar como si todo dependiera de nosotros: el desaliento, a nuestros ojos, es un pecado. Por otra parte, el catolicismo, durante quince siglos, modeló a Europa, fué su educador y hacedor. Toda la civilización antigua había desaparecido; erigió una civilización nueva, incomparablemente superior a la antigua. ¿Por qué había de tener hoy una virtud menor que antes? El catolicismo fué, y sigue siendo, para las naciones, un principio de progreso.

II. El protestantismo es, para las naciones, un principio de decadencia.

El protestantismo se apoya enteramente en el libre examen. Lógica e inevitablemente conduce los pueblos a la descomposición religiosa y social.

1.° El protestantismo conduce *a la descomposición religiosa.*

Conocidas son las palabras de Bossuet en la *Oración*

fúnebre de Enriqueta María de Francia: "Desde entonces, pudo preverse que, careciendo ya de freno la licencia, las sectas se multiplicarían indefinidamente; que la terquedad sería invencible, y que, mientras las unas no cesarían de disputar, se tomarían sus ensueños por inspiraciones, en tanto que las otras, fatigadas por tan locas visiones, y no pudiendo reconocer ya la majestad de la religión desgarrada por tantas sectas, acabarían por buscar un descanso funesto y su entera independencia en la indiferencia de las religiones o en el ateísmo". Esto era fatal. El protestantismo abandonó la religión al orgullo individual, a la vanidad caprichosa de la razón egoísta. Conservó la Biblia, pero la Biblia examinada, discutida por todos según su propio criterio. Desde entonces, quedó sumido el género humano en la variabilidad, en la división, en la anarquía, en el desprecio de toda autoridad, por consiguiente, de todo dogma, es decir, en la descomposición religiosa más completa.

Verdad es que el protestantismo se remite a la inspiración interior, a la acción divina en el alma cristiana, al conocimiento del verdadero sentido de la Biblia. Pero ¿qué es la inspiración interior sino el subjetivismo más absoluto elevado al estado de primer principio, como dice Strauss, quien añade: "Ahí está el talón de Aquiles del sistema protestante?" De hecho, los protestantes carecen de símbolo. Muchos ministros protestantes ni siquiera creen en la divinidad de Jesucristo. La moral cristiana carece en ellos de apoyo, pues no está ni representada ni sostenida por ninguna institución. Hay todavía en ellos un clero, pero no un sacerdocio, porque la antigua jerarquía ha sido destruída, y suprimidos los votos, es decir, el poder divino del sacerdocio y la castidad, su gran poder apostólico. Ya no tienen el sacramento de la penitencia para imprimir una dirección

moral a la vida del hombre. Han conservado la predicación, pero es una inconsecuencia. El predicador protestante carece de misión; su palabra es puramente humana; no viene de Dios, ni llega a las almas... En suma, todavía hay protestantes, pero ya no hay religión protestante. El protestantismo se acaba y se pierde en el librepensamiento, es decir, en el nihilismo religioso más completo.

2.° El protestantismo conduce *a la descomposición social.*

Exagera el poder de los príncipes hasta la tiranía, y la libertad de los pueblos hasta la licencia. ¿No es un desorden social hacer de los príncipes los jefes de los cuerpos y de las conciencias? Aun bajo el poder de reyes absolutos, Luis XIV y Luis XV, las almas dependían de una autoridad independiente y espiritual. ¿No es un desorden fomentar y legitimar la propensión del hombre a constituirse en jefe de toda autoridad? Bajo la influencia de las nuevas ideas importadas por la Reforma, el ejercicio del poder en las sociedades se ha hecho más difícil, y se ha visto producirse en los pueblos el derecho de rebelión al propio tiempo que en los príncipes el derecho de tiranía. La caída de la autoridad en el orden sobrenatural arrastró la caída de la autoridad en el orden social. El principio protestante entraña la destrucción de la sociedad.

Pero el protestantismo está siempre de pie, y si realmente es un agente de disolución social, ¿cómo explicar la vitalidad que parece comunicar a las naciones que lo profesan? 1.° Por una feliz inconsecuencia, el protestantismo se une todavía al principio católico de la autoridad. Especulativamente, conserva el principio del libre examen, y prácticamente admite ministros, jefes espirituales, intérpretes oficiales de la Sagrada Escri-

tura. 2.° El protestantismo conservó algunas verdades cristianas, y se alimentó de esta porción incompleta del Evangelio. 3.° Entre los protestantes, hay almas honradas, de buena fe, naturalmente religiosas, y aun dotadas de verdadera piedad. De ello resulta en ventaja del protestantismo cierto reflejo, cierta vitalidad, que netrauliza sus perniciosas consecuencias. 4.° El protestantismo, poniéndose al servicio del poder civil, obtuvo la posibilidad de vivir. Es dependiente, pero dura. Los príncipes, que hacen de él un instrumento de gobierno, tienen el mayor interés en conservarlo.

Se pretende que el protestantismo, en vez de ser un agente de descomposición social, ha fomentado, por lo contrario, la verdadera civilización, aportando a las naciones la libertad civil y política con la libertad religiosa. Nada tan falso como esta afirmación. Cuando apareció el protestantismo, todas las libertades esenciales de que gozan hoy los pueblos modernos estaban en ejercicio, o ya preparadas. No sólo el protestantismo no aportó la libertad individual, sino que más bien le puso trabas. Tampoco trajo la libertad civil, ni la política, antes, por lo contrario, las limitó. En cuanto a la libertad religiosa, no la fundó, sino que la falseó al quebrantar sus límites. Proclamar, como lo hizo, el principio pagano de la supremacía del Estado, era fomentar, en la práctica, la absorción de la religión por el Estado. En suma, no puede decirse sin falsear la historia que la Reforma fundó todas las libertades modernas y llevó a término la gran obra de la civilización. La Reforma paralizó el vuelo de la cultura, depositó en el seno de las sociedades un germen de independencia y de rebelión; sin duda que no ha producido todos sus frutos, ni desarrollado todas sus consecuencias, ni muerto todos los pueblos a los cuales infectó con su veneno; pero lógicamente, debía hacer mucho mal, e

históricamente hizo mucho. Lutero fué el padre de Voltaire; la Revolución es hija del protestantismo; esta filiación no es discutible, y por sí sola prueba la tesis que sostenemos, a saber, que el protestantismo es un principio de decadencia para las naciones. Este principio no siempre produjo sus efectos naturales a causa de los elementos que pueden luchar contra él y contrabalancear su influencia. Pero este principio, porque sea detenido aquí o allá en su expansión, no deja de ser un agente de disolución social. El catolicismo es un principio de vida; el protestantismo es un principio de muerte; tal es la verdad que ningún sofisma podría invalidar.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

EN LO PASADO, LAS NACIONES CATÓLICAS NO FUERON INFERIORES Á LAS PROTESTANTES

SEÑORES:

He dicho y probado que el catolicismo es un principio de grandeza, y el protestantismo un principio de decadencia para las naciones. Quisiera hoy confirmar esta tesis por medio de la historia. Se habla fácilmente de la inferioridad de las naciones católicas. Desde el punto de vista histórico, nada tan falso como esta supuesta inferioridad.

La verdadera civilización comprende el desenvolvimiento simultáneo de los intereses espirituales, morales y materiales. Ahora bien, en la doble esfera de la vida intelectual y moral y de la vida material y económica, la historia nos muestra la feliz y poderosa influencia del catolicismo. Echemos una mirada a lo pasado.

I. Comprobemos en lo pasado la elevación intelectual y moral de las naciones católicas.

Con la caída del Imperio Romano, desapareció toda la civilización antigua. La Iglesia recogió una herencia de corrupción y de ruina, a la cual se agregó la naturaleza viciada de las razas bárbaras, y con estos elementos ingratos y díscolos, formó las nuevas nacionalidades. El catolicismo, no sólo fué educador, sino creador. En el orden intelectual, creó, desarrolló las escuelas elementales y la enseñanza del pueblo, la enseñanza media y los grandes centros de la vida científica, las Universidades. Los monumentos muestran por todas partes que supo asociar el arte y la poesía a la vida popular. Además, a la intelectual, añadió la elevación moral, la delicadeza de sentimientos, la pureza de corazón, la santidad de costumbres, el tierno hechizo de la caridad, todas las grandes virtudes que caracterizan la civilización cristiana.

¿Quién hizo esas naciones que se llaman Francia, España, Italia, Austria, sino la Iglesia católica? Ella las sacó de la nada; mejor aún, ella las sacó de la mezcla informe de los pueblos bárbaros con los restos del Imperio romano; ella tardó siglos en terminar su educación, elevándose poco al gusto de las cosas de lo alto, al culto del ideal, suscitando en su seno pintores, poetas, escritores que son casi todos sacerdotes, monjes, cristianos convencidos, y con frecuencia santos, "como si Dios hubiese querido — dice Mons. Bougaud — que jamás pudiera ponerse en duda que esta florescencia de genio fuese debida a la Iglesia, madre de las naciones modernas, a las cuales tenía todavía en sus brazos en el momento en que producían tantas obras maestras". En estas naciones, el corazón estaba a la altura del es-

píritu. En ellas, nada de esclavitud, nada de niños condenados al arroyo, nada de ancianos abandonados o despreciados; por lo contrario, por todas partes una vegetación magnífica de hospitales, leproserías, lazaretos, obras de misericordia, jamás sospechadas por la antigüedad. "

Ved a España. Su historia es la más gloriosa del mundo. ¡Qué pintores! ¡qué escritores! ¡qué teólogos! ¡qué nobleza en la vida civil! ¡qué valor en los campos de batalla! Y en esa nobleza, en su magnificencia, ¡qué parte tan grande la de los pequeños, la de los pobres, la de los desventurados! Todavía estamos esperando que los que tratan a España de pueblo "anestesiado por los monjes", nos formen una raza de héroes como él. España siguió una marcha ascendiente mientras la Iglesia ejerció libremente su acción sobre ella. Los primeros gérmenes de decadencia se manifestaron en el siglo XVI, bajo el esplendor falaz de los Fernando el Católico, de los Carlos V, de los Felipe II con las primeras intromisiones del poder civil en la Iglesia. La decadencia se aceleró con los reyes católicos de la casa de Borbón, dueños absolutos del clero, de las colonias, de la Iglesia española. Finalmente, el golpe de fuerza de Carlos III contra los jesuítas en 1767, acabó de decapitar el catolicismo. En suma, España debe sus verdaderas grandezas a la Iglesia católica, y su decadencia a la monarquía absoluta.

Ved a Francia. ¿Qué es lo que no produjo en lo pasado? ¿Qué es lo que no produjo en el orden de la santidad, de la elocuencia, de la filosofía, de la poesía, de las artes? En vano buscaríais glorias equivalentes a las suyas en el siglo de Pericles, o en el de Augusto, entre los discípulos de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII. "No discuto—dice Mons. Bougaud—a Maratón, ni a Salamina, ni a las Termópilas. Ponemos una

rodilla en tierra ante los soldados que libraron tan grandes batallas. Pero los héroes de Tolbiac, de Bouvines, de Taillebourg, de Poitiers hubieran podido levantar con orgullo su frente ante los héroes griegos y romanos. Tenían el mismo valor, pero lleno además de ternura". Francia fué grande, muy grande en lo pasado; fué la reina de las naciones, y su primacía de honor y jurisdicción sobre el mundo, la debió sobre todo a la religión, al catolicismo. En comparación de ella, las naciones protestantes representan en la historia un papel muy mediano.

Ved a Inglaterra, ¡Qué desencadenamiento horrible de orgías sangrientas en el siglo XVII, consecuencia de la revolución religiosa y política! Ved a Alemania. En el siglo que siguió a la gran emancipación protestante, todo desciende en Alemania, el nivel literario, el nivel artístico, el nivel moral. Las villanías del Renacimiento italiano o francés nos parecen casi el ideal en comparación de las brutalidades y obscenidades que deshonraron a los ingleses y a los alemanes reformados. La Alemania de los siglos XI al XV ofrece una civilización tan grande, que, en comparación de la cual, los siglos XVI, XVII y XVIII no son más que un inmenso desierto. La Alemania protestante durmió desde Tilly hasta Goethe, quien, con el cortejo de filósofos, poetas e historiadores, sacó su substancia, no del protestantismo, sino del genio griego, latino, francés e inglés. Si comparáis la historia de Francia y de Alemania desde el tratado de Westphalia hasta nuestros días, ¿cuál de estos dos países produjo mejores y más numerosos ejemplos de civilización? ¿En dónde hallar, en el curso de los siglos, una nación como Francia que haya permanecido en pie 2.000 años, sin caer jamás, sin dormitar jamás, a pesar de las desgracias y crisis, de las revoluciones y desastres militares? El catolicismo, que

constituye su espina dorsal y su sangre, ¿es, pues, tan inferior, tan estéril?

Se concede todo esto; casi no sería posible desconocerlo, pero se sostiene que el catolicismo deprime a las naciones desde el punto de vista material y económico. Sigamos a nuestros adversarios en este terreno, y

II. Comprobemos en lo pasado la prosperidad material y económica de las naciones católicas.

En primer lugar, ¿a quién debe Europa el impulso industrial y comercial de que vivió en lo pasado? Al gran emperador católico, a Carlomagno. Estableció él en su imperio, al lado de las antiguas industrias de los romanos, nuevos establecimientos y numerosos oficios. Fomentó la buena explotación del suelo y formó el proyecto de unir el Rhin con el Danubio por medio de un canal. La historia no nos dice que la Iglesia católica le hubiese contrariado jamás en sus vastos propósitos; por lo contrario, lo aprobó, lo estimuló, lo ayudó.

Vemos más tarde que se forman dos grandes centros industriales y comerciales: al norte de Europa, Lubeck, Hamburgo y las otras unidades hanseáticas; al sur, las pequeñas repúblicas italianas, que se convierten en verdaderas potencias. Florencia envía a todas partes los productos de sus manufacturas; sus banqueros dictan la ley que rige el mercado económico, y dan príncipes a la república. La Iglesia no detiene el vuelo de Lubeck, ni de Hamburgo, ni de Florencia.

En el siglo XVI, Venecia dispone de una marina mercante de 3.000 naves. La Iglesia no pone el menor obstáculo a la prosperidad de Venecia, como no lo puso a la de Florencia.

Durante la Edad Media, España desarrolla su comercio que llega a su apogeo en el siglo XVI. Los

puertos de Andalucía comunican con Inglaterra, los Países Bajos, y las ciudades de la Hansa alemana. En Bélgica, en Italia, en Francia, en Inglaterra, los comerciantes españoles fundan establecimientos y sostienen agentes permanentes, y la industria nacional es garantida por excelentes medidas protectoras. España era al propio tiempo muy católica y muy próspera.

Antes del siglo XVI, poseía ya Portugal una población muy activa, que se entregaba principalmente a la agricultura. Su gran reputación comercial data de la época de los descubrimientos del siglo XV. El príncipe Enrique el Navegante concibió la idea de hallar un nuevo camino de las Indias, e intentó doblar al cabo de las tormentas; este grandioso proyecto no se realizó hasta fines del siglo XV, cuando la expedición de Vasco de Gama. Después (1510), Alburquerque hizo de Goa el centro de las posesiones portuguesas en las Indias. Alvarez Cabral descubrió en 1500 el Brasil, y a mediados del siglo XVI, los portugueses eran los amos del comercio entre Europa y Asia, desde el Golfo Pérsico al Japón. Los ingleses, los holandeses y los alemanes esperaban en el puerto de Lisboa la llegada de los productos orientades. Pues bien, los portugueses eran católicos como los españoles, y la religión católica no detenía en modo alguno su vuelo industrial, comercial y mundial.

¿Será preciso mencionar aquí la prosperidad material y económica de la antigua Francia, de Flandes, de los Países Bajos, de Brujas, de Amberes, de la Hansa alemana y de tantos otros pueblos católicos? Se habla de la inferioridad de las naciones católicas, desde el punto de vista material y económico, pero la historia no nos muestra en parte alguna las pruebas de su inferioridad. Por lo contrario, encontramos la prueba, cien veces y sin cesar renovada, de la vitalidad impresa por

el catolicismo a las naciones católicas. Solamente el catolicismo existía en Europa cuando Carlomagno daba su fuerte impulso al progreso, cuando prosperaban tan maravillosamente las ciudades hanseáticas, las repúblicas italianas, Portugal, España, Flandes, a la Reforma. Durante diez siglos, la Iglesia católica modeló a Inglaterra, y cuando España acabó de expulsar a los moros, descubrió a América y dominó a Europa, era más católica que ahora. Antes del siglo XVI, los pueblos católicos, aunque más católicos aún que ahora, habían conseguido una prosperidad económica sin igual. No me cansaré de repetirlo: si el catolicismo fuera una causa de inferioridad, no hubiera dado en otros tiempos a tantos y tantos pueblos la prosperidad que resplandece en todas las páginas de su historia.

Se habla de libertad, pero en dondequiera que se estableció el protestantismo, ¿no se vió imperar un despotismo inaudito, sin la excusa de tener que defender una posesión antigua? Y donde reinaba el catolicismo ¿no se vió, como en la vieja España y en la vieja Francia, el libre vuelo de las franquicias municipales y provinciales? Se habla de ciencias y literaturas; pero, bajo este concepto, las naciones católicas nada tuvieron nunca que envidiar a los protestantes. Se habla de instrucción; pero, anteriormente al protestantismo, todas las grandes Universidades habían sido ya fundadas, lo mismo que esas Ordenes religiosas que, en un tiempo en que el presupuesto no sostenía aún a los profesores, enseñaba al hijo del pueblo. Jamás Austria y Báviera fueron, sobre este punto, menos adelantadas que sus vecinas protestantes. Los gobiernos protestantes pudieron, como los soberanos católicos, fomentar el progreso legítimo, pero no constituyeron su causa.

Se habla de colonización, y se sostiene que únicamente los ingleses protestantes saben colonizar. Antes que

Inglaterra tuvo también Francia sus días hermosos de colonización; y aun en este siglo, tan refractario, por varias causas, a la emigración, ¿no ha sabido constituirse un magnífico imperio colonial, que es quizás una de las poderosas razones por las cuales los anglosajones tanto se empeñan en denigrarla? Colonizamos en lo pasado, y colonizamos todavía en el día de hoy. Antes que Inglatrra, vanagloriábase España de que el sol no se ponía en su imperio. ¿Eran por ventura anglosajones los portugueses que doblaban el cabo de Buena Esperanza, fundaban a Malaca, y cubrían con sus factorías las Indias hoy inglesas? Pero hay colonización y colonización. Si colonizar consiste en roturar y cultivar el suelo, en llevar la civilización a los pueblos que no la conocen, fácil es probar que los españoles, los portugueses y los franceses fueron los primeros colonizadores del mundo; pero ceden sin contestación este puesto a Inglaterra, si la colonización consiste en explotar a los indígenas en provecho de los emigrantes. Los procedimientos de colonización empleados por las razas germánicas y anglosajonas nada tienen que ver con la civilización, y no son ellos los que originan lazos sólidos y humanos entre gobernantes y gobernados. En este terreno de la colonización, los ingleses tendrán quizás la superioridad, pero una superioridad poco envidiable.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

ACTUALMENTE LAS NACIONES PROTESTANTES ¿SON SUPERIORES A LAS CATOLICAS?

Señores:

Se admite de buen grado, el brillante pasado de las naciones católicas. Se admite que, hace dos siglos, y aun menos, la supremacía les pertenecía sin contradicción. Poseían la supremacía intelectual y moral, y también la material y económica. Poseían la fuerza y la riqueza. Pero hoy están en decadencia, son inferiores a las naciones protestantes. ¿Es esto verdad? Lo menos que puede decirse es que la cuestión es discutible. Discutamos, pues, este problema de actualidad, colocándonos en el doble punto de vista moral y material.

I. Desde el punto de vista moral, las naciones protestantes ¿son superiores a las católicas?

Prescindo del punto de vista intelectual y científico,

pues es evidente que los protestantes no tienen el monopolio de los hombres sabios, ni son los únicos en abrir escuelas y universidades. Los franceses son por lo menos tan instruídos como los alemanes y los ingleses, y los cantones católicos de Suiza valen, bajo este respecto, tanto como los cantones protestantes. Es inútil establecer aquí una comparación que manifiestamente no resultaría en deshonor del catolicismo. No salgamos del terreno de la moralidad, y preguntemos de qué parte se eleva o se deprime el nivel de la moralidad.

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes, pero, en primer lugar, ¿en dónde fueron impresos los libros tan espantosamente licenciosos del siglo XVIII sino en las naciones protestantes? Si nos vemos envenenados, ¿por quién lo hemos sido sino por nuestros vecinos luteranos, anglicanos y calvinistas?

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes, pero, para ser justos, no había que comparar los países cálidos, en los cuales las pasiones violentas originan las grandes corrupciones a la vez que los grandes heroísmos, con los países fríos, en los cuales son más tranquilos los temperamentos, sino que habría que poner en parangón Inglaterra con su hermana Irlanda, Baviera y Austria con Prusia. Entonces veríamos que las naciones católicas no tienen que avergonzarse de la comparación.

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes, pero no veo por qué los pueblos protestantes han de ser más morales que los católicos, cuando, por lo contrario, tienen más probabilidades de serlo menos. Italia y España, ¿serían más morales si, en vez de la primera comunión, de los sacramentos, de la confesión, de los funerales y de las ceremonias católicas, no tuvieran sus habitantes por base de su virtud más que un libro,

la Biblia, arbitrariamente interpretada, con la posibilidad del divorcio y la incertidumbre de las creencias? Pero apresurémonos a descender al terreno de los hechos.

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes. Veamos. Si la virtud fuera expulsada de este mundo, ¿se la encontraría en Berlín, o en Londres, o en Nueva York? *¿En Berlín?* A creer a los viajeros, Berlín supera en depravación a Roma, Madríd y París. Los malos olores de Berlín amenazan disipar los de París, Londres y Nueva York. La invasión subterránea del socialismo, la desmoralización de los obreros, y aun de las mujeres, son en Prusia síntomas de descomposición que asombran a los observadores.

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes. ¿Se quiere hablar de *Londres* y de Inglaterra? El ejemplo está mal escogido. La población de Londres es ciertamente más violenta y depravada que la de París. El homicidio, el asesinato, el robo, la sodomía, la violencia contra la prensa pública, las riñas seguidas de golpes, en una palabra, todos los excesos que suponen las pasiones sin freno tienen allí rienda suelta. La intemperancia produce allí los mismos resultados que el ardor del clima en otras partes, y la degradación de las clases populares se ve todavía superada por la corrupción correcta, tan puritanamente austera de las clases superiores.

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes. ¿Se trata de los Estados Unidos? El dios dólar reina despóticamente allí en todas las clases sociales. La justicia es venal; la caridad existe apenas; la criminalidad de los Estados Unidos es, guardada la debida proporción, diez veces mayor que la de Francia, según las últimas estadísticas decenales.

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes.

Fijémonos en un simple detalle, en un detalle revelador: la natalidad. ¿No es mayor en las naciones católicas, en Italia, en España, en Irlanda, en el Canadá y en las provincias francesas más religiosas?

Se elogia la moralidad de los pueblos protestantes, pero en vano buscaríamos en ellos virtudes heroicas. La moral protestante predica sabiamente la correción, la extirpación de todos los excesos. Hace de lo útil el principio del deber; no sabe hacer más que gentes honradas. El heroísmo es el elemento del catolicismo, que sabe crear los santos, los apóstoles, los mártires, las vírgenes. En las naciones católicas, vemos desarrollarse necesariamente todas las maravillas del orden moral, todos los esplendores de la caridad, de la abnegación bajo todas las formas; vemos germinar legiones de vírgenes, que, desprendidas de todo, muertas para el mundo, se consagran al consuelo de todas las miserias; vemos levantarse un ejército de apóstoles, de misioneros que, en su país, y fuera de su país, hasta en las extremidades de la tierra, van a llevar la fe y la civilización a pueblos maltratados por la política moderna; vemos florecer obras múltiples a las cuales los hombres, tan fríos y egoístas por naturaleza, les consagran sin medida su tiempo, su dinero, sus fatigas, y a veces su sangre.

Según el concepto de la verdadera civilización, las naciones católicas nada tienen que envidiar a las protestantes. Tienen más vida y una vida mejor; su alma es más hermosa, menos desecada por el egoísmo. Tienen sobre las naciones protestantes la superioridad moral. Continuemos la comparación en otro terreno.

II. Desde el punto de vista material, las naciones protestantes ¿son superiores a las católicas?

Desde el punto de vista económico, puede admitirse que algunas naciones católicas viven actualmente en un estado de inferioridad, pero no es posible decirlo de todas. Es falso hablar de la decadencia de las naciones católicas en general. Entremos aquí en algunos detalles.

Se habla de la inferioridad económica de las naciones católicas. ¿Cómo se comprende que Francia sea la la pesadilla de los ingleses y el objeto constante de su envidia, la gran rival desde el punto de vista del comercio, de la industria, de la colonización, y aun desde el punto de vista político? Inglaterra no puede olvidar que Francia es todavía un país de iniciativas, que no ha perdido el genio de las grandes empresas y de las grandes conquistas, que su crédito es el más sólido del mundo entero. Frente a la Triple Alianza, Francia se muestra tan vivaz y fuerte, que Rusia ha buscado su alianza y Alemania no se siente tranquila.

Se habla de la inferioridad económica de las naciones católicas; pero Bélgica tiene una reputación comercial incontestable y una progresividad material que podrían envidiarle muchas grandes naciones. Como país industrial, Bélgica marcha casi a la cabeza de las naciones. Los principios de la colonización del Estado Libre del Congo son un ejemplo decisivo en apoyo de las aptitudes colonizadoras de los belgas. Cuando dejaron de ser católicas, perdieron su prosperidad Suecia, Noruega, Dinamarca, la Hansa y los Países Bajos. Sobre todo desde que tiene un gobierno católico, marcha Bélgica a la cabeza del mundo en el comercio, la industria y la densidad de población. Por otra parte, ¿quién no

sabe que la parte católica de Alemania es, en su conjunto, la más rica y más poblada del Estado?

Se habla de la inferioridad económica de las naciones católicas, y se citan, en particular, a España e Italia como dos naciones decaídas y atrasadas. El despilfarro rentístico, ensayos desgraciados de colonización y un militarismo exagerado explican la decadencia de Italia. Sería absurdo atribuir al catolicismo la responsabilidad de un estado social y económico con el cual nada tiene que ver la religión. Lo mismo hay que decir de España. Hay que buscar la causa de sus desgracias, no en la religión que profesa, sino en las agitaciones intestinas y en las divisiones profundas que han agotado su oro, su confianza en sí misma, su energía nacional. Además, escritores superficiales hablan de España como de un pueblo absolutamente decaído. Esto es un error. España se levanta. Su suelo es, en general, de una fertilidad extraordinaria, y después de la pérdida de Cuba, la agricultura ha tomado un vuelo considerable. Bajo el aspecto comercial e industrial, España está en plena actividad, y pronto llegará la hora en que el pueblo español recobre en el concierto de las naciones el puesto importante que le pertenece, que su pasado le asigna, y sus recursos naturales le aseguran.

Se habla de la inferioridad económica de las naciones católicas. Se hace sobre todo valer la prosperidad industrial manufacturera y comercial de Inglaterra, pero habría que ver lo que cuesta esta prosperidad, las víctimas que hace, lo que engendra arriba en materia de dureza y corrupción, y abajo, en el terreno de la degradación y de la miseria. ¿Qué es, en suma, Inglaterra? Una reunión de 30.000 jefes de familia que poseen a perpetuidad, con el suelo, todo lo que, según el sistema feudal, se adhiere al suelo. ¿Qué es Ingla-

terra? Una nobleza territorial e industrial, dueña de todos los poderes, de todos los medios de influencia, que gobierna sin intervención, en materia política y religiosa, en nombre de una realeza honorífica. Mientras que en las otras naciones de Europa, la prosperidad se dilata y se multiplica entre la masa de los habitantes, en Inglaterra se concentra en las manos de una minoría que puede impunemente despojar a la mayoría y reducirla a un rincón de la tierra. El pueblo inglés no está en su casa. Nosotros los ingleses— escribe miss Betham — *Revue des Deux Mondes,* 1.º de Octubre de 1897) — somos un pueblo de inquilinos, y Francia un país de propietarios." Esto es capital, y en ello quiero insistir. En las naciones protestantes, en Inglaterra especialmente, la riqueza se concentra en manos de unos pocos; en tanto que la miseria aplasta a las masas laboriosas, y de aquí la plaga del pauperismo. Esa prosperidad económica no crece más que al precio del envilecimiento del obrero, y merced al sacrificio de millares de vidas humanas. El áspero amor de las riquezas engendra el desprecio del pobre. Ahora bien, ¿podemos calificar de rica a una nación que pone casi en todas partes la riqueza en manos de un corto número, privando a millares de hombres de lo necesario? No, mil veces no. "En el estado actual de Inglaterra — dice León Faucher — los pequeños capitalistas son desconocidos, los capitalistas medios desaparecen poco a poco, los grandes capitalistas son los únicos que resisten a la violencia de la lucha, y en torno de ellos se forma algo así como un desierto." En Inglaterra, la riqueza lo es todo, la pobreza es menos que nada. Cuanto más rico es el hombre, más vale, más honrado es; cuanto más pobre, más despreciado. Esto no quiere decir que, en la Gran Bretaña, el Estado y los ricos no se cuiden de los pobres,

Se hacen leyes, se da más dinero que en otras partes. Se da mucho, pero nadie se da. La filantropía no es la inimitable, la fecunda, la divina caridad. La lismona inglesa, aun repartida a manos llenas, es, en resumidas cuentas, casi estéril. En suma, la prosperidad material de Inglaterra es, en gran parte, superficial; se reduce a un individualismo feroz, a un egoísmo formidable.

Se habla de la inferioridad económica de las dos naciones católicas. Veamos. Tomemos las naciones protestantes más prósperas: Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos. Estas naciones han sido, durante mucho tiempo, inferiores en civilización a las naciones católicas. Pero hoy todavía les son inferiores en el conjunto y en todo lo referente a la verdadera grandeza de las naciones. Verdad es que les pertenece la preponderancia política; pero muy atrevido sería el que considerara esta preponderancia como un esplendor definitivamente adquirido. En virtud de la ley de la evolución, las naciones están sometidas a períodos de acrecentamiento y de decadencia, porque ni los éxitos inauditos, ni los más grandes reveses, comprometen por siempre jamás la situación de un pueblo. En efecto, puede bastar un hecho insignificante para arruinar la grandeza y abatir la preponderancia.

Para terminar, digamos algunas palabras sobre *Rusia*. He ahí un pueblo cismático, que parece aplastar con su prestigio y su peso a las naciones católicas. Aquí también importa no fiarse de las apariencias. Rusia es coloso, pero un coloso que lleva la muerte en su seno. Una nación es verdaderamente fuerte si su sentido religioso está intacto. Ahora bien, en los rusos, la ruptura con Roma entrañó la ruptura con los principales mandamientos del decálogo. ¿Qué es el clero ortodoxo? Un clero sin autoridad y sin prestigio, un clero ignorante y sin costumbres. Las clases

liberales sólo desprecio sienten por los popes beodos, y se divorcian poco a poco de una religión representada por un sacerdocio tan insuficiente y desacreditado. De aquí que el nihilismo reclute sus principales partidarios en la burguesía instruída y escéptica. La alta aristocracia conserva algunos simulacros de respeto para las creencias religiosas; pero bajo esta deferencia superficial se disimulan con frecuencia los vicios más degradantes y el desconocimiento de todos los principios morales a los cuales obedecen las conciencias verdaderamente cristianas. Así es como el robo impera en el estado endémico de la administración rusa. Funcionarios, generales y aun príncipes, saquean los ingresos. La mayor parte de los paquetes postales de provisiones enviados a los soldados del ejército ruso, llegaron a su destino llenos de periódicos viejos. Los mismos proyectiles estaban a veces vacíos. Jefes militares cobran el sueldo de regimientos que no existen... Las clases populares son más creyentes, pero los aldeanos se emborrachan en las tabernas en compañía del pope, y ruedan fraternalmente, después de beber, por el mismo lodo. La degradación e ignorancia del clero es el origen de todos los males que reporta el pueblo ruso. El cisma no es menos fuerte que la herejía. El catolicismo es para las naciones un principio de vida y el germen de todas las grandezas.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

LA SUPUESTA SUPERIORIDAD DE LAS NACIONES PROTESTANTES NO DEPENDE DEL PROTESTANTISMO

SEÑORES:

Las naciones protestantes, anglosajonas y germáni-
cas, son superiores a las naciones católicas. La cuestión
es discutible. Lo que no es discutible, sino cierto, es
que las naciones protestantes son poderosas y próspe-
ras, es que, a pesar de que el principio de la Reforma
es esencialmente destructor y desorganizador, viven por
lo menos y crecen hasta eclipsar, como así lo afirman,
a las naciones católicas. No es posible negar su gran-
deza actual. Inglaterra extiende su dominación sobre
unos doscientos millones de súbditos o vasallos, y ma-
nifiesta cualidades superiores de inteligencia, de natu-
ral, de voluntad. Los Estados Unidos son una fuerza
con la cual hay que contar desde ahora, una fuerza
que se afirma, que inquieta al viejo mundo. Pu...
acaba de nacer, y ha conquistado en el mundo un pu...

to predominante. Las naciones protestantes son grandes incontestablemente. ¿Por qué? ¿Porque son protestantes? He ahí el problema. Su grandeza indiscutida y su supuesta superioridad ¿la deben al protestantismo?

A esta pregunta podríamos, en primer lugar, responder que no es pertinente. Podemos y debemos decir que la religión no llena las funciones de causa en relación con la prosperidad, por lo menos temporal, de un pueblo. Puede participar en ella como elemento parcial, pero, así como muchos elementos concurren, hecha abstracción de la religión, a la prosperidad o a la decadencia, así el error religioso no siempre está en condiciones de dar sus frutos naturales a causa de los elementos que pueden luchar contra él. En rigor podríamos atenernos a esta observación preliminar, que dirime el proceso sin hacer entrar en él la religión. Esto bastaría, pero hay algo más y mejor que hacer. Me propongo demostrar que la grandeza de las naciones protestantes depende mucho más del catolicismo que del protestantismo. Esto parece una paradoja, pero me atrevo a afirmar que es una verdad que procuraré demostraros.

I. Las naciones protestantes tienen un pasado católico.

Su grandeza presente fué preparada por la Iglesia. No hablemos más que de Inglaterra. Durante mil años, la raza anglosajona se formó, se amasó gracias a la acción de la Iglesia católica. Durante mil años, adquirió Inglaterra poco a poco, y por la ley natural de acrecentamiento, sus instituciones, su Parlamento, su jurado, sus universidades, sus instituciones públicas. Católicos fueron sus reyes más populares. Alfredo, Eduardo el Confesor, Ricardo Corazón de León, Eduardo IV, Enrique V. No podríais dar un paso en

aquel país, tan justamente llamado en otro tiempo "la isla de los santos," sin que, en todas partes, en ciudades y aldeas, se oiga la gran voz de los siglos católicos. Catedrales, iglesias, claustros, castillos; Inglaterra tiene, por lo menos, la sabiduría y el buen gusto de conservarlos con celoso cuidado y de restaurárlos con piadoso respeto. Los nombres de antaño continúan unidos a ellos como un testimonio de la influencia siempre viviente de los recuerdos católicos. Entre todas estas cosas que constituyen su gloria y su fuerza, buscad una que sea protestante, exclusivamente protestante; no encontraréis una, porque el principio protestante es infecundo, y todo lo que Inglaterra tiene de grande, de noble, de liberal, le viene de la Iglesia católica.

Conformes, se dirá; esta grandeza ha sido preparada por la Iglesia católica, pero no pudo acabarla, porque había decaído de su pureza, y, por consiguiente, de su fecundidad de los primeros siglos. El protestantismo es el que ha hecho la grandeza de Inglaterra al aportarle la libertad religiosa, civil y política que el absolutismo romano no podía proporcionarle. Eso es lo que se dice, pero la historia protesta de semejante afirmación. La historia demuestra que la libertad civil y política existía antes de la Reforma, y que ésta la oprimió casi en todas partes. En vísperas de la Reforma, todo estaba dispuesto para el total desenvolvimiento de la Europa cristiana desde el triple punto de vista intelectual, moral y social; todo estaba dispuesto para el pleno desarrollo de la libertad civil, política y aun religiosa. Bastaba dejar correr el tiempo para que todas las naciones cristianas, con Inglaterra a la cabeza, llegasen a la cumbre de la grandeza. Hubiéranlo conseguido bajo la influencia del culto católico mil veces mejor y más rápidamente que bajo el imperio del culto protestante. Este ha sido una detención forzada, una para-

lización de varios siglos. El protestantismo no aseguró la libertad individual, sino que la paralizó. No aseguró la libertad civil y política, sino que la tuvo a raya. No aseguró la libertad religiosa, sino que la falseó al quebrantar sus límites. Es absolutamente falso decir que la Reforma fundó las libertades modernas, y condujo a feliz término la gran obra de la civilización. Los hechos se rebelan contra semejante afirmación.

Si, pues, hoy las naciones protestantes son grandes, fuertes, ricas, prósperas, preponderantes, no deben su supremacía al protestantismo, sino principalmente al catolicismo, que impregnó todo su pasado. Inglaterra, en particular, desarrolló grandemente sus instituciones, porque conservó, de la Edad Media católica, el espíritu y las costumbres que imprimieron en la historia huella imperecedera y luminosa... Este precioso fenómeno nos parece históricamente indiscutible. He aquí otro que tampoco podemos discutir.

II. Las naciones protestantes conservan cierta savia católica.

Quiero decir con esto que, al perder las prácticas del catolicismo, no perdieron los principios, la fe en Dios y en Jesucristo, la sumisión a la autoridad, y, en el uso de la libertad, el respeto a los derechos ajenos, la abnegación de uno mismo, la justicia, la probidad, el respeto al juramento, la fe jurada, en una palabra, las virtudes naturales que constituyen el fondo mismo del catolicismo. Sin fijarse en ello, el protestante observa los principios católicos. Las naciones protestantes no cometieron la locura, no cometieron el crimen enorme de expulsar a Dios de la sociedad. Por lo contrario, mantuvieron con celoso cuidado la religión en la base de sus instituciones civiles y políticas. Hicieron leyes

para prescribir la oración y el descanso dominical. Rodearon su solemnidad de una especie de consagración política y social. En una palabra, al dejar de ser católicas, continuaron siendo más religiosas que ciertas naciones católicas. Esto pide una explicación.

1.° Las naciones protestantes fueron *espantadas por la Reforma.* Cuando vieron la guerra terrible de los anabaptistas y de los campesinos, que inundaba de sangre a Alemania entera; cuando vieron que los fundadores y los primeros discípulos del libre examen nada dejaban en pie, ni la religión ni la sociedad, ni los hogares ni los altares, el miedo se apoderó de ellas. Sintieron, pues, la necesidad de defenderse, de resistir, de constituir una alianza de la Iglesia con el Estado contra los reformadores. Pusieron todas las fuerzas religiosas al servicio del poder civil, y el poder civil, por su parte, cubrió con su espada las fuerzas religiosas. Dictáronse penas severas contra los que querían atacar à la religión o al gobierno. Se decretó solemnemente el culto nacional. Hoy, todavía, Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos nos ofrecen el espectáculo de pueblos que, en cuanto pueblos, reconocen y practican su religión, en tanto que, durante este tiempo, las naciones católicas, imaginándose locamente que su estabilidad y su prosperidad nada tenían que temer, empezaron el gran duelo, que dura todavía, entre la Iglesia y el Estado. Vióse entonces que los reyes cristianísimos envidiaban a la Iglesia y procuraban anular su influencia. Vióse a Luis XIV trabajando para esclavizar a la Iglesia. Vióse a Luis XV entregar la Iglesia a las luchas de los filósofos y a los atentados de los Parlamentos. Vióse a la Iglesia desterrada y llevada al cadalso por el Terror. Vióse, después de la Revolución, a la realeza, que nada había aprendido ni nada

olvidado, entregarse de nuevo a sus mezquinos celos. Vióse todo el siglo XIX ocupado en expulsar a Dios de las leyes, de las instituciones, de las escuelas, del ejército, de los hospitales, de todas partes. Las naciones protestantes no hubieran soportado semejantes locuras. Así, tienen buen cuidado en no permitirlas, y más que nunca se aplican a mantener a Dios y la religión en la base de sus constituciones políticas. Habiendo experimentado las consecuencias de la Reforma, neutralizan en lo posible sus consecuencias, poniendo a salvo los principios religiosos fundamentales. De este modo son más religiosas que ciertas naciones católicas.

2.º Las naciones protestantes *no fueron atacadas por la Revolución,* y de aquí también que su savia religiosa fué menos disminuída y empobrecida. La Revolución echó una mirada al protestantismo, y no lo consideró temible, y aun comprendió instintivamente que podría servirse de él como de un caballo de refuerzo para conseguir la destrucción del catolicismo. La Revolución atacó preferente y únicamente al catolicismo, porque el protestantismo no la molestaba mucho. El protestantismo se aprovechó de este olvido, de esta exclusión, y aun se alió con la Revolución, ya por odio, a fin de mejor aplastar a la Iglesia, ya por interés para ponerse al abrigo de ella. La Revolución aceptó los servicios del protestantismo, y se los pagó dirigiendo los golpes a otra parte y dejándolo tranquilo. Esta situación no es duradera. La Revolución, no solamente es anticatólica, sino atea y después de atacar las sociedades católicas, atacará las protestantes que no tienen en sí mismas fuerza para resisitir las embestidas revolucionarias. El porvenir de las naciones protestantes vese muy amenazado y comprometido; mas por ahora gozan todavía de un resto de vida cris-

tiana. Hasta aquí han podido evitar las consecuencias desastrosas de la Reforma y los atentados mortales de la Revolución. Tienen un pasado católico, una savia católica; viven de este pasado y de esta savia, pero todavía milita en su favor otro elemento.

III. Las naciones protestantes tienen una clientela católica.

Se habla de las naciones protestantes, y se tiene de ellas la idea de que son exclusivamente protestantes y sólo contienen una ínfima minoría de católicos. Nada tan falso.

Las naciones protestantes cuentan en su seno un número apreciable de católicos y un número que crece cada día.

En Alemania, hay una veintena de millones de católicos, más del tercio de la población total. Los católicos alemanes están en plena florescencia. Son los árbitros del Reichstag. El emperador cuenta con ellos. He ahí un pueblo que sin duda es protestante, pero que dista mucho de serlo en su totalidad, y si se quiere proclamar la superioridad de la nación germánica, justo es atribuir al catolicismo buena parte en esta superioridad.

En Inglaterra, hay también numerosos católicos, y aumentan cada día. Allí está Irlanda, que ha salvado su religión, a pesar de los siglos de persecución violenta y pérfida. Hay convertidos que, después de cincuenta años, han ingresado en tropel en la Iglesia romana. El renacimiento del catolicismo en Inglaterra es uno de los fenómenos religiosos más curiosos del siglo XIX. Hablad, si lo queréis, de la superioridad de los anglosajones, pero no olvidéis que muchos anglosajones son y se hacen católicos; y aun podríamos

notar aquí la coincidencia de la vuelta de Inglaterra al catolicismo con ese vuelo económico maravilloso.

Finalmente, en los Estados Unidos, ¿no hay más que protestantes? Todas las religiones florecen en los Estados Unidos, y el catolicismo tanto o más que las otras. Nacido ayer, ya supera en número a cada secta particular. Mañana ocupará la mitad del suelo habitado. Hoy se cuentan en los Estados Unidos por lo menos doce millones de católicos. Son respetados, honrados, escuchados. Sus obispos son hombres de elevado valer, universalmente considerados, a menudo consultados por la opinión y por el poder. Los Estados Unidos... he ahí un pueblo cuya supremacía se afirma cada día más, y en donde el catolicismo crece y se desarrolla cada día. ¿No es una nueva prueba de la influencia feliz del catolicismo en el progreso y grandeza de los pueblos?

Las naciones protestantes son grandes y prósperas. ¿Por qué? ¿Porque son protestantes? No. Son grandes y prósperas porque, aunque protestantes, tienen un pasado católico, una savia católica, una clientela católica. El protestantismo no entra por nada en su vuelo; antes sería un obstáculo, una traba. El fermento católico es su mejor resorte, el más poderoso factor de su prosperidad.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

LA SUPUESTA INFERIORIDAD DE LAS NACIONES CATOLICAS NO DEPENDE DEL CATOLICISMO

SEÑORES:

En 1872, en la tribuna de la Asamblea nacional, Mons. Dupanloup, respondiendo a una interrupción, exclamó: "Señores, la religión no os amenaza; os falta." ¡Ah, qué hermosas palabras! ¡Cuán verdaderas son! Explican ellas a maravilla la situación de las naciones católicas. La religión no las amenaza; les falta. Si están en decadencia, no es por culpa de sus excesos, sino por falta de catolicismo. Su supuesta inferioridad cesará el día en que encuentren la plenitud de su vitalidad religiosa. Tal es la demostración que me propongo dibujar ante vosotros.

I. Las naciones católicas no son suficientemente católicas.

No hay que exagerar nada. Hay quien afirma que la mayor parte de los católicos sólo lo son de nombre, y que la incredulidad es general. Los incrédulos quisieran tener a la mayoría por cómplice de su indiferencia y de su odio, y no vacilan en creer, o por lo menos en decir, que todos los sentimientos de fe y de religión han desaparecido de este mundo. Nada saben del movimiento religioso, de los escritores, de las virtudes, de los corazones católicos, y se imaginan que el catolicismo está muerto porque ellos ya no lo practican, porque no lo distinguen ya, ni en sí mismos, ni en torno suyo. Se engañan. Las naciones católicas no han dejado de ser católicas, por lo menos en cierta medida.

Lo que hay de verdad en esto, es que no lo son por modo suficiente. Creyeron que podían ser grandes, fuertes, libres, felices, capaces de todo progreso, sin la presencia y la intervención de la Iglesia en sus asuntos y en su vida. No contentas con prescindir de la Iglesia, la han perseguido. En el siglo XVIII, España fué la primera en expulsar a los religiosos. Francia, en el momento de la Revolución, arrastró al cadalso a los obispos, a los sacerdotes, a los cristianos; rompió la cruz, quemó los templos, expulsó de su suelo la religión. Italia despojó a los papas y los redujo a la situación intolerable de cautivos en su propio palacio. Austria, menos violenta en apariencia, se introdujo, merced al josefismo, en el mecanismo y vida de la Iglesia, y quizás con más habilidad que ninguna otra nación, ha encadenado la religión y expulsado a Dios de sus costumbres. Es evidente que, en conjunto, las nacio-

nes católicas formadas por la Iglesia, se han vuelto contra ella.

He dicho unas cuantas palabras sobre Francia. Vuelvo a hablar de ella. Desde hace treinta años, ¿qué hace Francia sino perseguir oficialmente, con violencia o hipocresía, a la religión? Parece empeñada en abdicar de sí misma, en despojarse de todas sus tradiciones, en borrar las últimas huellas de su bautismo y de su vocación católica. El nombre de Dios ha sido borrado del lenguaje oficial. Ni una sola vez ha sido pronunciado oficialmente por los jefes de Estado: Grevy, Carnot, Casimiro Perier, Félix Faure, Loubet. Los representantes de la autoridad pública no penetran en las iglesias más que para asistir, por conveniencia mundana, a un casamiento o a un entierro. De los 86 prefectos, ni uno solo puede cumplir con la Iglesia por Pascua, ni oir misa el domingo, so pena de denuncia, de sospecha, de destitución. Los agentes del poder, las administraciones que más o menos dependen del Gobierno, tanto en provincias como en París, están condenados a una apostasía de hecho, aunque tengan sentimientos católicos. He ahí el mundo oficial; vive fuera, o mejor dicho, enfrente del catolicismo. El mundo intelectual toma la misma actitud y propaga la misma indiferencia u hostilidad sistemática. La literatura, la novela, el periódico, vulgarizan diariamente la idea de que el hombre se basta a sí mismo, que nada recibe de un poder superior, o mejor dicho, que él es el único poder superior. En cuanto al mundo popular, marca el paso detrás de sus jefes con espantosa docilidad, y si se permitiese la menor veleidad de rebelarse contra los ejemplos que le vienen de arriba apenas podría hacerlo, porque está embridado, abozalado y esclavizado por un ejército de maestros públicos que tienen precisamente el encargo de formar inteligencias

y conciencias enteramente emancipadas de la fe. Luis Veuillot refiere que, al día siguiente de Sedán, uno de los miembros del gobierno de la defensa nacional, Eugenio Pelletán, le decía: "¿Podríais creernos tan estúpidos que quisiéramos oprimir a cualquiera en su derecho y en su libertad, y descender a perseguir la religión? No; religión, familia, propiedad; he ahí la república. Hay que olvidar ciertos vanos discursos. Y si, en último resultado, nos creyerais perseguidores, fijaos en Trochú. Este nos dijo ayer en el Consejo: "Soy católico y quiero morir en mi piel de católico." Y ciertamente, a ninguno de nosotros se le ocurrió prescindir de él, ni contradecirlo." Pero desde 1870, hemos hecho mucho camino. Entonces, la fórmula: religión, familia, propiedad, parecía muy respetable. Mas poco a poco se la ha ido relegando a último término, y vedla ahí velada y mutilada. Hoy está ya aniquilada, por lo menos en gran parte. La familia y la propiedad han quedado muy reducidas. La idea religiosa está enteramente pasada de moda. Los maestros de la nueva sociedad viven todavía de la religión, pero en el sentido de que sólo se ocupan en ella para combatirla, porque viven de ese combate. Va para treinta años que hacen obra laica, es decir, que expurgan a la sociedad de toda savia católica. Se afanan por descatolizar a Francia, y lo van logrando. La cosa es muy clara: las naciones católicas no son suficientemente católicas.

II. Por esto están amenazadas de decadencia.

Las naciones católicas están amenazadas de decadencia. Están enfermas. Todos los observadores convienen en ello. "Han sido emponzoñadas"—escribe Donoso Cortés.—"Han atacado a alguno de los principios sociales que hacen prósperos a los pueblos—añade Le

Play.—"Posible es—agrega Renán—que, en nuestro ardor revolucionario, hayamos extremado las amputaciones; que creyendo que únicamente cortábamos superfluidades enfermizas, hayamos tocado algún órgano esencial de la vida, de tal modo, que la obstinación en no encontrarse bien, reconozca por causa alguna gran lesión en las entrañas." Todos estos testimonios nos dicen que nuestra sangre está envenenada, que nuestras entrañas están dañadas, en una palabra, que estamos enfermos. Ahora bien, ¿en qué consiste nuestra enfermedad? No se quejará del empobrecimiento de nuestra vida católica, de la alteración de nuestra vida religiosa a causa de la herida de la impiedad moderna? Vivimos del catolicismo que nos queda. ¿No estaremos enfermos del catolicismo que hemos perdido?

En efecto, he aquí una coincidencia por lo menos singular. La decadencia de las naciones católicas, si decadencia hay en ellas, coincide, no con el pleno desenvolvimiento de la vida católica en el seno de las naciones, sino con su apostasía. Desde que volvieron la espalda a la Iglesia, las naciones católicas se desmoralizan, se disgregan, se eclipsan y parecen descender de la primera a la segunda fila. Su decadencia concuerda con el abandono del principio católico. La vida se retira de las naciones católicas precisamente en el momento en que, bajo el imperio de no sé qué locura, se agitan para esquivar, en su rebelión, la tutela de la Iglesia, o languidecen, criminalmente satisfechas de sí mismas, en la indiferencia más absoluta. Odiada, encadenada, contrariada de mil modos diferentes en su acción, sólo por modo precario ejerce hoy la Iglesia su influencia en las naciones católicas. A Francia se le ha formado, y se le forma cada día más una mentalidad extraña u hostil al sentido católico. Los elementos de perturbación y de decadencia son, en nosotros, efec-

to, no de los principios católicos, sino de la infidelidad de los gobernantes y de los individuos a este principio. Somos castigados por do más hemos pecado; el orgullo que nos separa de la Iglesia es castigado con la humillación que nos empequeñece.

Esto es verdadera justicia. Dios nos da una lección y un castigo. ¿Cómo? Jugamos con las cosas más santas; empleamos todo nuestro genio en expulsar a Dios de nuestras leyes, de nuestras instituciones; descendemos por debajo de las naciones protestantes, las cuales, no habiendo conservado más que una parte de la Revelación, la ponen con sumo cuidado en la base de sus instituciones políticas; y nosotros, que hemos conservado todo el depósito sin practicarlo, ¿continuaríamos progresando, continuaríamos siendo los amos? Esto no es posible; la lógica no lo permite. Todo se lo debemos a la Iglesia, pero desde el momento en que rechazamos su autoridad, nada más natural que perdamos cuanto ella nos dió: nuestra fuerza, nuestra grandeza, nuestros dones de naturaleza y de gracia, la moralidad superior y el cetro del mundo. Los pueblos católicos fueron creados, formados, educados por la Iglesia, y hoy que apostatan, ¿continuarán siendo grandes, prósperos, nobles, puros? La justicia no lo permite. Dios es el dueño; recompensa y castiga a las naciones desde este mundo, porque no hay eternidad para las naciones. Los pueblos católicos son ingratos prevaricadores, infieles a su vocación. Dios los castiga.

Este castigo, ¿no es, por otra parte, una misericordia? Dios nos castiga para advertirnos, para convertirnos, para depurarnos, para mejorarnos. El estado en el cual se encuentran hoy en día las naciones católicas, no es una decadencia definitiva, irremediable, es una debilidad momentánea, resultado de una apostasía, que puede cesar de un día a otro. Las naciones católicas no

son suficientemente católicas, y por eso están amenazadas de decadencia.

III. Si se hacen más católicas, revivirán.

¿Cuál fué durante quince siglos la causa de su elevación, de su progreso, de su prosperidad, sino el catolicismo? El catolicismo las civilizó, las elevó al grado eminente que conocemos. Ahora bien, el catolicismo es hoy lo que era ayer, permanece igual a sí mismo, su principio es idéntico, sus dogmas no han variado, su moral es siempre estable. La vida del catolicismo es una vida superior, y esta vida es, en el fondo, inmutable, indestructible, inagotablemente fecunda. Puede desafiar crisis, no sufrirá jamás aumento ni disminución. El catolicismo no cambia. Fué en lo pasado un principio de superioridad para las naciones católicas; nada ha perdido de su eficacia; lo que hizo antes, puede hacerlo ahora.

¿Qué digo? ¿Puede hacerlo? Veámoslo obrando. A nuestra vista, en la hora actual, infunde el catolicismo una vida superior a las naciones que aceptan su influencia. Aun enfermas, aun medio emponzoñadas por el espíritu revolucionario y antirreligioso, las naciones católicas, por cuanto son todavía católicas, son naciones ideales, poéticas, artísticas, enamoradas de lo bello y de lo bueno, generosas y tiernas, embeleso del mundo y única esperanza de la civilización. Producen sacerdotes y religiosas por millares, hacen obras de caridad que se desarrollan en todas partes con un lujo y una abundancia que en vano buscaríamos en las naciones protestantes.

Si vuelven plenamente al catolicismo, su porvenir está asegurado. Si Francia, aleccionada por la desgracia, vuelve a su atmósfera natural, a su vocación, a sus

costumbres y hábitos católicos, recobrará rápidamente de nuevo toda su belleza y toda su prosperidad, se levantará por sí sola, como esos trigos encorvados por el soplo de la tempestad, cuyas hermosas espigas se yerguen de nuevo, lenta, pero infaliblemente, bajo la acción vivificadora de los rayos del sol. Las naciones católicas atraviesan una crisis; esto es incontestable. Nuestros adversarios fingen ver en esta situación un estado definitivo. Se engañan. Esta crisis no es irremediable. ¡Cuántas veces, en la historia, vemos alternativamente las luchas, las pruebas, los triunfos de la Iglesia! ¿No es el destino de la Iglesia combatir, padecer, y, por tanto, ser temporalmente vencida? Soporta derrotas momentáneas, y acoge con alegría victorias parciales. El principio católico tiene un poder vivificador, y aun vencido en apariencia, guarda un presagio de renovación y una certeza de resurrección. Las naciones católicas a la hora presente sufren una disminución de poder y de prestigio; pero ¿qué ncesitan para recobrar el cetro del mundo? Bien poca cosa. Bastará que salgan victoriosas de la crisis de irreligión, que rechacen el veneno del racionalismo que las devora, que repudien los errores funestos que las conmueven y dislocan, y que pongan de nuevo a Dios en la cumbre de sus leyes y constituciones. Entonces recuperarán su fuerza, recobrarán su influencia, y devolverán a la civilización el vuelo universal que fué suspendido por la aparición del protestantismo. Las naciones católicas ya no son suficientemente católicas, y por eso se ven amenazadas de decadencia. Si se hacen más católicas, revivirán. Si al propio tiempo, las naciones anglosajonas y germánicas aceleran su vuelta al catolicismo, puede entreverse en lo porvenir un renacimiento soberbio y una nueva extensión de la Iglesia. Apresuremos con nuestras oraciones y nuestros esfuerzos esta eflo-

rescencia de la vida católica, esta realización de las palabras evangélicas: *fiet unum ovile et unus pastor*, un solo rebaño y un solo pastor.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

Conclusión

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE LA IGLESIA CATOLICA

SEÑORES:

Durante el presente decimoséptimo año de conferencias, os he hablado de las objeciones históricas contra la Iglesia católica. Imposible decíroslo todo, pero creo haberos dicho lo suficiente para instruiros, para orientar vuestras lecturas y conversaciones, para formar en vosotros el convencimiento de que nuestra religión es divina, y que únicamente la condenan los que no la conocen, o tienen motivos inconfesables para detestarla. Este largo estudio exige una conclusión sobre lo pasado, lo presente y lo porvenir del catolicismo. La Iglesia posee la vida y la da; he ahí en pocas palabras toda su historia de hoy, de ayer y de mañana.

I. En lo pasado, ¿qué hizo la Iglesia? Vivió e hizo vivir. Vivió más que todo.

Vivió... más que todo. En el curso de veinte siglos, contad los pueblos que han desaparecido para dar paso a otros pueblos, las dinastías y las constituciones públicas que nacieron, reinaron y murieron, como las hojas que verdean en primavera y caen azotadas por el viento del otoño; las filosofías y las literaturas que embelesaron un instante al espíritu humano, y descendieron a esos mudos abismos en donde duermen las cosas finitas; las reputaciones que se extinguieron cuando las proclamábamos inmortales. En ese océano de las edades, cuya voracidad nada perdona, sobrenadó la Iglesia. Vivió más que todo. Vivió *en todas partes,* entre los bárbaros, entre los civilizados, en la vieja Europa y en el Nuevo Mundo; se arraigó en los continentes, y penetró en las islas más lejanas; bendijo la cuna de los pueblos nacientes, santificó el último suspiro de los pueblos que iban a morir; habló todos los idiomas, y se acomodó a todos los regímenes. Subió al trono, y descendió a la miseria; conoció todos los extremos de la buena y de la mala fortuna. Vivió *a pesar de todo,* a pesar de la espada de los potentados, a pesar de la astucia de los hábiles, a pesar de la pluma de los sofistas, a pesar de las pasiones de los poderosos y del pueblo, a pesar de las ingratitudes de sus hijos, y aun a pesar de las faltas de sus ministros. A menudo, muy a menudo quisieron arrancarle una palabra de su símbolo, un detalle de su catálogo, un átomo esencial de sus sacramentos. Ella conservó la virginal integridad de su dogma, de su moral y de su culto. Perder una parte de su depósito, hubiera

sido perderlo todo entero, hubiera sido su muerte. Vivió más que todo, en todas partes y a pesar de todo.

Hizo vivir. Poseyendo la vida, la dió. Hizo vivir, en el curso de veinte siglos, las más hermosas almas, las más hermosas instituciones, las más hermosas sociedades. *Las más hermosas almas*... ¿En dónde hallar en la historia almas, no diré superiores, no diré iguales, sino tan sólo comparables a los apóstoles, a los mártires, a los doctores, a los justos, a las vírgenes, a las santas mujeres que fueron la progenitura auténtica de la Iglesia? *Las más hermosas instituciones*... ¿En dónde hallar en la historia algo que se acerque a las obras religiosas, caritativas, escolares que la Iglesia sacó de su seno inagotablemente fecundo? Y aun en el dominio de las artes y de las ciencias, en el campo económico y material, en el terreno de las reformas sociales y humanitarias, ¿no ha sido casi siempre la gran iniciadora y la primera que se puso a la obra? *Las más hermosas sociedades*... ¿En dónde encontrar en la historia naciones capaces de rivalizar con las naciones cristianas que la Iglesia alimentó con su doctrina, animadas de su espíritu y revestidas en cierto modo de su poder y majestad sobrenatural? He ahí lo pasado de la Iglesia. Vivió más que todo, en todas partes, a pesar de todo, e hizo vivir las más hermosas almas, las más hermosas instituciones, las más hermosas sociedades.

II. En lo presente, ¿qué hace la Iglesia? Vive y hace vivir.

Vive. En los comienzos de la Revolución pronunció Mirabeau unas palabras que explican muy bien las agitaciones del mundo en los tiempos modernos. Dijo: "Para revolucionar a Europa, hay que descristianizar-

la". Y, más vulgar, menos sincero que Mirabeau, otro tribuno, Gambetta, hace veinticinco años, exclamaba con énfasis: "¡El clericalismo, he ahí el enemigo!" Hace cien años que estas declaraciones de guerra se ejecutan hipócritamente o con violencia. ¿Qué hace la Iglesia bajo el fuego cruzado de la hipocresía y de la violencia? Vive. Vivir es resistir. *Resiste*. Los incrédulos verían con gusto su supresión, porque, suprimida la Iglesia, veríanse libres de una comparación que los obliga a conocerse y avergonzarse. Pero la Iglesia no se presta a que la supriman, sino que resiste. Vivir es hablar. *Habla*. Su voz no se interrumpe; nadie ni nada la reduce al silencio. Poderosa, domina el rumor de los acontecimientos, la tempestad de las pasiones desencadenadas, los triunfos resonantes del error y del vicio. Tierna y maternal, responde a la cólera con la bondad, a las injurias con el perdón. A todos cuantos la desdeñan y la persiguen, repite los versos de Corneille:

¿Traicionas mis beneficios? Quiero redoblarlos.
Te colmé de ellos; quiero aplastarte con ellos.

Y no son vanas sus palabras. Vivir es obrar. La Iglesia *obra*. Continúa sus obras de antaño; inventa otras nuevas. Eterna machacona, reúne las ruinas para edificar con ellas, siembra el suelo, después de la tempestad que todo lo devastó, para preparar cosechas inesperadas, diversifica su acción según las necesidades de la hora que suena, y no detiene un instante su trabajo más que para tomarse el tiempo de absolver y enterrar a los que la maldicen y creen haberla exterminado. La Iglesia vive porque resiste, habla y obra.

Hace vivir. Mirad. Todo lo que está contra ella, o no está con ella, se descompone, se disgrega, muere. Fuera de la Iglesia, ¿en qué se convierte la *moralidad?* Ca-

rece de principios y de sanción; ni siquiera tiene ya fronteras y las conciencias, desorientadas, se preguntan: ¿En dónde está el bien? ¿en dónde está el mal? Fuera de la Iglesia, ¿en qué se convierte *la propiedad?* Se conmueve en sus bases; está a merced de los hábiles y de los fuertes, que no ven en ella más que una presa que hay que coger a toda costa, de los utopistas, que la designan como un escándalo que hay que suprimir. Fuera de la Iglesia, ¿en qué se convierte *la familia?* Desaparece en la impudicia. Se seca en la esterilidad sistemática y querida. Va al divorcio, a la unión libre, a la prostitución. Se desorganiza en la falta mutua de respeto del padre, de la madre, de los hijos. Lágrimas de sangre se necesitarían para llorar el desorden y la desgracia de los hogares que no están adosados a los altares. Fuera de la Iglesia, ¿en qué se convierte *el poder?* Cromwell, en su experiencia de tirano, de usurpador y de verdugo, dijo: "Jamás se va tan lejos como cuando uno no sabe adónde va". Emancipado de las luces del Evangelio y de la dirección de la Iglesia, el poder no tiene otra ley que su capricho, su interés, su ambición. No sabe adónde va, y puede ir muy lejos en la licencia y en la opresión, en la licencia concedida al mal y en la opresión que hace pesar sobre los buenos. Fuera de la Iglesia, ¿en qué se convierte *la civilización?* Retrocede, es rechazada hasta los siglos de hierro de la era pagana, cuyas salvajes grandezas no seducen más que a través de los espejismos clásicos y del prestigio de la lejanía. Fuera de la Iglesia, todo declina y todo muere, aun la prosperidad material y la seguridad social. La Iglesia tiene la vida y la da. Vive y hace vivir. Tal es la historia de lo pasado. Tal es la lección de lo presente. Tal es también la certeza de lo por venir.

III. En lo porvenir, ¿qué hará la Iglesia? Vivirá y hará vivir.

Vivirá. Esto es cierto. ¿Por qué? *Porque vivió.* Una institución que tiene un pasado de veinte siglos, ofrece garantías de duración ilustrada. Su pasado es la profecía de su porvenir. Vivirá. Esto es cierto. ¿Por qué? Porque *está organizada para vivir.* Su constitución la hace inexterminable. Puede concebirse la destrucción de Francia, la dislocación del Imperio de Alemania, la desaparición de Inglaterra tan universalmente detestada, el hundimiento de Rusia. Pero ¿qué queréis que se pueda hacer contra la Iglesia católica cuya organización mundial se adapta a todos los tiempos y a todos los lugares, y tiene su punto de apoyo, no en la fuerza, que puede ser vencida por otra fuerza mayor, sino en las conciencias que son inaccesibles a todas las empresas exteriores? La Iglesia vivirá; esto es cierto.

¿Por qué? Porque *Dios quiere que viva*: No es posible luchar contra la voluntad y la palabra divina. Ahora bien, Dios quiere que su Iglesia viva. Y así, le dijo: "Estoy contigo hasta la consumación de los siglos". Ya pueden dictarse decretos contra este oráculo divino. Son nulos y sin ningún valor. No son más serios que una ley que dijera: ARTÍCULO PRIMERO: "El sol se pondrá hoy una hora más tarde". ART. 2.º: "El sol no saldrá mañana". Los que sostienen que ha terminado el reino de la Iglesia, que su vida se ha secado, son más estúpidos que malos, porque quieren lo que Dios no quiere, y no quieren lo que Dios quiere. No es posible llevar más lejos lo absurdo. La Iglesia vivirá.

Y hará vivir. Lo por venir, se dice, pertenece a la ciencia, a la libertad, a la democracia. Posible es, pero no seguro. ¿Es que esas tres fuerzas tienen la vida en sí

mismas? En manera alguna. La Iglesia, sólo la Iglesia las hará vivir. Si la Iglesia no aromatiza y gobierna *a la ciencia,* la ciencia se pervertirá en el orgullo y se pondrá al servicio de la corrupción. Si la Iglesia no modera y conduce *a la libertad,* la libertad fracasará en la licencia, que hará necesaria la represión según la frase profunda de Tocqueville: "Si un pueblo quiere ser libre, preciso es que tenga creencias; y si no tiene fe, preciso es que sirva". Si la Iglesia no moraliza y cristianiza *a la democracia,* la democracia, como Saturno, devorará a sus propios hijos, y despedazará a la sociedad. No sé si la ciencia, la libertad y la democracia tienen toda la importancia que se complacen en atribuirles, pero lo que sé muy bien es que esas tres potencias formidables tienen necesidad de una antorcha para alumbrar su vuelo, y de un freno para detener sus descarríos, y que esta antorcha y este freno no podrán encontrarlo más que en la Iglesia católica. No vivirán, ni serán bienhechoras más que a condición de que la Iglesia les dé la vida y la fecundidad.

Vivir y hacer vivir, poseer la vida y darla; tal es lo pasado, lo presente y lo porvenir de la Iglesia. El mundo no puede prescindir de ella.

A esto, señores, quizás objetéis que el mundo contemporáneo parece querer prescindir cada vez más de la Iglesia, y vivir sin ella.

Verdad es. El mundo contemporáneo se mantiene a distancia de la Iglesia, si es que no le declara la guerra.

Pero *¿vive así mejor?* A medida que la Iglesia baja, ¿sube la moralidad? A medida que nos descatolizamos, ¿nos mejoramos? Por desgracia, nuestro empequeñecimiento moral, social y nacional está en proporción exacta con nuestra disminución religiosa. Quedamos aterra-

dos cuando pensamos en el pueblo que nos modela la irreligión y en el porvenir que nos prepara.

Los espíritus perspicaces no pueden dejar de ver semejante peligro. Los hombres menos devotos precisan por lo bajo y empiezan a decir muy alto que la impiedad no conduce a nada, como no sea al deshonor y a la ruina, y que la vuelta al Evangelio es la condición necesaria de la vida de las almas y de las sociedades.

Trabajemos juntos, señores, en nuestra renovación religiosa, y si somos buenos cristianos y buenos católicos, seremos con seguridad buenos ciudadanos y buenos patriotas.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

D

E

F

G

H

I

J

K

L

V

W

Z

TABLA DE MATERIAS

PÁGS.

CONFERENCIAS PRELIMINARES

CONFERENCIA PRIMERA

Nuestra obra desde hace dieciséis años

CONFERENCIA SEGUNDA

Las objeciones históricas contra la Iglesia

I

LAS DERROTAS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Las derrotas de la Iglesia no son más que locales y momentáneas

PÁGS.

II

LAS IMPOTENCIAS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

¿La Iglesia impotente? No

I.—Cambió las ideas

CONFERENCIA SEGUNDA

¿La Iglesia impotente? No

II.—Cambió las costumbres

CONFERENCIA TERCERA

¿La Iglesia impotente? No

III.—Cambió las leyes

CONFERENCIA CUARTA

¿La Iglesia impotente? No

IV.—Rehabilitó a la mujer

CONFERENCIA QUINTA

¿La Iglesia impotente? No

V.—Ha rehabilitado al niño

PÁGS.

CONFERENCIA SEXTA

¿La Iglesia impotente? No

VI.—Rehabilitó al esclavo

CONFERENCIA SEPTIMA

¿La Iglesia impotente? No

VII.—Creó la civilización moderna

III

EL OBSCURANTISMO DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

La ciencia y la Iglesia se armonizan sin dificultad

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia ha producido muchos sabios

CONFERENCIA TERCERA

La Iglesia ha difundido siempre la ciencia

CONFERENCIA CUARTA

Las tinieblas de la Edad Media y la condenación de Galileo

CONFERENCIA QUINTA

La Iglesia y la ciencia de hoy

CONFERENCIA SEXTA

La Iglesia va más allá que la ciencia

CONFERENCIA SEPTIMA

La Iglesia puede más que la ciencia

IV

LOS DESÓRDENES DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Se inventa

PÁGS.

CONFERENCIA SEGUNDA

Se exagera

CONFERENCIA TERCERA

Se generaliza

CONFERENCIA CUARTA

Se explota

CONFERENCIA QUINTA

Los desórdenes de los siglos IX y X

CONFERENCIA SEXTA

Los desórdenes de los siglos XV y XVI

CONFERENCIA SÉPTIMA

Los desórdenes de los siglos XVIII y XIX

PÁGS.

V

LAS CRUELDADES DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

Los acusadores de la Iglesia

CONFERENCIA SEGUNDA

Lo pasado y lo presente

CONFERENCIA TERCERA

Las doctrinas y los hombres

CONFERENCIA CUARTA

La Inquisición

CONFERENCIA QUINTA

La muerte de Juana de Arco

CONFERENCIA SEXTA

Las guerras de religión

CONFERENCIA SÉPTIMA

Algunos hechos particulares

VI

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia no desea las riquezas

CONFERENCIA SEGUNDA

Las riquezas de la Iglesia en lo pasado y en lo presente

CONFERENCIA TERCERA

Las riquezas de la Iglesia fueron honradamente adquiridas

CONFERENCIA CUARTA

Las riquezas de la Iglesia fueron útilmente empleadas

I.—En el servicio del culto

CONFERENCIA QUINTA

Las riquezas de la Iglesia fueron útilmente empleadas

II.—En el servicio de la caridad

CONFERENCIA SEXTA

Las riquezas de la Iglesia fueron útilmente empleadas

III.—En el servicio de la instrucción

PÁGS.

CONFERENCIA SEPTIMA

Las riquezas de la Iglesia en lo pasado fueron útilmente empleadas

IV.—EN EL SERVICIO DEL ESTADO

VII

DE LA SUPUESTA SUPERIORIDAD DE LAS NACIONES PROTESTANTES SOBRE LAS NACIONES CATÓLICAS

CONFERENCIA PRIMERA

¿De qué superioridad se habla?

CONFERENCIA SEGUNDA

La religión no es la causa única del progreso o decadencia de los pueblos

PÁGS.

CONFERENCIA TERCERA

El catolicismo es un principio de progreso y el protestantismo un principio de decadencia

CONFERENCIA CUARTA

En lo pasado, las naciones católicas no fueron inferiores a las protestantes

CONFERENCIA QUINTA

Actualmente las naciones protestantes, ¿son superiores a las católicas?

CONFERENCIA SEXTA

La supuesta superioridad de las naciones protestantes no depende del protestantismo

CONFERENCIA SEPTIMA

La supuesta inferioridad de las naciones católicas no depende del catolicismo

CONFERENCIA OCTAVA

Conclusión

Pasado, presente y porvenir de la Iglesia católica